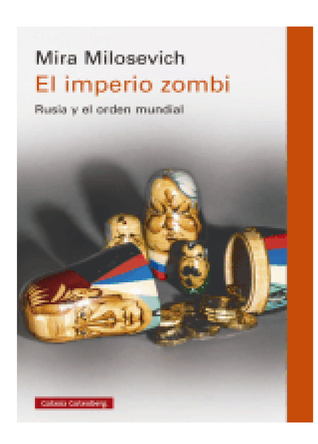

Mira Milosevich
El imperio zombi
Rusia y el orden mundial
Galaxia Gutenberg

Mira Milosevich

El imperio zombi

Rusia y el orden mundial



Galaxia Gutenberg



MIRA MILOSEVICH

El imperio zombi

Rusia y el orden mundial

Galaxia Gutenberg

Publicado por

Galaxia Gutenberg, S.L.

Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª

08037-Barcelona

info@galaxiagutenberg.com

www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2024

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl

ISBN: 978-84-10107-17-5

A Íñigo Branko Juaristi Milosevich,

este libro sobre el mundo de ayer y el que viene

▪

Índice



Agradecimientos

Este libro es resultado de dos de mis circunstancias: la experiencia personal de la desintegración y destrucción de la Yugoslavia comunista, y el sedimento de lecturas efectuadas durante muchos años. Entre estas últimas destacan dos autores en particular: Henry Kissinger y Hannah Arendt. El primero porque afirmó, en Orden Mundial, que «el significado de la Historia es una cuestión que no puede ser definida, sino descubierta; que cada generación va a ser juzgada por la manera en que se enfrente a las grandes cuestiones de la condición humana de su tiempo y por las decisiones que tomen los hombres de Estado para hacer frente a tales desafíos antes de que sea posible saber cuál va a ser su resultado».[1] *Hannah Arendt porque dijo, en una entrevista en la televisión pública alemana con Günter Gaus, el 28 de octubre de 1964: «¿Sabe usted? Lo esencial para mí es la necesidad de comprender. Y a esta comprensión remite también, en mi caso, la escritura. La escritura es una parte del proceso de comprensión». También porque afirmó, en el prefacio de la primera edición de Los orígenes del totalitarismo: «Comprender no significa negar lo que nos indigna, deducir lo que todavía no ha existido a partir de lo que ya ha existido o explicar fenómenos mediante analogías y generalizaciones, de modo tal que el choque con la realidad y el shock de la experiencia dejen de hacerse notar. Comprender quiere decir, más bien, investigar y soportar de manera consciente la carga que nuestro siglo ha puesto sobre nuestros hombros, y hacerlo de modo que no equivalga a negar su existencia ni a derrumbarse bajo su peso. Dicho brevemente: mirar la realidad cara a cara y hacerle frente de forma desprejuiciada y atenta, sea cual sea su apariencia».*[2]

Aunque no pretendo responder a todas las grandes cuestiones de la condición humana que se están planteando ahora, pertenezco a una generación que ha vivido la Guerra Fría, el colapso del comunismo, la euforia del «fin de la Historia» y el fin del «fin de la Historia», por lo que he intentado comprender.

En este intento de comprensión me han ayudado mis colegas del Real Instituto Elcano y de la European Leadership Network, mi maestro Juan Pablo Fusi y varios amigos y colegas en España y fuera de ella. Es imposible mencionarlos a todos, pero imprescindible hacerlo con algunos: Javier Zarzalejos, Ana Palacio, Florentino Portero, Alicia García-Herrero, Ana Guerrero, Carmen Atance, Dorita Menkes, Ivan y Spomenka Vejvoda, Eva Rodríguez Halffter, Alicia Delibes y Regino García-Badell, que han contribuido directa o indirectamente a la realización de este libro.

Mi familia merece un agradecimiento especial: mi hijo, Íñigo Branko Juaristi Milosevich, por su deseo de entender la historia de Europa del Este y los Balcanes, lo que me obliga a explicarla de manera comprensible para los que no han vivido allí; y Martín Juaristi Garamendi, porque en nuestras conversaciones, él desde Hong Kong, siempre me aporta una visión sensata de China. Y Jon Juaristi, por su condición de biblioteca semoviente y consultable.

Por último, aunque no en el último lugar, agradezco la confianza y continua atención que me ha dedicado el magnífico equipo de Galaxia Gutenberg: Joan Tarrida, Zita Arenillas Cabrera, Lidia Rey y Blanca Navarro.

1. Henry Kissinger, Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de naciones y el curso de la historia, Barcelona, Penguin Random House, 2016.

2. Hannah Arendt, Los orígenes del totalitarismo, Madrid, Taurus, 1998.



Introducción y conceptos clave

El imperio zombi representa la continuidad lógica de Breve historia de la Revolución rusa (Galaxia Gutenberg, 2017), mi libro anterior, en el que intenté demostrar que la mejor manera de entender la Revolución bolchevique y sus consecuencias para la Unión Soviética y para el orden internacional no consistía en verla como un hecho histórico concluido, sino como un ciclo que todavía no ha terminado. Tanto la URSS como la Rusia de Vladímir Putin han de verse como potencias revolucionarias y revisionistas con el objetivo irrenunciable de cambiar el orden internacional establecido. El Imperio zarista, que se construyó entre los siglos XV y XIX, se desintegró en 1917. El soviético, que le sucedió desde 1922, desapareció setenta años después, tras el colapso del comunismo. La Rusia actual es un imperio zombi, un difunto que, de una forma u otra, intenta volver a la vida.

En la última frase de Breve historia de la Revolución rusa afirmaba que «las batallas internacionales venideras no se darán entre democracia y comunismo como durante la Guerra Fría, sino que tendrán un sesgo geopolítico y se librarán, por la influencia de dos modelos políticos, entre el liberalismo occidental y el "iliberalismo" ruso». La invasión rusa de Ucrania refleja el fracaso de Rusia en convertirse en un Estado-nación que renuncia al imperio y prueba la hipótesis principal: que la revolución todavía no ha terminado. La guerra en Ucrania ha demostrado cuál es el poder militar de Rusia, y también ha supuesto el regreso al enfrentamiento entre las grandes potencias. La división entre Occidente y el Resto, como lo definió el historiador británico Niall Ferguson, ya en 2011, en su libro Civilization: the West and the Rest, se ha hecho más visible.[3] Lo prueban los siguientes datos: desde febrero de 2022, la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGONU) ha celebrado cinco sesiones significativas sobre la guerra en Ucrania. La primera, en marzo de 2022, para condenar la invasión, en la que 141 países de los 193 miembros de la ONU votaron por reafirmar la soberanía de Ucrania y exigir una retirada rusa incondicional, 5 lo hicieron en contra y 35 se abstuvieron.[4] En la segunda votación, en abril

de 2022, la AGONU votó para excluir a Rusia del Consejo de Derechos Humanos (CDHNU).[5] *El resultado de la votación fue el siguiente: 93 países votaron a favor, 24 en contra y 58 se abstuvieron. En octubre de 2022 se votó para rechazar la anexión de territorios ucranianos: 143 países votaron a favor, 5 en contra y 35 se abstuvieron.*[6] *En noviembre de 2022, en una votación para exigir a Rusia reparaciones a Ucrania, 94 países estuvieron a favor de la propuesta, 14 en contra y 73 se abstuvieron.*[7] *En febrero de 2023 se votó de nuevo para «exigir la paz»: 141 votaron a favor, 7 en contra y 32 se abstuvieron.*[8] *Auque hay una mayoría abrumadora que condena la invasión y está a favor de la integridad territorial de Ucrania, es más flexible a la hora de castigar a Rusia explícitamente o de votar que Rusia pague reparaciones.*

Sin embargo, el resultado de la votación de la AGONU del 23 de octubre de 2023, sobre «la cesación de las hostilidades en Gaza», refleja una división diferente: 120 países votaron a favor, 14 en contra y 45 se abstuvieron. Lo llamativo es que estos resultados reflejan una fractura del bloque occidental: cuatro países de la Unión Europea votaron en contra, junto con Israel y Estados Unidos, quince se abstuvieron y ocho (entre ellos España) votaron a favor de la resolución en el mismo sentido que China y Rusia.[9]

Un estudio reciente realizado por el Centro para el Futuro de la Democracia de la Universidad de Cambridge revela que la guerra en Ucrania ha ampliado la brecha global en las actitudes públicas hacia Estados Unidos, China y Rusia, y que el mundo se ha dividido en esferas liberales y no liberales. Entre los 1.200 millones de personas que viven en las democracias liberales del mundo, tres cuartas partes (75 %) tienen ahora una opinión negativa de China, y el 87 % una opinión negativa de Rusia. Sin embargo, para los 6.300 millones de personas que viven en el resto del mundo, el panorama es el inverso: el 70 % tiene una opinión positiva de China y el 66 % de Rusia.

Rusia ha perdido su apoyo «marginal» dentro de las democracias occidentales. A lo largo de la última década, la proporción de ciudadanos occidentales con una opinión positiva de Rusia ya había caído de dos de cada cinco (39 %) a menos de una cuarta parte (23 %) en vísperas de la invasión de Ucrania en 2022, y ahora se sitúa en sólo uno de cada ocho (12 %). Rusia también ha perdido

«puntos de influencia» entre los países europeos que antes simpatizaban con ella, como Grecia (del 69 % al 30 % de simpatizantes), Hungría (del 45 % al 25 %) e Italia (del 38 % al 14 %). A pesar de los esfuerzos rusos por fomentar la desinformación y los vínculos con partidos extremistas, el país goza de escaso apoyo en el electorado occidental. Sin embargo, donde Rusia tiene verdadera influencia internacional es fuera de Occidente. El 75 % de los encuestados en el sur de Asia, el 68 % en el África francófona y el 62 % en el sudeste asiático siguen viendo positivamente al país a pesar de los acontecimientos de este año.[10]

Tanto las votaciones de la AGONU como la investigación de la Universidad de Cambridge, así como el hecho de que sólo el 16 % de la población mundial (la que produce el 61,2 % del PIB mundial) haya impuesto sanciones económicas a Rusia,[11] reflejan que hay una nueva realidad geopolítica y que se está produciendo una acelerada reconfiguración del orden mundial, el cual se caracterizaría por la aparente consolidación de lo que los analistas rusos denominan «Occidente Colectivo» (países que forman parte de la relación transatlántica, la OTAN y Corea del Sur, Japón, Australia y Nueva Zelanda) y la fragmentación del resto.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial, el orden mundial lo han determinado las decisiones de tres presidentes estadounidenses: Woodrow Wilson, que en 1917 afirmó que había que construir un nuevo orden mundial y hacerlo de manera que fuera «seguro para la democracia»; Harry Truman, que en 1961 respondió así a una pregunta de Henry Kissinger acerca de qué era lo que más le enorgullecía de su mandato: «Que derrotamos por completo a nuestros enemigos y luego los trajimos de vuelta a la comunidad de naciones»; y el presidente Bill Clinton, que en 1994 sostuvo que el orden mundial posterior a la Guerra Fría debería basarse en una «sustitución de la contención del comunismo por la ampliación de la democracia». Las tres premisas –construir un mundo seguro para la democracia, derrotar por completo a los enemigos para luego ayudarles a volver a la comunidad de naciones y «ensanchar las democracias»– han sido pilares ideológicos del orden mundial del siglo XX, y todavía son (salvo durante la presidencia de Donald Trump) las características principales de la política exterior de Estados Unidos.

El final de la Guerra Fría, brevemente al menos, confirmó la victoria de la Doctrina Wilson. El desafío ideológico comunista y el geopolítico soviético habían desaparecido simultáneamente. La oposición moral al comunismo se había fundido con la tarea de resistir al expansionismo soviético. Pero «el momento unipolar» ha pasado. Aunque según los criterios básicos –el producto interior bruto, el gasto militar– Estados Unidos sigue siendo el país más poderoso del mundo, su influencia está disminuyendo en diferentes regiones. Al tiempo que los diferentes grupos terroristas y Corea del Norte representan problemas muy serios, las democracias liberales se enfrentan a dos nuevos desafíos: la fragmentación del orden mundial antes mencionado y el auge de las potencias revisionistas en las regiones a las que vinculan su seguridad y su prosperidad económica, y que son cruciales para la estabilidad global: Rusia en Europa, China en Asia Oriental e Irán en Oriente Medio. Se avecina una nueva era de conflictos imperialistas en Eurasia.[12] Las democracias liberales se enfrentan a Rusia, China e Irán –y a Turquía en menor medida, por ser miembro de la OTAN, aunque también está intentando recuperar zonas de influencia en los territorios de su antiguo imperio– no sólo por la primacía en regiones estratégicamente importantes de Europa y Asia Oriental, sino, más aún, por la configuración del orden mundial y las instituciones internacionales.

Nuestra época está marcada por la propensión de los países revisionistas a intervenir en los asuntos de países vecinos más pequeños, recurriendo a la fuerza militar y a proxies locales.[13] *Así actúa Rusia en el espacio postsoviético; China, lo más visible, en el Mar del Sur de China; Irán en Oriente Medio y Turquía en el Cáucaso sur, como se ha visto en la guerra de Nagorno-Karabaj, donde ha estado apoyando militarmente, durante años, a Azerbaiyán. Estos países proyectan su influencia más allá de sus fronteras, en territorios que estuvieron históricamente vinculados a ellos y con los que comparten historia, religión, cultura y, muchas veces, idioma.*

El desafío que los Estados revisionistas plantean al orden mundial posterior a la Guerra Fría liderado por Estados Unidos se basa en una concepción alternativa de la política internacional que excluye los principios westfalianos de respeto a la soberanía e integridad territorial y recurre, por el contrario, a la hegemonía derivada de las relaciones de

poder históricas, culturales, religiosas o de otro tipo, en una cronología de larga duración. Las tensiones entre la reivindicación de un estatus especial por parte de los Estados posimperiales y la insistencia de Estados Unidos en que todos los Estados –salvo él mismo– se sometan a normas e instituciones codificadas por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y universalizadas tras el final de la Guerra Fría se ha convertido en la principal línea de fractura en esta nueva era de rivalidades entre grandes potencias. Los posimperios no reconocen sus ambiciones imperiales y su fracaso en convertirse en Estado-nación. Se camuflan autodefiniéndose como «civilización». Se presentan como «civilizaciones» capaces de llevar la contraria a Occidente, justo porque han sido imperios.

Ni Rusia ni China ni Irán están satisfechos con el orden mundial liderado por Estados Unidos, pero sus intenciones de desafiar ese orden son muy diferentes. Mientras China busca una hegemonía regional y está creando un «orden mundial paralelo» a través de la dominación de las instituciones multilaterales, como los BRICS o el G20, Irán, aunque constreñido por su relativa debilidad económica, está trabajando para tener armamento nuclear y apoya militar, política y económicamente a milicias como Hezbolá o Hamás en Oriente Medio. Desde 2008, Rusia ha usado la fuerza militar convencional para cambiar las fronteras internacionales, primero en Georgia y posteriormente en Ucrania.

¿Cómo explicar la conducta actual de Rusia? La invasión a gran escala de Ucrania por parte de Moscú, su rivalidad explícita con la comunidad euroatlántica, sus vínculos con otras dos potencias revisionistas, China e Irán, y su intento de entablar relaciones más amplias con Corea del Norte, América Latina, la India y en toda África hacen de esta una pregunta crítica.

La Rusia actual es un Estado revisionista que reclama su imperio perdido, que no perdió por haber sido derrotada por una potencia extranjera o por la imposición de un tratado de paz. Rusia perdió su imperio en 1991 debido a una revolución e implosión internas. Su conducta actual es idiosincrásica, reflejo de su situación peculiar tras el final de la Guerra Fría. Mijaíl Gorbachov (1931-2022) renunció al «imperio exterior» de la Unión Soviética y al mantenimiento de los países satélites que formaban parte del Pacto

de Varsovia en la órbita de la URSS. Esta pérdida se selló a través de una serie de acuerdos con Estados Unidos y la retirada de 400.000 efectivos que estaban desplegados en la Alemania Oriental. La pacífica desintegración del Imperio comunista se debe sobre todo a Mijaíl Gorbachov –a quien la mayoría de los rusos considera un traidor y a sus acuerdos con las exrepúblicas soviéticas como un gran error al que Rusia fue inducido–, que eligió su colapso en lugar de usar la fuerza militar para preservarlo.

El sucesor de Gorbachov, Borís Yeltsin (1931-2007), participó activamente en esa desintegración. Moscú reconoció la soberanía e integridad territorial de los nuevos Estados, antiguas repúblicas soviéticas. Es cierto que las condiciones internas de Rusia, así como las de la URSS en su conjunto, empujaron a Yeltsin a aceptar una serie de acuerdos que no servían a los intereses nacionales de Rusia a largo plazo. Además, Yeltsin estuvo motivado por su empeño en eliminar de la escena política a su rival político, Mijaíl Gorbachov. El orden liberal internacional es la consecuencia directa del colapso de la URSS y del final de la Guerra Fría, y el Kremlin lo percibe como muy perjudicial para Rusia, porque Moscú ha pasado de tener un papel clave junto con Estados Unidos en la arquitectura de la seguridad europea a quedarse en la periferia, reducido a una potencia regional.

Rusia fue testigo de la evolución en la posición de Estados Unidos, desde las conversaciones en las que se afirmaba que la Alianza del Atlántico Norte no se expandiría hacia el este hasta la incorporación plena de la Alemania Oriental, los Estados bálticos y los países que formaron parte del Pacto de Varsovia.[14] *Los estadounidenses repensaron sus promesas después de la desintegración de la URSS. La Unión Europea, Estados Unidos y la OTAN decidieron entonces, por motivos políticos y estratégicos, ampliar sus estructuras de poder extendiendo las fronteras de Occidente. Como señala la profesora de la Universidad de Yale Mary Elise Sarotte en su libro 1989. The Struggle to Create Post-Cold War Europe, los líderes occidentales crearon un orden mundial más beneficioso para ellos, sobre todo para Alemania, porque su reunificación condicionaba su posición privilegiada en la Unión Europea, y para Estados Unidos, que tuvo la oportunidad de «ensanchar la democracia» y ampliar su influencia.*[15] *Sarotte, en su libro extraordinariamente bien documentado, demuestra que se debatieron*

diferentes modelos de orden internacional pos Guerra Fría, pero que los líderes occidentales se decidieron por el «modelo prefabricado», es decir, por ampliar las instituciones multilaterales que se habían creado después de la Segunda Guerra Mundial para contender a la URSS, mediante la inclusión de países que anteriormente estaban bajo control soviético. Rusia fue excluida de este orden, a causa de su rechazo a subordinarse al liderazgo de Washington. Pero es justo subrayar que sin la ayuda económica de la Unión Europea, del Fondo Monetario Internacional y sobre todo de Estados Unidos y Alemania, Rusia se habría convertido en un Estado fallido durante los años noventa del siglo XX. La Unión Europea hizo de Rusia su «socio estratégico» cuando en 1994 firmó un acuerdo de cooperación renovable. En 1996 Rusia fue admitida como miembro del Consejo de Europa, en 1998 del G8 (que se creó como tal para incluir a Rusia, dado que existía como G7), y en 2012 de la Organización Mundial de Comercio.

La implosión de la URSS ocurrió tan de repente que no hubo tiempo para manejar y negociar los desafíos que planteaban el estatus de los rusos étnicos en las repúblicas postsoviéticas o de los no rusos dentro de la Federación Rusa. La propia identidad de Rusia había colapsado, tan determinada por la Segunda Guerra Mundial. Las ideas sobre democracia y libertad fracasaron cuando colapsó la economía rusa a finales de los noventa, por haber sido identificadas con el capitalismo.

En contraste con las tesis que, desde la invasión rusa de Ucrania, intentan explicar la reimperialización en marcha y el revisionismo ruso recurriendo a explicaciones en clave exclusivamente ideológica, o mediante una «putinología» u otras analogías históricas superficiales, este libro sostiene que el legado imperial zarista y comunista es lo que impulsa las ambiciones geopolíticas y la conducta internacional de Rusia, así como la deriva autoritaria de su gobernanza. El Kremlin apela a la era imperial como marco de referencia y fuente de inspiración para fundar una nueva legitimidad política interna y externa, y de esta manera justificar su presencia en territorios que fueron parte del Imperio zarista y/o de la URSS.

Las explicaciones que subrayan las causas ideológicas (o políticas) sostienen que Rusia quiere dominar a sus vecinos y desafiar el

orden internacional porque es un Estado autoritario que rechaza los principios de la democracia liberal.[16] Esta visión se arriesga a pasar por alto todos los elementos que produjeron su sistema político, así como a ignorar que otros Estados con sistemas políticos similares, por ejemplo Bielorrusia, no son potencias revisionistas. El sistema autoritario no es suficiente para explicar la conducta de Rusia, porque esa explicación implica, erróneamente, que sólo un cambio de Gobierno reconciliaría a Rusia con el orden mundial existente. Rusia, al invadir Ucrania en 2014 y 2022, ha elegido tanto empezar una guerra como abrir una confrontación con Occidente que probablemente durará mucho tiempo. Las fuentes de hostilidad que nutren la agresión contra Ucrania, así como el conflicto con Occidente, se encuentran principalmente dentro de Rusia. Además, trascienden los objetivos y estrategias de Vladímir Putin, porque el germen principal del revisionismo ruso está en los problemas creados durante el colapso de la Unión Soviética, en la reemergencia de su legado imperial y en su fracaso en convertirse en un Estado-nación. Cualquier dirigente ruso que hubiera sucedido a Borís Yeltsin habría tenido que enfrentarse a ellos. Quizá otros líderes lo hubieran gestionado de forma diferente, pero no necesariamente mejor desde la perspectiva de Occidente o desde el punto de vista de los rusos.

Los «putinólogos» interpretan la guerra en Ucrania como un asunto personal de Vladímir Putin. Desde mediados de los 2000, los debates públicos en Europa y Estados Unidos se centraron progresivamente en su persona para entender a Rusia. Por su pasado en el KGB y por diferentes teorías conspirativas.[17] Se trataba de una serie de especulaciones sobre la personalidad e intenciones del presidente ruso que se basaban en hipotéticos diagnósticos de sus desórdenes mentales, de su «inseguridad profunda» o de su actitud «desquiciada y emocional» en relación a Ucrania. En su carácter arrogante, autosuficiente, pero también hipersensible, cleptócratico, autoritario y codicioso. En febrero de 2015, un informe encargado por el Pentágono sugería que el estilo autoritario de Putin y su extremo control emocional son síntomas de la enfermedad que sufre: «alguna forma de autismo».[18] Vladímir Putin es la figura central de la vida política de Rusia, con un poder político sustancial, y disfruta de mucha popularidad, pero la «putinología» no es suficiente para entender ni siquiera al propio

Putin,[19] y menos a Rusia. La elección de Vladímir Putin como sucesor, por parte de Yeltsin, en 1999 fue un tácito reconocimiento del fracaso en la transición democrática en Rusia. Su llegada al poder significó que había que afrontar la crisis económica y política en Rusia. Las respuestas de Putin a estas crisis fueron la revisión de la estructura política y territorial de la Rusia postsoviética, de la identidad nacional rusa, de los acuerdos con las exrepúblicas soviéticas y del orden liberal internacional. Estas cuatro respuestas revisionistas están entrelazadas, pero también pueden considerarse independientemente. Su interrelación, como se ha demostrado en la guerra en Ucrania, representa un serio problema para el orden liberal internacional.

Las analogías históricas son numerosas y superficiales: se ha comparado la Rusia postsoviética con la Alemania de Weimar, o con el «Tiempo de turbulencias», en referencia a un periodo histórico ruso de finales del siglo XVI y comienzos del XVII. Otras analogías, más específicas, comparan (muy erróneamente) el juicio a las Pussy Riot (el grupo punk que cantó en el altar del templo de San Basilio en Moscú) con el caso Dreyfus en Francia.[20] La anexión de Crimea se equiparó a la de los Sudetes en 1938 y a Putin con una larga serie de autócratas y dictadores como los zares Iván el Terrible, Pedro el Grande, Nicolás I y Nicolás II, o con Stalin y Hitler, para dar la imagen de un supervillano digno de cualquier película de superhéroes que, sin embargo, no puede explicar el revisionismo y el revanchismo de un Estado posimperial en declive.

Las invasiones rusas de Ucrania, tanto en 2014 como en 2022, revelaron que Rusia había fracasado en su intento de influir sobre aquella república y mantener así un Gobierno afín al Kremlin, por lo que decidió ocuparla usando la fuerza militar convencional. El Kremlin se ha justificado alegando la necesidad de «proteger a los compatriotas» rusos y rusohablantes amenazados «por el Gobierno nazi» de Ucrania, y porque «los rusos y ucranianos eran un solo pueblo», en palabras de Vladímir Putin.

Como afirma el historiador británico Geoffrey Hosking, a diferencia del Reino Unido o de Francia, que poseyeron sendos imperios coloniales, Rusia ha sido en sí misma un imperio. El Reino Unido y Francia se convirtieron en Estados-nación cuando perdieron sus

imperios. Rusia no lo logró al desaparecer la URSS. Ya en 1994, en plena euforia del «fin de la Historia», Henry Kissinger observó que Rusia representaba una amenaza potencial para Occidente, porque posiblemente comenzaría un proceso de «reimperialización» para preservar sus zonas de influencia en el espacio postsoviético. En 2008 Moscú invadió la exrepública soviética de Georgia, para «proteger a los compatriotas» –la población rusa en las regiones de Abjasia y Osetia del Sur–, en marzo de 2014 se anexionó Crimea y comenzó la guerra en el sureste de Ucrania, en la región de Donbás, y en febrero de 2022 intentó apoderarse de todo el territorio ucraniano.

La desintegración de los imperios genera tensiones por dos motivos: por los intentos de sus vecinos de aprovechar la debilidad del poder imperial y por los esfuerzos del imperio decadente para restablecer su autoridad en las zonas fronterizas. Ambos procesos han estado ocurriendo simultáneamente en los Estados sucesores de la antigua Unión Soviética. La actual deriva posimperial de Rusia se refleja en la revisión de su estructura política y territorial, de la identidad nacional rusa, de los acuerdos con las exrepúblicas soviéticas y del orden liberal internacional. Estas cuatro políticas revisionistas se legitiman en su legado imperial, en particular en: 1) la ambigüedad sobre la naturaleza de la identidad nacional, 2) la «política de la diferencia» (las políticas imperiales no buscan la uniformidad étnica, lingüística, religiosa o institucional, sino que manejan la relación entre centro y periferia a través de un abanico de acuerdos negociados, incluidos los diferentes grados de autonomía e integración política), 3) la persistencia en la ambición por influir en los espacios posimperiales en 1921 y en 1991, 4) militarismo, antioccidentalismo y excepcionalismo ruso, y 5) el papel de la Rusia imperial (zarista y comunista) desde las guerras napoleónicas como uno de los pilares del orden mundial, lo que choca con la actual obsesión del Kremlin por destruirlo.

La diplomacia del siglo XIX ralentizó la descomposición del Imperio otomano, impidiendo que desembocara en una guerra general; la diplomacia del siglo XX no consiguió contener las consecuencias de la desintegración del Imperio austrohúngaro, que fue una de las causas del comienzo de la Primera Guerra Mundial. La Segunda Guerra Mundial, causada por las ambiciones imperialistas de la

Alemania nazi, supuso el final de los imperios ultramarinos de las potencias europeas. El tiempo dirá si la diplomacia del siglo XXI será capaz de impedir o contrarrestar los conflictos que originan los países posimperiales de manera que no se desate otra guerra mundial. Este libro pretende ser una pequeña contribución para comprender mejor dicha acción diplomática. Pero antes de eso es necesario definir los conceptos claves que aparecerán en estas páginas: imperio, legado imperial, Eurasia, Estado-nación y «discurso de la nación», interés nacional de Rusia, «Estado-civilización», orden mundial, orden liberal internacional, potencias revisionistas y «Sur global».

Imperio: El concepto de imperio está cargado de connotaciones negativas debido principalmente a los procesos de descolonización del siglo XX. Decir que un Estado es un imperio equivale a sugerir que es malvado, anacrónico y que está destinado a desaparecer. De hecho, en marzo de 1983, en un discurso, el presidente estadounidense Ronald Reagan se refirió a la Unión Soviética como un evil Empire («imperio del mal» o «imperio maligno»). El concepto de imperio es escurridizo. Frecuentemente imperio e imperialismo se usan como sinónimos y se los entiende como una antítesis del Estado-nación, porque la mayoría de los Estados europeos empezaron a existir como imperios. Aquí se comparte la definición de imperio de Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny,[21] que habla de un sistema político definido por cuatro rasgos principales: 1) es gobernado por un soberano autócrata que no responde ante ningún poder terrenal y que reivindica la soberanía absoluta, 2) en la mayoría de los casos, es una entidad política que gobierna un vasto dominio compuesto por un conjunto de tierras y pueblos dispares, generalmente subyugados mediante la conquista, 3) se basa en relaciones de poder jerárquicas y desiguales entre una metrópoli privilegiada, es decir, el centro, y unas periferias desfavorecidas y subordinadas, y 4), lo más importante, su forma de gobierno se ejerce a través de la diferencia y no de la integración o la asimilación. El imperio es una forma de gobierno basada en la conquista y mantenida a través de la

diferencia entre la institución gobernante y sus súbditos, así como de la subordinación de la periferia al centro imperial. Mediante la conquista y la fuerza, los centros imperiales usurpan el autogobierno y/o la soberanía de los súbditos, los pueblos y las entidades políticas. Pero un imperio también es una «empresa negociada». En otras palabras, un imperio es un centro con muchas periferias desconectadas, un sistema de centro y radios «sin fronteras». La extensión territorial de un imperio, definida únicamente por la subordinación a una autoridad central, es siempre cambiante, impulsada por la lógica de la expansión perpetua. Dentro de este sistema, la autoridad fluye desde el centro, mientras que los ingresos, los siervos y otros bienes fluyen desde las periferias hacia el centro. El dominio imperial también moldea la estructura interna de las periferias, transformando sus instituciones políticas y estructuras sociales. Por tanto, los legados imperiales son visibles no sólo en el centro de los antiguos imperios, sino también en sus periferias, donde la cultura y las instituciones convergen con las del antiguo centro.

En Rusia, como en Francia e Inglaterra, las ideas y las estructuras del poder imperial coincidieron con el sentido de la identidad nacional, y a menudo lo reforzaron. A partir de los siglos XVI y XVII, Rusia, Francia e Inglaterra fueron «naciones imperiales», esto es, la identidad colectiva de los gobernantes y los gobernados dependía de las ambiciones y los objetivos del imperio. Aunque en los siglos posteriores nación e imperio irían en direcciones opuestas –la nación hacia la homogeneización y el imperio hacia la diferenciación–, paradójicamente los dos procesos de construcción de naciones y formación de imperios se desarrollaron simultáneamente, solapándose y produciendo tensiones, contradicciones y problemas de gobernabilidad. En el siglo XIX, construir naciones dentro de los imperios requería un grado de uniformidad que convertía la convivencia entre diferentes etnias en una tarea muy difícil, porque, parafraseando a Benedict Anderson, la piel fina y corta de la nación tenía que estirarse sobre el cuerpo gigantesco del imperio.

La afirmación de Vladímir Putin de que Rusia conserva una responsabilidad histórica y culturalmente arraigada de «proteger a

los compatriotas en Crimea y el Donbás» es coherente con una larga historia de gobernantes rusos que moldeaban las fronteras de la identidad común con fines estratégicos. Geoffrey Hosking ha señalado que, en este proceso de moldear la identidad rusa para adaptarla a los intereses de un Estado en expansión, las instituciones políticas, económicas y culturales de lo que podría haber llegado a ser la nación rusa fueron destruidas o anuladas por las necesidades del imperio.

Durante la mayor parte de la historia de Rusia, la identidad política y la identidad nacional han estado vinculadas al poder imperial sobre un gran territorio, diverso y diferenciado en su composición étnica, con lo que se justificaba la necesidad de un gobernador fuerte y autoritario. En la época de la creación de Estados-nación en Europa, Rusia intentó «modernizar» su imperio tras advertir las ventajas que en situaciones de guerras tienen los Estados con una población homogeneizada.

Legado imperial: Un legado es una herencia. El principal legado de un imperio, que frecuentemente obstaculiza su conversión en un Estado-nación, es la ambigüedad de la identidad nacional y de las fronteras que, durante la existencia del imperio, han estado atrapadas entre la política de la diferencia y la integración política, y que, después de su desintegración, se han convertido en las fronteras de los Estados sucesores. Entre 1991 y 2008 Rusia se definió como un postimperium, un Estado que ha sido el centro de un imperio, que mantiene su identidad y cree prolongar su condición imperial.[22] No es un imperio, pero tampoco se ha convertido en un Estado-nación. Elementos del imperio son visibles tanto en la política interior como en la exterior. Las estructuras imperiales heredadas –la ambigüedad de las fronteras y de la identidad, y los espacios posimperiales que Moscú define como «extranjero cercano» (blizhneye zarubezh'ye)– difícilmente encajan en el orden mundial creado después de la Segunda Guerra Mundial, basado en normas e instituciones derivadas de los principios de autodeterminación, igualdad soberana e integridad territorial.

Eurasia: Rusia es un posimperio eurasiático. Pero, ¿qué es Eurasia? Podría definirse como el espacio entre la región del Bajo Danubio, al oeste, y la del río Yalu, al este, y entre la zona forestal de la taiga subártica, al norte, y el Himalaya, al sur. Sin embargo, como muchos conceptos geográficos (la Europa del Este, el «Sur global» o los Balcanes, por ejemplo) tiene connotaciones que van mucho más allá de la geografía. El geógrafo inglés Halford Mackinder definió Eurasia como un «pivote geográfico de historia» por ser un espacio de hostilidades entre los grandes imperios, algunos de ellos predecesores de los actuales Estados de Rusia, Irán, China y Turquía. Su ubicación los condujo a trayectorias históricas distintas con una cultura política común, procedente de la estepa nómada, que basa la legitimidad en el valor militar y en la expansión territorial. El mayor rival del Imperio ruso zarista eran otros dos imperios euroasiáticos, el otomano y el persa, sin olvidar al británico, que en el siglo XIX fue pieza clave en el «gran juego» de Asia Central.

Los imperios de Eurasia compartían dos características principales: no tenían unas fronteras fijas (sus territorios frecuentemente se solapaban entre sí), y en un territorio tan extenso y cambiante era imposible establecer uniformidad administrativa alguna, y mucho menos cultural-lingüística. La falta de un control duradero en las regiones fronterizas significaba que, cuando los núcleos imperiales se debilitaban, las élites locales de la periferia tenían la oportunidad de independizarse del centro. Conectadas a los núcleos imperiales pero nunca verdaderamente integradas, las periferias imperiales como Chechenia, Ucrania, Georgia, Nagorno-Karabaj o Moldavia se han convertido de nuevo en focos de inestabilidad en el siglo XXI. En comparación con los imperios coloniales de Europa, los imperios terrestres de Eurasia permanecen mucho más ligados étnica, cultural, religiosa, económica y políticamente a sus periferias posimperiales.

Estado-nación y «discurso de la nación»: El modelo estatal de imperio pervivió durante miles de años en Eurasia, y fue

plausible hasta la Primera Guerra Mundial, tras la cual desaparecieron el Imperio alemán, el austrohúngaro, el otomano y el ruso zarista. Si bien el concepto de nación ya había empezado a imponerse a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la mayoría de los actuales Estados-nación europeos aparecieron como espacios heterogéneos, conglomerados cuya garantía de pervivencia era una dinastía. Sólo después de la nacionalización y homogeneización de la población por la autoridad estatal se transformaron en Estados-nación. A los que existían antes de la Revolución francesa de 1789, y que combinaban elementos propios de un imperio (gobierno autocrático y política de la diferenciación entre metrópoli y periferia) y los de un Estado-nación (territorio con fronteras claras, poblaciones relativamente homogeneizadas y gobierno representante de la soberanía popular) se los suele considerar Ancien Régimes. La época posterior a la Revolución francesa es la «era del nacionalismo», del proceso de la construcción nacional, estimulado no sólo por el sentido de nacionalidad de la élite, sino también por la conciencia nacional de la población subalterna.

Mientras imperio y Estado-nación son formas de gobierno, la nación, como la definió Benedict Anderson, es una comunidad imaginada de gente que comparte un sentimiento y un entendimiento sobre quiénes son, así como un pasado y una ambición respecto al futuro. La palabra «nación» tiene su raíz etimológica en el verbo latino nascere («nacer»), por lo que su significado primigenio es el de un grupo de gente nacida en el mismo lugar. En la práctica política, el concepto de nación ha sido un instrumento para legitimar al Estado y a su Gobierno, que ve a los ciudadanos como «nacionales». La época medieval no conoció aspiraciones a la homogeneización de la población o a la igualdad social; al contrario: la desigualdad estaba basada en el nacimiento, que era el fundamento del orden social. No había igualdad entre nobles y campesinos, hombres y mujeres, gobernadores y gobernados, aunque tácitamente se reconocían ciertos privilegios y obligaciones. Estas comunidades que compartían religión, y frecuentemente idioma, eran lo que hoy conocemos como protonaciones o etnias.

Al comienzo de la modernidad, en Europa, desde el Renacimiento, el concepto de nación se vinculó al de «territorialización de la identidad».

En Rusia, el sentido de territorialidad existía ya en el Principado de Moscovia, entre los siglos XIV y XV, bajo el concepto de zemlja («tierra»), y el imperio se describía como «colección de tierras».

La Revolución estadounidense (1765-1791) dotó a la idea de nación del derecho de autogobierno. En Europa el concepto moderno de nación emergió con la Revolución francesa, y tenía una connotación política contundente, porque implica que un grupo de personas se imaginan a sí mismas como una comunidad política, distinta del resto del mundo, y que por ello tienen derecho de autodeterminación y, en consecuencia, a un Gobierno y a un Estado propio.

A partir de 1830 se comenzó usar el concepto de nacionalismo, acuñado por Johann Gottfried Herder, confundido con el de patriotismo –el amor a la patria–, cuando en realidad supone la exclusión de todos los que no comparten la lealtad hacia la nación. Nación y nacionalismo forman parte del «discurso de la nación», el discurso que facilita la construcción de la lealtad colectiva, la legitimidad del gobierno, la movilización de la gente para morir y matar por su país.

Naciones son las construcciones sociales y culturales que se crean a lo largo de mucho tiempo, empezando por las comunidades lingüísticas, religiosas. Suponen hostilidad hacia los otros y responden a los intereses de las élites. Hay dos tipos principales de nación: étnica y cívica. La nación étnica es un grupo de personas que comparte origen, cultura, religión, idioma y, por supuesto, empatía, y excluye a los que consideran diferentes a ellos. La nación cívica está basada en el compromiso político compartido entre las personas que la forman, que tienen los mismos derechos y las mismas responsabilidades y son iguales ante la ley. Étnica o cívica, la nación es una comunidad afectiva, compuesta por familias y grupos étnicos que creen en sus intereses y sentimientos de pertenencia compartidos y en un destino común.

Desde el final del siglo XVII hasta la actualidad, el Estado está fusionado con la nación, y casi todos los Estados modernos se definen como Estado-nación, en el sentido étnico o cívico. La abundante literatura académica demuestra que los primeros pasos de la unidad nacional desde el comienzo de la modernidad en

Europa se basaron en la exclusión, como lo prueba el caso de la Reconquista española hasta la expulsión de musulmanes y judíos, el de Inglaterra, donde se persiguió a los católicos, y de Francia, que persiguió a los hugonotes. Los Estados-nación europeos se forjaron a través de guerras religiosas y civiles que determinaron quién tenía derecho a la dirección del Estado. Todos los nacionalismos comienzan con exclusiones.

En el siglo XX, las comunidades nacionales imaginadas se convirtieron en la base más legitima de Estado-nación, desplazando a la dinastía o a la religión. La dinastía de los Romanov en Rusia (igual que la de los Habsburgo en el Imperio austrohúngaro o los sultanes otomanos) resistió a la democratización, que podía socavar el gobierno de la élite dominante y la relación jerárquica entre la metrópoli y periferia. Los Estados imperiales, como Gran Bretaña, Francia, Bélgica u Holanda, a pesar de la retórica sobre su altruismo y la emancipación, no animaron a sus súbditos a ser libres y «autodeterminarse».

La Revolución francesa de 1789 fue un punto de inflexión. De ella surgieron el anarquismo, el comunismo, el liberalismo, el conservadurismo y el nacionalismo como formas de ruptura con el pasado y la tradición. Los revolucionarios franceses proclamaron el principio de soberanía popular y lo vincularon al concepto de nación. En el caso de Rusia, este principio fue una bomba de relojería. En los siglos XVIII y XIX resistió cualquier radicalización democrática, pues representaba «la nación más imperial», por estar compuesta por las poblaciones más diversas, de lo que presumían los zares rusos. En su propio imaginario, Rusia se tenía por el Imperio romano renacido. La victoria sobre Napoleón, así como la expansión hacia el Cáucaso y Finlandia, en la primera mitad del siglo XIX, y hacia Asia Central, en la segunda mitad del mismo siglo, fortalecieron su imagen como un poder imperial invencible. Sin embargo, con el tiempo el inevitable surgimiento del nacionalismo no derivó en la creación de un Estado-nación multiétnico, de base cívica, sino que, como veremos más adelante, consolidó su gobierno autocrático y las políticas de asimilación y rusificación.

Interés nacional de Rusia: «No puedo adelantarle las acciones de Rusia. Es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma, pero quizá haya una clave. La clave es el interés nacional de Rusia», afirmó Winston Churchill en su primera retransmisión en tiempo de guerra, en la recién creada BBC Home Service, el 1 de octubre de 1939. El entonces primer lord de la Armada británica se refería a la incógnita sobre las intenciones de Rusia en relación con la Alemania nazi, afirmando que los intereses de ambos países por sus obvias diferencias ideológicas, a pesar de que la Unión Soviética y Alemania habían firmado algo más de un mes antes (el 23 de agosto del mismo año) el Tratado de No Agresión que incluía la división de Polonia, más conocido como el Pacto Ribbentrop-Mólotov. La invasión alemana de la URSS en junio de 1941 confirmó la tesis de Churchill sobre los intereses nacionales de los dos países, pero su definición de Rusia como una mezcla de acertijo (algo que hay que adivinar), misterio (algo cuya naturaleza, causa, origen o razón de ser no tiene explicación o no se puede entender) y enigma (de significado oculto o encubierto) se convirtió en un tópico y en el símbolo de la (in)comprensión del país eslavo. La opinión de Churchill se alineaba con la tradición británica que había fijado lord Palmerston, primer ministro de Reino Unido entre 1859 y 1865: «Inglaterra no tiene aliados permanentes, tampoco enemigos; sólo tiene intereses permanentes». El primero en definir lo que es un interés de la seguridad nacional, raison d'état («razón de Estado), fue el cardenal Richelieu, primer ministro de Francia entre 1624 y 1642, cuando decidió alinearse con los príncipes protestantes y explotar el cisma que se abría entre los católicos, aunque Francia tenía una población mayoritariamente católica.

Ya Churchill subrayó que la clave para comprender a Rusia está en la comprensión de su interés nacional. El problema es que el entendimiento del interés nacional de cualquier país implica una interpretación subjetiva, mezcla de emociones y conocimientos, de la manera en la que funciona el mundo. Rusia, como muchos otros países, identifica su interés nacional con su identidad nacional. Y ahí está el problema. Como ha señalado James Billington,[23] ningún país del mundo ha dedicado tanto esfuerzo y energía para definir su

identidad nacional como Rusia. Los debates públicos comenzaron en el siglo XIX, en el contexto del surgimiento del «discurso de la nación» en los países europeos, pero desde el inicio de la creación del Imperio ruso en el siglo XV había persistido una autopercepción de lo que significaba ser ruso. Desde entonces y hasta la desintegración de la URSS y la Rusia actual, los rusos no se han puesto de acuerdo en cómo definir su identidad nacional, pues ha estado condicionada por cuatro elementos: la pertenencia a la etnia eslava, la religión cristiana ortodoxa (desde el año 988), un modelo de Estado autocrático y su relación histórica con el «Otro». El «Otro» han sido muchos: los mongoles, los suecos, los polacos, los lituanos, los otomanos, los franceses, los nazis, Europa en los siglos XVIII y XIX, y al comienzo del XX, el «Occidente colectivo» durante la Guerra Fría y después de la misma. Actualmente, la relación con el «Otro» está completamente rota a causa de la invasión de Ucrania.

A la hora de definir el interés nacional de Rusia, fueron los líderes rusos, y no el pueblo, los que impusieron la identidad nacional «desde arriba». Las ideas del Kremlin suelen estar guiadas por la Realpolitik (la disputa del poder físico entre Estados), por su autopercepción (identidad), y por sus propias narrativas sobre el pasado y futuro. La ideología en su sentido más amplio siempre fue el elemento determinante del discurso político, más que la identidad nacional, lo que explica parcialmente la falta de un consenso sobre qué significa ser ruso.

Durante siglos, el interés nacional, y en consecuencia la política exterior de Rusia y, más tarde, de la URSS y de la Rusia de Vladímir Putin, se ha basado en convicciones sobre la vulnerabilidad de Rusia de cara a sus vecinos. Las causas de tal vulnerabilidad serían el tamaño de Rusia y su ubicación geográfica, combinados con la falta de definición clara de sus fronteras, la baja densidad de población y el relativo subdesarrollo de su infraestructura productiva. Para Rusia, sus vecinos son peligrosos para su seguridad, integridad territorial y bienestar. Todavía percibe que las amenazas a su seguridad e integridad territorial vienen de la periferia: desde dentro del país (hoy en día Chechenia), desde el «extranjero cercano» (el islam, la OTAN, el acercamiento de las exrepúblicas, como Ucrania y Georgia, a la Unión Europea y la OTAN) y desde las grandes potencias. Estas consideraciones nutren

la ambición rusa de expandirse en todas direcciones. Nadie lo resumió mejor que la zarina Catalina II la Grande (1729-1796) en su célebre frase: «No conozco otro modo de defender mis fronteras que expandiéndolas». Sin embargo, para sus países vecinos esa percepción de inseguridad constante que tiene Rusia no puede ser un tema neutral del debate académico o un asunto para el psicoanálisis, dado que su propia existencia como Estados se ve amenazada por ella.

«Estado-civilización»: Los líderes políticos de Rusia, Turquía, Irán, China y la India han dicho que sus Estados encarnan civilizaciones distintas con culturas políticas diferentes, lo que sugiere que los «valores universales» de Occidente no son tan universales.[24] Sin embargo, las civilizaciones evolucionan y son permeables a nuevas normas. Las afirmaciones de las élites de Moscú, Ankara, Teherán, Pekín o Nueva Delhi de que sus Estados representan civilizaciones diferentes tienen la capacidad de movilizar esas identidades civilizacionales contra lo que perciben como la hegemonía de Occidente, lo cual es muy importante. Tal capacidad se nutre e identifica con los legados imperiales que han heredado y que funcionan como pretexto para no considerarse Estados-nación ordinarios. Se empecinan en recobrar un periodo anterior de gloria histórica, confiando en sus culturas ricas y antiguas y promoviendo el populismo. Además, consideran que los Estados-nación occidentales, supuestamente menos «civilizados», no tienen derecho, tampoco la legitimidad, para aplicar sus reglas y leyes, o sus ideologías democráticas, a los Estados-civilización más antiguos.

Contrariamente a la tesis sobre el choque de civilizaciones de Samuel Huntington, los principales Estado-civilización no chocan directamente entre sí; sus prioridades geopolíticas se centran en las regiones que históricamente dominaron o influyeron. Los Estados-civilización chocan con los Estados-nación adyacentes que fueron tallados dentro de los Estados-civilización, como Ucrania en la Rusia imperial, muchos países árabes en el Imperio otomano o en el persa, y Taiwán y en menor grado la península de Corea, y

Vietnam, dentro del orden imperial sinocéntrico. Son tierras fronterizas modernas entre los principales Estados-civilización, los vecinos más pequeños de los Estados-nación, y es allí donde las guerras de «unificación» o las disputas territoriales germinan. Por eso los Estados-civilización representan cada vez más un serio desafío para la seguridad internacional y el orden mundial. La guerra en Ucrania y las disputas marítimas chinas en el Mar del Sur, especialmente aquellas con Filipinas sobre la propiedad de arrecifes específicos, son representativas de esta reafirmación del Estado-civilización.

Los Estados-civilización (re)emergentes ven su actual condición de Estado-nación como un modelo que les impone Occidente, y a los Estados-nación vecinos más pequeños, que solían pertenecer a una civilización dominante, como creaciones de la era moderna a expensas de los Estados-civilización. La invasión rusa de Ucrania, y anteriormente la de Georgia, busca reafirmar el dominio o la influencia exclusiva de Rusia en el espacio postsoviético, al modo de la Doctrina Monroe de Estados Unidos, según la cual cualquier intervención europea en América sería vista como una agresión que justificaría la intervención de Estados Unidos.

Como el orden liberal internacional se basa en el Estado-nación, los intentos de Estados-civilización euroasiáticos de recuperar sus zonas de influencia los convierte en potencias revisionistas.

Orden mundial: «Jamás ha existido un verdadero orden mundial», afirmó Henry Kissinger en su libro Orden mundial.[25] Lo que solemos definir como orden mundial es la distribución del poder de los Estados, y las relaciones entre ellos. Es el sistema ideado hace casi cuatro siglos, en 1648, con la firma de la Paz de Westfalia, cuando se puso fin a la Guerra de los Treinta Años y se avanzó en el esfuerzo por acabar con los conflictos religiosos y políticos: una paz basada en el equilibrio del poder, en la no intervención en los asuntos internos de los países soberanos, en la inviolabilidad de las fronteras y en la soberanía de los Estados. La Paz de Westfalia reflejó una instalación pragmática en la realidad, no una visión moral única. Sus premisas fueron el primer intento de

institucionalizar un orden mundial basado en un acuerdo destinado a evitar la hegemonía de un solo país, es decir, definió los componentes de cualquier futuro sistema legítimo de orden internacional: un conjunto de reglas que definía los límites de la acción permisible y un equilibrio de poder que imponía la moderación en el supuesto de que las reglas se rompieran, para impedir que algún actor o algunos actores sometieran a todos los demás. Este acuerdo no exaltaba el poder, sino que intentaba racionalizarlo, reconociendo que cada Estado tiene su propio interés nacional, su raison d'état, y que cada orden internacional exige un equilibrio sutil entre legitimidad, fuerza y restricción de su uso. Por ello, orden y libertad política son dos factores interdependientes: el orden sin libertad es desorden, y la libertad no se puede garantizar sin un marco de orden que mantenga la paz.

Los sistemas internacionales tienen una vida cada vez más breve y precaria, aunque sigan aspirando a la permanencia. De hecho, con cada siglo ha ido reduciéndose su duración. El que surgió de la Paz de Westfalia duró 150 años. Los acuerdos del Congreso de Viena de 1815 –es decir, el llamado «concierto europeo»– se mantuvieron durante cien; el mundo bipolar de la Guerra Fría (1946-1991), menos de cincuenta, y la época del «fin de la Historia», apenas unos veinticinco.

La Paz de Westfalia no incluía a la vecina Rusia, que por entonces se esforzaba en consolidar su propio orden después del «Tiempo de turbulencias», consagrando principios opuestos al equilibrio de Westfalia: un solo monarca absoluto, la Iglesia ortodoxa rusa como pilar de la unificación del Estado y un programa de expansión territorial en todas direcciones. Desde las guerras napoleónicas Rusia ha desempeñado un papel único en los asuntos internacionales: es parte del equilibrio de poder en Europa y en Asia, pero sólo contribuye irregularmente al equilibrio del orden internacional. Ha iniciado más guerras que cualquier otra gran potencia contemporánea, pero también ha sido clave para la estabilidad en Europa al oponerse al dominio de uno solo: a Carlos XII de Suecia (1682-1718), a Napoleón (1769-1821) y a Hitler (1889-1945).

En el concepto westfaliano de orden mundial, los estadistas europeos asociaban la seguridad con el equilibrio de poder y con las restricciones a su ejercicio. En la experiencia histórica rusa, las restricciones de poder eran sinónimos de catástrofe: el fracaso en el control de la periferia del Imperio les expuso a las invasiones de mongoles, polacos, lituanos y caballeros teutónicos. Desde la perspectiva occidental, el orden internacional es un mecanismo de equilibrio; desde la perspectiva rusa, una perpetua contienda de voluntades en la que Rusia trata de extender su dominio hasta el límite absoluto de sus recursos materiales. Sin otras fronteras naturales que el océano Atlántico y el Pacífico, Rusia se expandía sin control, lo que resulta clave para comprender su papel ambiguo en el orden mundial. Aunque esencial para mantener un equilibrio, Rusia no acepta límites impuestos por otros Estados, por lo que su participación en el orden internacional siempre ha tenido tintes revolucionarios y revisionistas, por su ambición de cambiarlo, como lo demuestran la guerra de Crimea (1853-1856), la Guerra Fría o la actual guerra en Ucrania.

Los rusos usaron por primera vez el concepto de orden mundial en la década de 1980. En 1988 el fundador y primer presidente de la Asociación Soviética de Ciencias Políticas, el profesor Georgy Shakhnazarov, jefe del grupo de asesores políticos de Leonid Brézhnev, lo introdujo en su libro Sleduyushchiy mirovoy poryadok («Próximo orden mundial»), publicado durante la Perestroika. Shakhnazarov sustituyó la fórmula «lucha irreconciliable de las formaciones capitalistas y comunistas en la arena internacional» por el concepto de orden mundial.

Orden liberal internacional: La revista Foreign Affairs dedicó el número de enero/febrero de 2017 a la cuestión del futuro del orden liberal internacional porque el llamado «momento unipolar», acotado entre los años 1991 y 2001, cuando Estados Unidos era la única superpotencia del mundo, se estaba desmoronando.[26] Comenzó entonces un debate entre los expertos del que hay que destacar las siguientes cuestiones: el concepto del «orden liberal internacional» es muy complejo y contradictorio, por definirse de muchas maneras; el orden existente dista mucho de ser satisfactorio, porque no tiene

suficientemente en cuenta el auge de las potencias emergentes, y no hay un consenso sobre qué elementos del orden liberal internacional pueden y deben modificarse, cuáles de ellos son fundamentales y no negociables.[27]

Aquí se entiende el concepto de orden liberal internacional según lo define John Ikenberry, es decir, como un concepto que fusiona dos proyectos muy distintos: por un lado estaría el sistema moderno de Estados que se remonta a la Paz de Westfalia, basado en la soberanía inviolable de los mismos, y por otro, un orden liberal esencialmente angloamericano, surgido en el siglo XX.[28] *Después de la Gran Guerra, el sistema internacional se inspiró en el idealismo político del presidente Woodrow Wilson, quien sostenía que la democracia es la mejor forma de gobierno y una garantía de paz permanente. Tras la Segunda Guerra Mundial y durante la Guerra Fría, Estados Unidos blindó el mundo libre frente a los desafíos ideológicos del comunismo y geopolítico del expansionismo soviético. Estos principios políticos rectores se plasmaron en la Carta del Atlántico de 1941, mientras los económicos daban vida a las instituciones de Bretton Woods (1944) y al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (1947). Al caer el Muro de Berlín, los estadounidenses sustituyeron la contención ejercida frente a los soviéticos por la difusión de los valores democráticos y del libre mercado, confiando en que habíamos llegado al «fin de la Historia» y dando por ganadas todas las batallas ideológicas. Como resultado de ello, siempre hubo una cierta contradicción entre el «orden» al que aspiraba el sistema westfaliano, por ser su núcleo el equilibrio del poder –concepto repudiado por la diplomacia estadounidense como un modelo europeo previo a la Segunda Guerra Mundial que obviaba los intereses de los pequeños Estados a favor de las grandes potencias–, y el «liberalismo» propio de las instituciones de gobernanza económica global, que comenzó a construirse después de la Segunda Guerra Mundial. Incluso después del final de la Guerra Fría, que supuso el «ensanchamiento de las democracias» y sus instituciones, se introdujeron nuevas instituciones (como la Corte Penal Internacional) e innovaciones conceptuales (como la «responsabilidad de proteger») que justificaron, por ejemplo, las intervenciones de la OTAN en Kosovo en 1999 y que cuestionaban el principio westfaliano de la soberanía nacional.*

El debate sobre el futuro del orden liberal internacional tiene su raíz en la percepción de que el sistema internacional establecido por

Estados Unidos se estaba desmoronando. Las diferentes crisis de Occidente, la implosión de los órdenes regionales y el auge de las potencias revisionistas cuestionaban radicalmente cualquier previsión optimista respecto a la difusión de la democracia liberal y el libre mercado, así como la convicción de que estos crean espontáneamente un mundo justo, pacífico e inclusivo. Los valores occidentales pueden admitirse como principios en un nivel global, pero no existe consenso alguno sobre su aplicación. En distintas regiones del mundo, conceptos como «democracia», «derechos humanos» o «derecho internacional» se interpretan de modos muchas veces divergentes. El sistema de reglas internacionales sustentado en estos valores ha sido objeto de reiteradas adhesiones teóricas, pero ha demostrado ser inoperante. Los ejemplos más recientes de ello son la guerra en Ucrania, la anexión rusa de Crimea, la guerra en Georgia, la descomposición de varios Estados de Oriente Próximo (Irak, Libia, Yemen, Siria) y la aparición de actores no estatales pero capaces de influir en la geopolítica, como el autoproclamado Estado Islámico o grupos terroristas como Al-Qaeda, Hamás y Hezbolá. El ataque de Hamás contra Israel el 7 de octubre de 2023, y la guerra posterior, reflejan el creciente poder de los actores no estatales que está fuera de las instituciones multilaterales internacionales, pero que son clave para los órdenes regionales.

Mientras los occidentales sitúan el comienzo de la crisis del orden liberal internacional en el año 2008, con la crisis económica y financiera, el Kremlin lo ubica en 1999 por el bombardeo de la OTAN de Serbia, o incluso en 1991, cuando tras la desintegración de la URSS Occidente, siempre desde la percepción rusa, se mantuvo firme en su política de contención y su lógica propia de la Guerra Fría hacia Rusia.

Potencias revisionistas: Una potencia revisionista es un país que no está satisfecho con el statu quo de un orden internacional, porque considera que no ocupa el lugar que le corresponde en él. En consecuencia, intenta cambiar el conjunto de reglas que define los límites de la acción permisible, así como impedir las alianzas que puedan construir

un equilibrio de poder cuyo objetivo sea imponerle a él la moderación en sus acciones, sobre todo en caso de que tratara romper las reglas para someter a algún actor más débil del orden vigente.

El siglo XX ha venido marcado por los intentos de construir un orden mundial seguro para las democracias. El siglo XXI lo va siendo por los de determinadas potencias revisionistas –Rusia, Irán y China– por imponer un orden mundial cómodo para las autocracias. Aunque difieren entre sí respecto a los instrumentos para destruir el orden liberal internacional, creado, liderado y sostenido por Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial, los tres posimperios euroasiáticos comparten su hostilidad hacia Estados Unidos y su insatisfacción con el statu quo del orden mundial actual. China, Irán y Rusia se perciben a sí mismas como «civilizaciones», porque su estructura estatal no es del todo la de un imperio, pero tampoco la de un Estado-nación.

«Sur global»: El concepto de «Sur global» (concepto que en este libro se usará entre comillas dado que, aunque aceptado por la mayoría de los analistas y lectores, no tiene sentido) ha regresado a los debates políticos contemporáneos para definir la división del mundo entre Occidente y el resto. Geográficamente, el término se refiere a los 32 países por debajo del ecuador, en el hemisferio sur, en contraste con los 54 países que se encuentran completamente al norte de él. Sin embargo, a menudo se usa de manera engañosa como si agrupara a una mayoría global, a pesar de que la mayor parte de la población mundial está por encima del ecuador (al igual que la mayor parte de la masa terrestre del mundo). Por ejemplo, a menudo escuchamos que la India, el país más poblado, y China, el segundo, están compitiendo por el liderazgo del «Sur global», ya que ambos han celebrado en 2023 conferencias diplomáticas con ese propósito. Sin embargo, los dos están en el hemisferio norte. La agresión rusa contra Ucrania ha intensificado las presiones de las democracias liberales sobre las naciones en desarrollo para que elijan un bando: o el Occidente democrático o la China y Rusia autoritarias; una elección a la que muchos países se

resisten. El concepto se ha convertido casi en una abreviatura conveniente para un amplio número de naciones que buscan revisar las estructuras injustas de la economía global, articular sus ambiciones estratégicas y promover la aparición de un sistema más multipolar.

El concepto «Sur global» lo acuñó en 1969, en el apogeo de la Guerra de Vietnam, Carl Oglesby, un escritor estadounidense y activista de la Nueva Izquierda, en la revista católica Commonwealth, cuando observó que «el dominio del Norte sobre el Sur global ha convergido para producir un orden social intolerable». En ese momento, la mayoría de los analistas occidentales concibieron que el mundo se dividía en tres (aceptando lo que había escrito el demógrafo francés Alfred Sauvy en 1952): un «Primer Mundo» que comprendía a Estados Unidos y sus aliados occidentales; un «Segundo Mundo» compuesto por la Unión Soviética y sus satélites en el bloque oriental; y un «Tercer Mundo» que incluía a las naciones «en desarrollo» y a menudo pertenecientes al grupo de los países «no alineados».

Como sinónimo del «Tercer Mundo», el concepto de «Sur global» entró con fuerza en la década de 1970, en los debates sobre un nuevo orden económico internacional. Para su uso público fue determinante el informe «Brandt» de 1980. Escrito por una comisión internacional dirigida por Willy Brandt, el excanciller de la Alemania Occidental, el documento distinguía entre los países con un PIB comparativamente más alto, que se concentraban abrumadoramente en el hemisferio norte, y los más pobres, en el hemisferio sur. Posteriormente, la división entre el hemisferio norte y el sur se denominó como «la línea Brandt», un límite imaginario que se extiende desde el golfo de México a través del océano Atlántico, el mar Mediterráneo y Asia Central, hasta el océano Pacífico.

Con el final de la Guerra Fría, el término «Tercer Mundo» cayó gradualmente en desuso, porque el «Segundo Mundo» había dejado de existir y sobre todo porque el término parecía peyorativo, ya que connotaba un grupo de naciones atrasadas e inestables, sumidas en la pobreza. En comparación, el concepto de «Sur global» pretende ser una etiqueta más neutral y atractiva.

«Sur global» se convirtió en sinónimo del Grupo de los 77 (G77), formado por una colección de países poscoloniales y en desarrollo que abogaba por sus intereses económicos colectivos y por mejorar su capacidad de negociación en la ONU. Actualmente, los miembros del G77, que ahora comprende 134 países, se refieren regularmente a sí mismos como el «Sur global». Sin embargo, la limitación más obvia de este concepto es su incoherencia conceptual.

Los países que los occidentales llaman «Sur global» y los rusos llaman «mayoría mundial» se están convirtiendo en las piezas claves del futuro orden internacional. Actualmente, a diferencia del siglo XX, los países no alineados no se definen por su pertenencia a una organización o plataforma (como lo fue el Movimiento de los Países No Alineados, fundado en los sesenta), sino por características y comportamientos propios. Durante las últimas dos décadas, muchos de ellos han podido construir simultáneamente relaciones con Occidente, China y Rusia. Por lo menos veinticinco de ellos, que geográficamente forman parte del «Sur global» y que The Economist Intelligence Unit denominó «los 25 Transaccionales» (T25), representan las principales economías nacionales que rehúsan tomar partido en la confrontación chino-estadounidense o en la guerra de Ucrania.[29] Los T25 son muy variados en términos de riqueza y sistemas políticos, e incluyen desde la gigantesca India al pequeño Catar. Sin embargo, tienen algo en común: son pragmáticos y oportunistas, y colectivamente se han vuelto muy poderosos. Hoy en día suponen el 45 % de la población mundial y su participación en el PIB planetario ha pasado del 11 % en 1992 al 18 % en 2023 (más que la de la UE). Los T25 no ambicionan mantener alianzas firmes y duraderas, sino «minilateralismos» que, a diferencia del multilateralismo, se caracterizarían por apelar a alianzas o agrupaciones discretas, en lugar de jugar su suerte en un solo bloque.

El «Sur global», al que los T25 pertenecen, se ha convertido en el teatro de la rivalidad entre las grandes potencias y de la división entre Occidente y el Resto. En ese contexto, Rusia y China, cada una a su manera, aspiran a liderar el «Sur global», así como la India. La ambición rusa se ve favorecida, por un lado, por no contar con un pasado colonial, y, correlativamente, por el resentimiento que ha generado el colonialismo y que hoy sigue suscitando una postura

neocolonialista occidental que se percibe como arrogante: las grandes potencias europeas como Francia, Bélgica o Reino Unido consideran, con escasa autocrítica, que sus antiguas colonias se beneficiaron de su dominio, porque este se tradujo también en el desarrollo económico de los pueblos colonizados. Además, ante la guerra en Ucrania, muchos países del «Sur global» consideran que los líderes occidentales son hipócritas. Se prometieron alrededor de 170.000 millones de dólares en ayuda a Ucrania en el primer año de la guerra, lo que equivale a alrededor del 90 % del gasto en ayuda a nivel mundial en 2021, por parte del Comité de Asistencia para el Desarrollo de la OCDE, que comprende 31 donantes occidentales. Para Occidente, tal generosidad constituye una muestra de solidaridad con una democracia afín; para otros, prueba que los países ricos sólo ayudan a quien sirve a sus intereses. «Europa tiene que abandonar la mentalidad de que sus problemas son los problemas del mundo, pues los problemas del mundo no son los problemas de Europa», declaró Subrahmanyam Jaishankar, ministro de Asuntos Exteriores de la India en 2022, con motivo de la invasión rusa de Ucrania.[30]

La guerra entre Israel y Hamás, que se desató como consecuencia del ataque terrorista del 7 de octubre de 2023, ha ahondado aún más la división entre Occidente y el Resto. La gran mayoría de los países del «Sur global» acusan a los occidentales de aplicar el «doble rasero» a la hora de definir a las víctimas civiles de los conflictos, en clara referencia a que las vidas de los civiles ucranianos valen más que las de los civiles palestinos.[31]

3. Niall Fergusson, Civilization. The West and the Rest, Londres, Penguin Books, 2011.

4. United Nations, «General Assembly Resolution Demands End to Russian Offensive in Ukraine», UN News, 3 de marzo de 2022, https://news.un.org/en/story/2022/03/1113152.

5. United Nations, «UN General Assembly Votes to Suspend Russia From the Human Rights Council», UN News, 7 de abril de 2022, https://news.un.org/en/story/2022/04/1115782.

6. United Nations, «Ukraine: UN General Assembly demands Russia reverse course on 'Attempted Illegal Annexation'», UN News, 12 de octubre de 2022, https://news.un.org/en/story/2022/10/1129492.

7. United Nations, «General Assembly Adopts Resolution on Russian Reparations for Ukraine», UN News, 14 de noviembre de 2022, https://news.un.org/en/story/2022/11/1130587.

8. «Principles of the Charter of the United Nations underlying a comprehensive, just and lasting peace in Ukraine: resolution / adopted by the General Assembly», United Nations Digital Library, 23 de febrero de 2023, https://digitallibrary.un.org/record/4003921?ln=en.

9. «UN General Assembly adopts Gaza resolution calling for immediate and sustained 'humanitarian truce'», https://news.un.org/en/story/2023/10/1142847.

10. A World Divided: Russia, China and the West, Cambridge University, 20 de octubre de 2022. https://www.bennettinstitute.cam.ac.uk/publications/a-world-divided/.

11. Mark A. Green, «Countries That Have Sanctioned Russia», Wilson Center, 10 de mayo de 2022, https://www.wilsoncenter.org/blog-post/countries-have-sanctioned-russia.

12. Jeffrey Mankoff, Empires of Eurasia. How imperial legacies shape international security, New Haven y Londres, Yale University Press y CSIS, 2022.

13. Un proxy es un grupo armado y financiado por un Estado que lo usa para alcanzar sus propios objetivos (geo)políticos, junto a la presión económica y otros medios, diplomáticos o no, para mantener su influencia.

14. Para un detallado análisis del cambio en la posición estadounidense sobre la futura relación entre Alemania y la OTAN, incluidas las garantías verbales, no escritas, que se ofrecieron a Mijaíl Gorbachov en diferentes ocasiones, véase: George W. Bush y Brent Scowcroft, A World Transformed, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1998, capítulos 10 y 11. También Mary Elise Sarotte, Not One Inch. America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate, New Haven y Londres, Yale University Press, 2021.

15. Mary Elise Sarotte, 1989. The Struggle to Create Post-Cold War Europe, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011.

16. Michael McFaul, From Cold War to Hot Peace; An American Ambassador in Putin's Russia, Nueva York, Harper Collins, 2018; Timothy Snyder, The Road to Unfreedom: Russia, Europa, America, Nueva York, Tim Duggan, 2010.

17. Stephen Kotkin, «Sticking power», Times Literary Supplement, 2 de marzo de 2012.

18. Alan Yuhas, «Pentagon thinktank claims Putin has Asperger's- has Putinology gone too far?», The Guardian, 5 de febrero de 2015.

19. Mucho mejor que cualquier diagnóstico sobre Vladímir Putin son las entrevistas en las que el presidente ruso se autorretrata, recogidas en First Person. An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Vladimir Putin, Nueva York, Public Affairs Reports, 2000.

20. «Weimer Rusia? Why post-Soviet authoritarianism did not turn Fascist?», Wilson Centre discussion, 15 de noviembre de 2011; John Lough, «Pussy Riot's stunning victory over Putin's bureaucrats», Telegraph, 14 de agosto de 2012.

21. Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny, Russia's Empires, Oxford, Oxford University Press, 2017.

22. Dmitri Trenin, Post-imperium: A Eurasian Story, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 2011.

23. James H. Billington, Russia in Search of Itself, Nueva York, Woodrow Wilson Center Press, 2004.

24. Jeffrey Mankoff, Empires of Eurasia, op. cit., p. 13.

25. Henry A. Kissinger, Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de naciones y el curso de la historia, Barcelona, Penguin Random House, 2016.

26. Foreign Affairs, «Out of Order? The Future of the International System», enero/febrero de 2017, https://www.foreignaffairs.com/issues/2017/96/1.

27. Charles Powell, «¿Tiene futuro el orden liberal internacional?», Real Instituto Elcano, 27 de junio de 2017, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/tiene-futuro-el-orden-liberal-internacional/.

28. John Ikenberry, «The future of the Liberal World Order», Foreign Affairs, mayo/junio de 2011.

29. «How to survive a superpower split», The Economist, 11 de abril de 2023, https://www.economist.com/international/2023/04/11/how-to-survive-a-superpower-split?

30. Ibid.

31. «Israel-Hamas war: The anger of the Global South», editorial de Le Monde, 20 de octubre de 2023, https://www.lemonde.fr/en/opinion/article/2023/10/20/israel-hamas-war-the-anger-of-the-global-south_6190947_23.html.

PRIMERA PARTE

El colapso de la Unión Soviética

▪

En retrospectiva puede parecer que el colapso de la URSS fue inevitable. Puede que fuera inevitable después de una serie de decisiones, pero no había nada inevitable en la toma de las mismas. No hubo un plan para desintegrar la URSS. Al contrario: Mijaíl Gorbachov quería reformar el comunismo para garantizar su pervivencia. Sus planes no podían tener éxito porque el comunismo era irreformable. El colapso fue el resultado de una acumulación de problemas económicos y políticos internos, pero las decisiones y acontecimientos que ocurrieron simultáneamente, y en diferentes lugares, muchas veces sin la participación de Moscú y en ocasiones sin su conocimiento, fueron el desencadenante de la implosión del imperio comunista. Gorbachov sostenía que era inevitable intentar una reconstrucción (Perestroika), por eso en mayo de 1985, en una reunión del Partido Comunista de Leningrado, dijo: «Todos debemos someternos a una reconstrucción. Todo el mundo debe adoptar nuevos enfoques y comprender que no hay otro camino disponible para nosotros». A finales de 1988 Gorbachov había comunicado a todos los países del Pacto de Varsovia que debían buscar su propio camino, pero no esperaba que el colapso de los gobiernos comunistas se produjera tan rápido. Además, tenía la firme intención de prevenir tanto el colapso del comunismo en la URSS como la autodeterminación y secesión de las repúblicas soviéticas.

Antes de analizar las decisiones y los hechos que destruyeron la URSS, y los problemas que surgieron como consecuencia de ello, es necesario describir brevemente los legados del Imperio zarista y comunista,[32] dado que el revisionismo ruso actual es doble: del estatus que Rusia tuvo en la URSS y de los acuerdos de Rusia con otras exrepúblicas soviéticas.

La estructura política de la URSS se basaba en el poder del partido único y en las instituciones que estaban controladas por él. Su estructura territorial fue la consecuencia de poner en práctica las ideas que dos dirigentes tenían sobre cómo solucionar la cuestión nacional de los pueblos que componían la URSS: Vladímir Ilich Uliánov, alias Lenin (1870-1924), y Iósif Stalin (1878-1953), comisario del Pueblo para las Nacionalidades. Mientras Lenin estuvo en el poder, entre 1917 y 1924, su concepción de la URSS

prevaleció, como se percibe en la Constitución de 1918 (ratificada el 31 de diciembre de 1922 para la creación formal de la URSS) y en la de 1924. Después de su muerte, Stalin impuso su modelo del Estado soviético, tal y como lo refleja la Constitución de 1936.

El planteamiento principal de Lenin para solucionar la cuestión nacional de los pueblos que componían la URSS se resume en una frase: «¡Guerra hasta la muerte al gran chovinismo ruso!». Para Stalin la solución pasaba por identificar el Imperio soviético con un Estado centralizado y la nación rusa. Los dos proyectos, opuestos entre sí, partían del legado imperial zarista.

EL LEGADO DEL IMPERIO RUSO

Cuando Pedro I el Grande (1682-1725) se proclamó «emperador y autócrata de todas las Rusias» en 1721, escribió que sus súbditos debían pensar su propia identidad como la de un ruso ciudadano de un imperio, y no como la de un miembro de un pueblo. Antes de ello, en 1709, introdujo varios conceptos para describir su gobierno: Imperio ruso (Rossiyskaya Imperia), que connota la inclusión de todos los habitantes que viven en él, no sólo a los rusos étnicos (russkie); gosudarstvo (Estado) y narod vserossiiskii (gente de Todas las Rusias). Aunque desde la creación del Principado de Moscovia (1450-1598) el cristianismo ortodoxo y la cultura rusa eran los determinantes del estatus social de los habitantes, en la época de Pedro I se impuso el criterio de la lealtad a la dinastía y al Estado para definir la pertenencia al imperio y para superar su amalgama étnica. Más tarde, el Imperio comunista usaría la lealtad al partido único como el criterio integrador de los diferentes pueblos de la Unión Soviética.

La habilidad del Imperio ruso de consolidar e integrar nuevos territorios variaba, dado que dependía de la distancia, las condiciones climáticas y la proximidad de los imperios rivales (otomano y persa, sobre todo). La población de los territorios más cercanos a Moscú o San Petersburgo, que Rusia consideraba el legado de la Rus de Kiev, adoptaron la agricultura, la rusificación lingüística, la conversión a la religión ortodoxa y el influjo de los campesinos eslavos colonos. En las regiones que estaban lejos del centro, incluida la región del Volga, Siberia, el Lejano Norte, el Lejano Oriente y el Cáucaso Norte, sólo se dio alguno de estos cuatro procesos. Las periferias distantes del centro, como el Cáucaso Norte y Asia Central, que se incorporaron al Imperio ruso en el siglo XIX, mantenían su distinción y fueron gobernadas de la manera más colonial.

Las políticas de la diferencia eran la principal característica del poder político del Imperio zarista. Las distintas formas de gobierno en las fronteras datan de la época de Iván IV (1533-1584) y su conquista de

Kazán y Astracán. El Orden de Kazán (Kazinsky Prikaz) fue establecido después de su conquista en 1552. Un orden similar fue establecido en Siberia en 1637. A finales del siglo XVII, el Kazinsky Prikaz regulaba las relaciones no sólo con los antiguos kanatos de Kazán y Astracán, sino que incluía a la gran mayoría de la población de la región del Volga, dada la progresiva absorción de estos territorios por el Imperio ruso.

La afluencia de campesinos rusos en busca de tierras ayudó a transformar las estructuras locales de las regiones colonizadas. Los asentamientos rusos generaron disputas entre los colonos y las poblaciones indígenas sobre los recursos, y amenazaron la estabilidad del sistema entero. Hasta 1917, más de nueve millones de colonos, en su mayoría rusos y ucranianos, se movieron a Siberia, al Lejano Oriente, a la estepa, al Cáucaso Norte y a Asia Central. Un tercio de la migración ocurrió después de 1871. La colonización jugó un papel central en la integración del Imperio ruso, sobre todo en las regiones fronterizas, incluso en las décadas finales del imperio. Muchas partes de la periferia, incluidas las que se quedaron en el Estado ruso después de 1991, como el Cáucaso Norte, permanecieron distintas cultural y lingüísticamente, frecuentemente bajo distintas formas del gobierno indirecto.

Antes del siglo XIX, el Imperio ruso no demandaba asimilación religiosa, lingüística o cultural entre la élite, tampoco a los que no pertenecían a la élite, porque no buscaba uniformidad entre sus súbditos. Pero sí promovía la educación como un instrumento de «ilustración», e incluía la rusificación lingüística, la conversión a la religión ortodoxa y, entre la población nómada, la adopción de una agricultura sedentaria.

Durante la existencia del Imperio ruso, el concepto de rusificación tuvo tres significados. En la época de Catalina II la Grande era una política de Estado unificadora destinada a crear prácticas administrativas uniformes por todo el imperio. El segundo significado hacía referencia a un proceso espontáneo, no planificado, de autoadaptación de los pueblos conquistados a las normas de vida y lengua en el Imperio ruso, que ocurrió entre la población de la región del Volga y los eslavos occidentales. La rusificación de mediados del siglo XIX supuso un esfuerzo de

nacionalización del imperio, un esfuerzo de «hacer rusos» a otros pueblos en un sentido cultural. Fue una respuesta a la crisis política producida por la rebelión de los decembristas en 1825[33] y por la Revolución polaca de 1830-1831. Serguéi Uvárov (1786-1855), el ministro de Educación del zar Nicolás I (1825-1855), desarrolló un marco que posteriormente se denominó «nacionalidad oficial» y que se resumía en el eslogan «Ortodoxia, autocracia y nacionalidad». Uvárov enfatizó los vínculos estrechos entre el zar y el pueblo (narod), pero subrayó aún más el vínculo histórico entre autocracia, ortodoxia y el pueblo que estaba presente en la creación del primer Estado ruso, el Principado de Moscovia. El ministro seguía la línea trazada por uno de los historiadores rusos más importantes del siglo XIX, Nikolái Karamzín (1766-1826), quien en 1810 había sostenido que la «autocracia ha fundado y ha resucitado a Rusia. Cualquier cambio en su constitución política ha causado en el pasado su perdición y seguramente lo haría de nuevo en el futuro».

La «nacionalidad oficial» fue un intento de construir un discurso ideológico comparable al discurso de la nación de los pueblos europeos, y de volver a suturar la brecha entre nación y Estado, monarquía y religión estatal. Se produjo cuando en la Europa occidental la comunidad política y la nación estaban comenzando a separarse del Estado, por lo menos conceptualmente, para convertirse rápidamente en la fuente de legitimidad del poder político. La definición de Uvárov pretendía inspirar una movilización nacional desde arriba hacia abajo y construir algo como una identidad civil basada en la lealtad a la dinastía Romanov y a la Iglesia ortodoxa rusa, lo que sugiere que la dinastía gobierna en representación de la nación, sin ceder su monopolio a la hora de definir cuál es el criterio de pertenencia a esa nación.

Las políticas de la diferencia en su versión más bruta se incorporaron en las reformas de Mijaíl Speranski (1772-1839), un emisario de Nicolás I enviado a Siberia. Speranski impuso una división de los pueblos según la relación de cada uno con el ruso. Los súbditos del imperio quedaron divididos entre los rusos –étnicos y rusohablantes–, los inorodtsi («personas de otra sangre o clan») e inovertsi («personas de otra confesión religiosa»). Los últimos dos grupos estaban subordinados a las leyes especiales. Entre ellos se encontraban los judíos, la población del Cáucaso Norte (musulmana), los nómadas y varios grupos étnicos de

Siberia. Muchos rusohablantes (ucranianos, bielorrusos, armenios, georgianos) pudieron acceder entonces al servicio estatal y a los puestos más altos de la Administración, demostrando su lealtad al zar. Como el imperio se asociaba con la fe hacia el Dios cristiano, el gobierno zarista respetaba otras religiones. A los inovertsy se les permitió tener instrucción religiosa en su propio idioma. Había escuelas católicas, protestantes, judías, armenias y musulmanas. Las escuelas públicas que recibían financiación estatal estaban obligadas a usar el idioma ruso en la enseñanza, mientras las privadas no.

Al final del reinado de Nicolás I, la inercia política junto con la derrota en la guerra de Crimea (1853-1856) inspiró a una nueva generación de pensadores a colocar el bienestar de los rusos étnicos (entre los cuales se incluía a los bielorrusos y a los ucranianos) en el centro de las preocupaciones imperiales. Entre ellos destacaba por su influencia el periodista Mijaíl Katkov (1818-1887), quien sostenía que la unidad del Imperio ruso multiétnico sólo se podría mantener asegurando la dominación política de la nación rusa. Katkov proponía disminuir y/o suprimir el poder de otros grupos nacionales en las fronteras del imperio, particularmente el de los polacos en las provincias occidentales (hoy Lituania, Ucrania Occidental y Bielorrusia), e identificaba la identidad nacional rusa con la identidad del campesinado. Era la época de la fiebre de los populismos, inspirada en el romanticismo alemán y el pensamiento de Fichte y Herder, y en las ideas de Rousseau acerca de la bondad y la moralidad espontáneas de los campesinos.

El programa de identificar el imperio con los rusos étnicos campesinos y restablecer el antiguo modelo de autocracia ganó un nuevo ímpetu con el reinado de los dos últimos zares, Alejandro III (1881-1894) y su hijo Nicolás II (1894-1917). Según el primer censo oficial de 1897[34], en el Imperio ruso vivían, aplicando el criterio del idioma que hablaban, 55,6 millones de rusos, 22,4 millones de ucranianos, 5,8 millones de bielorrusos, 7,9 millones de polacos, 5 millones de judíos, 3,4 millones de tártaros y más de 8 millones de otras nacionalidades. En el censo no estaba incluida Finlandia, que formaba parte del Imperio ruso y contaba con 2,5 millones de habitantes. El censo refleja que existía un 71 % de ortodoxos, un 11 % de musulmanes, un 9 % de católicos y un 4 % de judíos. El resto eran budistas y animistas.[35]

El eslogan «Rusia para los rusos étnicos» (Rossiya dlla russkih), muy popular durante el reinado de Alejandro III, insistía en la diferencia entre la «rusificación» o unificación administrativa imperial y la rusificación cultural, cuyo objetivo era «hacer rusos» (a través de la escolarización en ruso y los programas de enseñanza de la historia común de los pueblos que componían el imperio) y que desarrollaron tanto Alejandro III como Nicolás II. El primero de ellos y su Corte entendían la identidad de los rusos étnicos no como portadores exclusivos de la identidad imperial, sino como la gente que voluntariamente asume el compromiso de construir y manejar el imperio en beneficio de todos sus súbditos, tanto rusos como pertenecientes a otras etnias.

El etnoimperialismo ruso se convirtió en la mayor causa de los desórdenes que afectaron a los reinados de los últimos zares. Contribuyó decisivamente a la violencia contra judíos y otras minorías y atizó los secesionismos entre los no rusos.

LA ESTRUCTURA POLÍTICA Y TERRITORIAL DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

El modelo leninista

El eslogan «¡Guerra hasta la muerte al gran chovinismo ruso!» inspiró la Declaración de los Derechos para los Pueblos de Rusia, adoptada sólo unos días después de la Revolución de Octubre de 1917. La declaración proclamaba la igualdad y soberanía para los pueblos de Rusia, el derecho de autodeterminación (incluyendo el derecho a la secesión y el de la formación de un Estado independiente), el desarrollo de todas las minorías nacionales dentro de Rusia, y la supresión de todos los privilegios (de los rusos) y de las restricciones nacionales (de los no rusos). Lenin propuso dar libertad a todos los pueblos, para que tuvieran fe en la democracia rusa y decidieran unirse voluntariamente a la causa revolucionaria. Al mismo tiempo declaraba que el objetivo del partido del proletariado era la creación del Estado más grande para el acercamiento (sblizhenie) y la fusión (sliianie) de las naciones. La gran mayoría de los pueblos expresaron su deseo de continuar en el Estado común, pero a cambio de que se garantizaran sus derechos individuales y étnicos. La generosidad bolchevique desapareció durante la Guerra Civil (1918-1921), cuando lo que fue el territorio del Imperio ruso comenzó fragmentarse en Estados independientes en el Cáucaso Sur (Georgia, Armenia y Azerbaiyán). Después de un breve experimento de independencia en la región, el Ejército Rojo ocupó Azerbaiyán y Armenia en abril y diciembre de 1920, respectivamente, y Georgia en febrero de 1921.

Al ver que el Estado iba a desintegrarse, Lenin añadió a los dos principios propuestos previamente –que las unidades etnonacionales podrían optar por la independencia nacional o por formar parte del Estado soviético– un tercero como la base del Estado bolchevique: la subdivisión etnoterritorial, esto es, la territorialización de la

identidad nacional.

En 1922 , todas las repúblicas, incluida Rusia, que por primera vez formaba parte de una entidad mayor, se unieron en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

Durante el XX Congreso del Partido Comunista, en 1923, los bolcheviques transformaron la URSS en una compleja red de autonomías etnoterritoriales compuesta por quince repúblicas. Cada una de ellas contenía entidades autonómicas establecidas como parte del plan bolchevique de crear «tantos Estados nacionales con diferentes grados de autonomía como nacionalidades haya». El nuevo Estado soviético era federal, basado en la unidad etnopolítica, al menos en nombre y teoría. Cada nacionalidad tendrá su propia patria, pero dentro de la URSS. Incluso a las comunidades de «diáspora», las que vivían fuera del territorio asignado, se les proporcionaron instituciones culturales y educativas, y en muchos casos también políticas. Moscú diseñó un sistema de repúblicas y autonomías que tenían una nación «titular»: los ucranianos tenían su propia república, igual que los pueblos de las poblaciones pequeñas como Evenki en la Siberia Oriental. La República de Rusia no tenía su propio Partido Comunista, pero ejercía un papel dominante en la URSS dado que todas las instituciones estatales estaban ubicadas en su capital, Moscú. Las áreas autonómicas mantenían sus propias instituciones, que eran nacionalistas en la forma y «socialistas en el contenido». Estas instituciones incluían escuelas, periódicos y teatros en su idioma titular, que se usaba en la Administración. Además, cada unidad tenía sus propias minorías. Para solucionar la cuestión nacional de los pueblos que formaban parte de la URSS, los bolcheviques establecieron lo que Terry Marin ha definido como «la proliferación etnoterritorial» (la creación de un sinfín de las pequeñas unidades territoriales).[36] La República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) se componía de Oblast (regiones), y cada Oblast se componía de Okrug (unidades territoriales étnicas). La territorialización de la identidad étnica precipitó los conflictos territoriales, tanto entre las nacionalidades como entre el poder central del Estado, encarnado en el partido único, y los grupos nacionales.

En 1921, el Partido Comunista, en su X Congreso, adoptó la política de la korenizatsiya («nativización»), para incorporar las minorías no rusas a la estructura política y burocrática del Estado.

Lenin quiso resolver la cuestión nacional, pero lo que consiguió fue empeorarla. La estructura del Estado leninista combinaba la ideología comunista y la lucha contra el chovinismo ruso. Pero las concesiones al principio nacional no produjeron la desaparición de las afiliaciones étnicas y culturales, como esperaba Lenin, sino la consolidación de la nacionalidad y las naciones. La URSS, en lugar de convertirse en un crisol de culturas, se convirtió en la incubadora de las nuevas naciones y de los conflictos entre los nacionalistas.

El modelo estalinista

Lenin había ganado la batalla de la federalización, pero perdió la de una mayor centralización del Estado frente a Stalin.

Desde 1931, las políticas soviéticas de la nacionalidad evolucionaron desde el programa rusófobo hacia una creciente identificación entre la nación rusa y el proyecto soviético. La política de la korenizatsiya se redujo, y muchos cuadros políticos locales fueron encarcelados o ejecutados durante las purgas de Stalin (1934-1938). Los héroes rusos y la historia rusa fueron celebrados como un modelo para el nuevo patriotismo estatal. Los rusos se convirtieron en la nación portadora del Estado en sentido pleno a medida que el país se acercaba y luego atravesaba la Segunda Guerra Mundial. La URSS se convirtió en un imperio nacionalizador empeñado en fundar su identidad y seguridad en una nueva «comunidad imaginada», el pueblo soviético. Pero este nuevo pueblo, creado por decenas de naciones y nacionalidades, iba a ser identificado con prácticas y valores basados en el pasado imperial ruso.

A finales de 1930, el estudio del idioma ruso era obligatorio en todas escuelas. Las lenguas nativas también se enseñaban, pero se veían como insuficientes para las carreras políticas o científicas. A pesar de ello, las políticas de la korenizatsiya continuaron hasta los años sesenta. La territorialización de la identidad nacional se basaba en la cultura etnolingüística sin nacionalismo político, porque todas las repúblicas dependían del poder central del Partido Comunista. La korenizatsiya posestalinista era la respuesta a la exclusión de los no rusos de sus

posiciones de poder e influencia en el centro, pero también una consecuencia de la lucha por el poder que apareció después de la muerte de Stalin en 1953.

La URSS como una seudofederación multiforme era un imperio. Retóricamente se proclamaban la igualdad y la democracia, en una especie de búsqueda de homogeneidad horizontal que representaba la antítesis de las definiciones tradicionales de imperio. Pero en la práctica, el Estado descansaba en las distinciones imperiales de pueblos, clases y territorios. A varias nacionalidades de la URSS se les dio un estatus según el punto de la evolución marxista en el que se encontraran: algunos pueblos eran más desarrollados, más proletarios, o estaban más cerca que otros de conseguir el desarrollo socialista. Después de 1932, estaban en uso los pasaportes internos, que eran obligatorios y en los que figuraba la clase y la nacionalidad de cada persona. Aunque la URSS se presentaba como el mayor oponente del imperialismo y colonialismo, había asumido características de un imperio que se negaba a sí mismo.

La rusificación de la URSS se intensificó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se identificó el patriotismo soviético con el nacionalismo ruso. Stalin fue su mayor impulsor. En su discurso en el aniversario de la Revolución bolchevique en 1941 afirmó que para definir la nación soviética «hay que buscar la inspiración del ejemplo valiente de nuestros grandes ancestros», y los nombró: Aleksandr Nevski, Dmitri Donskói, Kuzmá Minin, Dmitri Pozharski, Aleksandr Suvórov, Mijaíl Kutúzov. Todos ellos eran los héroes rusos desde la época de la Rus de Kiev hasta las guerras napoleónicas. Al final de la contienda mundial, en 1945, Stalin brindó en una cena «por la salud de nuestro pueblo soviético, y en primer lugar por el pueblo ruso, porque es la nación más excelente de todas las naciones que forman parte de la URSS». Estas palabras reflejan su visión de la URSS como un imperio multiétnico, en cuya integración, como en la época zarista, los rusos eran la fuerza dominante.

La victoria en la Segunda Guerra Mundial, en la Gran Guerra Patriótica, como la llaman los rusos, no supuso un relajamiento en la brutalidad del régimen de Stalin, pero sí alimentó el orgullo de los rusos y no rusos. La Segunda Guerra Mundial, igual que la

Primera, estimuló el nacionalismo y nutrió los impulsos antiimperiales. En casos específicos como el de los países bálticos o Ucrania Occidental, que fueron incorporados a la URSS después de la contienda, el nacionalismo de los no rusos se dirigió directamente contra los soviéticos. Las guerrillas anticomunistas operaban en las regiones fronterizas, hasta la década de los cincuenta, encubiertas y financiadas por la CIA.[37] Decenas de miles de pro y antisoviéticos fueron asesinados antes de que la URSS ahogara las rebeliones de los «hermanos del bosque», en las regiones bálticas, y el movimiento del ultranacionalista Stepán Bandera, en Ucrania Occidental. Cientos de miles de ucranianos fueron deportados de las regiones recientemente anexionadas. A pesar de ello, la primera consecuencia de la Gran Guerra Patriótica fue una mayor integración del Imperio comunista y una mayor identificación con el nacionalismo ruso. La victoria solidificó y santificó el régimen soviético, y a Stalin. Cuando la victoria se vio desafiada por el Occidente capitalista, armado con armas nucleares y que condenaba la expansión de la URSS hacia la Europa Central y del Este, la inseguridad y el miedo, el orgullo y el espíritu de lucha, encendieron los sentimientos patrióticos.

A finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, Rusia era una nación privilegiada. Su preeminencia como primera entre las naciones y la de Moscú como metrópoli claramente mantenía la característica distribución no equitativa del poder en el imperio. La Rusia prerrevolucionaria había practicado una rusificación esporádica. La URSS, en cambio, desarrolló una maquinaria de propaganda mucho más potente y eficiente. El régimen divulgaba sus ideas a través de una educación obligatoria, el control de la radio y la televisión y el servicio militar obligatorio, lo que, sumando los mensajes de que el partido ofrecía un camino glorioso hacia el futuro, hizo que la rusificación emprendida por Stalin fuera mucho más eficiente. La URSS era un imperio comunista definido por su ideología, por la territorialización de la identidad étnica y por la identificación con la nación rusa. Estos tres elementos, junto con las consecuencias de la deportación de pueblos enteros, contribuyeron a que los problemas que surgieron con su desintegración fueran más graves.

Mientras el proceso de colonización influyó decisivamente en la

estructura étnica del Imperio zarista, en el caso de la URSS fueron decisivas las deportaciones de varios pueblos acusados de «colaboracionismo con el régimen nazi» durante la Segunda Guerra Mundial. Se abolió la autonomía de algunas poblaciones de las zonas fronterizas, sobre todo la de los chechenos, los ingusetios, los karacháis, los balkarios y los tártaros de Crimea, que fueron deportados en masa a Siberia y Asia Central. Los alemanes fueron expulsados de las repúblicas bálticas después de su anexión, y decenas de miles de rusos «emigraron» a los países bálticos para reducir el porcentaje de lituanos, letones y estonios. Cuando las partes de lo que fue Polonia entre las dos guerras mundiales pasaron a integrarse en Ucrania y Bielorrusia, los que eran sospechosos de antisoviéticos fueron deportados a Siberia y Kazajistán. A finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta el régimen estalinista deportó armenios de Armenia, Georgia y Azerbaiyán; azeríes de Armenia y turcos de Georgia a los Urales, Asia Central o Siberia. El objetivo del estalinismo era la distribución «racional» de la población en sintonía con los recursos locales naturales y en contraste con la visión de las sociedades burguesas según la cual la población se podía mover libremente.

La periferia, tanto rusa como no rusa, fue gobernada en nombre de la «misión civilizadora», que en la versión soviética suponía construir un «pueblo soviético». Pero aunque aspiraban a la creación de un Sovetskii chelovek («hombre soviético») la promoción del folclore lo que hacía era subrayar lo que era diferente, único y auténtico de cada pueblo en particular, por lo que fomentaba la consciencia e identidad nacional.

LAS DECISIONES DE MIJAÍL GORBACHOV: EL NUEVO PENSAMIENTO POLÍTICO, LA GLÁSNOST Y LA PERESTROIKA

Entre las decisiones de Gorbachov, aparte de las reformas económicas y políticas del Partido Comunista que no dieron el resultado esperado, son especialmente destacables dos, por ser bases teóricas de la desintegración de la URSS: el Nuevo Pensamiento político, la Glásnost y la Perestroika.

El Nuevo Pensamiento político

La frase que resume el Nuevo Pensamiento político forma parte del discurso que Mijaíl Gorbachov pronunció ante las Naciones Unidas el 7 de diciembre de 1988: «Esperamos que nuestros esfuerzos comunes [de la ONU] para poner fin a la era de las guerras, a los enfrentamientos y a los conflictos regionales, a la agresión contra la naturaleza, al terror del hambre y la pobreza, así como al terrorismo político, sean comparables a nuestras esperanzas». Para demostrar la voluntad de la URSS para conseguirlo, prometió la retirada de seis divisiones del Ejército Rojo de la Europa del Este. Posteriormente, los analistas rusos consideraron que el Nuevo Pensamiento era una política «ingenua y divorciada de consideraciones de poder». Sin embargo, Gorbachov la diseñó originalmente como un ambicioso proyecto para la URSS y el mundo.

El concepto de Nuevo Pensamiento político hace referencia al «Viejo Pensamiento» que había sido la base teórica de la política exterior soviética desde los años veinte, desde la creación de la URSS. Sus tres pilares fundamentales eran: 1) la consideración de que el poder militar no es suficiente para garantizar la seguridad nacional porque esta debe ser principalmente defensiva y desarrollarse en una estrecha cooperación internacional, tanto

bilateral como multilateral; 2) la URSS no intervendría en el Tercer Mundo, como solía hacer según el modelo anterior; 3) la URSS permitiría a los países de la Europa del Este elegir su modelo económico. El Nuevo Pensamiento renunció a los principios soviéticos clave, como el internacionalismo socialista, la revolución mundial. Respecto al «Viejo Pensamiento», el nuevo era una revolución, ya que prescindía de la convicción de que el capitalismo, por su naturaleza, conduce al imperialismo y a la guerra.

Gorbachov pretendía convertir a la URSS en precursora de los cambios en las relaciones internacionales que eran inevitables tras el final de la Guerra Fría. El último secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) buscaba un nuevo ámbito en el que competir con Estados Unidos: la promoción de normas e ideas internacionales novedosas. La nueva retórica utilizada por el líder soviético tenía como objetivo de mejorar la imagen de la URSS y, de este modo, incitar a otros Estados a apoyar el nuevo liderazgo soviético. Sin embargo, la coalición política construida por Gorbachov en torno al Nuevo Pensamiento se desmoronó rápidamente, porque el empeoramiento de las condiciones internas (la crisis económica y los movimientos separatistas en la URSS) afectó al apoyo político que se le había prestado. Las críticas internas coincidieron con la caída del Muro de Berlín en 1989. Además, poner en práctica el Nuevo Pensamiento requería la cooperación de Occidente, algo que Gorbachov obtuvo sólo parcialmente. Para los rusos, el resultado más visible del Nuevo Pensamiento fue (y es) la pérdida de su «imperio exterior» y del estatus de gran potencia.

En mayo de 1989, los estudiantes chinos protestaron en la plaza de Tiananmén, en el centro de Pekín, cuando Gorbachov estuvo en una visita oficial en el país con la intención de mejorar sus vínculos con Deng Xiaoping, y las relaciones sino-soviéticas. Las protestas representaron un claro desafío a la autoridad de Xiaoping. El 3 y 4 de junio de 1989 las demandas de democratización fueron brutalmente suprimidas por el Ejército Popular de Liberación. Las fuentes oficiales confirmaron 260 manifestantes fallecidos y 7.000 heridos. Al parecer, Gorbachov se sintió sorprendido y consternado por el derramamiento de sangre, lo que contribuyó a su deseo de

seguir un rumbo diferente. La URSS no intervino para impedir la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 y el colapso del comunismo. Vladímir Putin, entonces un oficial de la KGB en Dresde, estaba convencido de que él y sus colegas tenían el derecho a defender los intereses soviéticos con todos los instrumentos, incluida la fuerza militar.[38]

La Glásnost y la Perestroika

El sello distintivo de la URSS era su habilidad para distorsionar y ofuscar los eventos históricos. El régimen comunista ocultó a su propio pueblo el alcance de los crímenes que había cometido con un éxito notable. Los rusos sabían que durante el estalinismo habían ocurrido las purgas y la colectivización, pero no sabían cuán extensas habían sido. También los historiadores soviéticos ocultaron los errores de Stalin entre 1939-1941, en su relación con Hitler, que dejaron al país en una posición vulnerable en caso de ataque. La propaganda comunista presentaba la Gran Guerra Patriótica como un evento glorioso cuyo resultado había sido la victoria en una contienda impuesta por Hitler, motivada por los países capitalistas porque «los imperialistas» querían destruir la URSS, un país socialista.

Mijaíl Gorbachov impulsó dos procesos, la Glásnost y la Perestroika, que transformaron la visión de los rusos sobre su pasado y el presente soviéticos. También terminarían por hacer desmoronar el sistema político de partido único, aunque Gorbachov estaba convencido de que iba a democratizarlo.

En la política interior, la reforma de la Glásnost (glas en ruso significa «voz», glásnost significa «decir algo en voz alta») visibilizó los abusos y la arbitrariedad del sistema. La Perestroika era la reforma del Partido Comunista, a la que muchos se oponían. Comenzó en la reunión del Comité Central del 27 de enero de 1987. La democratización pasó a ser un objetivo principal. Gorbachov aspiraba a democratizar tanto la economía como la política, y para ello presentó, en el pleno del Comité Central de junio de 1987, un plan detallado de las medidas a aplicar. El

marco legal para las reformas económicas fue la Ley de las Empresas Estatales.

La primera consecuencia de la Glásnost y la Perestroika en la política exterior fue que los líderes de los satélites soviéticos de Europa del Este podían decidir sobre su propio modelo de reformas. Junto con el Nuevo Pensamiento político produjo varias negociaciones entre el presidente Ronald Reagan y Mijaíl Gorbachov sobre la reducción de la producción de armamento militar, así como la retirada de los soviéticos de Afganistán en 1988.

Gorbachov recomendó la Perestroika a los líderes de los regímenes de los países satélites, con la esperanza de que surgiría un compromiso con las reformas que quería hacer del comunismo. La apertura del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 supuso el fin del orden internacional en Europa del Este creado después del fin de la Segunda Guerra Mundial

Aunque las protestas en contra de la URSS empezaron a florecer en los países del Pacto de Varsovia y dentro de la URSS, Mijaíl Gorbachov tomó la decisión de no usar la fuerza militar para mantener el Imperio soviético, no tenía voluntad de restaurar la represión estalinista para prevenir su colapso.

Cuando estaba claro que el centro no aguantaría, Gorbachov, y posteriormente Borís Yeltsin (1991-1999), intentaron negociar varios acuerdos con cada una de las repúblicas soviéticas para mantener una especie de Estado federal descentralizado, con Moscú como su núcleo. Los líderes rusos rápidamente se resignaron a perder las repúblicas bálticas que no habían sido reconocidas internacionalmente como parte de la URSS, y en principio algunas de las repúblicas caucásicas, como Chechenia. Estos pueblos tenían un fuerte sentido de la identidad nacional, a pesar de los esfuerzos de los Imperio zarista y soviético para rusificarlos y sovietizarlos.

LA IMPLOSIÓN DEL IMPERIO COMUNISTA

En mayo de 1990, el Congreso de los Diputados del Pueblo (CDP), que Mijaíl Gorbachov había creado en 1989 como parte del programa de democratización del comunismo (es decir: transformando el sistema en multipartidista), eligió a Borís Yeltsin como presidente de Rusia, y proclamó a esta «república soberana». Tales decisiones fueron acompañadas de otra no menos decisiva: que las leyes de la Federación Rusa prevalecieran sobre las de la Unión Soviética. Yeltsin anunció que en Rusia habría un sistema multipartidista, que tendría su propio Banco Central y competencias propias en política exterior, interior y de seguridad y defensa. Su Gobierno abrió negociaciones con las repúblicas bálticas, así como con Moldavia, Ucrania y Kazajistán, para establecer relaciones bilaterales. El borrador de la nueva Constitución de la Federación Rusa no mencionaba a la Unión Soviética ni los términos comunismo o socialismo.

La designación de Yeltsin por el CDP no gozaba de legitimidad popular, porque su nombramiento no había surgido de unas elecciones generales. Paradójicamente, la cuestión sobre los comicios presidenciales la resolvió Gorbachov. El referéndum celebrado el 17 de marzo de 1991, planteado por el último secretario general del Partido Comunista de la URSS, sometió a consideración su propuesta de crear una «nueva Unión federal de los Estados soberanos, basada en la declaración de soberanía de cada una de las exrepúblicas». En el caso de Rusia incluía una pregunta especial. Los rusos deberían votar si estaban o no de acuerdo con la elección de Borís Yeltsin por el CDP como presidente de Rusia. Después de que la mayoría votara favorablemente, en junio de 1991 Rusia celebró las primeras elecciones presidenciales de su historia . Yeltsin, que obtuvo una clara victoria con un 57 % de los votos, percibía al CDP, creado por Gorbachov, como un obstáculo, dado que era una herencia de la época soviética. Para asegurar su poder, Yeltsin creó cuatro consejos directamente subordinados a él: el Consejo Estatal, el Consejo de Seguridad Nacional, el Consejo de la Federación y el Consejo de Ministros,

instituciones que no existían en la extinta URSS.

Los líderes del Partido Comunista de Ucrania, que fueron escépticos respecto a la Perestroika , aceptaron introducir el sistema multipartidista. En marzo de 1989, en las elecciones para el CDP, sufrieron una derrota severa. En marzo de 1990, en el referéndum sobre la nueva unión federal, el 80 % de los ucranianos votaron a favor de la misma. En esa misma época, el Parlamento ucraniano adoptó las reformas de mercado para completar la «independencia económica y política» de la república.

Las tres repúblicas bálticas –Lituania, Letonia y Estonia– implantaron las reformas gradualmente. La Glásnost provocó una profunda crisis en sus partidos comunistas. Ya en 1988, un tercio de la población reclamaba la independencia y abrazar tanto la economía capitalista como el sistema multipartidista. El 1 de enero de 1990 adoptaron la «autonomía económica», que en realidad fue una declaración de autonomía total, no sólo económica. Las tres repúblicas proclamaron su independencia en el curso del mismo año. Gorbachov respondió tachando su declaración de «ilegal», y las tensiones entre las poblaciones locales y los militares soviéticos fueron incrementándose. Cuando las fuerzas soviéticas atacaron el edificio de la televisión en Vilna, en enero de 1991, asalto que acabó con catorce víctimas mortales, los disturbios en la capital lituana se contagiaron a varias ciudades de la vecina Letonia. Estaba claro que la coacción de Gorbachov no funcionaba y que el secretario general del Partido Comunista de la URSS empezaba a perder el control. Yeltsin aprovechó la oportunidad para expresar su solidaridad con las repúblicas bálticas: visitó Estonia e instó al secretario general de la ONU a convocar una conferencia de emergencia sobre la crisis. Las tres repúblicas rechazaron participar en el referéndum de 1991 sobre una nueva Unión federal de los Estados soberanos.

La Glásnost abrió la caja de Pandora de las tensiones étnicas en el Cáucaso Sur, que durante muchos años habían sido suprimidas por la fuerza. En 1988 los armenios, que representaban el 75 % de la población del enclave de Nagorno-Karabaj, en Azerbaiyán, se manifestaron a favor de su anexión a Armenia. En enero de 1989 Moscú respondió al conflicto entre armenios y azeríes con una «forma especial de administración» para los armenios de dicho enclave, pero se opuso a cualquier transferencia territorial. Cuando en 1990 los azeríes

obtuvieron de nuevo el control de Nagorno-Karabaj, con el visto bueno de Moscú, desataron una violencia brutal contra la población armenia. Finalmente los militares soviéticos intervinieron para defender a los armenios, y produjeron centenares de víctimas mortales azeríes. En agosto de 1990, Armenia proclamó su independencia y en la primavera de 1991 atacó a los azeríes de Nagorno-Karabaj, y recuperó de nuevo el control. Hasta 1994 no hubo un alto el fuego estable entre las dos partes en conflicto.

En Georgia también aumentaron las tensiones. En febrero de 1989, los diferentes movimientos nacionalistas organizaron manifestaciones a favor de la independencia de la URSS. Al mismo tiempo, las minorías rusas de Abjasia y Osetia de Sur (que eran mayorías en ambas regiones) reclamaron su independencia de Georgia y exigieron integrarse en la Federación Rusa. Finalmente proclamaron su independencia en septiembre de 1990. El 31 de marzo de 1991, en un referéndum sobre una nueva Unión federal de los Estados soberanos, el 99 % de los georgianos votó a favor de su separación de la URSS. Las tensiones étnicas en las repúblicas soviéticas, las reclamaciones de independencia de alguna de ellas, y la pérdida de popularidad de Gorbachov a favor de Yeltsin contribuyeron a la desintegración territorial de aquella.

En el siglo XX, Rusia y posteriormente la Unión Soviética experimentaron dos veces un proceso de desimperialización: primero, en 1917-1921, y luego en 1989-1991. En 1918, los bolcheviques actuaron pragmáticamente motivados por la ideología revolucionaria y por el deseo de conservar la integridad territorial de lo que fue el Imperio zarista, según la doctrina leninista sobre las nacionalidades. Mijaíl Gorbachov intentó crear una nueva URSS en 1991, ofreciendo un mayor poder político a las repúblicas para, de esta manera, reducir el control del centro. A pesar de sus esfuerzos, los tres líderes de las repúblicas eslavas (las más grandes en territorio y población de la URSS), Borís Yeltsin, presidente de Rusia, Stanislav Shushkévich, presidente de Bielorrusia, y Leonid Kravchuk, presidente de Ucrania, firmaron el Tratado de Belavezha el 8 de diciembre de 1991, por el que declaraban la disolución de la Unión Soviética y la constitución de la Comunidad de Estados Independientes. El 31 de diciembre de 1991, la Unión Soviética se disolvió oficialmente.

La ambición principal de Borís Yeltsin era eliminar a Gorbachov y expulsar al Partido Comunista del poder, para desmantelar tan rápido como fuera posible el comunismo y la economía soviética. Tras la introducción de las reformas políticas y de mercado, Rusia entró en una severa recesión. Millones de personas se empobrecieron rápidamente, mientras los «emprendedores», más tarde conocidos como oligarcas, se convirtieron en multimillonarios.[39] *El Parlamento que apoyaba a Yeltsin se volvió contra él en 1993, con un golpe de Estado que el presidente ruso resolvió gracias al decisivo apoyo de los militares, lo que solidificó su poder político. En 1993, los rusos votaron una nueva Constitución que imitaba la francesa, otorgando grandes poderes al presidente de la república. Sin embargo, Yeltsin, a causa de la grave situación económica y por la cada vez mayor influencia de los oligarcas, estaba perdiendo su popularidad. Para conservar el poder, forjó vínculos más estrechos con las fuerzas de seguridad, aumentó el control sobre los medios de comunicación que habían vivido un renacimiento con la Glásnost y, sobre todo, fortaleció la lealtad a su persona de los gobernadores locales a cambio de concederles cada vez más poder y más competencias regionales. En 1996, Borís Yeltsin volvió a ganar las elecciones presidenciales, con una enorme ayuda financiera de Estados Unidos y de los oligarcas que con su poder económico «compraron» el político. Pero el fracaso de las medidas económicas y de la transición a la democracia le obligaron a dimitir, tras nombrar como su sucesor a Vladímir Putin, un antiguo jefe del Servicio de Inteligencia, la temible KGB. Un hombre que había presenciado la humillación de la Unión Soviética desde la ciudad de Dresde, adonde fue destinado en la época de la caída del Muro de Berlín y del colapso del comunismo en Europa Central y del Este.*

Los problemas de la desintegración de la URSS

La desintegración de la URSS creó un dilema real para los rusos étnicos que vivían en otras exrepúblicas. Incluso antes de la desintegración formal, James Baker, el secretario de Estado de Estados Unidos, estaba preocupado por si el deseo de algunas repúblicas soviéticas de independizarse podría producir un derramamiento de sangre. El 19 de noviembre de 1991, en una de

sus visitas a Moscú, preguntó a Aleksandr Yakovlev, uno de los asesores de Gorbachov, si la independencia de Ucrania provocaría una violenta resistencia rusa. Yakovlev se mostró escéptico y respondió que había doce millones de rusos en Ucrania, con «niños de matrimonios mixtos», así que «¿qué tipo de guerra podría darse?». Baker respondió simplemente: «Una guerra normal».[40]

Vladímir Putin afirmó, el 25 de abril de 2005, que «el colapso de la Unión Soviética ha sido el mayor desastre geopolítico del siglo XX. Para la nación rusa, se convirtió en un drama genuino. Decenas de millones de nuestros compatriotas se encontraron fuera del territorio ruso. Además, la epidemia de desintegración infectó a la misma Rusia [...] Los rusos se fueron a la cama en un país y se despertaron en diferentes países; durante la noche se convirtieron en minorías étnicas en las antiguas repúblicas soviéticas, mientras la nación rusa se convirtió en una de las más grandes, si no la más grande del mundo, dividida por fronteras.»[41] Varias de las exrepúblicas prometieron proteger los derechos de esas minorías, pero muchas de esas promesas no se cumplieron.[42] Los rusos étnicos en las exrepúblicas bálticas y Moldavia fueron discriminados, ya que los gobiernos de estos Estados rechazaron concederles la ciudadanía y pasaportes. Muchos rusos volvieron a Rusia, pero muchos otros se quedaron.

Este fenómeno es común a todos los procesos de descolonización y frecuentemente deja a los ciudadanos de la potencia colonialista en circunstancias difíciles, en los Estados recientemente independizados. A veces tienen protección en nuevos Estados, pero el proceso siempre suele ser frustrante. Sin embargo, el caso del Imperio soviético es diferente, porque los rusos no habían colonizado Ucrania o Bielorrusia, llevaban allí tanto tiempo como los actuales habitantes eslavos. Es más correcto (y justo) decir que algunos en Ucrania y Bielorrusia dejaron de ser rusos para adoptar nuevas identidades, mientras que otros no lo hicieron, como afirma Richard Pipes en su libro The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923.[43] Esta afirmación ofende a los nacionalistas de estos países, que defienden ferozmente su identidad nacional, al entender que eso puede amenazar la integridad territorial de sus Estados. Pero hay que separar estas dos cuestiones: los pueblos de Ucrania y Bielorrusia, como los de otras exrepúblicas soviéticas, tienen pleno derecho a tener sus Estados independientes, y ese

derecho no depende de su capacidad de probar y demostrar nada sobre la historia de sus nacionalismos. Se puede defender su integridad territorial sin aceptar el discurso de la nación de los nacionalistas radicales que exageran sus diferencias con los pueblos vecinos.

La gran mayoría de los exciudadanos soviéticos consideran, aunque por diferentes razones, que el acuerdo de la desintegración de la URSS estuvo mal planificado y fue injusto. En el caso de Rusia, el deseo de revisar este aspecto del acuerdo tiene raíces profundas en algunas políticas rusas que transcienden al régimen de Vladímir Putin y su instrumentalización de los compatriotas en otras exrepúblicas para mantener la influencia rusa. Como se verá en los capítulos que siguen, el primer revisionismo surgió en los años noventa durante el postimperium, durante el gobierno de Borís Yeltsin, y posteriormente fue adoptado como una herramienta más en el proceso de reimperialización que comenzó en 2008.

La desaparición del Imperio soviético es peculiar en un aspecto más. Moscú, que era el centro del poder, perdió el control político y de influencia antes de retirar su poder militar, e incluso antes de que existiera cualquier acuerdo sobre cómo hacerlo. De este hecho surgieron tres problemas. El primero fue que, como el Ejército soviético había seguido las viejas prácticas imperiales de desplegar sus unidades por todo el territorio, no resultó fácil retirarlo cuando se desintegró el Estado común y se intentó aplicar las nuevas líneas políticas. Muchos militares se quedaron en las exrepúblicas, porque habían formado familia allí. Además, la Flota del Mar Negro, ubicada en Sebastopol, se convirtió de repente en territorio de Ucrania. Segundo problema: las armas estratégicas nucleares estaban desplegadas por todo el territorio de la URSS. Los sistemas nucleares estaban en Bielorrusia, Ucrania, Kazajistán y Rusia. Tanto Moscú como la comunidad internacional estaban decididos a que sólo una potencia nuclear emergiera de las ruinas de la URSS, no cuatro. Moscú rechazó la idea de tener potencias nucleares en sus fronteras, y Occidente estaba horrorizado ante la perspectiva de que cuatro Estados poseyeran misiles balísticos intercontinentales. El tercer problema era que la industria militar soviética estaba desperdigada por todo el territorio soviético, aunque se concentraba en Kazajistán, Rusia y Ucrania. Que los componentes para el armamento que se producía en Rusia pasaran a estar en los

territorios de otros Estados tuvo consecuencias nefastas.

Las decisiones en relación con estos asuntos se tomaron muy rápido, en muchos casos se pasó de puntillas por encima, sin ningún acuerdo general sobre los principios con los que se negociaba, y muchas veces en un contexto de caos político y económico. Rusia pudo reclamar el derecho de todas las armas nucleares de la URSS, la Flota del Mar Negro y otros activos estratégicos, sólo sobre la base de que era más práctico y atendiendo a un etnocentrismo extremo. Todas las repúblicas soviéticas habían contribuido con sus recursos a construir el Estado soviético.

Las negociaciones sobre el armamento nuclear no fueron fáciles. Moscú firmó un acuerdo con Ucrania (el Memorando de Budapest sobre Garantía de Seguridad) el 5 de diciembre de 1994, que estipulaba que Rusia, Reino Unido y Estados Unidos garantizarían la integridad territorial de Ucrania (pero no su seguridad, una salvedad muy importante) a cambio de deshacerse de todas sus armas nucleares y de su adhesión al Tratado de No Proliferación Nuclear. Hay que tener en cuenta que el control del armamento nuclear estaba en Moscú, por lo que si el Kremlin no cedía las claves de este armamento (y no lo iba a hacer), poco sentido tenía mantener el armamento nuclear en el territorio de Ucrania, Bielorrusia o Kazajistán.

Para Moscú la cuestión más dolorosa era la Flota de Mar Negro. Yeltsin aceptó dividirla con Ucrania, reconociendo la propiedad territorial ucraniana de la parte rusa de la base de la flota, y suscribir un contrato de arrendamiento limitado por ella.

Rusia perdió aceleradamente el control de la industria militar soviética. Las fábricas en Ucrania y en otras partes funcionaban, pero ahora eran propiedad de los oligarcas ucranianos, o de los de Kazajistán. Estas fábricas, una vez parte del sistema soviético, de repente se convirtieron en la competencia para las exportaciones de Rusia. Y más importante aún: la industria militar rusa seguía dependiendo de piezas que se producían en otras exrepúblicas, lo que supuso serias dificultades para la fabricación de armamento dentro de la Federación Rusa.

Todos estos asuntos constituyeron asuntos internacionales en el

momento en que se resolvían, desde que las repúblicas de la URSS proclamaron su independencia el último día del año 1991 y fueron reconocidas como Estados soberanos por la Asamblea General de las Naciones Unidas en julio de 1992. También el acuerdo entre Rusia y Ucrania en relación con Sebastopol y la división de la Flota del Mar Negro fue un acuerdo internacional, firmado el 28 de mayo de 1997. Sin embargo, la perspectiva del régimen de Vladímir Putin es diferente. Según el Kremlin, las decisiones sobre Crimea, la Flota del Mar Negro y Sebastopol son internas, unos acuerdos entre exrepúblicas soviéticas. Esta visión se apoya en el hecho de que Nikita Jrushchov decidió transferir Crimea a Ucrania en 1954 como una formalidad administrativa, porque el territorio al que se transfirió estaba dentro de las fronteras del Estado común y porque en esa época era imposible imaginar que Rusia y Ucrania fueran a convertirse en dos Estados separados. El Kremlin renunció unilateralmente a los acuerdos en relación con la Flota del Mar Negro y la división en el uso de Sebastopol poco después de la anexión de Crimea en 2014.

LA ESTRUCTURA POLÍTICA Y TERRITORIAL DE LA RUSIA ACTUAL

La estructura política

La desintegración del Imperio comunista representó una oportunidad histórica para construir un Estado-nación ruso, emprender un proceso de transición a la democracia e integrar a Rusia en las instituciones internacionales multilaterales. Borís Yeltsin intentó cumplir con esta misión histórica a través de tres grandes reformas: introducir el mercado libre con una reforma de la economía planificada, transformar el Estado gobernado por un partido único en un sistema político pluripartidista y construir un Estado-nación sobre las ruinas del imperio. Este proceso fracasó a causa, sobre todo, del legado histórico ruso y de las contradicciones estructurales en el proceso de transición.

La estructura política de la Federación Rusa se sostiene sobre dos pilares: la Asamblea Federal, que se compone de dos cámaras –la Duma, compuesta por 450 miembros, que es la Cámara Baja, y el Consejo de la Federación, la Cámara Alta, compuesta por los representantes de 89 regiones. Además de estas dos instituciones, el presidente del Gobierno cuenta con unos poderes extraordinarios (por ejemplo, derecho de veto a las decisiones que tomen los gobiernos locales y regionales) gracias a la Constitución de 1993.

El Gobierno no fue capaz de crear un sistema de administración eficaz a nivel central, tampoco local. La arbitrariedad al aplicar las leyes, la corrupción generalizada y el excesivo poder de la burocracia reflejaban la degradación del Gobierno central, que se enfrentaba a la amenaza de la disolución. Moscú perdía gradualmente el control de los gobiernos locales, mientras aumentaba el poder de los 89 sujetos de la Federación[44] –24 repúblicas, 48 Oblast, 9 territorios (similares a los Oblast, pero más

periféricos), 4 distritos autónomos (Okrug), las 3 ciudades federales (Moscú, San Petersburgo y Sebastopol) y una región autónoma[45]. La «regionalización» del poder comenzó en las áreas étnicas, como Tartaristán, que rechazó reconocer el poder central en febrero de 1994 y firmó un acuerdo para llevar a cabo una política exterior independiente y tener el control de sus propios recursos económicos.

La Rusia de Yeltsin estaba marcada por la debilidad del centro y por el poder de los barones regionales en las repúblicas federales y en las regiones, que coincidía en gran parte con la estructura de la URSS. Richard Sakwa se refería al sistema no democrático y asimétrico de la autonomía regional como «regionalismo segmentado», un batiburrillo de los acuerdos bilaterales entre Moscú y diferentes autoridades provinciales.[46] Este tipo de arreglos evocaba las políticas de la diferencia que durante largo tiempo caracterizaron al Imperio ruso, y también a la URSS, aunque fueron modificadas por la homogeneización burocrática centralizada de Stalin. Yeltsin institucionalizó la política de la diferencia: a algunas repúblicas como Tartaristán o Sajá se les dio un control amplio sobre sus recursos naturales (petróleo y diamantes, respectivamente). A los líderes locales, que frecuentemente tenían estrechos vínculos con la mafia, se les permitió explotar sus regiones siempre y cuando fueran leales a Yeltsin.

Cuando Rusia renunció a tener influencia en las exrepúblicas soviéticas, al comienzo de la década de los noventa, poco a poco restableció la política de la diferencia dentro de Rusia, retrocediendo hacia la particularidad y distinción que gradualmente aumentaron al final de la Unión Soviética y su seudofederalismo. Los ciudadanos eran desiguales ante la ley. En esencia, dependían de los señores locales, estaban sujetos a una arbitraria autoridad local. El «poder vertical» había desaparecido, y la amenaza de una desintegración de la Federación Rusa era palpable.

La llegada de Vladímir Putin al poder en el año 2000 fue un reconocimiento tácito del fracaso de Rusia en la transición a la democracia.[47] Una de sus primeras tareas fue restablecer el poder vertical y central. La Federación Rusa fue dividida en siete distritos (como en la época del zar Iván IV). Otro de los asuntos más

importantes para garantizar la supervivencia del Estado fue volver a tener la capacidad de recaudar impuestos (uno de los mayores problemas del gobierno de Yeltsin), y conseguir que las leyes locales de las regiones no socavaran las leyes de la Federación.

El 8 de diciembre de 2023 Putin anunció que se presentaría a las elecciones presidenciales de Rusia del 17 de marzo de 2024. El anuncio estuvo impulsado por Artyom Zhoga, el presidente de un parlamento regional de la región de Donetsk, ocupada por Rusia en Ucrania, quien pidió al líder ruso que se presentara a los comicios y afirmó estar hablando en nombre de «todo el pueblo» del Donbás. «No lo ocultaré. He cambiado de opinión, varias veces, según el momento», le dijo Putin a Zhoga y otros reunidos a su alrededor en una sala dentro del Kremlin. «Pero tienes razón. Ahora es necesario tomar una decisión. Me presentaré».[48] Nadie se sorprendió. En 2020 la Duma rusa cambió la Constitución para que él pueda presentarse a dos mandatos más. Sin embargo, el momento elegido para anunciar su nueva candidatura sorprendió a los que esperaban que Putin evitaría una guerra en Ucrania durante la campaña. El escenario, la sala de San Jorge del Kremlin, que según el presidente «encarna la grandeza de la gloria militar de Rusia», con soldados uniformados presentes, sugería que la campaña la haría como líder de guerra, pues su figura es imprescindible para ganarla.

Durante sus campañas a las elecciones presidenciales de 2000, 2004 y 2012 como candidato del partido Rusia Unida, Putin prometió la «dictadura de la ley», la «liquidación de la clase de los oligarcas», la recuperación del orden y la seguridad destruidos en el caos de los años noventa y la reconstrucción del Estado centralizado. Durante esas campañas la imagen de Putin se ajustaba a la del macho alfa que sobrevolaba el frente de Chechenia en un helicóptero militar, buceaba en el mar Negro para rescatar ánforas del siglo V a. C., guiaba bandadas de grullas pilotando una avioneta ligera, montaba a caballo con el torso desnudo, acariciaba cachorros de tigre siberiano, jugaba el hockey sobre hielo y tumbaba a todos sus rivales en un combate de judo.

El putinismo, el régimen político de Rusia, ha pasado por dos fases: desde el año 2000 hasta el conflicto de Ucrania y la anexión de Crimea en 2014, la imagen de Putin fue la de salvador de Rusia y del pueblo ruso, al que habría liberado de sus fuerzas destructivas

internas y externas, de la corrupción y de la influencia de los oligarcas en los asuntos del Estado, de los movimientos independentistas musulmanes del norte del Cáucaso y de la influencia de Occidente. Sin embargo, desde 2014, dado el empeoramiento de la situación económica en Rusia a causa de la bajada del precio del petróleo y de las sanciones económicas, Putin se ha convertido en un guerrero, un líder que se propone recuperar el prestigio internacional de Rusia mediante intervenciones militares en Ucrania y Siria.

La campaña de las elecciones presidenciales de 2018 reflejó una nueva faceta de Putin. Las televisiones patrocinadas por el Kremlin emitieron diversos documentales sobre la «vida religiosa» del presidente, entre los que destaca uno sobre la visita de Putin al monasterio de Vaalam, el Athos ruso, en una isla del lago Ladoga (Karelia). Allí se sumergió en agua helada para llevar a cabo un rito de epifanía. Vaalam, «espejo de Rusia» según uno de esos documentales, fue destruido durante la Segunda Guerra Mundial y restaurado gracias a la ayuda del presidente. Como «salvador» religioso pretende reconciliar dos legados, la condición de gran potencia de la antigua URSS y la tradición imperial ortodoxa del zarismo, conectando así con el mito de la «Rusia eterna» conquistada por los mongoles, por Napoleón y por Hitler, pero liberada y restaurada por Iván III, Alejandro II y Stalin, y, antes que ellos, por Alejandro Nevski, santo, guerrero y salvador del reino ruso de Kiev contra suecos y alemanes, el modelo que mejor se aviene con el nuevo avatar de Putin.

La estructura territorial

La actual Constitución de 1993 mantiene el marco etnoterritorial heredado de la época soviética y define la autoridad de las repúblicas étnicas en función de asuntos culturales y educativos. Tanto la Constitución como diferentes leyes conservan algunas ambigüedades del sistema soviético: la estructura etnoterritorial se mantiene, pero no todas las autonomías gozan de los mismos derechos. Por ejemplo, los tártaros que viven en Mari-El no tienen

los mismos derechos culturales que los tártaros que viven en Tartaristán, una república que sigue gozando de los derechos de la política de la diferencia. En 1994, Yeltsin llegó a un acuerdo bilateral con Tartaristán después de que esta república proclamara su independencia. Tartaristán ganó el control de los beneficios económicos que provenían de los minerales y los impuestos, el derecho a bloquear las leyes federales que entraran en contradicción con las suyas y participar en las negociaciones internacionales con sus propios representantes. Aparte de Chechenia, el acuerdo con Tartaristán representa la concesión más grande a un nacionalismo local en la Federación Rusa.

A pesar de que Putin quiso consolidar el poder vertical, Rusia sigue siendo un Estado mosaico de culturas, demografías y políticas, y tiene fronteras exteriores e interiores. La mayor concentración de los rusos no étnicos (aparte de Moscú y San Petersburgo) está en veintiún repúblicas étnicas, concentradas a lo largo del río Volga, en Siberia y en el norte del Cáucaso. Una vez entidades constitutivas de la URSS, e incubadoras de las identidades no rusas, las repúblicas étnicas, especialmente las del Cáucaso Norte, representan un espacio límite, un «extranjero interno» que podría reventar la unión del Estado con sus reclamaciones de independencia. La relación entre estas repúblicas con el centro es diferente de la que hay con provincias no étnicas porque son la casa de unas etnias particulares. Las autonomías étnicas juegan un papel importante en la articulación, consolidación y territorialización de las fronteras de la identidad no rusa. En la mayoría de ellas las estructuras de poder de las minorías étnicas siguen existiendo, mientras Moscú sigue aplicando las clásicas estrategias imperiales de acuerdos y coacción. A falta de los elementos propios de un Estado de los que sí disfrutaron otras catorce repúblicas de la URSS, las poblaciones de las autonomías étnicas de Rusia han tenido un alto nivel de rusificación. La inmigración interna en la era soviética redujo los grupos titulares.[49] Sólo Chechenia, Chuvasia, Ingusetia, Kabardino-Balkaria, Kalmukia, Osetia del Norte-Alania, Tartaristán y Tuva tenían las mayorías titulares en 2010, según el censo (esto es, la población indígena representaba una mayoría. El resto de las repúblicas tiene una población mucho más mezclada, donde no se perciben claras mayorías).

Las autonomías étnicas en las repúblicas que forman parte de la Federación Rusa son las incubadoras del patriotismo local, así como de la etnicidad patrocinada por las redes que dominaban las políticas locales. Este proceso ha sido más pronunciado en las siete repúblicas del Cáucaso Norte (Chechenia, Osetia del Norte-Alania, Ingusetia, Daguestán, Kabardino-Balkaria, Karacháyevo-Cherkesia y Adigueya), que mantienen el carácter de una periferia imperial, con unas identidades étnicas y culturales fuertes y un Gobierno indirecto que se basa en un alto nivel de negociaciones y de cooptación de las élites locales. Las tres repúblicas del este del Cáucaso Norte (Chechenia, Daguestán e Ingusetia) conforman la región más volátil y la que más se parece a las fronteras tradicionales del imperio. Tiene pocos rusos étnicos y conserva intactas las estructuras religiosas, familiares y de clan.

La ambición de Putin de crear un poder vertical más fuerte implicaba ganarse a las élites de las repúblicas, que respondieron con una combinación de adaptación y resistencia. Esta política de la diferencia, sobre todo en Chechenia, sigue siendo un obstáculo para la democratización de Rusia y la creación de un Estado-nación cívico basado en la igualdad de la ciudadanía y en una Administración estatal uniforme.

La mayoría de los acuerdos de la época de Yeltsin entre Moscú y las repúblicas caducaron durante los dos primeros mandatos de Putin, entre 2000 y 2008. Chechenia aceptó renunciar a sus exigencias de soberanía sólo en 2010, y el tratado bilateral con Tartaristán duró hasta 2017. Mientras tanto, Putin impuso el control estatal a las compañías que explotan los recursos claves de cada república. Las élites locales que no se amoldaron a las políticas del centro fueron expulsadas bajo la acusación de corrupción.

LA FRONTERA INTERIOR: EL CÁUCASO NORTE

Las repúblicas del Cáucaso Norte forman parte la Federación Rusa pero al mismo tiempo no dejan de representar una frontera interior del Estado ruso. El estatus límite del Cáucaso Norte en parte es consecuencia de las grandes dificultades que tuvo el Imperio zarista para conquistar la región entre 1780 y 1864, así como de la territorialización de la identidad nacional en la época soviética.

Las rebeliones en la región comenzaron en 1785, poco después de su incorporación al imperio, y se convirtieron en una práctica habitual hasta 1859, cuando fue capturado el imán Shamil, una autoridad religiosa carismática que lideraba la resistencia de los pueblos de la región. Durante la guerra civil (1918-1921), el Cáucaso Norte fue escenario de duras luchas entre blancos, rojos y cosacos. Entre 1921 y la Segunda Guerra Mundial, los chechenos se rebelaron tres veces, en 1926, 1928 y 1930, por su oposición a la colectivización agrícola. Después de la Segunda Guerra Mundial, Stalin ordenó la deportación de chechenos, ingusetios, daguestaníes y cherkes a Asia Central.[50] Las deportaciones se acompañaban de la destrucción de los monumentos culturales y de la importación de colonos desde la parte europea de Rusia. Aunque Jrushchov permitió a las poblaciones deportadas del Cáucaso Norte volver a sus tierras a mediados de los cincuenta, su vuelta se vio obstruida por los conflictos entre los que habían sido deportados y los que vinieron después de las deportaciones (los nuevos colonos) de las poblaciones locales.

A la proclamación de independencia de Chechenia en noviembre de 1991 Yeltsin respondió con dos guerras: la primera entre 1994 y 1996 y la segunda entre 1999 y 2006. Las dos le ayudaron a mantenerse en el poder, y también abrieron el camino a Putin para hacerse con la presidencia de Rusia. Desde entonces, Putin ambicionó resolver el problema de Chechenia, porque formaba parte de la legitimidad de su poder. Para conseguirlo se destinaron grandes subsidios para la reconstrucción de Chechenia y el desarrollo del gobierno indirecto a

través de las élites locales. El antiguo mufti Ajmat Kadírov fue nombrado presidente de Chechenia, lo que acordaba a los intentos del Imperio zarista de cooptar las élites locales. Después del asesinato de Kadírov en 2004, su hijo Ramzán ocupó su lugar. Chechenia forma parte de la Federación Rusa pero tiene acuerdos suscritos con el Kremlin que no tiene ninguna otra república: disfruta de una independencia completa (excepto en nombre) y de subsidios de millones de rublos. Tiene su propia unidad militar, llamada Kadirovtsy, que está formada por alrededor de 20.000 soldados muy bien armados. Aparte de encargarse de la defensa de Chechenia, estos soldados sirven de guardia pretoriana de Rusia, como se vio en las guerras en Ucrania y Siria. Además, Ramzán Kadírov ha conseguido cumplir varias de sus demandas económicas, como el traslado de la Administración y la explotación de los territorios ricos en minerales de Ingusetia, a pesar de la oposición de la población local. El Kremlin también tolera la introducción de la sharia (la ley tradicional musulmana) dentro del orden jurídico ruso. La situación es similar en otras partes del Cáucaso Norte. Las redes familiares mantienen el poder en Kabardino-Balkaria, donde la familia de Kokov ha proporcionado tres gobernadores desde 1991.

Desde la época del Principado de Moscovia, todos los gobernantes rusos han tenido dificultades para encontrar un equilibrio entre el interés regional y el control central, en un país de inmenso territorio con una limitada capacidad administrativa. Actualmente Rusia ofrece a los habitantes de su frontera, tanto a los que viven cerca de las externas como a los que viven dentro de las internas (por ejemplo los de Chechenia o Tartaristán), grandes oportunidades de autoadministración, mucho más grandes que China, Irán o Turquía, como concluye Jeffrey Mankoff.[51]

32. En el libro anterior, Breve historia de la Revolución rusa, analicé con detalle y desde diferentes perspectivas (política, ideológica, cultural, socioeconómica y bélica) la creación, las características y el colapso de la URSS.

33. El objetivo de la rebelión de los decembristas era la reforma y transformación del Imperio ruso para incluir a todos sus súbditos de manera más igualitaria.

34. John Norton Westwood, Endurance and Endeavour. Russian History 1812-2001, Oxford, Oxford University Press, 2002.

35. Véase la tabla «Las nacionalidades del Imperio ruso y la Unión Soviética (en millones)» incluida en los anexos.

36. Citado en Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny, Russia's Empires, Oxford, Oxford University Press, 2017, p. 376.

37. Geraint Hughes, My Enemies' Enemy: Proxy Warfare in International Politics, Eastbourne, Sussex Academic Press, 2012.

38. Vladímir Putin con Nataliya Gevorkyan, Nataliya Timakova y Andrei Kolesnikov, First Person: An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Putin, Nueva York, Public Affairs, 2000. pp. 69-76.

39. La oligarquía, del griego ὀλιγαρχία (oligarchía), derivado de ὀλίγος (olígos), que significa «poco, escaso, reducido», y ἄρχω (archo), que significa («mandar, ser el primero»), en la ciencia política es una forma de gobierno en la que el poder supremo está en manos de pocas personas, generalmente de la misma clase.

40. Mary Elise Sarotte, Not One Inch, op. cit.

41. Todos los discursos de Vladímir Putin se encuentran en la página web del presidente, en ruso y en inglés: http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts. En adelante sólo se precisan las fechas de los discursos mencionados.

42. Posiblemente el documento más importante para el cumplimiento de tales acuerdos es el Acuerdo para la Formación de la Comunidad de Estados Independientes, que nunca se materializó. En Leon Aron, Roads

to the Temple: Truth, Memory, Ideas in the Making of the Russian Revolution, 1987-1991, New Haven, Yale University Press, 2012, p. 477.

43. Richard Pipes, The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923, Cambridge, Mass., Harvard University Press [edición revisada de 2023].

44. En marzo de 2014 la Federación Rusa anexionó Crimea. En octubre de 2022, anexionó el Donbás (compuesto por Donetsk y Lugansk), Jersón y Zaporiyia.

45. Territorial’nyy sostav Rossiyskoy Federatsii («La estructura territorial de la Federación Rusa»), Rossiyskoye obshchestvo znaniye, https://znanierussia.ru/articles/Субъекты_Российской_Федераци.

46. Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny, Russia’s Empires, op. cit., pp. 243-244.

47. Los detalles de la difícil situación política y económica durante el segundo mandato de Borís Yeltsin está analizada con detalle en Breve historia de la Revolución rusa, pp. 233-248.

48. «Putin Says ‘I Will Run’ When Asked About Russia’s Presidential Election In March», Radio Free Europe, 9 de diciembre de 2023, https://www.rferl.org/a/putin-russia-presidential-election-2024/32722183.html.

49. Es decir, las mayorías étnicas en una república. Por ejemplo, en Georgia la mayoría de la población era georgiana –uno 80 %–, por lo que era el grupo titular de Georgia. El resto –los rusos, los azeríes, los armenios, eran otros pueblos que formaban parte de la población soviética y que habitualmente eran el grupo titular en otra república (los azeríes en Azerbaiyán, los armenios en Armenia).

50. Véase en los anexos el mapa «Las deportaciones y reasentamientos en la Unión Soviética, 1941-1953».

51. Jeffrey Mankoff, Empires of Eurasia. How imperial legacies shape international security, New Haven y Londres, Yale University Press y

CSIS, 2022.

SEGUNDA PARTE

La identidad nacional rusa:

entre imperio y nación

▪

Ninguna nación del mundo ha invertido tanta energía en definir su identidad nacional como los rusos, según James Billington, uno de los mayores expertos en la materia. La identidad nacional rusa se ha forjado dentro de un imperio en constante expansión, y como todas las identidades, en relación con un «otro» diferente.

En 1902, Henry Norman (1859-1939), entonces miembro del Parlamento británico, con motivo de la publicación de su libro All the Russias: Travels and Studies in Contemporary European Russia, Finland, Siberia, the Caucasus, and Central Asia,[52] *fruto de quince años de viajes por la región, a la pregunta «¿Qué es Rusia?» respondió: «sería más fácil decir qué no es Rusia». Churchill, con su celebre afirmación de que «Rusia es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma», sólo contribuyó a la confusión sobre qué es Rusia y quiénes son los rusos. Pero hay hechos irrefutables: su identidad nacional está marcada por su ubicación geográfica, entre Europa y Asia, y se sostiene sobre cuatro elementos invariables: estatismo (un Estado fuerte y centralizado), cristianismo ortodoxo, idioma ruso y la pertenencia al grupo étnico de los eslavos orientales.*

El siguiente análisis no pretende ofrecer un dictamen definitivo sobre qué es la identidad nacional rusa. Más bien intenta describir las percepciones que los rusos tienen de sí mismos, algo muy necesario para comprender el revisionismo actual de esa identidad nacional y de las fronteras postsoviéticas.

IDENTIDAD NACIONAL: LA RUS DE KIEV

A partir del siglo XVIII, los orígenes de Rusia fueron un tema importante en el debate entre historiadores. Los conservadores que defendían la monarquía y el imperio suscribían la «teoría normanda», que originalmente había sido concebida por los historiadores alemanes y que sostenía que los primeros príncipes gobernantes de la Rus de Kiev, de la dinastía Rúrik, habían llegado a Rusia desde Escandinavia, en el siglo IX, a petición de las tribus eslavas que estaban en guerra entre sí. La única evidencia real de este argumento era la Crónica primaria, un relato del siglo XI que describe la fundación de la Rus de Kiev en 862. Lo más probable es que la Crónica se escribiera para justificar lo que en realidad equivalía a la conquista escandinava de la Rus de Kiev. La «teoría normanda» se volvió cada vez más insostenible cuando los arqueólogos del siglo XIX llamaron la atención sobre la avanzada cultura de las tribus eslavas del sur de Rusia. Surgió entonces la imagen de una civilización que se remontaba a los antiguos escitas, los godos, los romanos y los griegos. Sin embargo, la «teoría normanda» era un buen mito fundacional para los defensores de la autocracia, puesto que suponía que sin una monarquía los rusos eran incapaces de tener un sistema de gobierno. Según las palabras de Nikolái Karamzín, el historiador ruso más importante del siglo XIX, antes del gobierno de los príncipes Rusia no había sido nada más que un «espacio vacío» con «tribus salvajes y guerras, que vivían al mismo nivel que las bestias y las aves». Contra esa posición, los liberales sostenían que el Estado ruso había evolucionado de manera espontánea a partir de las costumbres nativas de las tribus eslavas. Según este punto de vista, mucho antes de la llegada de los varangianos los eslavos habían formado su propio Gobierno, y el dominio de los príncipes vikingos mermaron sus libertades.

Otro tema del debate era el estatus del Nóvgorod medieval, que junto con la cercana Peskov fue una civilización floreciente conectada con la Hansa Teutónica de las ciudades alemanas que comerciaban entre sí antes de ser conquistadas por el zar Iván III (1462-1505) y sometidas por completo al Principado de Moscovia

durante los últimos años del siglo XV. Estos debates sobre los orígenes de Rusia crearon un paradigma que refleja el conflicto y la división entre los monárquicos y conservadores extranjeros (europeos), por un lado, y los antimonárquicos, por otro, cuya huella está presente en todos los debates posteriores sobre la identidad nacional y estatal rusa, sobre todo en los del siglo XVIII y el XIX.

Para el Kremlin, y la gran mayoría de los rusos, el reino de la Rus de Kiev es el mito fundacional del «primer Estado ruso». Es cierto que la identidad estatal, así como su linaje dinástico, la afiliación religiosa, las leyes, los modelos arquitectónicos de las iglesias, las interacciones con los nómadas de las estepas y las políticas de diferenciación, tienen su origen en la Rus medieval. Incluso el nombre «Rusia» viene de «rus» (rhós en griego), que connotaba «escandinavos rubios» (igual que «varangianos»). Los escandinavos llegaron a las tierras de Rus a través de cuatro ríos (Dniéper, Dviná, Lovat-Vóljov y Volga), que navegaban para llegar más rápido al Imperio bizantino (en lugar de dar la vuelta por el mar Báltico, el Atlántico y el Mediterráneo). La Rus de Kiev fue gobernada entre 980 y 1015 por el príncipe Vladímir, quien según la leyenda fue bautizado en el año 988 en Crimea, entonces parte del Imperio bizantino, y con ello inició la conversión de su pueblo a la Iglesia ortodoxa oriental.

La disputa actual entre Ucrania y Rusia sobre el príncipe Volodímir/ Vladímir se remonta a muchos años atrás, así como la erección de muchos monumentos en su honor en ambos países. Putin reivindicaba la figura de Vladímir como fundador del Estado ruso, mientras en Ucrania Volodímir se reivindicaba como una figura propia, el «creador del Estado medieval europeo de la Rus de Ucrania», tal y como Petró Poroshenko (presidente de Ucrania entre 2014 y 2019) lo había designado en un decreto presidencial del año 2015. El hecho de que el término «Ucrania» no aparezca en las fuentes escritas hasta finales del siglo XII, y únicamente en el sentido de okraina (la antigua palabra eslava que significa «periferia» o «tierra fronteriza»), fue convenientemente pasado por alto.[53]

La disputa actual sobre la naturaleza de las relaciones de Rusia con Ucrania y Bielorrusia es el resultado de los destinos divergentes de

las regiones del noreste, noroeste y suroeste de la Rus de Kiev después de la invasión mongola (1237-1240), y de la rivalidad entre los Estados sucesores que reclamaban el legado de Kiev. Por mucho que los nacionalistas de los tres países afirman que es «su primer Estado», la Rus de Kiev ni siquiera era un Estado o un imperio, sino una comunidad premoderna formada por diferentes principados en la que la Iglesia ortodoxa actuaba como un foco del sentimiento patriótico. El legado de la Rus de Kiev no es exclusivo de ninguno de los tres países.

El principado de la Rus de Kiev no era una entidad política, sino, según Kivelson y Grigor Suny, una «red mafiosa de comerciantes y señores de la guerra» que se dedicaba principalmente a capturar a la población pagana de la región para venderlos como esclavos en los mercados de Bagdad y Constantinopla.[54] La Rus no pretendía ser un imperio, ya que vivía a la sombra del Imperio bizantino. La principal característica de la población de la Rus era la diversidad cultural y lingüística. La conversión colectiva al cristianismo ortodoxo en 988 fue la clave para crear una comunidad que se identificaba con la religión.

El cristianismo ortodoxo y el gobierno de una dinastía establecieron normas de identificación y afiliación que podían movilizar a sus habitantes en tiempos de crisis, particularmente en la periferia de la Rus, donde la población estaba en contacto, y a veces en conflicto, con gente que se percibía como diferente –los católicos de Polonia y Lituania, o los nómadas musulmanes de la estepa, que venían de Siberia y Asia Central–. La identidad religiosa fue determinante para percibir la diferencia entre la población de la Rus y la de otros pueblos.

La conquista de los mongoles trajo un modelo de gobierno diferente que influirá decisivamente en la estructura política del futuro Imperio ruso. Los mongoles gobernaban a través de un modelo de gobierno indirecto y aplicaban políticas de la diferencia, aunque mantuvieron las estructuras e instituciones preexistentes. Al mismo tiempo, las élites locales y la Iglesia ortodoxa pagaban sus impuestos correspondientes al gran kan. A finales del siglo XIV, el reino de la Rus perdió su integridad territorial: gran parte del suroeste, incluidos Kiev y Galicia-Volinia, fueron conquistados por

Polonia, mientras una parte del noroeste fue conquistada por Lituania. La otra parte del noreste se convirtió en el primer Estado ruso –Principado de Moscovia– y en el embrión del futuro imperio. Simultáneamente, la unidad de la comunidad eclesiástica de los cristianos ortodoxos se vio amenazada, dado que Polonia y Lituania eran países católicos y los mongoles, musulmanes.

Fueron los bizantinos quienes dieron nombres a los tres territorios que sucedieron a la Rus de Kiev: Gran Rusia (Megalé Rosia), para el territorio noreste, compuesto por Nóvgorod y más tarde por el Principado de Moscovia; Pequeña Rusia (Mikra Rosia), en el noroeste, para lo que hoy llamamos Ucrania, y Rusia Blanca, hoy Bielorrusia.

La equiparación de la identidad rusa con la identidad religiosa, propia del periodo imperial, tiene un largo pedigrí que se remonta por lo menos a cuando el monje Simeón de Suzdal, a su regreso del Concilio de Florencia (1439), promovió la idea de Moscú como la Tercera Roma.[55]

IDENTIDAD IMPERIAL Y MESIANISMO RUSO: MOSCOVIA COMO LA TERCERA ROMA

El Principado de Moscovia (1450- 1598) se cimentó en la identificación entre el Estado y la Iglesia ortodoxa. Fue fundado por Daniel (hijo de Aleksandr Nevski) de la dinastía Rúrik, entre 1283 y 1303. La expansión del Principado de Moscovia fue imparable desde el 8 de septiembre de 1380, cuando los rusos liderados por el príncipe Dmitri Donskói de Moscú (1359 -1389) vencieron al kan Mamái que encabezaba las tropas mongolas, tártaras y lituanas. Desde entonces, Basilio I (1389-1425) y Basilio II (1425-1462) lucharon para independizarse por completo de los mongoles, lo que finalmente consiguió, en 1480, Iván III, que se proclamó samoderzhets («autócrata») de «Todas las Rusias» (concepto que incluía a Gran Rusia, Pequeña Rusia y Rusia Blanca). Iván III acometió la expansión del Principado a través de los matrimonios de sus hijos. Pero fue bajo el gobierno de Iván IV el Terrible (1533-1584) cuando las conquistas de Kazán en 1552 y Astracán, en el Mar Caspio, en 1556, crearon el Rossiyskaya Imperia («Imperio ruso»). Entonces entraron en el imperio grandes poblaciones de musulmanes y tártaros.

El papel político, económico y religioso de la Iglesia ortodoxa fue clave para la fundación del primer Estado ruso: al tiempo que se ocupaba de la vida religiosa de sus feligreses, facilitó los conceptos ideológicos que legitimaban el gobierno de los príncipes moscovitas cristianos, frente al gobierno de los musulmanes mongoles. La Iglesia cofinanció la construcción de las iglesias de piedra (las de la Rus de Kiev eran de madera) y jugó un papel decisivo en el conflicto entre los católicos y los ortodoxos en Polonia y Lituania, en el que se postuló como la representante de la «unidad de las Iglesias», es decir, representó a los creyentes ortodoxos que vivían fuera del Principado de Moscovia. Desde entonces, la identidad rusa ha estado ligada estrechamente a la religión, a la expansión territorial y al Estado.

Durante los siglos XV y XVI, el objetivo de los príncipes de

Moscovia era expandir su territorio para extraer recursos. Pero para hacerlo necesitaban una mínima cohesión social, para asegurar la estabilidad en los territorios conquistados. Las técnicas de integración se centraron en la población eslava ortodoxa. A los no ortodoxos se los denominaba «gente de impuestos» y eran gobernados en función de las políticas de la diferencia copiadas de los mogoles: podrían conservar sus costumbres y su religión a cambio de su subordinación al príncipe de Moscovia y el pago regular de impuestos. Generalmente no estaban integrados en la élite rusa, exceptuando a las familias muy ricas.

La identificación de la población rusa con el cristianismo ortodoxo se percibía como la continuidad del Estado de la Rus de Kiev. Estaba marcada por la idea de la «elección étnica», por la creencia de que los rusos son el «pueblo elegido» por Dios, por tener una relación especial y específica con él. Casi todos los pueblos de la tradición musulmana o judeocristiana han desarrollado una variante de «pueblo elegido», pero en el caso de Moscovia había una dimensión especial: durante mucho tiempo fue el único Estado ortodoxo independiente en todo el mundo, cuando otros Estados habían sucumbido bajo el yugo de los otomanos o los católicos, como fue el caso de otros principados de la Rus de Kiev.

El desarrollo de Moscú como la Tercera Roma

El mesianismo ruso tiene su raíz en la desintegración de la Rus de Kiev y la creación del Imperio ruso, pero se desarrolló en un contexto más amplio de enfrentamiento político y religioso en Europa, lo que aumentó la importancia del estatus de Moscú como la Tercera Roma.

El primer enfrentamiento entre católicos y ortodoxos fue el protagonizado por Constantinopla y Roma, que culminó en la ruptura entre la Iglesia católica occidental y la Iglesia ortodoxa oriental el 16 de julio de 1054, por una serie de diferencias eclesiásticas y teológicas, entre el rito griego oriental y el latino occidental. Estas diferencias tenían que ver con «la Procesión del

Espíritu Santo (Filioque), con la cuestión de si debía usarse pan con levadura o pan ácimo en la Eucaristía, con la reivindicación del obispo de Roma de la jurisdicción universal y con el lugar de la sede en Constantinopla, lo que afectaba directamente a la pentarquía»[56]. El segundo enfrentamiento lo protagonizaron Rusia y Polonia, que se intensificó en el siglo XIV, en las tierras de las actuales Ucrania y Bielorrusia, y ha perdurado hasta hoy día, convirtiendo el contencioso religioso en rivalidad geopolítica. Por eso no es de extrañar que una de las medidas que tomó el Gobierno de Ucrania en 2019 fuera solicitar la autocefalia de la Iglesia ortodoxa de Ucrania, o decidir, en 2022, que sólo se celebrará la Navidad católica (24 y 25 de diciembre, según el calendario gregoriano) y no la ortodoxa (según el calendario juliano es el 6 y 7 de enero).

La ruptura en 1054 no separó automáticamente a las poblaciones eslavas del oriente de Europa de jurisdicción romana. Eso sucedió con la invasión de los mongoles, las cruzadas de los católicos en Tierra Santa y el Mediterráneo, así como con las cruzadas de la Orden Teutónica germana en el siglo XIII en el Báltico y Rusia. La ruptura entre los cristianos ortodoxos causada por la desintegración de la Rus de Kiev no fue antilatina, porque los obispos metropolitanos de la Rus de Kiev eran griegos (no eslavos), nombrados por Constantinopla.[57] Pero a lo largo de los años la intolerancia eclesiástica creció. Las cruzadas fueron decisivas para el aumento de la animadversión entre las Iglesias, en particular la cuarta (1202-1204), que emprendieron los barones franceses y los venecianos que los transportaban, con el visto bueno del papa Inocencio III. La cuarta cruzada acabó con un asalto a Constantinopla (entre el 6 y el 12 de abril de 1204), la instalación de jefes latinos en el gran palacio imperial de los bizantinos y el saqueo de tres días por parte de los soldados. La mayoría de los ortodoxos quedaron convencidos de que al papa le había parecido bien lo ocurrido, y ese rumor llegó hasta la lejana Nóvgorod.[58]

Entre 1054 y 1450 hubo unos treinta intentos de acercamiento entre las dos Iglesias. La Iglesia oriental reconoció en dos ocasiones la supremacía de Roma: en el Concilio de Lyon, en 1276, y en el de Florencia, en 1439 (que había comenzado en Ferrara en 1438). En ambos casos el emperador y el patriarca de Constantinopla

suscribieron la unión. En ambos casos la amenaza del Imperio otomano musulmán influyó en la decisión de la élite griega. Y en ambos casos la mayoría del clero, en particular los monjes, y la mayoría del pueblo se opusieron. La caída de Constantinopla en 1453, que Europa no quiso o no pudo evitar, acabó con toda posibilidad de reconciliación. El 28 de mayo de 1453, justo ante de la caída de Constantinopla, los feligreses abandonaron la catedral de Santa Sofía. Obligados a escoger entre la salvación del imperio y la autonomía de la Iglesia, los griegos optaron por lo que consideraron el mal menor: la pérdida del imperio. La caída de Constantinopla fue interpretada por Roma como un castigo divino por el rechazo de la Iglesia oriental a la unión entre las Iglesias. Sin embargo, en Moscú se vivió como un castigo divino para los apóstatas que habían suscrito dicha unión. Moscú, convertida en una metrópoli ortodoxa y gobernada por un gran príncipe ortodoxo, anunció que era la Tercera Roma en 1472. Fue más tarde cuando a la idea de Moscú como la Tercera Roma se le dio un sentido (geo)político, pero el primero en hacerlo fue, como ya se ha dicho, Simeón de Suzdal cuando volvió del Concilio de Florencia. El matrimonio de Iván III con Sofía Paleólogo, sobrina del último basilus, en 1471 selló la ambición política de Moscovia. Desde entonces (con la interrupción del periodo soviético), el águila bicéfala de Constantinopla es el escudo de armas ruso.

En 1512, Filoteo, un monje de Peskov, desarrolló esta idea de Rusia como la Tercera Roma. Según él, Rusia estaba protegida por Dios, porque el zar que llevaba las riendas de todas las sedes de la Iglesia oriental estaba en Moscú. A los católicos los definió como «presas del demonio», y concluyó que «dos Romas cayeron, la tercera está de pie y no habrá una cuarta». El monje Filoteo no pretendía proponer un programa político, sino lanzar una advertencia religiosa, espiritual, a Basilio III: si el zar no ejercía una mayor vigilancia y claudicaba, como las dos Romas anteriores, sería el fin del mundo.

La idea de la Tercera Roma implica que los rusos tienen el deber de proteger a los cristianos frente a los pueblos de otras religiones. Durante el reinado de Catalina II la Grande, esa fue la política oficial del imperio, y desde entonces Rusia se presenta como la «salvadora», no sólo de los cristianos, sino de Europa entera, frente

a los musulmanes, Napoleón o Hitler.

Desde el siglo XIV, la hostilidad entre católicos y ortodoxos en Europa la encarnaron Rusia y Polonia en su rivalidad por los territorios ubicados entre ellas. La culminación de este enfrentamiento llegó en 1596, cuando se fundó la Iglesia grecocatólica (uniata), a través del Acuerdo de Brest firmado en Rutenia (actualmente Ucrania). Los uniatas persiguieron a los creyentes ortodoxos en Rutenia, ante lo cual algunos clérigos comenzaron a llamar la atención sobre los vínculos históricos, religiosos, dinásticos e identitarios entre la Rus oriental y la occidental, con el objetivo de recibir el apoyo del zar ruso –gobernante del único pueblo soberano, el eslavo-ruso (slaveno-rossiyskiy narod) y ortodoxo– y para pedir la unión de los eslavos de Moscovia y los que estaban subyugados por Polonia y Lituania. Los súbditos de la religión ortodoxa en los principados de Lituania y Polonia, de población mayoritariamente católica, veían al Principado de Moscovia como el único posible protector de su identidad. Dos años más tarde, Polonia y Suecia atacaron el Principado de Moscovia, lo que dio inicio al Smutnoye Vremya («Tiempo de turbulencias»), una crisis nacional que llevaba gestándose desde antes a causa del fin de la dinastía Rúrik, diversos problemas sociales y las consecuencia de la larga guerra de Rusia contra Livonia (entre 1558 y 1583). Con el visto bueno del rey polaco, entre 1598 y 1613, en ocho ocasiones los polacos intentaron infiltrar un «falso Dmitri» (el hijo supuestamente vivo que en realidad Iván IV había asesinado en un arrebato de rabia) para apoderarse del trono de Moscovia.

Hubo más intentos de acercar a las dos Iglesias. El papa Juan Pablo II, el primer papa eslavo, trató de visitar Moscú durante su mandato, pero la Iglesia ortodoxa rusa nunca lo permitió. En agosto de 2004 regaló a Rusia el icono de «la madre de Dios de Kazán», el más venerado por los rusos desde que en 1579 apareciera entre unas ruinas en Kazán. El icono había sido robado en 1917, durante la Revolución de Octubre. A partir de entonces no está claro el historial de sus propietarios, hasta que los católicos americanos del Ejército Azul de Fátima lo depositaron en el Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, que a su vez se lo regaló al papa Juan Pablo II. Como a este le fue imposible ir a Moscú, se lo dio al cardenal Walter Kasper, presidente del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, quien lo regaló al patriarcado de

Moscú, en presencia de Vladímir Putin, durante la Fiesta de la Dormición (Asunción) de María en 2004.

La reunión entre el patriarca Kyril de Moscú y el papa Francisco que estaba prevista para junio de 2022 fue cancelada.

TRES ESCUELAS DE LA IDENTIDAD NACIONAL RUSA: OCCIDENTALIZADORES, ESLAVÓFILOS Y EUROASIANISTAS

Desde las guerras napoleónicas, todos los movimientos culturales importantes del siglo XIX se organizaron alrededor del debate, entre eslavófilos y occidentalizadores, sobre el carácter nacional de Rusia. Estos debates se centraron en dos cuestiones principales: quién «sostiene» a Rusia –la monarquía y la aristocracia o el pueblo eslavo– y si la guerra contra Napoleón fue una guerra de liberación nacional que unió a la nobleza y a los campesinos (siervos) en defensa de la nación rusa, o si fue una guerra por la salvación del imperio liderada por el zar y sus generales. Las tensiones entre eslavófilos y occidentalizadores se aceleraron después de la publicación de las Cartas filosóficas de Piotr Chaadayev en 1836, en las que afirmaba que los rusos eran capaces de imitar a Occidente pero incapaces de internalizar sus valores morales y sus ideas esenciales.[59] *Las autoridades le tacharon de lunático, pero desde entonces la cuestión de si los rusos son o no europeos ha estado muy presente entre los intelectuales rusos.*

Occidentalizadores

Los occidentalizadores hacían hincapié en la similitud entre Rusia y Occidente, y veían a Occidente como la civilización más viable y progresista del mundo. La aparición de esta escuela podría remontarse a las reformas de Pedro el Grande (1672-1725). Sin embargo, algunos autores sostienen que la profunda conexión cultural de Rusia con Occidente comenzó con la adopción del cristianismo ortodoxo y el acercamiento al Imperio bizantino. Europa siempre ha sido el «otro significativo» de Rusia, ocupando un lugar destacado en los debates internos y creando el contexto en el que los gobernantes rusos defendían sus valores fundamentales. Los occidentalizadores, que rendían culto a San Petersburgo, «la

ventana a Europa», creían que Rusia siempre había sido parte integrante de la corriente cultural occidental y que la separación de esta se había producido como consecuencia del yugo mongol.

Eslavófilos

La respuesta a los occidentalizadores y su empeño por europeizar y modernizar a Rusia fue el movimiento eslavófilo y el paneslavista. A diferencia de los occidentalizadores, los eslavófilos consideraban que Rusia era una civilización única que combinaba las virtudes de la fe ortodoxa, la etnia eslava y las instituciones comunitarias. De la mano del mito del «alma rusa», de un cristianismo «natural» nacido entre el campesinado y de su culto a la ciudad de Moscú como portadora de un verdadero estilo de vida «ruso» idealizado, los eslavófilos proponían el modelo moscovita como una alternativa a la cultura europea adoptada desde el siglo XVIII por las élites cultas. Además, los eslavófilos creían en la «idea de Rusia », en la naturaleza mesiánica de Rusia, que estaba llamada a curar con su ejemplo tanto las divisiones sociales dentro de Rusia como las heridas espirituales de una Europa asolada por la Revolución de 1848. Apoyaban la autocracia como expresión legítima del poder político ruso, ya que se basaba en la confianza mutua entre el soberano y sus súbditos, según ellos.

Una variante de eslavofilismo era paneslavismo. Los paneslavistas insistían en la existencia de una identidad compartida entre los eslavos para justificar la expansión rusa en los Balcanes, y consideraban que los serbios, búlgaros y otros eslavos ortodoxos eran víctimas de la opresión otomana, por lo que corrían el peligro de perder su verdadera identidad. Los paneslavistas abogaban por cumplir las aspiraciones de los pueblos balcánicos de independizarse del Imperio otomano, designando de paso a Rusia el papel de patrón y protector.

La idea de que Rusia sea un imán para la integración de los eslavos reemergió durante la Guerra Fría para justificar la dominación de la URSS en Europa del Este. Actualmente cimenta el apoyo ruso a

Serbia y otras naciones de la antigua Yugoslavia, y es parte de una estrategia más amplia de Moscú en su rivalidad con Occidente. Como resultado de la derrota en la guerra de Crimea y el consiguiente sentimiento de humillación que sintió la élite rusa por la traición a las potencias europeas, el paneslavismo se presentó como una proyección externa de las ideas de los eslavófilos. Los paneslavistas se definían por contraste con «el otro» Occidente. Comprendían el imperialismo ruso como algo benigno, pues Rusia absorbía a otros grupos no a través de violentas conquistas, sino porque su misión es promover los intereses de estos grupos, obedeciendo así leyes superiores destinadas a establecer una civilización eslava. Según los paneslavistas rusos, la nación rusa, la unificación de todos los pueblos eslavos bajo un Estado federal fuerte, mejoraría el estatus de Rusia en la escena internacional.

Euroasianistas

Mientras los paneslavistas y los occidentalizadores participaron desde dentro en los debates del siglo XIX sobre qué es la identidad nacional rusa, los pensadores llamados euroasianistas eran los exiliados de la Revolución bolchevique. Entre ellos destacaban especialmente el príncipe Serguéi Trubetskói y Lev Gumiliov (hijo de la poetisa Anna Ajmátova). En los años veinte, los euroasianistas articularon una idea sobre el destino «especial» de Rusia dada su naturaleza multiétnica y multiconfensional, y por su condición geográfica: un imperio euroasiático, un «puente» entre dos mundos políticos y culturales distintos. Los euroasianistas sostenían que el factor más importante en el establecimiento de la monarquía y el Estado rusos fue el sometimiento de los rusos a los mongoles, que afectó a Rusia tanto cultural como políticamente. En particular, en lo que se refiere a la construcción del Estado, igual que en el caso de la Iglesia ortodoxa (gracias a la cual Rusia se convirtió en sucesora del Imperio bizantino), el Principado de Moscovia se convirtió en sucesor del Imperio mongol. Por lo tanto, el elemento asiático desempeñó un papel importante en la formación del Estado ruso y su cultura. Además, muchos grupos étnicos que residen en Rusia proceden del este asiático y contribuyen al desarrollo del

carácter asiático de la identidad rusa.

Los euroasianistas consideraban que los valores rusos son diferentes a los de Occidente y que Rusia es una nación singular, precisamente por ser más una civilización que una nación. Debido a su singularidad, Rusia tiene que construir su propio mundo ruso-euroasiático. Por otro lado, el rasgo más importante de la identidad rusa es el poder centralizado de un Estado fuerte con un gobernante autócrata. Respecto a Occidente, los euroasianistas eran escépticos sobre su importancia para el futuro de Rusia. La cuestión que planteaban no era cómo llegar a ser como Europa, que era lo que planteaban los occidentalizadores, sino más bien cómo «alcanzar» y «superar» a Europa y a Estados Unidos.

Como se verá, las ideas de los euroasianistas tenían el mismo origen que la idea que había planteado Fiódor Dostoievski (1821-1881), que se identificaba con los eslavófilos, de que el destino del Imperio ruso se encontraba en Asia, porque allí los rusos podían ser «europeos», más que en Europa. Además, las ideas de los euroasianistas están hoy muy vigentes en Rusia debido a la ruptura de la cooperación entre Occidente y Rusia a raíz de la guerra en Ucrania.

LA IGLESIA ORTODOXA RUSA

Desde los tiempos de la Rus de Kiev, la identidad de los rusos se identificó con la religión. En el Principado de Moscú, que se fundamentaba en la unión del poder político y del religioso, Pedro I estableció la identificación entre el pueblo y el zar, «padre de todos los rusos», y subordinó a la Iglesia el Estado secular. En 1721 el Patriarcado fue sustituido por el Santo Sínodo, que estaba sometido al zar y no a la Iglesia. Las reformas del Pedro I ahondaron una crisis de larga data, surgida entre 1654 y 1667 y marcada por la cuestión de si los rusos debían seguir a rajatabla las formas litúrgicas bizantinas o aceptar una ortodoxia particular rusa. El patriarca Nikon (Nikita Minó, 1605-1776), que abogaba por devolver a la Iglesia rusa a sus orígenes bizantinos, impulsó una contrarreforma que provocaría el raskol («ruptura» o «cisma») entre los feligreses rusos. Se denominó raskolniki o «viejos creyentes» a los cristianos que siguieron las enseñanzas de Nikon.

A partir del cisma, la vida en Rusia se dividió en dos esferas, una religiosa y otra civil. El origen de las divisiones sociales de hoy está en el raskol, así como la tradición de construir ermitas (skete), que era un desafío abierto a las reglas espirituales del Santo Sínodo (desde 1721 había prohibido hacerlo). La Iglesia era una fiel herramienta en manos del zar, porque había perdido una gran parte de sus tierras a favor del Estado, de manera que dependía de las finanzas estatales para mantener al clero parroquial y sus familias. Eso abrió el camino a la corrupción. A medida que la vida espiritual de la Iglesia oficial fue decayendo, la gente se distanció de ella para unirse a los «viejos creyentes» o a las diversas sectas que florecieron a partir del siglo XVIII.

Mientras tanto, en el interior de la Iglesia surgía un movimiento de predicadores que buscaban en las tradiciones de los monasterios antiguos (uno de los más conocidos es Optina Pustyn, que fue visitado por Gógol, Dostoievski y Tolstói) un renacimiento espiritual.[60] *Tanto la Iglesia como las autoridades estatales desconfiaban de ese movimiento*

reformista. Los principios ascéticos del padre Paisio (1722-1794), nacido en Ucrania, que en los últimos años del siglo XVIII encabezó ese resurgimiento espiritual dentro de la Iglesia, eran, en esencia, un regreso al sendero del hesicasmo de los monjes medievales más venerados de Rusia. Paisio promovió el papel de lo consejeros religiosos, los starets (staro significa «viejo», starets, «viejos»; se refiere a los monjes ermitaños, ascetas y con mucha experiencia espiritual). En las primeras décadas del siglo XIX, las ideas del padre Paisio fueron adoptadas poco a poco por un clero que veía en ellas un regreso a los «antiguos principios rusos». Los starets, junto con la tradición del skete, fueron la clave del renacimiento de los monasterios en el siglo XIX.

Todas estas circunstancias crearon un contexto de gran desconfianza hacia la Iglesia como institución, lo que le impidió el desarrollo de un pensamiento religioso sólido que se adaptara a los cambios y las circunstancias políticas en el siglo XX y el XXI.

LAS RAÍCES DEL ANTIOCCIDENTALISMO POLÍTICO RUSO

El antioccidentalismo político ruso tiene raíces en el cristianismo ortodoxo y en su rivalidad con otras religiones cristianas, sobre todo la católica, que durante siglos alimentó las aspiraciones geopolíticas rusas. Durante la Guerra Fría los bolcheviques articularon el antioccidentalismo político como anticapitalismo y antiimperialismo. El antioccidentalismo actual ruso vuelve a sus raíces históricas, en apariencia puramente religiosas, y considera que la «misión civilizadora» de Rusia es proteger y conservar los valores tradicionales de la religión cristiana ortodoxa (lo que fue uno de los principales elementos del programa político de los eslavófilos del siglo XIX). Aunque el antioccidentalismo político comenzó a fraguarse en la guerra de Livonia frente a los católicos, y posteriormente durante los diferentes conflictos entre Rusia y Polonia, fueron los viajeros occidentales y rusos del siglo XVIII y XIX quienes, en sus libros de viaje, definieron los tópicos negativos de Rusia y de Europa respectivamente, como demuestra en su excelente libro Larry Wolff.[61] Pero sin duda lo que resultó decisivo en la articulación del sentimiento antioccidental de los rusos fue el apoyo de Francia e Inglaterra al Imperio otomano en la guerra de Crimea.

Ivan Krastev y Stephen Holmes, en su libro La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz, sostienen que en lo que se refiere a Rusia, Occidente se siente como el personaje de la novela clásica El doble de Fiódor Dostoievski.[62] *La novela cuenta la historia de un funcionario de segunda que acaba en un manicomio tras encontrarse con su doble, un hombre que es igual que él y habla igual que él, pero que muestra todo el encanto y la autoestima de los que el torturado protagonista carece por completo. Según Krastev y Holmes, aunque existe una diferencia importante entre la novela y la realidad en la que vivimos, la metáfora del doble es aplicable a las relaciones entre Rusia y Occidente. En la obra de Dostoievski, el doble parece ser la persona que el protagonista siempre ha querido ser, y Rusia se ha convertido, para Occidente, en el doble en el que teme convertirse.*

Podemos añadir a esta metáfora de Krastev y Holmes que el doble de Rusia siempre ha sido Europa, en el sentido literal de la novela de Dostoievski.

LA INVENCIÓN DE RUSIA Y EUROPA DEL ESTE POR LOS VIAJEROS OCCIDENTALES EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

La división de Europa en Europa del Este (comunista) y Europa Occidental (la de las democracias liberales) se acentuó después del conocido discurso de Winston Churchill en 1946, en Fulton, Misuri, en el cual describió una cortina de hierro ubicada entre Szczecin, en el Báltico, y Trieste en el Adriático. Desde entonces se convirtió en una frontera estructural crucial, en la mente y sobre el mapa. Los países detrás de la cortina de hierro eran «Estados orientales de Europa». Sin embargo, varios estudios demuestran que Europa del Este y Rusia fueron inventadas por los viajeros occidentales mucho antes de la Guerra Fría. Europa Occidental habría inventado la Europa oriental, en la época de la Ilustración, como su propia mitad complementaria.[63] Los europeos, mientras cultivaban una imagen de sí mismos como «civilización», descubrieron, en el mismo continente, las tierras sombrías y atrasadas, incluso bárbaras. Descubrieron un doble.

Desde la época de Renacimiento hasta la de la Ilustración, la división conceptual de Europa era entre el sur y el norte. Italia, sobre todo Florencia, Venecia y Roma, eran la quintaesencia de la educación, el arte y la economía, mientras Alemania representaba a las tribus bárbaras que practicaban sacrificios humanos. En la época de la Ilustración, los centros culturales se comenzaron a mover desde Florencia, Roma y Venecia hacia París, Londres y Ámsterdam. La Ilustración inventó la Europa Occidental y la Oriental a la vez, como conceptos complementarios, definiendo a cada uno según su opuesto y adyacente. Para este proceso de invención, los viajeros y la literatura de viajes fueron fundamentales. Las tierras de Europa del Este eran suficientemente desconocidas, por lo que cada uno de los viajeros pudo hacer su propio mapa mental por asociación entre ellas y en comparación con Europa Occidental, para confirmar y subrayar la diferencia entre los desarrollos de las dos partes.

Como muchas otras grandes ideas de la Ilustración, la de Europa del

Este comenzó con Voltaire. Era conocida su fascinación por Rusia, que expresó en su libro Historia del Imperio Ruso bajo Pedro el Grande, publicado en dos volúmenes en 1759 y 1762. Pero la que fue un enorme éxito fue su Historia de Carlos XII, en la que describía cómo acompañaba al rey sueco en sus campañas de conquista por las tierras de Polonia, Rusia, Ucrania y Crimea. Entre 1760 y 1770 la adulación mutua entre Voltaire y Catalina la Grande hizo que Catalina II se convirtiera en una de las patronas más importantes de la Ilustración. Voltaire insistió en la posición de Rusia entre dos continentes, Europa y Asia. Su parte europea, «desde los límites del mar Caspio hasta los límites del mar Báltico», pertenecía al norte de Europa. A Ucrania la describió como «tierra de cosacos, muy vulnerable por estar situada entre Polonia, Moscovia y el Imperio otomano». Durante las conquistas de Carlos XII, Voltaire se encontró con los cosacos de Zaporiyia, que describió como «la gente más extraña que hay en la tierra», «una mezcla de rusos, polacos y tártaros». Su religión era una «especie de cristiandad», su economía giraba en torno al «bandolerismo» y su sistema político se basaba en la elección del jefe, al que se «asesinaba posteriormente con frecuencia». Crimea, una vez centro comercial de la antigua Grecia, le pareció «ahora en ruinas, desolada por la barbarie.»

La frontera geográfica entre Europa y Asia fue fijada en el siglo XVIII, en el río Don, o Volga, y a veces en los Urales. Europa del Este se convirtió en el símbolo de la exclusión, una especie de Europa que no era Europa. Por su parte, Europa del Este definía a Europa Occidental a través del contraste, pero también se definía a sí misma como un puente entre Oriente y Occidente. Cuando se hablaba de retraso en Europa del Este, no era sólo en sentido económico, sino sobre todo en el cultural e intelectual. La ubicación geográfica ambigua de Europa del Este, pero sobre todo de Rusia en Europa, reforzó que en el mapa mental de los viajeros se la colocara entre civilización y barbarie.

En la primera mitad del siglo XVII, Rabelais afirmó que «moscovitas, indios, persas y trogloditas» son lo mismo. El capitán Jacques Margeret, que entró en el servicio del zar ruso Borís Godunov, identificó a los rusos «como los que antes habían sido llamados escitas, en general gente maleducada y bárbara». Herodoto había definido a los escitas como bárbaros desde la perspectiva de la Grecia antigua, mientras los europeos, a través de

Tácito, llamaron bárbaros a los alemanes. Al llamar a los rusos bárbaros, el barbarismo se trasladó del norte al este. No sólo Rusia, sino toda la Europa del Este, fue definida como «escita», antes de que Herder inventara otro concepto: el de eslavos.

En 1630 Adam Olearius viajó con los misioneros alemanes, desde la corte de Holstein, para establecer relaciones comerciales con Persia y Rusia. Olearius, en un libro publicado en Alemania en 1647, dio con la definición de los rusos más influyente del siglo XVII. Sostuvo que «la piel de los rusos es del mismo color que la de otros europeos». Sin embargo, su espíritu es bárbaro, y sólo encaja «en esclavitud». En la misma época, John Milton, en su Brief History of Moscovia, definió a Rusia como la región más al norte de Europa con reputación de civilizada.

Los filósofos de la Revolución francesa impusieron un modelo de progreso y civilización que garantizaría el desarrollo. A Europa del Este no se la ubicó en las antípodas de la civilización, tampoco en las profundidades de la barbarie, sino en un «proceso de desarrollo» entre barbarie y civilización. Rusia formaba parte de la invención de Europa del Este, y fue sometida al mismo proceso de descubrimiento, siendo objeto de alienación, condescendencia y dominio intelectual.

En 1784, Louis-Philippe, conde de Ségur, dejó Francia por Rusia, nombrado por Luis XVI como ministro pluripotencial en la corte de Catalina II. Después de cruzar Polonia, desde Prusia, llegó a San Petersburgo. No era el primer francés en visitar a Catalina II. Recordó la visita de Diderot a la zarina, diez años antes. Describió San Petersburgo como «la capital del norte» y como «una combinación de la época de barbarie y de civilización, una mezcla del siglo X y el XVIII, de las costumbres de Asia y las de Europa, un cruce de toscos escitas y pulidos europeos». Subrayó que en San Petersburgo la diferencia con Europa no se percibía a primera vista, porque «copiaban a los extranjeros en su manera de vestir y de comer». El criterio con el que Ségur juzgaba esa imitación de las formas extranjeras se basaba en el comportamiento «civil» contemporáneo como medida de la «civilización» europea.

En 1788, John Ledyard, un americano que viajaba con el capitán Cook, volvía de su expedición de Siberia, y no consideró que había vuelto a Europa hasta que entró en Prusia. Para él, la frontera entre

Prusia y Polonia era la frontera entre costumbres «europeas y asiáticas». Ledyard introdujo el concepto de «geografía filosófica», para señalar ese sentimiento de división en Europa. A partir de ahí, más tarde surgirán diferentes conceptos, entre ellos el de «orientalismo», que como afirmó Edward Said también fue una invención de los occidentales «como una idea de contraste, imagen, personalidad, experiencia del Otro» que servía para justificar la dominación de Occidente sobre Oriente. La historiadora búlgara Marija Todorova sostiene que lo mismo ocurrió con el concepto de los Balcanes y sobre todo con el de «balcanización», porque también fueron una invención de los viajeros occidentales.[64]

La Enciclopedia de la Ilustración compuesta por los filósofos franceses dedica el volumen XIV, a cargo de Louis de Jocourt, a Rusia, como un tema de la «geografía moderna». Comienza por la descripción de la ubicación geográfica de Rusia entre dos continentes: «una tierra vasta con la forma de gran imperio, es tanto Europa como Asia». Subraya la confusión respecto a sus raíces identitarias, y define a los rusos como eslavos. Elogia la labor de Pedro I por su modernización de Rusia, que define como «civilizada» pero al mismo tiempo bajo la presión de la barbarie de los tártaros, así como de China, Persia y el Imperio otomano.

En 1764, Johann Gottfried Herder (1744-1803), a la edad de veinte años, llegó a Riga, entonces parte del Imperio ruso (era parte del Imperio zarista desde 1710, cuando Pedro I se la arrebató a los suecos de Carlos XII). Este viaje lo describió en su Diario de mi viaje en 1769. En su libro posterior Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad (1774) definió a los «pueblos eslavos» como bárbaros. Para Herder, los eslavos eran objeto de fascinación y admiración, cuyas cualidades y carácter podían ser mejor apreciados a través de la antropología, una disciplina emergente entonces, y el folclore. Herder vivió cinco años como súbdito de Rusia, experiencia tras la cual concluyó (igual que otros filósofos de la Ilustración) que el empeño de Catalina II por reformar las leyes traería «la verdadera civilización» a Rusia. Pero la civilización no sólo está en las leyes, sino también en los modales, por lo que Herder consideró que las leyes y los modales en Rusia debían inspirarse en Oriente, con el objetivo de que el carácter nacional ruso encajara en ellas.

La antigua historia de los eslavos permitía jugar con la imaginación en el siglo XVIII. Herder pronosticó un futuro espléndido para los eslavos, basado en sus costumbres antiguas. El desarrollo de la perspectiva etnográfica, que se identificaba con el estudio del folclore de los pueblos eslavos de Europa del Este en el contexto de la Ilustración, estableció mapas mentales de civilización y barbarie. El caso de Europa del Este era especial, porque forma parte de Europa y su exotismo estaba cerca: no había que ir a América Latina o a África, los bárbaros estaban muy cerca de casa.

Inventar (o fabricar) a Europa del Este no consistía en crear mitos y hacer descripciones exóticas y erróneas, que las hubo entre los viajeros, sino en asociar tierras diferentes, lo que se hizo a partir tanto de los hechos como de la ficción. Las categorías binarias que el conde de Ségur introdujo para describir San Petersburgo como una mezcla de barbarie y civilización, del siglo X y el XVIII, de modelos políticos de Asia y Europa, de escitas y pulidos europeos, se convirtieron, desde mediados del siglo XVIII, en fórmulas fijas para comprender a Europa del Este. La oposición entre Europa y Asia dio a Europa del Este un significado geográfico; los conceptos de civilización y barbarie le dieron, en la Ilustración, su significado filosófico.

LA PERCEPCIÓN OCCIDENTAL DE RUSIA EN EL SIGLO XIX

Cuando en 1812 Napoleón llegó a Moscú y vio que los rusos habían quemado la ciudad para privar al Ejército francés de abastecimiento, exclamó: «¡Qué terrible augurio! ¡Hacerse esto a uno mismo! ¡Todos estos palacios! ¡Qué resolución tan extraordinaria! ¡Son escitas!».

El marqués de Custine fue uno de los viajeros más influyentes del siglo XIX. Su libro Rusia en 1839, influido por los prejuicios del siglo anterior, subrayó los grandes «contrastes» de San Petersburgo, «donde Europa y Asia se exhiben una a la otra en un espectáculo mutuo». Estudió con fascinación «al hombre de pura raza eslava», mirando profundamente sus ojos de «forma oval asiática». Aparte de la descripción de sus ojos, Custine señaló que en ellos se puede «percibir la existencia de un auténtico barbarismo». También insistió en la diferencia entre los rusos, por un lado, y él y sus lectores, por otro, una diferencia de la que estaba convencido. «Yo no reprocho a los rusos ser como son, yo les culpo por lo que pretenden ser». Los definió como «mimados por un Estado salvaje, y sin embargo carentes de los requisitos de la civilización». Con su aplomo aristocrático, Custine ubicó a Rusia en Europa del Este: «Hay entre Francia y Rusia una muralla china que es la lengua y el carácter eslavos». Por mucho que Pedro I hubiera hecho por los rusos, «Siberia comienza en el Vístula». Casi todas las invenciones sobre Europa del Este que se formularon en el siglo XVIII fueron empaquetadas en la fantasmagoría del XIX, cuyas asociaciones e imágenes seguían una especie de lógica que conducía a concluir que el continente estaba dividido cultural y políticamente.

Herder creó el mito de la «población salvaje de Europa del Este» en el siglo XVIII; Custine lo hizo en el siglo XIX. Aunque fueron los franceses quienes dieron forma a los prejuicios sobre Europa del Este, en Inglaterra, en torno a 1870, se empezaron a fabricar otros prejuicios enmarcados en la llamada «cuestión oriental», que hacía referencia a las disputas entre Rusia y el Imperio otomano en los Balcanes. Después de la guerra de Crimea, los ingleses aplicaron una política de contención

hacia Rusia, justificada por el «barbarismo ruso», como explica Orlando Figes en su libro Crimea. La primera gran guerra.[65] *Entre las dos guerras mundiales, ningún libro reflejó tan bien la actitud hacia los rusos como La montaña mágica de Thomas Mann, publicada en 1924. Este libro retrata la inestabilidad de Europa desde el microcosmos de un sanatorio en los Alpes, incluido el comedor en el que había una mesa de «rusos buenos» y otra de «rusos malos». El protagonista, Hans Castorp, está desesperadamente enamorado de Claudia Chauchat, oriunda de la estepa rusa, y sucumbe ante el poder de sus ojos «asiáticos». Desde entonces, los occidentales dividían a los rusos en los «buenos» (sus escritores, músicos y otros artistas) y los «malos» (sus políticos, empresarios corruptos, espías).*

Para Occidente, Europa del Este no tenía el nivel de «otredad» que tenía Oriente. Sin embargo, para los rusos y otros eslavos de Europa del Este, Occidente se convirtió en el «otro» más importante.

LA PERCEPCIÓN RUSA DE OCCIDENTE EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Para la aristocracia rusa viajar por Europa era una suerte de rito, y la literatura de viajes que se generó, así como la escrita por los viajeros occidentales, desempeñó un papel esencial en la autopercepción de Rusia con respecto a Occidente. Orlando Figes, en su libro El baile de Natacha. Una historia cultural rusa, dedica un largo capítulo a cómo percibían los occidentales a los viajeros rusos,[66] *entre los que cabe destacar especialmente a tres: Nikolái Karamzín, Denís Fonvizin y Aleksandr Herzen. También las opiniones del escritor Fiódor Dostoievski, por la gran influencia que tuvieron entre los lectores rusos.*[67]

Las Cartas de un viajero ruso (publicadas en 1791 y en 1801) del historiador Nikolái Karamzín tuvieron una gran influencia en Rusia, porque educaron a toda una generación en los valores e ideas de origen europeo. Karamzín se fue de San Petersburgo en 1789, hacia Francia, a través de Polonia, Alemania y Suiza (volvió vía Londres a Rusia). Describió Europa como un reino mítico de monumentos, teatros y museos, y habló de sus encuentros con algunos célebres escritores y filósofos. Los viajeros rusos posteriores buscaron esa Europa mítica, pero nunca la encontraron. Karamzín se retrataba a sí mismo como un miembro más de los círculos intelectuales europeos. Describía relajadas conversaciones con Kant y Herder. Sin embargo, también supo expresar la inseguridad que los rusos sentían respecto a su propia identidad europea. Como señaló el filósofo ruso Piotr Chaadayev en 1836, los rusos eran capaces de imitar a Occidente, pero eran incapaces de internalizar sus valores morales y sus ideas. Los complejos sentimientos de inseguridad, envidia y resentimiento respecto a Europa siguen moldeando la conciencia nacional rusa todavía hoy. Henry Kissinger llegó a afirmar que los rusos aman, admiran, odian y envidian a Occidente por partes iguales.[68]

Antes de Karamzín, en 1777 y 1778, Denís Fonvizin, funcionario civil y escritor, viajó con su esposa por los balnearios de Alemania y Francia en busca de tratamiento para sus migrañas. Posteriormente se publicaron

sus Cartas de viaje. Para Fonvizin, París era una ciudad de decadencia moral, de mentiras e hipocresía, que sólo podía corromper a los jóvenes rusos que allí se dirigieran. Era una ciudad de codicia material, donde el «dinero es Dios»; una ciudad de vanidad y apariencias, donde los «modales superficiales y las convenciones son lo más importante», y «la amistad, la honestidad y los valores espirituales no tienen significado alguno». Según Fonvizin, los franceses hablaban mucho de su libertad, pero la verdadera condición del francés común era la esclavitud, puesto que «un pobre no puede alimentarse si no acepta un trabajo esclavo», de manera que la palabra «libertad» era una palabra hueca. En resumen: Europa estaba muy lejos del ideal que habían imaginado los rusos, y era hora de reconocer que «la vida con nosotros [los rusos] es mejor».[69]

Desde entonces, los mismos adjetivos que había usado Fonvizin para describir a Europa –corrupta, decadente, falsa, superficial, materialista y egoísta– fueron los más usados por los rusos con el mismo fin, incluidas las Cartas desde Francia e Italia, 1847-1850 , de Aleksandr Herzen y Apuntes de invierno sobre impresiones de verano (1863) de Dostoievski, dos escritores rusos muy ilustres. La idea de que Occidente representaba la corrupción moral fue repetida por prácticamente todos los escritores rusos, desde Aleksandr Pushkin hasta los eslavófilos. En 1831, Pushkin escribió el poema A Klevetnikam Rossii («A los calumniadores de Rusia») en el que expresaba su posición no sólo en relación con el levantamiento polaco de ese mismo año, sino también respecto a la reacción de Occidente contra Rusia. El poema es una respuesta a los que acusaban a Rusia de ser expansionista e imperialista. Su comienzo reza: «¿Por qué la gente está haciendo ruido? / ¿Por qué amenazan a Rusia con el anatema? / ¿Qué os enfadó? ¿Los disturbios en Lituania?[70]*/ Déjalo estar: esta es una disputa entre eslavos, / una vieja disputa doméstica, ya sopesada por el destino, / una cuestión que no puedes resolver».*[71]

A pesar de que Pushkin escribió el poema hace casi doscientos años, estos versos siguen siendo una referencia habitual cuando Occidente critica a Rusia,[72] y las huellas del complejo de inferioridad permanecen en el debate ruso contemporáneo sobre Europa.[73]

Herzen y Dostoievski convirtieron el tópico de la decadencia occidental en el núcleo de sus visiones mesiánicas sobre el destino de Rusia, que debía salvar a un Occidente en decadencia. Dostoievski estaba de

acuerdo con que los franceses tenían un talento especial para «simular por naturaleza los sentimientos y las emociones». Hasta Turguénev, un fervoroso occidentalizado, los describió en Nido de nobles (1859) como civilizados y encantadores pero carentes de profundidad espiritual o de seriedad intelectual. La persistencia de estos tópicos culturales ilustra las proporciones míticas de «Europa» en la conciencia rusa. Aquella Europa imaginaria tenía más que ver con la necesidad de definir Rusia que con Occidente en sí, tal como les había ocurrido a los viajeros occidentales que se definían a sí mismos y a Occidente en relación con Rusia y los rusos bárbaros. La idea de Rusia no podía existir sin Occidente (así como Occidente no podía existir sin «Oriente» y Europa del Este). «Necesitamos a Europa como un ideal, un reproche, un ejemplo. Si no fuera todas estas cosas, habríamos tenido que inventarla», afirmó Herzen.[74]

Los rusos se sentían inseguros respecto a su lugar en Europa, y esa ambivalencia (que sobrevive hoy día) es una característica de su historia y de su identidad nacional. Pedro I obligó a su pueblo a mirar a Occidente e imitarlo. Desde entonces, la identidad nacional y el progreso de la nación se mediría a través de un principio extranjero que iba a definir todas las normas morales y estéticas de los rusos. Las élites educadas miraban a Rusia con ojos europeos y consideraban que su propia historia era «bárbara». Buscaban la aprobación de Europa. Por eso se orgullecían de Pedro I.

En enero de 1881, Dostoievski escribió, en Dnevnik pisatelya (Diario de un escritor),[75] *que «un ruso no sólo es europeo, sino también asiático»; que los rusos debían «apartarse del miedo servil a que en Europa nos llamen bárbaros asiáticos». Dostoievski considera en su diario que los rusos habrían hecho lo que fuera para verse reconocidos como europeos, pero sólo habrían recibido odio como respuesta. La principal razón de ello, según el escritor ruso, era que para los europeos los rusos no formaban parte de su «nosotros». «Nunca creerían que [los rusos podrían] participar a la par que ellos en las futuras fortunas de su civilización. [Los europeos] nos tratan como a impostores extraños, [...] piensan en nosotros como si fuéramos ladrones que robaron su ilustración y se vistieron con sus ropas». Para Dostoievski la receta del éxito estaba en pivotar hacia Asia, donde los rusos podían convertirse en amos y no en esclavos.*

El rechazo por parte de Occidente engendró resentimientos y sentimientos de superioridad. Si Rusia no podía convertirse en parte de Europa, debía sentirse orgullosa de ser diferente. En la mitología nacional, se adjudicaba a Rusia una moral más elevada que la de Occidente, materialista y racionalista, de ahí que tuviera la misión cristiana de salvar al mundo. Las novelas de Dostoievski son conocidas por ser una mezcla de razón y fe. Según este escritor, la capacidad de seguir creyendo a pesar de la abrumadora evidencia científica era un don ruso particular. En los artículos de prensa que escribió en la década de los setenta del siglo XIX hablaba de la «santa misión» de «nuestra gran Rusia» de construir un imperio cristiano en el continente. La ortodoxia de Dostoievski era inseparable de su fe en la facultad redentora del alma campesina rusa.

Este mesianismo conecta con el concepto de Moscú como la Tercera Roma, pues ambas visiones atribuyen a Rusia el papel de salvadora de los cristianos ortodoxos, amenazados por los imperios hostiles, y también de todos los demás, por sus pecados. Durante el comunismo, este mesianismo se vertió en la idea de «salvar al mundo de los capitalistas» e imponer el Estado del proletariado, que era casi lo mismo que traer el Cielo prometido a la Tierra.

LA GUERRA DE CRIMEA (1853-1856): EL PALIMPSESTO DE LA DESCONFIANZA

«El nombre de la "guerra de Crimea" no refleja su escala global ni su enorme importancia para Europa, Rusia y esa área del mundo –que se extiende desde los Balcanes hasta Jerusalén, desde Constantinopla hasta el Cáucaso– que llegó a definirse por la Cuestión Oriental, el problema internacional planteado por la desintegración del Imperio otomano. Tal vez sería mejor adoptar el nombre ruso de la guerra de Crimea, la «Guerra Oriental» (Vostochnaia voina) [...] Empezó en 1853 con el enfrentamiento entre las fuerzas rusas y otomanas en los principados del Danubio de Moldavia y Valaquia (actual Rumania), y luego se propagó hasta el Cáucaso, donde los turcos y los británicos alentaron y apoyaron la lucha de las tribus musulmanas contra Rusia. Desde allí se extendió a otras áreas del mar Negro. En 1854, con la intervención de los británicos y los franceses del lado de los turcos, y bajo la amenaza de que los austríacos se unieran a esa alianza antirrusa, el zar retiró sus fuerzas de los principados y el combate se trasladó a Crimea. Pero hubo otros escenarios de guerra entre 1854 y 1855: el mar Báltico, donde la Royal Navy planeaba atacar San Petersburgo, la capital rusa; el mar Blanco, donde bombardearon el monasterio de Solovetsky [de la Iglesia ortodoxa rusa] en julio de 1854, e incluso la línea costera siberiana del Pacífico. [Este conflicto bélico] fue un punto de inflexión crucial. Rompió la antigua alianza conservadora entre rusos y austríacos que había mantenido el orden existente en el continente europeo, lo que dio lugar al surgimiento de nuevos estados-nación en Italia, Rumania y Alemania. A los rusos les dejó un profundo resentimiento hacia Occidente, la sensación de haber sido traicionados porque otros estados cristianos habían tomado partido por los turcos y un sentimiento de frustración de sus ambiciones en los Balcanes que seguiría desestabilizando las relaciones entre las potencias en la década de 1870 y en las crisis que condujeron al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial», explica Orlando Figes en su libro Crimea. La primera gran guerra.[76]

Los británicos fueron supuestamente a la guerra para defender a los

turcos de la agresividad de Rusia, pero les interesaba mucho más debilitar al Imperio ruso, por ser este su rival en Asia. Para Napoleón III la contienda era una oportunidad para recuperar la posición de influencia para su país. Los británicos y franceses veían en el expansionismo ruso una amenaza para la libertad y la civilización europeas. A Nicolás I, el mayor responsable del comienzo de la guerra, le impuso su idea sobre cómo debería comportarse una gran potencia como Rusia hacia los vecinos más débiles. Además, el zar ruso calculó mal cómo responderían a sus acciones los franceses y los británicos. La guerra comenzó aparentemente por una disputa religiosa en Tierra Santa: la rivalidad entre los católicos apoyados por Francia y los griegos apoyados por Rusia sobre quién tenía derecho a controlar la Iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén y la Basílica de la Natividad de Belén. Nicolás I estaba convencido de que combatía una guerra religiosa, para «proteger» a los cristianos que vivían en el Imperio otomano.

La victoria de Rusia frente a Napoleón alimentó el miedo de la opinión pública europea sobre la hipotética agresividad rusa en Europa. Al comienzo del siglo XIX, en diferentes países de Europa se publicaron panfletos, crónicas de viaje y «tratados políticos» que reproducían los tópicos creados por los viajeros del siglo XVIII. Las fuentes de la rusofobia europea del siglo XIX se nutrieron de la manera en que el Imperio ruso respondió a la rebelión de los polacos en 1830 y de la solidaridad religiosa de los católicos.

Como subraya Orlando Figes, la guerra de Crimea fue la primera de la historia que se produjo a causa de la presión ejercida por la prensa y la opinión pública. En Gran Bretaña, en el imaginario popular, la lucha contra Rusia se justificaba por los «principios británicos»: la defensa de la libertad, la civilización y el libre comercio. Proteger a Turquía de la agresión rusa se asociaba con la galante virtud británica de defender a los indefensos y a los débiles de toda clase de tiranos y bravucones. El odio a los rusos convirtió a los turcos en virtuosos en comparación con los rusos, que eran vistos como agresores. El hilo conductor de la propaganda británica era «la cruzada de la civilización contra la barbarie», basada en la convicción de que el carácter bárbaro de Rusia era la fuente de su agresividad y de que la mayor amenaza para la civilización europea

era la religión rusa, sobre todo para los católicos. Sin embargo, Nicolás I creía que Dios lo había elegido para conducir una guerra santa destinada a liberar a los ortodoxos del dominio musulmán.

En 1855, Palmerston admitió que el verdadero y principal objetivo de la guerra era frenar las ambiciones de Rusia.[77] El primer ministro británico imaginaba el ataque contra Crimea como la primera etapa de una cruzada prolongada contra el poder zarista en la región del mar Negro y en el Cáucaso, Polonia y el Báltico. Así lo estableció en el memorándum que dirigió a su gabinete el 19 de marzo, en el que se detallaba su ambicioso plan para desmembrar el Imperio ruso; un plan que iba mucho más allá de la defensa de Turquía, ya que planteaba la contención y el debilitamiento permanentes de Rusia como rival imperial de Inglaterra que era.

El Tratado de París de 1856, que puso fin oficialmente a la guerra, no introdujo ningún cambio territorial de importancia en el mapa de Europa. Las grandes potencias respaldaron la independencia e integridad del Imperio otomano, y garantizaron la protección de los súbditos no musulmanes del sultán, lo que anulaba el derecho de Rusia de proteger a los cristianos. Para los rusos, uno de los puntos más humillantes del acuerdo fue el artículo XI, que declaraba al mar Negro zona neutral: estaría abierto para la navegación comercial pero cerrado para los buques de guerra en época de paz. Rusia fue tratada de una manera sin precedentes en el Concierto Europeo (establecido en el Congreso de Viena en 1815), que honraba el principio de que ninguna gran potencia debía ser humillada por las otras.

En Rusia la derrota en Crimea desacreditó al Ejército del zar y subrayó la necesidad de modernizar el sistema defensivo del país, no sólo en el sentido estrictamente militar sino mediante una renovación industrial generalizada. El atraso de Rusia había quedado en evidencia, revelando los defectos de todas las instituciones rusas. El hijo de Nicolás I, Alejandro II, se convenció de que no era posible competir con las potencias occidentales hasta que la economía rusa se modernizara, y en 1861 abolió la servidumbre. Para Dostoievski eso fue tan trascendental como lo fue la conversión de los eslavos de la Rus de Kiev al cristianismo ortodoxo.

La guerra de Crimea reforzó el antiguo resentimiento contra Europa. Los rusos se sentían traicionados porque Occidente se había puesto del lado de los turcos y en contra de Rusia. Era la primera vez en la historia que una alianza europea había combatido del lado de una potencia musulmana contra otro Estado cristiano, en una guerra de importancia. Dostoievski describió la guerra de Crimea como la «crucifixión del Cristo ruso»,[78] pero pronosticaba que Rusia se levantaría, y cuando lo hiciera, se volvería hacia Oriente para cumplir su misión providencial de cristianizar el mundo. Tras la derrota, los planes imperiales rusos se dirigieron hacia Asia, porque el zar consideró que el destino de Rusia estaba allí.

El paneslavismo fue la otra reacción de Rusia a su derrota, pues generó una explosión del sentimiento nacionalista.[79] *Aunque causó humillación, también alimentó cierto sentido de orgullo en los defensores de Sebastopol: el sacrificio que habían hecho les concedía una victoria moral. Esta percepción se debía en buena medida a los Relatos de Sebastopol de Lev Tolstói, porque fomentaron la idea de que una ciudad podía ser el paradigma del espíritu «ruso» de resistencia y valentía que siempre había salvado al país en caso de invasiones extranjeras. La «épica de Sebastopol» consiguió convertir la derrota en un triunfo nacional para Rusia. Sebastopol había caído, pero lo hizo con tanta gloria que los rusos debían enorgullecerse de esa caída, que tenía el valor de una brillante victoria. Se construyó un mito patriótico, un relato nacional sobre el heroísmo altruista del pueblo, sobre su capacidad de resistir y sacrificarse. En otras palabras: la guerra de Crimea abrió una nueva perspectiva sobre la identidad nacional. La Iglesia ortodoxa rusa la describió como una guerra santa en la que Rusia había intentado cumplir con su misión divina de defender al cristianismo ortodoxo en el mundo. Sebastopol fue elevada a la categoría de un lugar casi sagrado en la memoria colectiva.*

La URSS volvió a destacar el sacrificio de los héroes populares con fines propagandísticos, lo cual tuvo mucha relevancia durante la Segunda Guerra Mundial. Hasta hoy, el recuerdo de la guerra de Crimea sigue suscitando profundos sentimientos de orgullo nacional y de resentimiento hacia Occidente, incluso desde antes de la anexión de Crimea en 2014. En 2006, el Centro de Gloria Nacional [de Rusia] (Tsentr Natsional'noy Slavy), fundado por el Patriarcado de la Iglesia ortodoxa rusa en 2002, organizó un congreso sobre la guerra de Crimea, con el apoyo del

régimen de Vladímir Putin. Se concluyó que la contienda no debería considerarse una derrota sino una victoria moral y religiosa, un acto de sacrificio nacional en una guerra justa, por lo que los rusos contemporáneos tienen que honrar el ejemplo de Nicolás I.[80] *Hoy, el papel del zar que llevó a Rusia a una guerra contra el mundo ha sido asumido por Putin.*

52. Henry Norman, All the Russias: Travels and Studies in Contemporary European Russia, Finland, Siberia, the Caucasus, and Central Asia, Nueva York, C. Scribner's Sons, 1902; consultado en: Woodrow Wilson Collection (Library of Congress), https://www.loc.gov/item/02022431/.

53. Orlando Figes, La Historia de Rusia, Madrid, Taurus, 2022, p. 18.

54. Citado en Valerie A. Kivelson y Ronald Grigor Suny, Russia's Empires, Oxford, Oxford University Press, 2017, p. 34.

55. Jean Meyer, La Gran Controversia. Las iglesias católica y ortodoxa de los orígenes a nuestros días, Barcelona, Tusquets, 2006, p. 165. Meyer se basa en un escrito de Suzdal en el que describe su participación en el Concilio de Florencia. Este texto lo recopiló el padre Paul Piercing, S. J., en el archivo Le Saint Siège et la Russie, tomo I, París, Plan, 1896.

56. Jean Meyer, La Gran Controversia, op. cit.

57. En la época medieval, los países de la religión ortodoxa cristiana marcaban su independencia del Imperio bizantino con el estatus autocéfalo de la iglesia. Los serbios, por ejemplo, remontan la creación del Estado serbio independiente a la autocefalia de la Iglesia ortodoxa serbia en 1219, que marcó un acto de independencia de Bizancio. La Iglesia ortodoxa rusa recibió el estatus autocéfalo en 1448. Pero antes de ello, Constantinopla era el centro ecuménico de la Iglesia oriental, y nombraba a los clérigos de mayor rango en los territorios poblados por los cristianos ortodoxos.

58. La Crónica de Nóvgorod acusa sin rodeos al papa de haber sido el inspirador de la toma de Constantinopla y de la destrucción del Imperio bizantino. Véase Jared Gordon, «The Novgorod Account of the Fourth Crusade», Bizantium, XLIII, 1973, pp. 297-305, citado por Jean Meyer, La Gran Controversia. Las iglesias católica y ortodoxa de los orígenes a nuestros días, Barcelona, Tusquets Editores, 2006.

59. Piotr Chaadayev, Izabranie, sochinenia y pisma, Moscú, Pravda, 1991.

60. Orlando Figes, El baile de Natacha. Una historia cultural rusa, Barcelona y Buenos Aires, Edhasa, 2006.

61. Larry Wolff, Inventing Eastern Europe, The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment, Stanford, Stanford University Press, 1994.

62. Ivan Krastev y Stephen Holmes, La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz, Barcelona, Debate, 2019.

63. Larry Wolf, Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment, Stanford, Stanford University Press, 1994.

64. Marija Todorova, Imaginarni Balkan, Belgrado, Biblioteka XX Vek, 2006.

65. Orlando Figes, Crimea. La primera gran guerra, Barcelona y Buenos Aires, Edhasa, 2018.

66. Orlando Figes, El baile de Natacha, op. cit., pp. 37-113.

67. El escritor canadiense de origen ruso Michael Ignatieff ha escrito sobre la influencia que estos escritores (especialmente de Karamzín) ejercieron en sus antepasados en su libro The Russian Album, Nueva York, Metropolitan Books, Henry Holt and Company, 1987. La abuela de Ignatieff emigró de la Rusia zarista y entre las pocas cosas que llevó consigo estaba el libro de Karamzín.

68. Henry Kissinger, Diplomacia, Barcelona, Ediciones B, 2010, p. 97.

69. Orlando Figes, El baile de Natacha. Una historia cultural rusa, op. cit., p. 56.

70. Pushkin identifica Polonia con «Lituania», porque durante mucho tiempo Polonia formaba parte del Principado Polaco-Lituano.

71. Traducción propia de la primera estrofa del poema A Klevetnikam Rossii, disponible en: https://www.culture.ru/poems/4966/klevetnikam-

rossii.

72. Timothy Garton Ash, «Putin, Pushkin y el declive del Imperio ruso», El País, 7 de septiembre de 2023, https://elpais.com/opinion/2023-09-07/putin-pushkin-y-el-declive-del-imperio-ruso.html.

73. Vladimir Kantor, Rusija je evropska zemlja, Belgrado, Biblioteka XX Vek, 2001.

74. Orlando Figes, El baile de Natacha, op. cit., p. 64.

75. Las citas son de traducción propia. El texto original está disponible en: http://az.lib.ru/d/dostoewskij_f_m/text_0530.shtml.

76. Orlando Figes, Crimea. La primera gran guerra, op. cit., pp. 20-23.

77. Todo lo que se refiere a la actitud del primer ministro británico puede encontrarse en el capítulo «El fin de la paz en Europa» en Orlando Figes, Crimea. La primera gran guerra, op. cit., pp. 171-211.

78. Orlando Figes, Crimea. La primera gran guerra, op. cit., p. 669.

79. Los paneslavistas y los eslavófilos acusaron al zar de dejar el destino de los ortodoxos de los Balcanes en manos de los musulmanes. Cuando empezaron las sublevaciones de los cristianos balcánicos, el periódico Russkiy Mir (Mundo Ruso) se manifestó a favor de la causa de los ortodoxos y pidió a Rusia que los defendiera en 1878, en el Congreso de Berlín. Según el tratado de San Stefano (impuesto por Rusia al Imperio otomano después de la guerra de 1877-1878), la Sublime Puerta –el gobierno del Imperio otomano– accedía a reconocer la plena independencia de Rumania, Serbia y Montenegro, y la autonomía de Bulgaria. El Congreso sembró las semillas de las futuras guerras balcánicas y de la Primera Guerra Mundial, al intentar solucionar la «cuestión oriental» con una desintegración pacífica del Imperio otomano.

80. Orlando Figes, Crimea. La primera gran guerra, op. cit., p. 703.

TERCERA PARTE

Revisionismo de la identidad y de las fronteras

▪

El dilema sobre su ubicación geográfica sigue influyendo aún hoy en el concepto de la identidad nacional, pero ya no se refiere sólo a la cuestión de si pertenece a Europa o a Asia. El 2 de enero de 2016, durante una entrevista al diario alemán Bild, le preguntaron al presidente Putin qué opinaba de la afirmación del entonces presidente de Estados Unidos Barack Obama de que Rusia era una «potencia regional». Putin pidió a los periodistas que mirasen un mapa y decidieran «qué» era Rusia: «¿Forma parte de Europa? ¿O forma parte de la región oriental, limítrofe con Japón y Estados Unidos, si nos referimos a Alaska, y China? ¿O forma parte de Asia? ¿O tal vez de la región meridional? O miremos al norte. Esencialmente, en el norte limitamos con Canadá a través del océano Ártico. ¿O en el sur? ¿Dónde está? ¿De qué región estamos hablando?».[81]

Con la desaparición del imperio soviético, la sociedad rusa volvió a colocar en un lugar central la cuestión de la conciencia nacional. La necesidad de revisar la identidad nacional y el discurso de la nación surgió con el colapso de la URSS y a causa del resentimiento que se había gestado durante la Glásnost y la Perestroika, pues desmitificaron la grandeza de la Unión Soviética. A comienzos de los noventa, Yeltsin rescató el concepto de rossiyski –que significa «rusos», independientemente de su origen étnico, a diferencia de russkie, que significa «ruso étnico»– acuñado por Pedro I para restar importancia a la etnia como categoría, desvincular a Rusia de sus vecinos postsoviéticos y reforzar el vínculo entre nación y Estado. Sin embargo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial la identidad rusa había estado muy entrelazada con la soviética, y era muy difícil separarlas. Muchas de las exrepúblicas soviéticas, ahora Estados independientes, abrazaron sus identidades históricas y étnicas previas, que habían sido suprimidas por los zares y los soviéticos. La percepción de los rusos fue que las identidades emergentes surgieron a expensas de la rusa, porque la suya se rompió.

En Breve historia de la Revolución rusa analicé el debate público que se desarrolló en los años noventa, en Rusia, entre la élite política y académica sobre cómo definir la identidad nacional rusa postsoviética.[82] *Vera Tolz resumió y analizó estos debates en su libro Russia: Inventing*

the Nation, y concluyó que hubo cinco propuestas significativas para hacerlo: la «nación unificadora», aquella que presenta a los rusos como una nación cuya misión es crear un Estado supranacional; la «nación de los eslavos del Este», compuesta por los pueblos que comparten un origen común eslavo, por lo que rusos, bielorrusos y ucranianos son un mismo pueblo; la «nación como comunidad lingüística», que considera que los rusos son los rusohablantes (todas las personas que hablan ruso, independientemente de su origen étnico); «la nación como raza», que define la nación como una comunidad basada en los vínculos de sangre (son rusos sólo las personas cuyos padres son rusos), y la «nación cívica», que percibe la nación como una comunidad de ciudadanos que son iguales ante la ley, independientemente de su origen étnico, religioso o cultural.[83]

Actualmente la Federación Rusa no es un Estado-nación, sino un Estado multinacional. Mantiene el equilibrio entre una élite multiétnica definida por su lealtad al Estado y las exigencias de los rusos étnicos por tener un estatus especial. Todo individuo, independientemente de su etnia o religión, forma parte de la nación cívica rusa. Sin embargo, a todos se les exige hablar el idioma ruso e identificarse con la cultura rusa, algo que el Kremlin justifica aduciendo que «la preservación de este país [la Federación Rusa] sirve a los intereses de todo el pueblo ruso». El Kremlin reconoce que Rusia ha sido durante siglos un Estado multinacional, en un proceso caracterizado por la acomodación mutua y la mezcla de culturas. Pero también insiste en que son los rusos quienes han creado el Estado, con la misión de «unir, enlazar la civilización rusa en un Estado-civilización en el que no existen las minorías nacionales, porque existen una cultura y unos valores comunes». El reconocimiento del papel de los rusos étnicos como fundadores del Estado (gosudarstvooobrazuyushchiy) se formalizó en julio de 2020, cuando se adoptó una enmienda a la Constitución que define el ruso como el «idioma del Estado de la Federación Rusa, y como el idioma del pueblo ruso que fundó el Estado».[84]

A pesar del esfuerzo de Yeltsin por separar a Rusia de sus vecinos, aún persisten los vínculos históricos, culturales y económicos, así como la memoria colectiva sobre la Unión Soviética. Estos vínculos han tenido un peso mayor en Bielorrusia y en Ucrania, porque su población, antes del comunismo, se identificaba con el cristianismo

ortodoxo (en el caso de Ucrania también con el catolicismo y el greco-catolicismo). Son dos Estados eslavo-orientales cuya historia está profundamente ligada a la rusa, y desde que fueron conquistadas por Moscú en el siglo XVII los gobernantes rusos los han considerado como parte de su patrimonio legítimo.

La identidad nacional rusa postsoviética se ha desarrollado en un marco imperial imaginado y está vinculada a una ideología que refleja las aspiraciones geopolíticas de Rusia. Se basa en cuatro conceptos: compatriotas, mundo ruso, Santa Rusia y Regimiento Inmortal. Estos conceptos justifican los esfuerzos del Kremlin por entrometerse en los asuntos internos de los países vecinos, esgrimiendo ambiguos sentimientos de lealtad y pertenencia para dar legitimidad a su política y al proceso de reimperialización.

LA REVISIÓN DE LA IDENTIDAD NACIONAL

Desde la llegada al poder, Vladímir Putin ha definido la identidad nacional rusa en diferentes ocasiones, al margen de los debates académicos sobre esta cuestión que se acaban de mencionar. Dado que el presidente de Rusia habla públicamente de las ambiciones y los objetivos de la política interior y exterior rusas, sus afirmaciones se convierten en decisiones políticas, mientras que los debates académicos permanecen dentro del mundo universitario.

Desde 2005, en reiteradas ocasiones Putin ha usado el concepto de «nación dividida», refiriéndose al hecho de que en el momento de la desintegración de la Unión Soviética muchos rusos se quedaron en las exrepúblicas. El 18 de marzo de 2014, en el discurso con motivo de la anexión de Crimea, afirmó que «En Crimea todo está literalmente impregnado de nuestra historia y orgullo comunes. Aquí está el antiguo Quersoneso [una colonia griega en el sur de Crimea], donde se bautizó al santo príncipe Vladímir. Su hazaña espiritual, un llamamiento a la ortodoxia, predeterminó la base cultural, de valor y civilización común, que une a los pueblos de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. En Crimea están las tumbas de los soldados rusos, gracias a cuyo coraje Crimea fue tomada en 1783. Crimea es Sebastopol, una ciudad legendaria, una ciudad de gran destino memorable, una ciudad fortaleza y patria de la flota militar rusa del mar Negro. Crimea es Balaclava y Kerch, el montículo de Malakhov y la montaña Sapun.[85] Cada uno de estos lugares es sagrado para nosotros, porque son símbolos de la gloria militar rusa y tienen un valor sin precedentes». El discurso se produjo dos días después de la votación a favor de su «reunificación» con Rusia. Según los datos ofrecidos por RT (el canal internacional de noticias en español, financiado por el Kremlin)[86] y la agencia Kryminform,[87] en dicho referéndum, no reconocido por la comunidad internacional, participó el 83,1 % de la población de Crimea. La participación en la ciudad de Sebastopol fue del 89,5 %. En Crimea en conjunto, el 96,7 % votó a favor de su «reunificación» con Rusia. En Sebastopol , votó a favor el 95,6 %. Evidentemente, la medida

fue apoyada por los rusos de Rusia, según las encuestas que el independiente Centro Levada de opinión pública confecciona con regularidad. La realizada en mayo de 2021 demuestra que la mayoría de los rusos (86 %) apoya la anexión de Crimea. El 69 % cree que ha beneficiado a Rusia más de lo que la ha perjudicado. El 71 % no cree que Rusia haya violado los acuerdos internacionales al hacerlo.[88]

En julio de 2021 se publicó un ensayo firmado por el presidente ruso cuyo título era La unidad histórica de los rusos y ucranianos, en el cual aseguraba que «los rusos y los ucranianos son un pueblo, un todo único, con la historia común». El 21 de febrero de 2022, tres días antes de la invasión de Ucrania, Putin volvió a referirse al país vecino aseverando que nunca fue un Estado antes de 1991, y que fue una invención de Lenin y los bolcheviques a expensas del territorio histórico de Rusia: «Me gustaría enfatizar una vez más que para nosotros Ucrania no es sólo un país vecino. Es una parte integral de nuestra historia, cultura y espacio espiritual».

Todas estas afirmaciones de Putin ejemplifican a la perfección los patrones del comportamiento de los gobernantes rusos desde la época imperial zarista: 1) la identidad nacional rusa se define desde el Kremlin, por la élite política, 2) la creencia en la unidad entre los eslavos orientales (paneslavismo), basada en los criterios étnicos de religión, cultura y lengua (que es en lo que se sustenta y justifica la anexión de los territorios ucranianos y la guerra contra Ucrania, así como la influencia rusa en Bielorrusia), 3) la percepción ambigua de las fronteras nacionales y estatales entre Rusia y estos Estados, y 4) el intento de moldear las fronteras de la identidad nacional con un propósito estratégico que justifica el empeño en «proteger» a los compatriotas en Ucrania, tal como se hizo en Georgia en 2008, porque forman parte de la «nación dividida». El concepto de «proteger», en este caso a los compatriotas, claramente remite a la tradición mesiánica zarista de salvar a los cristianos ortodoxos súbditos de otros imperios.

LOS COMPATRIOTAS

«Compatriota» en español connota «paisano». En ruso la palabra equivalente es sotochestvennik (el significado literal es «el que está con la patria») y hace referencia a los rusos étnicos o rusohablantes de la diáspora en las exrepúblicas soviéticas. La protección de los compatriotas es la respuesta revisionista del Kremlin a los problemas creados por la desintegración de la URSS. Los compatriotas son una herramienta para ejecutar el proceso de reimperialización, así como una justificación de las intervenciones militares. El proceso de reimperialización se aplica al espacio postsoviético, especialmente a los territorios donde residen los compatriotas. Estos territorios se caracterizan por tener una gran población de rusos o rusohablantes que reside en las fronteras con Rusia de las exrepúblicas soviéticas, y que es receptiva a la influencia rusa. En 1991, ese criterio lo cumplían alrededor de veinticinco millones de rusos étnicos. Según los datos de 2016, el 38 % de la población de Kazajistán se identifica como rusa; en Letonia, el 34 %; en Estonia representan el 30 % de la población total. En Ucrania, antes de la guerra, había alrededor de un 22 % de rusos en todo el territorio, pero la parte oriental, sobre todo Crimea, cuenta con un porcentaje mayor, alrededor del 80 %. En 2010 se registraron alrededor de treinta millones de rusohablantes nativos fuera de la Federación Rusa.[89]

Durante el proceso de la desintegración de la URSS, algunos Estados no cumplieron los acuerdos alcanzados. Estonia y Letonia no otorgaron automáticamente la ciudadanía a los migrantes de la era soviética. Surgieron los conflictos interétnicos en Georgia y en algunas partes de Asia Central, como Uzbekistán, porque las exrepúblicas soviéticas de esta región se embarcaron a una construcción nacional que favorecía sus mayorías titulares. Como resultado, algunos miembros de la diáspora rusa se quedaron sin ciudadanía.

Durante la presidencia de Borís Yeltsin (1991-1999) se publicaron seis importantes documentos en relación con los compatriotas.[90] *Uno de los*

asesores de Yeltsin, el historiador Serguéi Stankevich, sugirió que todo blizhneye zarubezh'ye («extranjero cercano») debería ser parte integral de la nación rusa. Fue uno de los primeros en sugerir que el problema no eran los compatriotas, sino la fuente del poder en el espacio postsoviético. En enero de 1993, Stankevich elaboró el «Informe sobre medidas urgentes en la cooperación sociocultural entre los ciudadanos de la Federación Rusa y los compatriotas en el extranjero». Fue el primer documento oficial que trataba el asunto de los compatriotas. La propuesta de Stankevich era establecer vínculos oficiales entre los compatriotas y el Estado ruso, así como crear organizaciones cuya función sería ocuparse de cumplir con ese objetivo.

En agosto de 1994, Yeltsin firmó el Decreto n.º 1681, que llevaba como título «Guía de la política estatal en relación con los compatriotas que viven en el extranjero». En la Asamblea Federal afirmó que «Rusia no debería ayudar a esta gente a volver a Rusia, sino a asentarse en los países en los que se encuentran», haciendo un llamamiento a los Gobiernos de las exrepúblicas: los ciudadanos rusos debían ser iguales a todos los demás en los Estados independientes. En 1994, 234.000 rusos emigraron de Kazajistán a Rusia, en 1995 unos 144.000. En 1994, de Uzbekistán se marcharon a Rusia 93.500 personas; en 1995, alrededor de 64.200. De Kirguistán, en los mismos años, 42.900 y 13.400, respectivamente.

Borís Yeltsin, en su discurso de Año Nuevo de 1994, se dirigió específicamente a los compatriotas: «Queridos compatriotas. Vosotros sois una parte inseparable de nosotros, y nosotros somos inseparables de vosotros. Estuvimos y estaremos juntos. Con la Ley de Solidaridad vamos a defender vuestros y nuestros intereses comunes. En el año nuevo de 1994 acometeremos esta tarea con mucha más energía y seremos mucho más resolutivos».[91]

La primera definición oficial de compatriota apareció en diciembre de 1995, en la «Declaración de apoyo a la diáspora rusa y de protección a los compatriotas rusos». El documento afirma que son compatriotas «todos los nacidos en la URSS y en Rusia, y todos sus descendientes, independientemente de su nacionalidad o etnicidad, idioma, religión, género, ocupación y lugar de residencia, o cualquier otra circunstancia, que no son ciudadanos de la Federación Rusa pero explícitamente declaran tener vínculos

espirituales, culturales y étnicos con la Federación Rusa, o que pueden probar dicha relación». El mismo año, Yeltsin declaró, refiriéndose a los compatriotas en Letonia y Estonia, que dar respuesta al «abuso de los derechos civiles de los rusos [la negación a darles un estatus legal: ciudadanía, nacionalidad, derecho de voto] en Letonia y Estonia es una prioridad para mí». En mayo de 1999 el Gobierno adoptó la Ley federal de la política estatal en relación con los compatriotas en el extranjero, basada en la definición del concepto de compatriotas de 1995.

Más tarde, durante la segunda presidencia de Vladímir Putin, en 2005, Serguéi Karaganov redefinió el concepto de compatriota haciendo referencia a las personas que vivían fuera de las fronteras de la Federación Rusa pero tenían vínculos culturales y lingüísticos con Rusia.[92] *La Doctrina Militar de la Federación Rusa de 1993 sostenía que los rusos en el extranjero cercano que adquirieran la nacionalidad de los países del espacio postsoviético en el que se encontraban podían representar una amenaza militar para Rusia.*[93] *Ya en los años noventa se habían creado varios programas estatales para promover los vínculos con los compatriotas en «el extranjero cercano». Sin embargo, la Estrategia 2020 (de febrero de 2008) fue la que subrayó que el interés y la seguridad de los compatriotas estarían protegidos por Rusia.*[94] *Dmitri Medvédev, presidente de la Federación Rusa entre 2008 y 2012, justificó el apoyo de Rusia a los separatistas en Abjasia y Osetia del Sur (en la guerra de Georgia, en 2008) en que Rusia tiene el derecho de proteger a sus compatriotas. Posteriormente, en 2014, Putin usó el mismo argumento para justificar la anexión de Crimea y el apoyo a los rebeldes prorrusos en la Ucrania Oriental. En julio de 2014, tres meses después de la anexión de Crimea, el presidente ruso afirmó: «Quiero dejar claro a todos que nuestro país seguirá defendiendo activamente los derechos de los rusos, nuestros compatriotas en el extranjero, utilizando todos los medios disponibles, desde los políticos y económicos hasta las operaciones humanitarias internacionales y el derecho de legítima defensa».*[95]

El derecho de Rusia de defender a sus compatriotas en las exrepúblicas soviéticas es el instrumento clave para cambiar las fronteras creadas en 1991, por el mutuo acuerdo entre Rusia y las exrepúblicas soviéticas.

Los compatriotas como un instrumento de la política exterior del régimen de Vladímir Putin

Entre 2000 y 2014, el gobierno de Vladímir Putin publicó dieciséis documentos –entre decretos presidenciales, decretos gubernamentales, el Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa (de 2000 y de 2013), así como varias leyes– relacionados con los compatriotas. Todos estos documentos se resumen en la Ley federal de Ciudadanía de la Federación Rusa, aprobada por la Duma el 4 de abril de 2014 (unos días después de la anexión de Crimea). La ley contempla conceder la nacionalidad rusa a los rusohablantes nativos. Desde 2002 las leyes estaban ya adaptadas para facilitar que los exciudadanos soviéticos que lo solicitaran (no sólo rusos étnicos) adquirieran la nacionalidad.[96]

Los documentos del «Concepto de la política exterior de la Federación Rusa» (de 2008, 2013, 2016 y 2023) incluyen la protección de los «derechos legítimos e intereses de los ciudadanos rusos y compatriotas que residen fuera del país como un objetivo de la política exterior».

Antes de la guerra en Georgia, Moscú había proporcionado pequeñas ayudas y servicios sociales a los compatriotas a través de la Fundación Mundo Ruso (Fond Russkiy Mir) y a través de la Agencia para la Cooperación Internacional Humanitaria (Rossotrudnichestvo). Dichas ayudas se ejecutaron más por la presión de los políticos nacionalistas (como por ejemplo el alcalde de Moscú Yuri Luzhkov) que reclamaban un apoyo mayor a la diáspora rusa. Las implicaciones irredentistas de estas políticas se notaron más tarde, en la guerra en Georgia de 2008 y en la actual en Ucrania.

Los objetivos de la Fundación Mundo Ruso son borrosos, aunque su nombre coincide con el del periódico editado por los eslavófilos en el siglo XIX. Pretende connotar el vínculo entre las diferentes regiones del mundo que tienen lazos con la cultura y el idioma rusos. Fue fundada por los «tecnócratas políticos» del Kremlin Gleb Pavlovski y Petr Shchedrovtski y recibió el apoyo oficial de Putin en

2007, cuando el presidente ruso firmó el decreto que determinaba que la fundación estaría financiada por el Gobierno, «para apoyar a los compatriotas, promover la cultura y la lengua rusas, y mejorar la imagen de Rusia».

Las fronteras del «mundo ruso» están definidas por la cultura y la orientación política, mucho más que por la geografía o la etnicidad. La fundación, en su propia descripción, sostiene que su actividad embarca no sólo a los rusos étnicos (russkie), no sólo a los ciudadanos de Rusia (rossiyane), no sólo a los compatriotas (sotochestvenniki), sino también a los emigrados de Rusia, estudiantes o profesores, y todos aquellos que sinceramente están interesados en Rusia y preocupados por su futuro».[97] Las actividades de la fundación incluyen el apoyo a la enseñanza del idioma ruso, a los medios prorrusos (Sputnik y RT) y a las ONG presentes en el espacio postsoviético, sobre todo en Ucrania (antes de la guerra de 2022).

SANTA RUSIA Y EL MESIANISMO DE LA IGLESIA ORTODOXA RUSA EN EL SIGLO XXI

El concepto de Santa Rusia (Sveta Rossiya) fue usado por primera vez por un noble del siglo XVI, Andréi Kurbski. Era un concepto a la vez geográfico y religioso que hacía referencia a los valores compartidos que unían «el territorio canónico» de la Iglesia ortodoxa rusa en Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Moldavia. Esta definición coincide con la sugerencia de Aleksandr Solzhenitsyn de que Rusia debería ambicionar una «unión rusa». La idea de Santa Rusia refleja una visión antiimperial de la nación, aunque insiste en la unidad histórica y cultural de los eslavos orientales ortodoxos, incluso cuando estén divididos por las fronteras actuales. Implica que Rusia es la guardiana de los «valores tradicionales»; y también es un instrumento de Moscú para desafiar la influencia occidental, al sugerir que los países occidentales «rechazan sus raíces, incluidos los valores cristianos que constituyen las bases de la civilización occidental». Y tiene mucho que ver con el mesianismo y el excepcionalismo rusos, con la idea de Moscú como la Tercera Roma, por lo que la Iglesia ortodoxa rusa recobra de nuevo su relevancia en la autopercepción de los rusos.

Varias investigaciones de la opinión pública demuestran el renacimiento de la pravoslavye (ortodoxia) y un incremento de la afiliación religiosa en Rusia. Según un informe publicado en 2014 por el Pew Research Center, en 1991 un 31 % de los rusos se identificaba como ortodoxo, mientras que un 61 % se declaraba sin afiliación alguna. En 2008, estas cifras cambiaron: el 18 % se declaró sin afiliación y un 72 % se identificó con el cristianismo ortodoxo; de ellos, el 57 % afirmó que «ser ortodoxo» significa ser un «verdadero ruso».[98]

En 2005, durante una visita al monte Athos, Vladímir Putin definió la conexión entre la identidad nacional y la religiosa de los rusos modernos: «Para nosotros, el renacimiento de Rusia está inextricablemente ligado, en primer lugar, al renacimiento espiritual [...]. Si Rusia es la mayor potencia ortodoxa, entonces

Grecia y Athos son su fuente».

Desde la llegada al poder de Putin en el año 2000, la Iglesia ortodoxa rusa ha sido un instrumento de la diplomacia religiosa del Kremlin, una herramienta clave del «Concepto de seguridad nacional 2021» de la Federación Rusa, así como del proceso de reimperialización. La Iglesia ortodoxa rusa y el patriarca Kyril de Moscú –quien en enero de 2012 Nezavisimaya Gazeta puso en el sexto lugar de las cien figuras políticas más influyentes en Rusia–[99] *son probablemente los dispositivos más importantes del poder blando ruso, definido por el Kremlin como un poder de influencia, no de atracción (como reza la definición clásica de soft power hecha por Joseph Nye). La diplomacia religiosa de Moscú, el conjunto de mecanismos de cooperación del Estado con las asociaciones religiosas y el uso de instituciones, ideas y símbolos religiosos sirven a la búsqueda de un interés nacional pragmáticamente definido.*[100]

La Iglesia ortodoxa rusa no está completamente controlada por el Kremlin,[101] pero actúa en coordinación con el Kremlin en cuestiones de política interna y con el Ministerio de Asuntos Exteriores para ayudar a satisfacer los intereses nacionales de Rusia en el extranjero. En 2011, el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Patriarcado de Moscú fundaron un grupo de trabajo conjunto «para intercambiar su evaluación de diversas situaciones en regiones particulares del mundo en las que hay creyentes ortodoxos».[102]

La función política de la Iglesia ortodoxa rusa, más allá de los valores espirituales y religiosos propios de dicha institución, tiene raíces en su papel tradicional e histórico como instrumento de legitimación del poder político, fenómeno común en todos los países en los cuales los creyentes se identifican como cristianos ortodoxos. En todos los países poscomunistas la religión sirve como medio para recobrar la identidad perdida y recuperar el patrimonio y la memoria histórica olvidados, todo lo cual forma parte de la identidad nacional. Sin embargo, en los países donde la mayoría de los creyentes pertenecen a la Iglesia ortodoxa, la religión desempeña un papel clave de legitimación política.

Desde 2012, la Iglesia ortodoxa rusa tiene una triple función: legitima el poder político a nivel doméstico, es una herramienta que justifica la unidad entre los eslavos ortodoxos y por lo tanto la revisión de las fronteras que Rusia reconoció en 1991, y además

tiene un nuevo papel mesiánico a nivel global: salvar el mundo defendiendo los valores tradicionales del cristianismo. Todas estas funciones tienen ecos de su papel tradicional, del mesianismo de la Tercera Roma. Sin embargo, para comprender su renacimiento es necesario comprender no sólo estas tradiciones, sino también la posición y el papel de la Iglesia ortodoxa rusa durante el periodo comunista.

Durante la mayor parte del siglo XX la Iglesia ortodoxa rusa no abordó sistemáticamente las grandes cuestiones sociales o teológicas. La razón de ello está en el comunismo, en la tradición ortodoxa en general y en la ortodoxia rusa en particular. Como las iglesias ortodoxas no han existido separadas del Estado, los asuntos sociales nunca fueron considerados de su responsabilidad, sino del Estado. Los fundamentos de la actual posición de la Iglesia ortodoxa rusa se encuentran en la lógica del desarrollo de la sociedad soviética y en la transición fallida de la sociedad postsoviética.

En los setenta, el Partido Comunista notó dos tendencias que amenazaban la estabilidad social soviética. La primera era la creciente indiferencia de los jóvenes hacia las cuestiones ideológicas, en general, y las religiosas (como el ateísmo), en particular. La segunda era el creciente interés de los nacionalistas rusos por la religión como cultura nacional y herencia espiritual, una propensión que podía «infectar» precisamente a los jóvenes.

Durante los años de la Perestroika, cuando el marxismo-leninismo quedó desacreditado, la Iglesia ortodoxa rusa se preparó para ofrecerse como una solución al problema del vacío moral. En 1985, el obispo metropolitano de Tallin Alekséi Rídiguer escribió una carta a Mijaíl Gorbachov proponiéndole que el Estado reconsiderase el papel de la Iglesia en la sociedad. Aseguró que los intereses de la Iglesia y los del pueblo soviético tendrían que estar más acompasados, por lo que la Iglesia debería tener un papel más prominente en la vida de la URSS. Según Rídiguer, la mayor contribución de la Iglesia podría ser en lo referido a la «educación patriótica y cívica para fortalecer la unidad de la sociedad, que es tan necesaria en la actual difícil situación internacional».[103] Subrayó que la Iglesia ya estaba haciendo ese trabajo, pero propuso que se involucrara aún más, para combatir varios vicios sociales como el

alcoholismo, la depravación moral y el egoísmo, con el objetivo de fortalecer la institución familiar como pilar esencial en la fundación de la sociedad soviética y de defender la salud moral y espiritual de la gente. Su oferta fue rechazada y él destituido de su puesto de obispo metropolitano. El colapso de la URSS no sólo fue político y económico, sino también ideológico. Y la cuestión del vacío moral, permaneció sin resolverse.

En los últimos años de vida de la URSS aparecieron dos alternativas ideológicas al comunismo, que definió una profesora de química, Nina Andreyeva, en una carta publicada en el periódico Sovetskaya Rossiya («Rusia Soviética») en la que pedía que se rehabilitara la reputación de Stalin y afirmaba que «los enemigos de la Revolución de Octubre eran los elementos judíos en el liderazgo del partido». Además, describió a los dos rivales del comunismo auténtico. Uno era el neoliberalismo que se adhiere al capitalismo y a la democracia. El otro rival eran las personas que promovían la búsqueda de Dios, que definió como tradicionalistas y neoeslavófilos. Según Andreyeva, esas personas ambicionaban superar el socialismo volviendo atrás, a las formas sociales de la Rusia presocialista.

Después del colapso del comunismo, estas dos ideologías fueron las dominantes. El periodo postsoviético estuvo marcado por la lucha entre los liberales y tradicionalistas. La última década del siglo XX trajo el triunfo del liberalismo, pero la primera década del XXI estuvo marcada por el crecimiento de la influencia de los tradicionalistas, detrás del cual estuvo el declive de la ideología soviética, el vacío espiritual, así como el fracaso de los liberales.

La posición de la Iglesia ortodoxa rusa en el poscomunismo

En los noventa, en los discursos de todos los grupos políticos aparecía la retórica sobre el declive moral y un llamamiento a un renacer moral y espiritual. La sociedad rusa estaba muy desilusionada y cansada del experimento político en el que había vivido más de setenta años. El choque económico que llevó al país a la crisis de 1998 y su bancarrota creó una desigualdad sin

precedentes, y mucha gente sintió que las promesas de una mayor libertad y bienestar no se habían cumplido. En este ambiente, las ideas e instituciones occidentales que al comienzo de la década habían sido definidas como «manos que ayudan» empezaron a percibirse como elementos de un plan de Occidente para cambiar el rumbo histórico de Rusia y subvertir los cimientos espirituales de su gente. Las ideas sobre el excepcionalismo ruso y su misión civilizadora y espiritual dejaron de ceñirse al pequeño círculo de los nacionalistas y se convirtieron en la corriente principal en la opinión pública. El agente de este cambio fue la Iglesia ortodoxa rusa, que había encontrado una nueva misión, reafirmándose en el mito de la Tercera Roma.

En 1997, la Duma adoptó la nueva Ley de libertad de conciencia y asociación religiosa, cuyo objetivo era regular las actividades religiosas en el territorio de Rusia, sobre todo de los grupos de misioneros extranjeros. La ley introdujo el requerimiento de quince años de espera antes de poder inscribirse como organización religiosa, por lo que muchas misiones e iglesias extranjeras desaparecieron, al no poder cumplirlo. El preámbulo de la ley define una jerarquía de las religiones, en la que la Iglesia ortodoxa rusa goza de la posición predominante en la Federación Rusa.

Durante el comunismo, la Iglesia ortodoxa rusa había perdido casi todas sus propiedades, y en la última década del siglo XX estaba dedicada a resolver sus dificultades económicas. Sin embargo, a partir del año 2000 el patriarca ruso Kyril manifestó su ambición de liderar la opinión pública. Ese mismo año publicó un artículo titulado Normy very kak normy zhizni («Normas de fe como normas de vida») en Nezavisimaya Gazeta, y definió un nuevo papel para la Iglesia ortodoxa rusa: «definir cómo sería la civilización del futuro». Atacó al liberalismo secular y el aislamiento de la Iglesia ortodoxa rusa, porque según el patriarca esta debía comprometerse activamente con el mundo moderno, aunque eso supusiera luchar contra el liberalismo y el secularismo. La Iglesia debería desafiar la hegemonía de la civilización liberal, y criticarla desde los valores tradicionales de la Iglesia ortodoxa rusa. Debería estar alerta especialmente respecto a algunas manifestaciones del liberalismo y el secularismo, como el feminismo, los derechos de las minorías sexuales, la bioética y la planificación familiar. Desde la época del Principado de Moscovia, la Iglesia ortodoxa rusa había definido el

catolicismo como la fuente del mal y la mayor amenaza para los ortodoxos. A partir del año 2000 se lo considera un «mal menor», porque el «mal mayor» han pasado a ser las políticas del liberalismo y la defensa de los derechos individuales».

El año 2012 fue el punto de inflexión del conservadurismo en la política interior y exterior rusa. El 7 de mayo Putin renovó su mandato (el tercero) como presidente de Rusia. La democratización y la modernización, dos temas clave durante la presidencia de Dmitri Medvédev, fueron sustituidas por el autoritarismo político y la confrontación con Occidente. Desde entonces, una de las claves de la agenda política del Kremlin es la protección de los valores morales tradicionales. Por primera vez desde el colapso de la URSS, el conservadurismo moral y los valores tradicionales se convirtieron en el centro de la vida política rusa. En su discurso anual a la Federación Rusa, en diciembre de 2012, Putin abogó por el fortalecimiento de los fundamentos espirituales y morales de la sociedad. Para hacerlo propuso una serie de iniciativas políticas en el área cultural y educativa, así como diferentes políticas dirigidas a los jóvenes. Para ello contaría con la ayuda de las «instituciones guardianas de los valores tradicionales», sobre todo de la Iglesia.

La idea de que la Iglesia ortodoxa rusa tiene la misión de «dar un sentido» al mundo contemporáneo, y de que podría liderar un nuevo sistema de valores, también fue expresada por Putin en su discurso a la Asamblea Federal en diciembre de 2013: «Muchos países han revisado sus estándares morales y éticos. La destrucción de los valores tradicionales "desde arriba" no sólo tiene consecuencias negativas para las sociedades, sino que además es profundamente antidemocrática, porque va en contra de la voluntad de la mayoría, que no acepta los cambios actuales y propone un revisionismo. [...] Nosotros sabemos que cada vez hay más y más gente en el mundo que apoya nuestra defensa de los valores tradicionales, los valores que durante miles de años habían formado las bases morales y espirituales de la civilización de todas las naciones: los valores tradicionales de familia, verdadera vida humana, incluida la vida religiosa, vida no sólo meramente material sino espiritual, los valores del humanismo».

Estos dos discursos presidenciales definieron un programa político

dual: en el contexto doméstico expresaban antioccidentalismo, nacionalismo y excepcionalismo cultural ruso; en la política exterior, manifestaban que el objetivo del nuevo mesianismo ruso sería contribuir al estatus internacional de Rusia. Todo ello quedó plasmado en documentos oficiales del Estado.

La «seguridad espiritual»

En el idioma ruso no existe una palabra que signifique «seguridad». Se usa un giro perifrástico: bezopasnost (literalmente «sin peligro»). Seguridad implica ausencia de peligro, no prevención para defenderse en el caso de que lo haya. El concepto de dukhovnaya bezopasnost («seguridad espiritual») fue introducido en los discursos públicos a finales de los noventa, como respuesta a las actividades de misioneros y grupos protestantes, cuyas intenciones se percibieron como destinadas a «reemplazar el código sociopsicológico» de la población rusa. Se entendió que lo que estaba bajo ataque era la independencia del Estado ruso, que sólo podría mantener si la población se identificaba con la cultura, la lengua y la ortodoxia rusas.

En 2002, Víktor Zorkaltsev, presidente del Comité de Religiones de la Duma, definió el concepto de la «seguridad espiritual»: «es la clave de nuestra estrategia de seguridad nacional; es el escudo contra "la quinta columna", una barrera que protege nuestra cultura multiétnica, nuestra civilización milenaria y distintiva, una garantía de una identidad firme. Perder la batalla por las mentes y los corazones en el mundo moderno es una derrota mucho más seria que la militar».[104]

La idea de que la identidad nacional rusa está asediada por el relativismo, el pluralismo y el liberalismo occidentales, y que por lo tanto debe ser defendida frente a Occidente, sus valores y los «agentes extranjeros», fue dominante a partir de 2011, después de las masivas manifestaciones en contra del supuesto fraude electoral en los comicios regionales y autonómicos. El Kremlin hizo entonces una nueva propuesta de «contrato social» a la sociedad rusa, basado en el tradicionalismo, la obediencia y la seguridad. Para convencer

a la ciudadanía de la necesidad de ser protegidos, el Kremlin comenzó a emplear una retórica sobre la amenaza que representan las potencias extranjeras (occidentales), pues podría desestabilizar al país.

La Iglesia ortodoxa rusa fue la mayor beneficiaria de la imposición de los valores tradicionales. De nuevo, Occidente se convirtió en el símbolo de la decadencia moral, igual que lo habían definido en el siglo XIX los escritores rusos, especialmente Dostoievski, por su apoyo a la homosexualidad y al feminismo; por sus diferentes maneras no tradicionales de entender la familia (como unión de dos personas de diferente sexo); por sus legislaciones sobre la familia y la violencia doméstica o sobre la bioética (el aborto, la gestación subrogada, la eutanasia). La Ley contra los «agentes extranjeros» adoptada en 2012 tenía como blanco a todos los que reciben financiación extranjera y que intentan «destruir las tradiciones rusas».

El Concepto de Política Exterior de 2013 y la Estrategia de Seguridad Nacional de 2015 marcaron el tono de gran parte del tercer mandato presidencial de Putin, al sostener que «los valores espirituales y morales tradicionales rusos [estaban] renaciendo», aunque también estaban en grave peligro. Para cumplir con los intereses de Rusia como «gran potencia» y acrecentar su «potencial político, económico, intelectual y espiritual», el Gobierno y la población tendrían que reforzar esos valores y convertirlos en la piedra angular de la vida rusa. Merece una especial atención la Estrategia de Seguridad Nacional (ESN) publicada el 2 de julio de 2021, una semana después de la aparición del artículo firmado por Vladímir Putin titulado «Sobre la unidad histórica de rusos y ucranianos».[105]

La ESN 2021 afirma que la «soberanía cultural» de Rusia se enfrenta a una amenaza existencial que viene de Occidente, pues «los valores espirituales, morales e histórico-culturales tradicionales de Rusia están siendo atacados activamente por Estados Unidos y sus aliados».[106] *Junto con «las empresas transnacionales y las organizaciones extranjeras sin ánimo de lucro, no gubernamentales, religiosas, extremistas y terroristas», estos países están «ejerciendo una presión informativa y psicológica sobre la conciencia individual, grupal y social mediante la*

difusión de principios sociales y morales que contradicen las tradiciones, convicciones y creencias de los pueblos de la Federación Rusa». Así, la ESN 2021 explica cómo los «ideales y valores ajenos» no sólo destruyen los fundamentos de la soberanía cultural, la estabilidad política y la condición de Estado, sino que también causan un daño irreparable a la «salud moral» de la persona. Según los autores de la ESN 2021, Rusia debe luchar contra la influencia desestabilizadora de Estados Unidos y sus aliados, que buscan desesperadamente preservar su desintegrada hegemonía mundial. La hegemonía occidental-estadounidense se define tanto en términos culturales como militares y geopolíticos. Lo más sorprendente de la ESN 2021 es la consideración de que Occidente está en vías de desaparición, por lo que busca conflictos cada vez más graves. Esta combinación de optimismo histórico (el fin inminente de la hegemonía occidental) y de profunda preocupación (como está perdiendo, Occidente contraatacará con mayor ferocidad) es el paradigma que Stalin introdujo entre los revolucionarios rusos de 1917, sobre la agudización de la lucha de clases en el camino hacia el socialismo, que supuestamente provocaría la derrota definitiva del capitalismo. Según la ESN 2021, el papel global actual de Rusia no es revolucionario sino contrarrevolucionario, porque Rusia está predestinada a liderar la defensa de la «verdadera» Europa, los valores tradicionales y la «soberanía cultural», como se explica, en la sección titulada Zashchita traditsionnykh russkikh dukhovno-nravstvennykh tsennostey, kul'tury i istoricheskoy pamyati («Defensa de los valores espirituales y morales tradicionales rusos, la cultura y la memoria histórica») de la ESN 2021.

Estas ideas se han convertido en políticas concretas, especialmente en relación con el movimiento LGTBI+. La reforma constitucional de 2020 recogió que el matrimonio es una unión entre un hombre y una mujer, después de que Putin asegurara que, mientras sea presidente, en Rusia no habrá matrimonio homosexual. Desde entonces, las leyes sobre el colectivo LGTBI+ se han ido endureciendo: en noviembre de 2022 la Duma aprobó leyes que prohiben la propaganda LGTBI+ y el cambio de sexo. El 30 de noviembre de 2023, el Tribunal Supremo de Rusia declaró al colectivo LGTBI+ como «una organización extremista» y lo prohibió.

LA IDENTIDAD ESTATAL Y NACIONAL RUSA DESPUÉS DE LA GUERRA EN UCRANIA

Desde 2022, en Rusia los estudiantes de las escuelas primaria y secundaria, así como los universitarios, tienen que cursar una asignatura obligatoria: «Los fundamentos de la estadidad rusa». Los ideólogos del régimen de Putin, Andréi Polosin y Serguéi Kiriyenko, definen los fundamentos del Estado ruso en torno a cinco puntos: «la edificación del individuo», «el amor por la familia», «la unidad de la sociedad», «el orden estatal» y «una misión para el país». La lista se complementa destacando el «camino especial» de Rusia y la importancia de su «mesianismo» (una exageración deliberada del papel de la nación), su «superadaptabilidad» y del «comunalismo como antítesis del individualismo». El comunalismo fue un concepto alentado artificialmente por las autoridades durante el período imperial ruso. «Es más fácil pastorear a toda la manada que a un miembro individual de esa manada», como dijo una vez el famoso primer ministro ruso Serguéi Witte antes de la Revolución de Octubre. La vida comunitaria inhibió significativamente la modernización rusa y redujo los derechos civiles del 80 % de la población. Si estos cimientos parecen algo nebulosos es porque lo son. Para el régimen, manipular y distorsionar la enseñanza de la Historia es muy útil. La ideología estatal de Putin se alimenta del pasado y explota los recuerdos y conceptos históricos para remodelar y gestionar la conciencia de masas de la ciudadanía rusa. Y recuerda a las propuestas de Uvárov, el ya mencionado ministro del zar Nicolás I que acuñó el eslogan «Ortodoxia, autocracia y nación».

Las ideas de Uvárov han sido promovidas de nuevo por Dmitri Trenin, anteriormente director del Centro Carnegie de Moscú, actualmente uno de los mayores defensores de la guerra en Ucrania y uno de los analistas más respetados y con mayor influencia en Rusia, quien propuso revivir la identidad nacional rusa en un artículo titulado Kto mi, gde mi, dlya chego mi i pochemu («Quiénes somos, dónde estamos, qué representamos y por qué»), publicado en abril de 2022.[107] *En él, Trenin manifiesta que*

entiende la guerra en Ucrania como parte de un proceso de cambio del orden mundial, y como un punto de no retorno en las relaciones entre Rusia y Estados Unidos y la Unión Europea, por lo que concluye que Rusia está abandonado parte del legado de Pedro el Grande, una tradición de trescientos años que posicionaba a Rusia no sólo como una gran potencia europea, una parte integral del equilibrio de poder en el continente, sino también como una parte integral de la civilización paneuropea. Según Trenin, el Occidente colectivo nunca pensó seriamente en integrar a Rusia en las instituciones occidentales por su tamaño, porque eso exigía cambiar los cimientos de su estructura, y en que Estados Unidos abandonara su papel dominante en Europa. Rusia, por su parte, no podía obedecer normas impuestas sin su participación, porque «la independencia y la soberanía están estrechamente entretejidas en el ADN del Estado ruso, en la conciencia del pueblo y en la política de sus gobernantes».

Rusia se percibe a sí misma como una unidad política separada de Occidente que no es un imperio pero tampoco un Estado-nación; como una civilización de origen eslavo con raíces en el cristianismo ortodoxo. Su núcleo de poder lo conforman un Estado centralizado, un sistema político autocrático y el pueblo ruso, con su idioma, su cultura y su religión.

La identidad nacional rusa se basa ahora en una «idea de Rusia» de sonido moderno, en un conjunto de valores orgánicos que incluyen una serie de objetivos y principios: soberanía de los Estados; indivisibilidad de la seguridad internacional; justicia basada en la ley; codesarrollo; mantenimiento de la diversidad cultural; diálogo entre civilizaciones. La tarea ideológica principal del Kremlin debe ser la implementación de esos valores y objetivos tanto dentro del país como en el ámbito internacional.

Según Trenin –también un exmilitar ruso que participó en la guerra soviética en Afganistán en los años ochenta–, en el centro de la «idea de Rusia» están los conceptos de justicia e igualdad y la apertura hacia otras civilizaciones. El principal objetivo de la «idea de Rusia» es mantener la integridad interna del Estado y guiar espiritualmente la política exterior, especialmente cuando hay un cambio del orden mundial. Contempla la posibilidad de que haya un diálogo respetuoso y se llegue a acuerdos razonables, con buena

voluntad.

Al mismo tiempo, de la crítica que hace Trenin a Gorbachov se desprende que la «idea de Rusia» también es un reflejo del nuevo antioccidentalismo ruso, puesto que no es un producto exportable al resto del mundo. Las pretensiones universalistas de Gorbachov eran desesperadas. El mundo global, en el que el modelo de Occidente se propaga ilimitadamente, es cada vez más divergente. La «idea de Rusia» afectará al resto del mundo a través de su aplicación sólo en la sociedad rusa y en la política del Estado ruso.

Según Trenin, no es necesario inventar la «idea de Rusia», hay que repensarla para adaptarla a la actualidad. El comunismo alemán y luego el neoliberalismo estadounidense oscurecieron para muchas generaciones de rusos el legado de filósofos, escritores e historiadores nacionales, desde Pushkin y Chaadayev hasta los eslavófilos y occidentalizadores, los filósofos religiosos y euroasiáticos. Ahora bien, este legado en gran medida subdesarrollado es ahora especialmente necesario para profundizar en las reflexiones sobre el presente y el futuro. No se trata de retroceder cien o doscientos años, sino de encontrar un punto de apoyo fiable para seguir adelante.

Una vez más, en Rusia se llama al pasado para que reemplace un futuro peligroso e incierto para el Estado, mientras que la historia rusa y las instituciones de la ortodoxia y la autocracia arraigadas en ella resultan ser el único repositorio de la nacionalidad, que pretende volver a los conceptos del siglo XIX.

REVISIONISMO DE LAS FRONTERAS

La desintegración de la URSS dejó debilitados a sus Estados sucesores, además de con una red de vínculos con su antigua metrópoli. Las exrepúblicas soviéticas –Ucrania (antes de la guerra de 2022), Bielorrusia, Moldavia, los Estados del Cáucaso Sur y Asia Central– están ligadas a Moscú por una serie de acuerdos económicos, políticos y culturales. Moscú las define como «el extranjero cercano», sin reconocer completamente su soberanía, a diferencia de los países del «extranjero lejano». En 2008, Dmitri Medvédev las definió como «las zonas de intereses privilegiados» de Rusia.

Los Estados bálticos, que tuvieron una posición anómala en el Imperio ruso y soviético, están en la periferia del imaginario imperial. Finlandia y Polonia, controladas hasta la Revolución de 1917, son vistas como potenciales desafíos a la seguridad, por lo que Moscú se opuso al ingreso de la primera en la OTAN o al despliegue de las fuerzas americanas en la segunda. En el Cáucaso Sur, y aún más en Asia Central, la influencia rusa se parece a la de un gobierno excolonial.

Rusia ambiciona, a través de las palancas políticas, económicas, culturales y militares, mantener a las exrepúblicas soviéticas en su órbita, limitando o excluyendo cualquier presencia militar extranjera y controlando sus vínculos económicos con el mundo exterior. Esta ambición está vinculada a los objetivos geopolíticos más allá del espacio postsoviético del Kremlin y su percepción de que Rusia es una gran potencia que debe ocupar el lugar que le corresponde en el orden mundial.

Después de un breve coqueteo con la integración con Occidente, a mediados de los noventa la clase política rusa abrazó la idea de Rusia como un actor global independiente bajo cuyo control estarían las esferas de influencia en Eurasia, una ambición muy similar a la Doctrina Monroe de Estados Unidos. La idea de

construir un «imperio liberal» fue del economista Anatoli Chubáis. Los documentos oficiales de la Federación Rusa definen el espacio postsoviético como la prioridad estratégica regional de Rusia En la práctica, Bielorrusia y Ucrania, así como el norte de Kazajistán, ocupan un lugar especial en el mapa mental de los rusos, en comparación con las áreas poscoloniales del Cáucaso Sur y Asia Central.

La independencia de Rusia de la URSS iba a desligar a Moscú de esas periferias imperiales. Yeltsin apoyó a los líderes nacionalistas porque sostenía que Rusia no podría afrontar los gastos económicos de mantenerlas, al tiempo que el Partido Comunista y el Partido Liberal Demócrata de Rusia (que a pesar de su nombre es un partido de signo ultranacionalista y conservador) de Vladímir Zhirinovski hicieron un llamamiento a restaurar el imperio. La figura pública más asociada con dicho llamamiento fue Yevgueni Primakov, que fue ministro de Exteriores con Yeltsin entre 1996 y 1998 y primer ministro entre 1998 y 1999. Primakov subrayó que Rusia debía seguir su propio camino en los asuntos internacionales, antes de buscar la aprobación de Occidente, y que el espacio postsoviético constituía una esfera natural de influencia rusa dentro de la cual Moscú debería desplegar su concepto de seguridad nacional ante la posibilidad de que cualquier fuerza externa pudiera separar a Moscú de los demás Estados postsoviéticos. Putin asumió gran parte de esta visión de Primakov, aunque fueron rivales políticos en las elecciones presidenciales de 2000. Mientras el antiimperialismo ruso de Yeltsin contribuyó decisivamente a la desintegración de la URSS, Putin optó por la red de relaciones asimétricas (basadas en los derechos de propiedad condicionados, en un conjunto de reglas informales y en las redes de los oligarcas locales) entre Rusia y las exrepúblicas soviéticas para proporcionar a Moscú una fuente de influencia, algo que facilitaba el hecho de que el colapso de la URSS no rompió los vínculos familiares y de amistad que había entre la población. La gran mayoría de los habitantes de los nuevos Estados era rusohablante y compartía una herencia histórica con Rusia.

¿UNA NACIÓN Y TRES ESTADOS?: RUSIA, BIELORRUSIA Y UCRANIA

La manifestación más visible del intento de redefinir las fronteras de la identidad rusa en los años recientes fue la afirmación de Vladímir Putin de que los rusos y ucranianos son el mismo pueblo, el mismo argumento con el que justificó la invasión rusa de Ucrania y la anexión de varios de sus territorios. Es una opinión muy extendida entre la élite política y la ciudadanía rusa.[108] Actualmente, la creencia en la unidad entre los eslavos orientales inspira la ambición rusa de dominar las Bielorrusia y Ucrania modernas.

En el caso de Ucrania hay varios acontecimientos históricos que supuestamente legitiman las aspiraciones rusas de dominar el país vecino. Los más importantes son: la firma de la Paz de Pereyáslav, el 8 de enero de 1654, entre el comandante militar cosaco (hetman) Bogdán Jmelnitski y el Imperio ruso durante el gobierno del zar Alejo I (1645-1676). Previamente Jmelnitski había encabezado una rebelión de los eslavos orientales, ortodoxos, cosacos de Zaporiyia, contra el Gobierno del principado polaco-lituano, por su política discriminatoria contra la Iglesia ortodoxa. Jmelnitski pretendía formar una república cosaca de nobles, separada del Principado polaco-lituano, con la ayuda del zar de Moscú, pero este sabía que el apoyo a los cosacos significaría la guerra con el Principado. La Iglesia ortodoxa rusa indujo al Alejo I a apoyar a los cosacos, en febrero de 1655. Para los rusos, el apoyo dependía de que los cosacos reconocieran la soberanía del zar, y Jmelnitski juró lealtad al zar en Pereyáslav el 8 de enero de 1654. Los historiadores rusos consideran este hecho como la «reunificación» de Kiev y Moscú, la transferencia de la soberanía de los cosacos al zar. Los historiadores ucranianos lo consideran el nacimiento de un «Estado de los cosacos» bajo la protección del zar.

En 1667 el Tratado de Andrúsovo entre rusos y polacos supuso la incorporación del territorio ubicado tras la orilla oriental del río

Dniéper, incluyendo las ciudades de Kiev y Smolensk, al Imperio ruso.

Quien mayor influencia tuvo a la hora de dar validez histórica a la reunificación de la Rus fue el clérigo y diplomático Inokenti Gizel, que en su Sinopsis de 1674 argumentó que la Pequeña Rusia y su población ortodoxa formaban parte de una comunidad ortodoxa más grande, la «de todas las naciones rusas», que solían estar gobernadas por un único soberano ortodoxo. Gizel retrató a Kiev como «la ciudad salvada por Dios, la más gloriosa y destacable entre las ciudades del Imperio ruso», y la paz de Pereyáslav como el momento en que el zar Alejo I «tomó el testigo de sus progenitores, la ciudad real de Kiev, en sus manos imperiales, como su derecho natural». Que los progenitores del zar fueran de la dinastía Romanov y no de la de los Rúrik que gobernaba en la Rus de Kiev importaba poco. Los argumentos de Gizel influyeron, entre otros, en Nikolái Ustryalov, autor del primer libro de texto que definía los territorios de Ucrania, Bielorrusia, Lituania e incluso Polonia como parte histórica del Imperio ruso, insistiendo en la unidad normativa y describiendo las reclamaciones de Bielorrusia y Ucrania de obtener la soberanía nacional como meras cuestiones dinásticas.

Más de un siglo más tarde desde la firma del Tratado de Andrúsovo, Rusia se anexionó aún más territorio, la mayor parte de Bielorrusia y Ucrania al oeste del río Dniéper, durante las particiones de Polonia que hizo Catalina II en 1772, 1793 y 1795. La partición dio justificación histórica a que Ucrania se considerara como tierra fronteriza, y condujo a la eliminación paulatina de la independencia de los cosacos. En este territorio, Catalina la Grande estableció la Provincia de Nueva Rusia (Guberniya Novorossiya) en Ucrania Oriental, y buscó colonos que pudieran asentarse allí para cultivar grano y salvaguardar las fronteras. La mayoría de los terratenientes vinieron del Imperio ruso. La zarina rechazaba a los campesinos rusos, porque eran siervos que habían escapado, a favor de los refugiados eslavos orientales del Principado lituano-polaco (en términos modernos, ucranianos). Novorossiya, que incluía Crimea, era una región mixta en la que predominaba la alta cultura rusa.

En la parte occidental de lo que actualmente es Ucrania, antes de las sucesivas particiones de Polonia, la élite era polaca, mientras que San Petersburgo recibió en masa a los campesinos ortodoxos

que huían de estos territorios por estar dominados por los príncipes católicos. Después de la rebelión polaca de 1683, San Petersburgo trató de desarraigar la influencia de los terratenientes polacos y de la Iglesia católica, porque creían que socavaban la identificación de los habitantes de Bielorrusia y Ucrania con Rusia y que representaban una amenaza para el control ruso de la región. Los grupos políticos y culturales de Ucrania como la «Hermandad Cirilo y Metodio» fueron prohibidos. En julio de 1863, el Imperio zarista hizo lo mismo con las publicaciones en lengua ucraniana, y así fue hasta la Revolución de 1905. En el contexto de la rivalidad ruso-polaca para modelar la identidad de la población fronteriza, San Petersburgo se ganó el apoyo de los ucranianohablantes del otro lado de la frontera, que adoptaron la orientación prorrusa. A pesar de la persecución de los movimientos nacionalistas, los ucranianos y bielorrusos que profesaban la identidad nacional rusa podían ser miembros de la élite imperial.

A diferencia del Imperio zarista, la URSS reconoció a bielorrusos y ucranianos como naciones separadas. El modelo de la URSS del federalismo etnoterritorial consolidó la identidad nacional bielorrusa y ucraniana dentro de las repúblicas socialistas de Ucrania y Bielorrusia. Sin embargo, sus fronteras reflejaban más la conveniencia política que la consideración etnográfica o histórica.

Durante la guerra civil, las facciones en las regiones rusohablantes del Don, Odesa y Crimea intentaron crear sus propias repúblicas. Los cosacos del Don intentaron crear su propia nación, separada de la rusa o ucraniana. Al final de la guerra, en 1921, la República Socialista Soviética de Ucrania fue diseñada de manera que no sólo absorbió los territorios que históricamente habían pertenecido a los cosacos, sino que engulló el Donbás, las partes industriales, que previamente pertenecían a Rusia y donde la lengua y la cultura rusas eran predominantes. Durante el proceso de nativización (korenizatsiya), en los años veinte, el sistema educativo y político se sometió a la ucraninización lingüística. Sin embargo, Moscú nombraba a los gobernantes rusos, lo que reflejaba tanto la importancia de las identidades étnicas en la URSS como la preocupación de Moscú sobre las tendencias irredentistas.

Estas ansiedades fueron más frecuentes en la época de Stalin, y fueron

la causa de las purgas entre 1934 y 1938 y de las hambrunas durante las campañas de colectivización de las granjas, en las cuales murieron millones de personas. Alrededor de cuatro millones de campesinos murieron en Ucrania durante el Holodomor (en ucraniano, «matar de hambre») entre 1932-1933, algo que hasta el final del Imperio comunista se negó sistemáticamente que sucediera tanto en Ucrania como en otras partes de la URSS. Los historiadores están divididos sobre si el Holodomor fue el resultado de las políticas mal concebidas sobre la requisición del grano (porque el Estado necesitaba cumplir las cuotas impuestas para su ambicioso plan de industrialización, para abastecer las ciudades y para comprar divisas extranjeras con las exportaciones) o un genocidio deliberado contra los ucranianos. Con la apertura de los archivos soviéticos en 1991, los historiadores determinaron que Stalin estaba convencido de que los campesinos ucranianos, junto con los miembros del Partido Comunista ucraniano, rechazaban las cuotas absurdas e irracionales impuestas a Ucrania, lo que él entendió como una oposición nacionalista al poder soviético, y ordenó que las últimas reservas fueran requisadas aunque la consecuencia fueran millones de muertes. La hambruna fue una calamidad deliberadamente provocada por Stalin. El régimen veía cómo se moría la gente, y sólo en 1933, cuando la crisis amenazó la lealtad de los soldados, muchos de ellos ucranianos, el Gobierno accedió a enviar grano a Ucrania.[109] *Los historiadores que afirman que la hambruna no fue un genocidio argumentan que el castigo se extendió mucho más allá de Ucrania, que la sufrieron todas las poblaciones de la región del Volga y de la propia Rusia. Y que las campañas feroces de requisición del grano en Kazajistán se llevaron por delante a las élites, asentaron forzosamente a los nómadas y mataron a más personas que en Ucrania.*[110] *Según la opinión de estos historiadores, Stalin no intentó eliminar del todo ni a los ucranianos ni a los campesinos, o impedirles que se reprodujeran. Más bien, Stalin pretendía, a su brutal manera, hacer obedecer a los campesinos, a los antiguos nómadas, a los kazajos y a los ucranianos.*

Los líderes soviéticos aceptaron que los ucranianos rusificados ocuparan las posiciones políticas más altas del partido: Nikita Jruschov (1953-1964) o Leonid Brézhnev (1968-1982) fueron primeros secretarios del Comité Central del Partido Comunista de la URSS. La posición ambigua de los ucranianos y los bielorrusos se convirtió en un problema político durante los últimos años soviéticos, cuando los movimientos nacionalistas empezaron a presionar para obtener la

independencia, especialmente en Ucrania. Como respuesta, resurgieron los antiguos paradigmas por la unión de los eslavos orientales. Aleksandr Solzhenitsyn fue la voz que mayor influencia tuvo sobre Vladímir Putin y su concepto de una identidad nacional rusa basada en la unión de los eslavos orientales. En su ensayo publicado en 1990 Cómo reorganizar Rusia argumentó que las fronteras actuales de Rusia son un producto de la negligencia de la URSS respecto a la historia del pueblo ruso.[111] *Después del colapso de la URSS, Solzhenitsyn reclamó una «unión rusa» compuesta por los eslavos orientales de Rusia, Bielorrusia, Ucrania y el norte de Kazajistán, en respuesta a los que proponían recrear un Imperio ruso y dejando claro que se debería permitir a los Estados bálticos, los del Cáucaso Sur y los de Asia Central tomar su propio camino. Escribió que Rusia «tiene que elegir entre el Imperio que nos ha destruido, y la salvación espiritual y corporal (telesny) de nuestro pueblo». Su apoyo a una «unión rusa» descansaba en la antigua distinción entre Rus y Rusia, entre el patrimonio de los ortodoxos eslavos orientales de la Rus de Kiev y la periferia heterogénea que Moscú adquirió para convertirse en un imperio. En el siglo XXI, esta idea de única comunidad ortodoxa de eslavos orientales se usa para animar a los ciudadanos de Bielorrusia, Moldavia y Ucrania para obtener la ciudadanía rusa.*

Aunque Bielorrusia y Ucrania consiguieron su Estado independiente en 1991, la naturaleza de su identidad sigue cuestionada dentro de sus propias fronteras. Bielorrusia tiene una relación particularmente difícil con Moscú y la nación rusa. Aleksandr Lukashenko, el presidente de Bielorrusia desde 1994, sigue una línea rusocéntrica que incluye la prohibición de los símbolos nacionales y la restricción del uso del idioma bielorruso (que habla poco más de un tercio de la población en casa, mientras el ruso es la lengua oficial). Bielorrusia sigue profundamente imbricada con Rusia a través del llamado Estado de la Unión (o Unión de Rusia y Bielorrusia) y a través de la participación en las diferentes iniciativas multilaterales de Rusia, como la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) o la Unión Euroasiática. Moscú juega con ventaja porque Bielorrusia depende económicamente de Rusia (especialmente por la energía) y por la política de seguridad y defensa del país vecino para cultivarse a los simpatizantes rusos. Todos estos esfuerzos culminaron en 2019 en un acuerdo para unir las aduanas de ambos países y para establecer un sistema de impuestos y unas políticas

comerciales que favorecen a Rusia, todo a cambio de mantener a Lukashenko en el poder frente a la líder de la oposición Svetlana Tijanóvskaya en las elecciones presidenciales de 2020. Durante la guerra en Ucrania, Rusia ha desplegado el armamento nuclear en el territorio de Bielorrusia.

Mientras la mayor parte de los ucranianos consideran que tienen una identidad nacional diferente, la presencia de los rusos étnicos, sobre todo en Crimea, y la persistencia del idioma ruso como lengua franca en la parte oriental de Ucrania todavía dan pábulo a la idea que Putin le dijo George W. Bush en una ocasión: «Ucrania realmente no es un país».

Igual que Solzhenitsyn, Putin critica la decisión de los bolcheviques de expandir las fronteras de Ucrania hacia el este sin tener en cuenta el criterio etnográfico o las preferencias de sus habitantes. La percepción de que las fronteras de Ucrania son ilegítimas contribuye al apoyo de los nacionalistas rusos a la «reunificación» con Crimea y la revisión de dichas fronteras para atraer a los rusohablantes hacia la órbita de influencia de Moscú. Sin embargo, el Kremlin entendió mal el nacionalismo cívico ucraniano, incluyendo a los rusos étnicos y rusohablantes, y está consternado por la respuesta de unidad nacional frente a la agresión rusa a pesar de que el objetivo de la «operación militar especial» era «desnazificar» y desmilitarizar a Ucrania. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la anexión de Crimea se produjo sin disparar una sola bala: los ucranianos de las Fuerzas Armadas de Ucrania desertaron y los servicios de inteligencia ucranianos estaban trufados de agentes rusos, lo que refleja innegablemente que existe un cierto apoyo de la población de Crimea a Rusia.

Tanto la anexión de Crimea en 2014 como el intento de invadir por completo el país en 2022 son consecuencia del fracaso de Rusia a la hora de influir sobre Ucrania, y por lo tanto del fracaso en sus intentos de alejar a Ucrania de la Unión Europea y la OTAN y de conseguir que los ciudadanos ucranianos se identificaran con Rusia (o al menos inspirar en ellos cierta nostalgia imperial).

LA GUERRA EN UCRANIA DE 2014: «NO HAY UNA SOLUCIÓN MILITAR»

Las percepciones divergentes que tuvieron Rusia y Occidente de las manifestaciones en contra del Gobierno de Víktor Yanukóvich que comenzaron en noviembre de 2013, la posterior huida del presidente ucraniano a Rusia y su destitución por el Parlamento de Kiev constituyen los antecedentes de la guerra en Ucrania de 2014 y 2022. Desde el comienzo de la contestación interna a Yanukóvich, el Kremlin acusó a Occidente de provocar el derrocamiento del Gobierno ucraniano democráticamente elegido en 2010, después de que este rechazase la firma del Acuerdo de Asociación con la Unión Europea. Moscú entendió como un golpe de estado la huida de Yanukóvich a Rusia el 21 de febrero de 2014 y la creación de un Gobierno provisional. La posterior anexión de Crimea y el apoyo económico y militar a los prorrusos en la zona del Donbás han sido justificados por el Gobierno ruso con tres argumentos. Primero, que la sustitución de Yanukóvich fue ilegal y que por lo tanto el nuevo Gobierno provisional carecía de legitimidad.[112] Segundo, el Kremlin consideró que el Gobierno provisional se componía de extremistas xenófobos, lo que amenazaba seriamente la seguridad de los ciudadanos rusos en Ucrania.[113] El Gobierno de Putin afirmó que su deber moral era proteger a los compatriotas –los rusos étnicos y los rusohablantes– porque sus derechos básicos habían sido violados. Tercero, Rusia consideró que los occidentales habían traicionado el acuerdo firmado por el presidente Yanukóvich, los representantes de los partidos de la oposición y los ministros de Asuntos Exteriores de Alemania, Francia y Polonia que contemplaba la creación de un Gobierno de coalición y la celebración de elecciones anticipadas. Los francotiradores que aparecieron en la Plaza de Maidán causaron más de cien muertos en ambos bandos, lo que aceleró los acontecimientos e influyó en la huida de Yanukóvich.

Para los occidentales, la anexión de Crimea y la ayuda a los separatistas prorrusos fue una condenable violación del derecho internacional. Ante todo, constituye la prueba de que Rusia era y es

una potencia revisionista que ha entrado en un proceso de «reimperialización» cuyo objetivo es recuperar los territorios y zonas de influencia de la Unión Soviética.

Los intentos de poner fin a la guerra del Donbás se articularon a través de los Acuerdos de Minsk I y Acuerdos de Minsk II. Los Acuerdos de Minsk II se plasmaron en un documento de catorce puntos y tenían la intención de lograr el alto el fuego entre el Gobierno de Kiev y los separatistas prorrusos. Se firmó el 11 de febrero de 2015, después del fracaso de los Acuerdos de Minsk I (firmado en septiembre de 2014) y de las negociaciones maratonianas del llamado «cuarteto de Normandía» (compuesto por los presidentes de Ucrania, Rusia, Francia y Alemania). Se quería dar una solución definitiva al conflicto en el sureste de Ucrania. Sin embargo, el resultado fue una guerra de baja intensidad que en 2022 se convirtió en una guerra a gran escala. Antes de eso, ninguna de las dos partes había cumplido el acuerdo. De los catorce puntos, el incumplimiento de los puntos 2.º (retirada de las armas pesadas por ambos lados), 8.º (recuperación del control de la frontera con Rusia por parte del Gobierno de Kiev a finales de 2015) y 9.º (reforma constitucional en Ucrania, que implicaría la descentralización de determinados distritos de las provincias de Donetsk y Lugansk, de acuerdo con los representantes de estos distritos) fueron la causa del fracaso del acuerdo. Otra razón fue, como reconoció la canciller alemana Angela Merkel, que el objetivo de Occidente era ganar tiempo para armar a Kiev y entrenarla para recuperar su integridad territorial.[114] El origen de los Acuerdos de Minsk II fueron el temor de los europeos a la guerra y la derrota infligida al ejército de Ucrania por los rebeldes apoyados económica y militarmente por Rusia. En 2014, la OTAN, Estados Unidos y la Unión Europea rechazaban la idea de entrar en un pulso militar con Rusia y sostenían «que no hay solución militar en Ucrania». Los occidentales no estaban dispuestos a implicarse en un enfrentamiento con una potencia nuclear para defender la integridad territorial ucraniana, ya que eso supondría un conflicto mayor, más allá de las fronteras ucranianas.

Tras la firma de los acuerdos, Vladímir Putin declaró que «la lucha en Ucrania no cesará si Kiev no se da cuenta de que sólo hay una solución pacífica al conflicto»,[115] *esto es: hasta que el gobierno de Ucrania no*

cumpla las exigencias de los rebeldes prorrusos, la guerra se prolongará. Para Ucrania, el punto 9.º de los acuerdos –la reforma constitucional– era imposible de cumplir, ya que el Gobierno de coalición de Petró Poroshenko no contaba con la mayoría necesaria para aprobar el cambio en la Constitución que garantizaría la descentralización del país. En la sociedad ucraniana los Acuerdos de Minsk II eran muy impopulares (sólo un 10 % de la población los apoyaba), ya que su cumplimiento supondría dar a los insurrectos la capacidad de impedir la recuperación de la soberanía e integridad territorial del país, bloqueando así el acercamiento de Ucrania a la Unión Europea y la OTAN, y reconocer de facto que el sureste del país es «zona de influencia» rusa.

LA GUERRA EN UCRANIA DE 2022: UNA GUERRA CONVENCIONAL

Vladímir Putin ha justificado «la operación militar especial» en Ucrania de esta manera: «Para Estados Unidos y sus aliados, esta es la llamada "política de contención de Rusia", de evidentes dividendos geopolíticos. Pero para nuestro país esto es en última instancia una cuestión de vida o muerte, sobre nuestro futuro histórico como pueblo. Y esto no es una exageración, es así. Esta es una amenaza real no sólo para nuestros intereses, sino también para la existencia misma de nuestro Estado, para su soberanía. Es la línea roja de la que se ha hablado muchas veces. La han cruzado».[116] Desde el comienzo del conflicto, los tópicos de los viajeros occidentales de los siglos XVIII y el XIX y de la guerra de Crimea copan de nuevo las páginas de los periódicos. De nuevo, la guerra se define como una lucha entre la civilización y la barbarie.[117] La guerra en Ucrania de 2022 ha demostrado ser una mezcla de guerra moderna convencional (el uso de misiles y artillería, de trincheras, los ataques a la población civil), de guerra asimétrica (guerra de guerrillas y terrorismo de Estado) y de una guerra en la que la tecnología tiene un papel muy importante (el uso de los drones y la inteligencia artificial han sido determinantes en la defensa de Ucrania).

El papel de la Iglesia ortodoxa rusa

Desde el comienzo de la invasión rusa de Ucrania el patriarca Kyril ha tenido un papel muy activo. El 6 de marzo de 2022, el Domingo de Perdón (el último domingo antes de la cuaresma) en la tradición ortodoxa, predicó que el mundo estaba dividido por dos fuerzas, una divina y buena y otra de los malvados y pecadores. Esta última estaría intentando desviar del camino de la verdad a Rusia y a sus

creyentes religiosos al imponerles un régimen de libertades, la más terrible de las cuales sería la celebración de marchas LGTBI+, el último examen de lealtad al rebaño ortodoxo, que por el bien de su salvación debería ir a la lucha[118]. El 6 de marzo era el decimoprimer día de la agresión rusa contra Ucrania.

El patriarca ruso no sólo ha evitado condenar los crímenes contra civiles ucranianos, muchos de los cuales pertenecen a su Iglesia autocéfala, la del etnarcado moscovita, sino que además ha provocado la reacción colérica de los mismos a causa de su bendición al armamento y a las fuerzas invasoras –incluidas, claro está, las tropas mercenarias de grupo Wagner,– así como por sus arengas y sermones, en los que afirma que, en Ucrania, Rusia combate contra el Anticristo (recurriendo a la imaginería apocalíptica tradicional del nacionalismo ruso –la de Vladímir Soloviev– para requerir de la población el apoyo incondicional al Gobierno).

Hay tres Iglesias ortodoxas (como institución) en Ucrania: una, la del exilio, fundada por los emigrados que huyeron de la Revolución rusa de 1917; la segunda, la Iglesia ortodoxa de Ucrania, consiguió segregarse del patriarcado de Moscú en 2019, obteniendo el estatus de Iglesia autocéfala; y la tercera, la Iglesia ortodoxa ucraniana, que sigue dependiendo del patriarcado de Moscú. Un 78 % de los ucranianos, aproximadamente, se identifican como cristianos ortodoxos, alrededor de un 30 % de los cuales dependen del patriarcado de Moscú, con 45 diócesis y casi 20.000 parroquias. En veintidós de estas diócesis se ha dejado de rezar por el patriarca Kyril en sus oraciones canónicas. A los párrocos de obediencia moscovita les es imposible justificar ante sus feligreses el respeto filial a un patriarca que apoya con fanatismo al Kremlin. Desde la llegada de Putin al poder, el Gobierno ruso ha insistido en la unión espiritual de rusos, bielorrusos y ucranianos, ciudadanos todos de la «Rusia histórica» (o «Gran Rusia»), apelando a la Iglesia ortodoxa rusa como legitimadora sagrada de esta unidad que en ruso se denomina dukhovnost («espiritualidad»). En 2014, la dukhovnost funcionó a favor de Rusia: las fuerzas rusas en Crimea movilizaron popes locales y otros enviados por el patriarcado de Moscú para negociar la rendición de las unidades militares ucranianas. Los sacerdotes sirvieron también como capellanes en los destacamentos de separatistas prorrusos que luchaban en el Donbás. Estos curas bendecían

públicamente las tropas y las armas de los insurrectos, aprovechando la confianza que tanto los combatientes como gran parte de la población local depositaban en su Iglesia. Sin embargo, y por ello mismo, la Iglesia ortodoxa rusa perdió la confianza de los ucranianos pro-Maidán, muchos de los cuales dejaron de distinguirla del Kremlin, lo que explica la decisión de la Iglesia ortodoxa ucraniana de exigir un tomos o decreto especial sobre la autocefalia, que le fue concedido en 2019 por Bartolomeo, máxima autoridad de la Iglesia ortodoxa y patriarca ecuménico de Constantinopla, a pesar de los esfuerzos del Kremlin y de los funcionarios de la Iglesia ortodoxa rusa por evitarlo. La autocefalia de la Iglesia ortodoxa ucraniana, en el siglo XXI, es la prueba de que existe una identidad nacional ucraniana de raíz cristiana hostil a la Iglesia rusa. El significado del estatus de autocefalia no ha cambiado desde el siglo XIII, cuando era muestra de independencia respecto al Imperio bizantino. A principios de mayo de 2022, el patriarca Kyril, en un sermón pronunciado en la Iglesia del Arcángel en el Kremlin, afirmó que «Rusia nunca ha atacado a nadie». En consecuencia, Onufriy, el obispo metropolitano de Kiev y de toda la Iglesia ortodoxa ucraniana que dependía del patriarcado de Moscú, exigió al patriarca ecuménico Bartolomeo y a los líderes de las Iglesias ortodoxas autocéfalas que condenasen los «crímenes espirituales» cometidos por el patriarca de Moscú.

El balance actual del conflicto en Ucrania[119]

Es difícil hacer un balance de los dos años de guerra en Ucrania. Por ahora está claro que la agresión rusa supone la ruptura del orden de seguridad y defensa europeos, así como del orden liberal internacional. También está claro que el espíritu de lucha de los ucranianos por preservar la soberanía nacional y la integridad territorial de su país, junto al apoyo de los países occidentales y de la OTAN, ha frenado la invasión rusa y ha contribuido a que el Kremlin centre su ofensiva bélica en las regiones sudorientales de Ucrania. Sin embargo, desde febrero de 2022 Moscú sólo ha cambiado su táctica, pero no sus objetivos políticos y estratégicos.

El inesperado éxito inicial de Ucrania a la hora de frenar el avance

de Rusia en el interior del país, los recientes esfuerzos del Ejército ucraniano por lanzar contraofensivas limitadas y la promesa del presidente Volodímir Zelensky de permanecer en Kiev fueron determinantes para estimular la voluntad de lucha de los combatientes en la primera fase de la guerra. Los militares rusos se han revelado como ineptos en las tácticas, poco imaginativos en el diseño operativo, obtusos en la estrategia e incompetentes en la logística y el mantenimiento básicos. Se han destacado en el uso de su superioridad militar para destruir ciudades y cometer crímenes de guerra contra los civiles. Cuando Rusia tuvo que retirarse de su fallido asedio a Kiev y las fuerzas ucranianas recuperaron el control de los suburbios de la ciudad, el mundo despertó a la horrible brutalidad que las fuerzas rusas habían aplicado en ciudades como Bucha, donde se ejecutó sumariamente a civiles ucranianos desarmados, algunos con las manos atadas en el momento de la muerte. La escalada criminal y las tácticas cada vez más inhumanas han sido parte esencial de la respuesta rusa a la firmeza de los soldados ucranianos y al apoyo de Occidente a Ucrania.

Sin embargo, a finales de 2023 Rusia demostró que se había adaptado a la resistencia ucraniana y mantuvo las líneas de defensa de las cuatro regiones que se anexionó en octubre de 2022 (Donbás, Lugansk, Zaporiyia y Jersón) y de la Crimea anexionada en 2014. Para entonces, la muy anunciada contraofensiva de Ucrania no había cumplido las expectativas ni de los ucranianos ni de los países aliados que apoyan a Ucrania.

La invasión de Ucrania por parte de Rusia hay que leerla como la continuación de su política por otros medios. La principal característica de esta política se fundamenta en el supuesto de que hay una nueva línea divisoria en Europa a lo largo de la frontera occidental de Rusia y en el hecho de que la comunidad euroatlántica no ha incluido a Rusia en la arquitectura de seguridad y defensa surgida tras el final de la Guerra Fría. Su objetivo principal es bloquear la ampliación de la Alianza Atlántica hacia su frontera occidental, así como la ampliación de la Unión Europea. Desde la desintegración de la Unión Soviética, Rusia ha reconocido, en teoría, la independencia de las exrepúblicas soviéticas, pero en la práctica sus objetivos políticos y estratégicos requerían prácticas que permitieran al Kremlin influir en la gobernanza de sus vecinos

mediante la fuerza, la coacción o la cooptación de sus élites políticas. En 2014 Valeri Guerásimov, jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Rusia, afirmó que «las guerras que librará Rusia responderán principalmente a una estrategia de influencia y no de fuerza bruta», y que el objetivo de Moscú en cualquier guerra consistiría en «romper la coherencia interna del sistema político y socioeconómico del enemigo y no en aniquilarlo íntegramente».[120] El fracaso de esta estrategia en Ucrania ha transformado la influencia en una invasión, revelando que el Gobierno de Vladímir Putin se ajusta a dos paradigmas históricos. El primero es la estrategia de defensa de los zares (a la que también recurrieron los bolcheviques) de establecer zonas bajo su control e influencia, «territorios tampón» entre Rusia y un enemigo potencial. El segundo es el elemento fundamental de la estrategia soviética, ya sea en las versiones de Lenin, Stalin, Jrushchov-Brézhnev o Gorbachov, que pone la prioridad de la política exterior de Rusia en el establecimiento de una u otra forma de orden mundial, sin comprender que un orden internacional es siempre resultado de la interacción de muchos participantes en el sistema, incluidos los que son más poderosos que Rusia.

Hay un alto porcentaje de ciudadanos rusos que apoyan la guerra (entre el 71 y el 83 % de los rusos apoyaron la invasión en marzo de 2022).[121] En octubre de 2023, los datos del Centro Levada demostraban que el 76 % de los encuestados seguía apoyando la intervención militar de Rusia en Ucrania, porque consideran que Rusia está en guerra con Occidente, principalmente con Estados Unidos y la Unión Europea, en el territorio de Ucrania, donde se juega una nueva distribución del poder a nivel mundial.[122] Los rusos consideran que la guerra en Ucrania es parte de la guerra híbrida con el «Occidente colectivo» que comenzó en 2014. La guerra híbrida no es la Guerra Fría, pero al igual que aquella supone una forma extrema de lucha por un nuevo orden mundial.[123] Mientras los ucranianos luchan por sobrevivir, paradójicamente el Kremlin, que ha ordenado la invasión del país vecino, y los rusos, que la apoyan en su inmensa mayoría, creen estar luchando por su supervivencia.

Los objetivos políticos declarados por el Kremlin en la primera fase de la guerra fueron «desnazificar» Ucrania (derrocando el gobierno

de Zelensky), desmilitarizarla (destruyendo los almacenes de armamento que Ucrania recibe de Occidente y los campos de entrenamiento donde militares occidentales entrenan a los ucranianos), «impedir el genocidio» que supuestamente sufren los rusos de la región del Donbás, y conseguir la neutralidad militar de Ucrania (impidiendo su ingreso en la OTAN). Pero con el tiempo, Rusia ha ido moderando sus ambiciones. Mientras Ucrania esperaba el armamento que sus aliados le habían prometido, Rusia aprovechó ese tiempo para construir una sólida defensa de los territorios conquistados y anexionados a Rusia en octubre de 2022.

Las predicciones ingenuas y las expectativas de los occidentales de que el descontento popular provocado por las sanciones y las restricciones en tiempo de guerra impuestas a la vida diaria derribarían al régimen de Vladímir Putin han quedado a nada. En muchos sentidos, ha ocurrido todo lo contrario. Puede que la mayoría de los rusos no se identifique con el régimen, pero creen que están luchando con uñas y dientes contra un Occidente que trata de destruir a Rusia. A pesar de que tal percepción está en desacuerdo con la realidad, muchos rusos la han aceptado como la explicación más lógica de la guerra con el país vecino en el que muchos de ellos tienen familiares y amigos. A esta parte de la población se la puede asociar con una suerte de «indiferencia aprendida». Para ellos Putin es un líder legítimo, por lo que su «operación militar especial» también debe serlo. A lo largo del conflicto, el apoyo a lo que está sucediendo (un indicador basado en respuestas positivas a la pregunta de si la gente apoya las acciones de las Fuerzas Armadas de Rusia en Ucrania en la encuesta de la opinión pública del Centro Levada, el único reconocido internacionalmente) tiene un promedio del 75 %. Los encuestados lo explican con los siguientes argumentos: «Estos son nuestros chicos, nuestros guerreros, ¿cómo podemos no apoyarlos?». La palabra clave aquí es «nuestro», que también es utilizada a menudo por los funcionarios del gobierno: «nuestros chicos». Pero alrededor del 30 % de los encuestados expresa un apoyo algo más suave: «la guerra es mala, pero tenemos que apoyar la nuestra» o «es malo que la gente esté siendo asesinada, pero no había otra manera» –«No había otra manera» es otro cliché de los líderes del país y la televisión–. Estas voces se pueden clasificar como «débiles», «condicionales» o de «apoyo menos intensivo». Un promedio del

45 % de los encuestados declara un apoyo «fuerte» y «categórico».[124]

Mientras la sociedad rusa está indiferente y apática, los intentos de derrocar el Gobierno de Putin, como el de Yevgueni Prigozhin, el jefe de los paramilitares del Grupo Wagner, han fracasado por no haber tenido el apoyo suficiente de las élites políticas y militares, pero sobre todo porque en los regímenes autoritarios personalistas el líder rara vez es expulsado de su cargo a causa de una guerra, incluso cuando experimenta una derrota, ya que las élites son débiles, están divididas y dependen para todo de sus vínculos con el poder.

La guerra en Ucrania ha entrado en una fase de desgaste, como lo ha reconocido el jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Ucrania, el general Valerii Zaluzhnyi,[125] y lo más probable es que se prolongue por mucho tiempo. Tanto Ucrania como Rusia la ven como una cuestión de supervivencia: para Ucrania, de supervivencia de un Estado y una nación independiente; para Rusia, de supervivencia del régimen. Las negociaciones para poner fin al conflicto todavía están lejos, porque las dos partes consideran que pueden ganarla. Ucrania y sus aliados todavía no han definido claramente qué significaría derrotar a Rusia (expulsarla de todo el territorio, incluida Crimea; volver a las fronteras previas a la invasión del 2022; recuperar todo excepto Crimea...). Moscú ya no ambiciona la derrota incondicional de Ucrania sino el «éxito estratégico», que supondría garantizar la soberanía rusa en los territorios anexionados y la no entrada de Ucrania en la OTAN. Dado que ninguna parte está dispuesta hacer concesiones territoriales, lo más probable es que todo termine en una división del país al estilo de las «dos Coreas».[126]

EL CÁUCASO SUR (ARMENIA, AZERBAIYÁN, GEORGIA)

El Cáucaso Sur, una típica zona formada por fragmentos de un imperio, está en el cruce entre Rusia, Turquía e Irán. Rusia cuenta con vínculos históricos y diferentes herramientas de influencia, incluida la manipulación de los conflictos étnicos, que le facilitan el papel de mediador y el despliegue de sus soldados en las misiones de paz, además de controlar los activos económicos más importantes, como los gasoductos construidos por el Imperio ruso y soviético. Actualmente, el interés de Moscú en la zona está vinculado a su enfoque en las fronteras entre el Cáucaso Sur y el Cáucaso Norte.

Rusia irrumpió en el Cáucaso Sur en el siglo XVIII a petición de los cristianos de Georgia, que estaban en guerra contra sus vecinos musulmanes de Irán. El rey Heraclio II (1721-1798), que reinó en la parte oriental de Kartli-Kajetia, hizo repetidas peticiones de protección a Catalina II, quien en 1783 finalmente impuso el Tratado de Gueórguiyevsk, que estableció en la región el protectorado ruso. Sin embargo, fracasó en la protección de Kartli-Kajetia de los devastadores ataques de los Qajar iraníes. En respuesta a la humillación, Pablo I (1796-1801), el hijo de Catalina II, anexionó Kartli-Kajetia al Imperio ruso. En 1801, Alejandro I abolió el reino de Georgia. En 1813, el Tratado de Gulistán acabó con la guerra con Irán y reafirmó el control ruso de la Georgia occidental y de varios kanatos gobernados por los musulmanes (actualmente Daguestán y Azerbaiyán). Los kanatos de Ereván y Najicheván, cuya población era mayoritariamente armenia, permanecieron fuera del control ruso hasta 1828, cuando el Tratado de Turkmenchay les fue impuesto después de otra victoria rusa sobre los Qajar. Poco antes, en 1812, el Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa había abolido la Iglesia ortodoxa de Georgia para transformarla en una parte de la Iglesia rusa. Desde 1817 estuvo administrada por el patriarca ruso de Moscú. Después de la abolición de la independencia de la Iglesia, se hizo lo mismo con el

gobierno de los nobles locales y se impuso un gobernador/administrador ruso. Nicolás I aceleró el control ruso sobre la región, aunque la centralización política y la colonización rusa fueron limitadas, lo que permitió al Cáucaso Sur mantener el estatus de periferia del imperio y mantener su cultura indígena.

A finales del siglo XIX la zona era muy inestable. El descubrimiento de petróleo en Bakú creó un proletariado industrial y aumentó las tensiones entre colonos y nativos. Durante la Primera Guerra Mundial fue primera línea de las batallas entre turcos y soviéticos, y los acuerdos posteriores entre la URSS y Turquía dejaron el Cáucaso Sur bajo control soviético y establecieron un estatus especial para las regiones de Abjasia, Ajaria, Nagorno-Karabaj y Najicheván.

El proceso de industrialización emprendido por Stalin, y sobre todo el terror, que eliminó miembros de las élites políticas y también grupos étnicos como los kurdos, pueblo fronterizo de varios imperios, ayudaron a solidificar el Gobierno comunista y a integrar el Cáucaso Sur con el resto del Imperio soviético.

El colapso de la URSS condujo a la emergencia de Estados independientes a caballo entre el Cáucaso Sur y el Cáucaso Norte. Los ciudadanos de Chechenia, Osetia y otras comunidades étnicas se quedaron a vivir a ambos lados de la frontera, poco segura y mal demarcada. Los gobiernos de Azerbaiyán y Georgia comenzaron a construir sus respectivos Estados-nación, intentando cortar sus vínculos con Rusia y asimilar o desplazar (expulsar) sus minorías. Estas pedían protección y apoyo de Moscú, lo que generó muchos conflictos durante los años noventa. Las fuerzas rusas tuvieron que participar en los que se produjeron en Georgia y en Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbaiyán (igual que en Moldavia, en la región de Transnistria).

Los conflictos no resueltos de esta región impiden consolidar la integridad territorial o alcanzar la integración euroatlántica con los tres estados del Cáucaso Sur. Además, este estatus ambiguo los hace vulnerables frente a la coacción rusa. Rusia trató de prevenir el establecimiento de lo que percibía como influencia extranjera hostil en el Cáucaso Sur –el primer contrato entre Azerbaiyán y diferentes compañías de energía occidentales cuyo objetivo era construir un nuevo gasoducto este-oeste, desde el mar Caspio, evitando el

territorio de Rusia–. Los proyectos del oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhan y del gasoducto Bakú-Tiflis-Erzurum permitieron a Azerbaiyán y Georgia reducir su dependencia de Rusia y tener vínculos con Turquía, la Unión Europea y Estados Unidos. Moscú intentó bloquear ambos proyectos ofreciendo a Azerbaiyán comprar su gas y construir sus propios gasoductos, que conectaran con Turquía, pero Bakú lo rechazó.

Moscú se preocupó de la influencia de Occidente en Georgia después de la Revolución de las rosas de 2003-2004, que trajo al poder a Mijeíl Saakashvili, cuya prioridad era restablecer el control territorial sobre Abjasia y Osetia del Sur, controlada por una mayoría rusa o rusohablante y vinculada a la Federación Rusa a través de la porosa frontera con el Cáucaso Norte. Otra de sus prioridades era convertir a Georgia en miembro de la OTAN, a lo que la Alianza respondió, en su Cumbre de Bucarest de 2008, favorablemente (también a la solicitud de Ucrania), aunque sin dar fechas, programas y plazos concretos sobre la membresía. La Revolución de las rosas fortaleció la percepción de Moscú de que Estados Unidos y sus aliados explotan la retórica de la democratización para debilitar la influencia de Rusia en su periferia posimperial, una percepción que se fue afianzando con las subsecuentes revoluciones de color en Ucrania en 2004 y en Kirguistán en 2005.

Cuando en agosto de 2008 Saakashvili ordenó a su Ejército atacar a la población de Abjasia y Osetia del Sur para recuperar la integridad territorial de Georgia, el Ejército ruso intervino para defenderlos. Tras la contienda, que duró cinco días, Moscú reconoció la independencia de las dos regiones de Georgia, aunque no las anexionó. Dmitri Medvédev, el entonces presidente de la Federación Rusa, afirmó que Rusia tiene derecho a defender a sus compatriotas.

Desde la guerra en 2008 las relaciones entre Rusia y Georgia han pasado por altibajos. En 2023 Georgia obtuvo el estatus de candidato a la Unión Europea, pero sus relaciones con Moscú se han estabilizado. Desde el comienzo de la guerra en Ucrania, Georgia ha recibido a miles de rusos que han emigrado de Rusia.

Los orígenes del conflicto de Nagorno-Karabaj están en la decisión

de la Unión Soviética de incluir una región poblada por una mayoría armenia en la República de Azerbaiyán. Desde los años ochenta del siglo XX la región ha sufrido tres guerras. La primera, entre 1988 y 1994, se desarrolló en el contexto de las tensiones nacionalistas de los últimos años de existencia de la Unión Soviética y su posterior desintegración en 1991, y acabó con la victoria armenia. La segunda guerra estalló en noviembre de 2020, cuando las fuerzas azeríes recuperaron una parte de los territorios que habían perdido durante el primer conflicto. En la primera guerra, Rusia apoyó decididamente a Armenia, y tuvo un papel prominente en la posterior negociación del alto el fuego. Sin embargo, en la segunda guerra Rusia medió para conseguir un alto el fuego, pero había armado a las dos partes de la contienda por igual. Además, Moscú tuvo que aceptar que Turquía apoyara militarmente a Azerbaiyán, con quien comparte estrechos lazos étnicos, culturales y económicos. Los líderes turcos describen la relación entre Turquía y Azerbaiyán como de «una nación, dos Estados». La tercera guerra de Nagorno-Karabaj de septiembre de 2023 comenzó con una justificación inverosímil: la «operación antiterrorista» de Bakú. Azerbaiyán, apoyado por Turquía, vio una oportunidad de recuperar todo el territorio que había perdido entre 1988 y 1994 y que sólo en parte había recuperado en 2020. La capitulación de los armenios a petición de Rusia y el papel más prominente de Turquía, así como de Catar, Pakistán y sobre todo de Irán, marcaron un punto de inflexión en el conflicto y subrayaron el papel de otras potencias en la región. La derrota de Armenia, su vulnerabilidad y las ambiciones de Azerbaiyán representan un desafío para la estabilidad en Nagorno-Karabaj. Y hay dos claras amenazas para el frágil alto el fuego. La primera es el hecho de que en Irán viven entre quince y diecinueve millones de azeríes (en comparación con los diez millones que viven en Azerbaiyán), por lo que es esperable que en un futuro esta población reclame una mayor autonomía dentro de Irán o un acercamiento con Azerbaiyán. Teherán no está dispuesto a aceptar este tipo de demandas, y menos aún a cumplirlas. La otra amenaza es la ambición azerí de construir un corredor de transporte terrestre en Armenia que conectaría el territorio continental de Azerbaiyán con el enclave sin salida al mar de Najicheván, lo que cortaría el acceso directo de Irán a Ereván. Teniendo en cuenta la historia de las guerras de Nagorno-Karabaj, lo más probable es que la tercera no sea la última en esta región.

ASIA CENTRAL (KAZAJISTÁN, UZBEKISTÁN, KIRGUISTÁN, TURKMENISTÁN, TAYIKISTÁN)

Desde los noventa, el enfoque de Rusia en Asia Central está condicionado por el colapso de Afganistán y la divulgación del islam radical en la región, por tratar a las exrepúblicas soviéticas de esta región como una zona buffer (zona de amortiguamiento o zona «colchón»). A pesar de la muy destacada presencia económica de China, Rusia intenta mantener la posición económica dominante.[127] *Otra de las prioridades de Moscú es prevenir el establecimiento de gobiernos antirrusos, así como la influencia de Estados Unidos y la OTAN. En Asia Central Moscú apuesta por los planes de la integración política y económica postsoviética.*

A diferencia de las conquistas en Europa, e incluso del Cáucaso Sur, el Imperio ruso consideró a los países de Asia Central como «colonias», comparándolas con las colonias ultramarinas de las potencias europeas. Como Gran Bretaña o Francia, Rusia proclamó que su misión era civilizadora, para erradicar el retraso cultural y político de la región. Las élites de Kazajistán fueron incorporadas como miembros de la Corte. Las de otros cuatro países de la región, no, aunque sirvieron como representantes del Gobierno indirecto del imperio. En el siglo XIX, la gran mayoría de la población entró en la categoría de inorodtsi («extranjeros»), lo que les supuso carecer de privilegios, pero también de obligaciones respecto a los impuestos o el servicio militar, cosa que sí se esperaba de otros súbditos rusos.

La incorporación de los cinco países al Imperio ruso transformó sus economías. Los colonos rusos ocuparon la estepa kazaja –más de un millón de agricultores rusos y ucranianos la colonizaron entre 1897 y 1917, apropiándose de las tierras conquistadas–. La colonización rusa interrumpió las migraciones nómadas y su comercio. En 1898, 1910 y 1911, el Gobierno zarista adoptó leyes de nuevas expropiaciones. Durante la guerra civil, los bolcheviques suprimieron las sublevaciones nacionales locales, mientras conquistaban y abolían varios kanatos. La

resistencia de los kazajos, que los rusos llamaban Basmachi («bandidos»), perduró hasta los años treinta.

La ausencia general de movimientos nacionales (excepto en Kazajistán), la persistencia de los vínculos tribales y de clanes, la falta de fronteras claras entre los cinco países y las decenas de idiomas que hablaban sus habitantes complicaron la tarea de los bolcheviques de la delimitación nacional, que procedía según los criterios de pertenencia tribal, no nacional. Las consecuencias de esta política –fronteras inestables entre Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán– son visibles en la división del valle de Ferganá, centro del antiguo kanato de Kokand. Además, los conflictos entre los tres países por el recurso natural más apreciado de la región, el agua, permitió a Moscú asumir el papel de mediador entre ellos, gracias a lo cual controlaba a las élites políticas.

La percepción del retraso de Asia Central animó a los planificadores soviéticos a imponer campañas extensivas de transformación cultural y política. Sus recursos naturales (sobre todo de petróleo y algodón) convirtió la región en destino de los «no deseables», de los pueblos deportados, sobre todo durante el estalinismo. Además, en los treinta Stalin impuso el programa de «denomadización» (obligar a los pueblos nómadas a asentarse), que acompañó con la colectivización. Ambos programas ocasionaron las hambrunas devastadoras en las que murió más de un tercio de la población kazaja.

El colapso de la URSS produjo una independencia estatal no buscada. Yeltsin no tenía mucho interés en Asia Central, excepto por mantenerlo como una zona buffer. Sin embargo, después de las revueltas en Afganistán y a causa de la fragilidad interna de los cinco estados, Asia Central se convirtió en un desafío para la seguridad de Rusia. Moscú se responsabilizó de apuntalar la antigua frontera entre la Unión Soviética y Afganistán, manteniendo sus tropas y personas de servicios de inteligencia, y organizando las maniobras militares conjuntas con los cinco estados, enfocadas a bloquear las incursiones extremistas de los radicales.

La larga frontera de 6.846 kilómetros entre Rusia y Kazajistán convierten a este último en el socio prioritario de Moscú en la región para las diferentes iniciativas económicas, políticas y militares. El

enfoque de mantenerlo como buffer contra el extremismo, así como la falta de conexiones históricas, identitarias y emocionales, suponen un contraste con las otras periferias posimperiales, pues Rusia no ha sido hostil a la influencia política y militar en Asia Central. Por ejemplo, después del ataque terrorista del 11S, Putin ofreció a Estados Unidos las bases en Kirguistán y Uzbekistán. Y Rusia tolera (tampoco tiene otro remedio) la expansión económica de China y su presencia militar en Tayikistán, en el contexto de su estratégico alineamiento con China.

Moscú sigue refiriéndose a Asia Central como esfera de influencia de Rusia. Subraya, especialmente en los medios de comunicación rusos, la existencia de vínculos creados durante la era soviética, y se esfuerza por mantener una vinculación estrecha con los rusos étnicos y rusohablantes y con las élites locales que tienen educación rusa. Entre 1990 y 2000, Rusia ejerció el dominio económico (sobre todo el control de la exportación de hidrocarburos, gracias a las infraestructuras soviéticas), el político y el de seguridad en las exrepúblicas soviéticas. Su influencia económica disminuyó a partir de 2001, aunque la política, y sobre todo la militar, todavía son indiscutibles. La creación de la Unión Euroasiática (UEA) en 2010 (formada por Rusia, Bielorrusia, Kazajistán y Armenia) pretende fortalecer el dominio ruso en la zona, y ser el contrapeso tanto de la influencia de la Unión Europea como de la de China. Pero el fracaso de la incorporación de Ucrania en la UEA y la difícil situación económica rusa ponen en entredicho todo el proyecto. Una de las últimas propuestas de Rusia ha sido articular el proyecto de la UEA con el chino de la Ruta de la Seda, pero no se ha avanzado al respecto.

Rusia se define como el mayor proveedor de seguridad en la zona (cosa que le permiten sus bases militares en Tayikistán y Kirguistán) a través de convenios bilaterales y dentro del marco de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) y Organización de Cooperación de Shanghái (SCO). La ambición de Moscú en estas organizaciones es ejercer de contrapeso a Estados Unidos en la zona, lo que conviene tanto a Rusia como a China. A pesar de que la OTSC es una alianza militar que imita a la OTAN e implica la defensa colectiva de cada uno de sus miembros, el conflicto entre Armenia y Azerbaiyán en Nagorno-Karabaj demostró que no es así. La OTSC sirve sobre todo como marco para garantizar

la influencia de Rusia en la región e impedir conflictos interétnicos (o por el agua) en los cinco países de Asia Central. A pesar de la expansión del comercio chino, Rusia sigue teniendo cierto nivel de influencia económica a través de la emigración de trabajadores. Antes de la pandemia de covid, el PIB de Kirguistán dependía en un 33,2 % de los ingresos de estos trabajadores, y Tayikistán en un 29 %.

LA IDENTIDAD SOVIÉTICA SIN FRONTERAS: EL REGIMIENTO INMORTAL (BESSMERTNIY POLK)[128]

Mientras la Iglesia ortodoxa rusa, la Fundación Russkiy Mir y el concepto de Santa Rusia aluden a una identidad espiritual cimentada en el cristianismo ortodoxo y en la Rus de Kiev, el concepto de «compatriota» y la marcha del Regimiento Inmortal aluden a otros componentes de la identidad nacional rusa, en primer lugar, a la memoria histórica de la Gran Guerra Patriótica. El Regimiento Inmortal es uno de los muchos instrumentos del Kremlin para divulgar su visión e interpretación de la Segunda Guerra Mundial. La marcha es la plasmación del uso político de la historia por la élite gobernante como herramienta de argumentación política para imponer una interpretación particular de la historia de la guerra.

Dicha marcha es una performance, una procesión gigantesca que se celebra en las principales ciudades dentro y fuera de Rusia cada 9 de mayo, Día de la Victoria, desde 2012. Quienes participan en ella portan fotografías en blanco y negro de hombres y mujeres que murieron o fueron heridos en la Segunda Guerra Mundial, y, junto a las fotografías, flores y banderas rusas y soviéticas con la hoz y el martillo. En primera línea de la procesión, la cabecera sostiene una enorme pancarta con las palabras Bessmertniy Polk («Regimiento Inmortal»).

En 2012, en Tomsk (Siberia), Ígor Dmitriyev, Serguéi Lapenkov y Serguéi Kolotovkin, tres amigos periodistas, organizaron la primera marcha del Regimiento Inmortal. Sus motivos no eran comerciales, y tampoco políticos, sino «la preservación de la memoria personal de cada familia de la generación afectada por la guerra». La idea resultó ser contagiosa. Las noticias de la marcha de Tomsk se difundieron rápidamente y en la organización comenzaron a recibir llamadas desde toda Rusia para participar u organizar versiones propias del gran acontecimiento. El año siguiente, en 2013, los Regimientos Inmortales marcharon por 120 ciudades rusas, mientras que en 2014 desfilaron ya a través de quinientas. En 2018

la marcha se organizó ya en más de mil ciudades rusas. Desde 2022 las marchas del Regimiento Inmortal se celebran «virtualmente» por motivos de seguridad, debidos a la guerra, con el fin de evitar «actos terroristas» instigados por Ucrania.

Desde principios de 2015, los fundadores habían ido perdiendo el control sobre la marcha a causa de la intromisión de Nikolái Zemtsov, diputado del Partido Comunista en la Asamblea de Moscú. Zemtsov forjó vínculos con los movimientos políticos vinculados al presidente Vladímir Putin y el Kremlin se hizo cargo de la organización del evento. El «patriotismo de pancarta» se había vuelto muy popular desde la anexión de Crimea en 2014 y Putin comenzó a participar en el Regimiento Inmortal de Moscú el año siguiente, ostentando la fotografía de su padre, el veterano de guerra Vladímir Spiridonovich Putin.

En Rusia las marchas del Regimiento Inmortal se han vuelto una ceremonia estatal complementaria del desfile militar celebrado el mismo día. El 9 de mayo de 2018, Vladímir Putin afirmó en su discurso que «el 9 de mayo une a generaciones a través de una historia de coraje. Cada familia tiene sus propios héroes, que viven en nuestros corazones. Están con nosotros en las filas del Regimiento Inmortal». Esta «historia de coraje» , como la han definido en Rusia, se ha convertido en una tradición en todo el mundo, incluidas ciudades de más de ochenta países, entre ellos España, Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia, Israel, Argentina, Serbia, Ucrania, Vietnam, República del Congo, Corea del Sur, Canadá, Camboya y Austria.

La celebración de la marcha tiene diferentes objetivos en diferentes lugares. En Rusia, los principales son reinventar la memoria histórica de la Gran Guerra Patriótica, redefinir la identidad nacional de Rusia en la era posimperial y postsoviética, así como promover la unidad nacional evocando el patriotismo, el estatus de gran potencia de Rusia y el orgullo nacional. En las antiguas repúblicas soviéticas representa la respuesta del Kremlin a la desconexión de estas de Rusia y una herramienta para fortalecer el «mundo ruso». La marcha del Regimiento Inmortal en Ucrania es un ejemplo extremo del uso de la historia porque implica que recordar la Gran Guerra Patriótica no sólo se ha convertido en un

instrumento para consolidar la identidad nacional rusa, sino también en una forma de preparar al pueblo para la guerra y justificar «la lucha contra el fascismo». En el contexto ucraniano, la historia ha devenido en arma en la guerra de la (des)información, utilizada para legitimar las acciones del Kremlin y deslegitimar a las autoridades ucranianas. La marcha, más que en ningún otro lugar, constituye el símbolo de la victoria rusa sobre el fascismo. Su objetivo es imponer la visión del Kremlin sobre el conflicto ucraniano y animar a todos a luchar contra el «gobierno fascista» de Kiev. En febrero de 2022, el Kremlin alegó que su objetivo al invadir Ucrania era «desnazificarla», en referencia al breve periodo histórico durante el cual Ucrania, liderada por Stepán Bandera, fue un protectorado del régimen alemán nazi.

En los países occidentales, el Regimiento Inmortal revela la intención del Kremlin de monopolizar la victoria sobre el fascismo y presentarse como una gran potencia guardiana del orden internacional.

Es imposible entender el alcance del Regimiento Inmortal sin entender el significado que tiene para los rusos la Gran Guerra Patriótica y la celebración del Día de la Victoria.

Una narrativa unificadora

Toda comunicación tiene lugar en un contexto que puede ser más o menos amplio, en el sentido cultural, geográfico, social e histórico. Toda comunicación implica tres elementos básicos: el remitente, el mensaje y el receptor. Emisor y receptor deben tener un código común y compartir un contexto común; sin ellos no hay comunicación. El remitente utiliza el mensaje para expresar su emoción, mientras que el receptor decodifica el mensaje. El mensaje es transmitido/recibido a través de diferentes canales para cumplir con su función principal, que es referencial. El mensaje suele transmitirse a través de canales lingüísticos, visuales y de audio.

El contexto –tanto físico como temporal– en el que se desarrolla el

Regimiento Inmortal es el Día de la Victoria, marcado por las marchas en Rusia, en las antiguas repúblicas soviéticas y en muchas ciudades occidentales. El 9 de mayo de 2005, en su discurso, Vladímir Putin afirmó: «El Día de la Victoria es la fiesta más querida, más emotiva y más inclusiva de nuestro país. Para los pueblos de la antigua Unión Soviética, seguirá siendo por siempre el día de las grandes muertes heroicas y para los países de Europa y el planeta entero, el día en que se salvó el mundo».

En la organización del Regimiento Inmortal, el Día de la Victoria se asocia con el desfile militar y representa el vínculo entre el pueblo y el Ejército. Las marchas, celebradas en muchos lugares a la vez, simbolizan un nexo entre miles de personas, sin importar donde estén: se trata de una fusión espiritual. La presencia de Putin en el desfile militar (como observador) y en la marcha del Regimiento Inmortal (como participante) refuerza su imagen (¿masculina?) de gobernante autócrata y de hombre del pueblo. Pero el contexto más importante es el histórico.

Tras el colapso de la URSS, todas las antiguas repúblicas soviéticas se enfrentaron al problema de reconstruir sus identidades nacionales dentro de sus nuevos límites geográficos y simbólicos, y de adaptar las narrativas canónicas de sus pasados colectivos al nuevo contexto político. En el caso de la Federación Rusa, esta tarea ha sido particularmente complicada por muchas razones. Dada esta situación, y en ausencia de una narrativa del pasado comúnmente aceptada, la memoria de la Gran Guerra Patriótica ha demostrado ser el elemento más «políticamente utilizable» del pasado de Rusia con vistas a la agenda de construcción nacional, porque su narrativa ha gozado siempre de un alto nivel de aceptación social y rara vez ha sido objeto de críticas. Prácticamente todas las familias habían sufrido en la guerra y todo el país conocía la iconografía de la televisión y el cine soviéticos. Desde la anexión de Crimea en marzo de 2014 y la participación de Rusia en el conflicto militar en Ucrania Oriental, los relatos de la Gran Guerra Patriótica adquirieron una nueva dimensión: llegaron a ser utilizados como un marcador de la identidad imperialista postsoviética y se asociaron estrechamente con actitudes «patrióticas» pro-Putin. Tanto el heroísmo como el sufrimiento –los principales temas de las narrativas de la guerra– se vieron eclipsados por otro elemento: la

noción del orgullo de un pasado glorioso que elevaba la autoestima nacional en el presente.

En cuanto a los remitentes del mensaje, cada persona que sostiene una fotografía de un familiar es uno. Su razón principal para formar parte de la marcha es el deseo de conmemorar la pérdida de sus seres queridos y de todos los que participaron en el conflicto. Vladímir Putin es un remitente muy especial, aunque intenta cultivar la imagen de ser un hombre cualquiera entre miles. El remitente principal es el organizador de la marcha, es decir, el complejo de organizaciones ancilares del Gobierno ruso representado por su presidente.

El principal canal de transmisión del mensaje es la propia marcha como un espectáculo. La procesión es una encarnación intencionada de la «memoria de los sentimientos», personales y colectivos. Los principales actores de la representación son los veteranos de guerra y los familiares. Sin embargo, la esencia del mensaje no es la presencia de hombres y mujeres vivos participando en la marcha, sino la ausencia de los muertos cuyos rostros llevan en las pancartas. La marcha destaca la presencia de miles de vivos y la ausencia de millones de muertos. Los canales secundarios de la transmisión del mensaje son los medios de comunicación: periódicos, televisiones, radios y redes sociales.

Los receptores del mensaje dentro y fuera de Rusia decodifican, como significado principal del mensaje, un homenaje a millones de víctimas soviéticas durante la Gran Guerra Patriótica, lo que a su vez supone una reafirmación nacionalista para los propios rusos, pero sobre todo para los extranjeros.

Principales funciones y objetivos de la marcha

La marcha del Regimiento Inmortal es parte de un conjunto de rituales anuales en los que Vladímir Putin participa personalmente – desfiles militares, reuniones con veteranos, visitas a iglesias asociadas con la guerra, narraciones del sufrimiento de su propia

familia en el sitio de Leningrado– y tiene múltiples funciones: invoca la Gran Guerra Patriótica y el Día de la Victoria; sirve como relato moral del sufrimiento y la redención y ejemplifica un mito fundacional de la Rusia postsoviética; encapsula un mito de la victoria y un mito de la salvación de Europa; crea un nuevo culto a la personalidad de Vladímir Putin a través de la conexión e identificación profunda entre Putin y la victoria en la guerra, y lo presenta como el defensor, incluso el salvador, de la Patria; refuerza la unidad nacional interna; apoya una ética militar renovada; y también tiene una función pedagógica.

Las referencias a la Segunda Guerra Mundial en la Rusia actual, especialmente las que son del tipo del Regimiento Inmortal, apelan a la «iconicidad» de la Gran Guerra Patriótica, tanto como paradigma de sufrimiento como de victoria. Es un icono porque se percibe visualmente y a través del afecto, no de la razón. Es, a la vez, el duelo –por cada uno de los muertos– y su sublimación en victoria de la nación en su conjunto, sobre la muerte. La marcha refleja el gran número de víctimas mortales soviéticas, más de veinticinco millones, lo que pretende reivindicar el gran sufrimiento de la URSS en la Segunda Guerra Mundial y su protagonismo en la lucha victoriosa contra el fascismo. Se trata de una «nacionalización» de la victoria (Rusia tuvo el mayor número de víctimas mortales y, por tanto, venció ella sola al fascismo), así como de una «personalización» del triunfo en Vladímir Putin. El presidente ruso, como participante en la marcha, como hijo obediente y líder nacional, se identifica con la historia mítica y la mantiene viva. Como buen hijo escucha a sus mayores, simpatiza con sus pérdidas y promete mantener vivo el recuerdo. También es el hijo que recuerda la guerra como experiencia familiar, al contar la historia de su padre. Esta identificación de la persona y la nación con la fiesta y la victoria otorga una identificación «icónica» al Gobierno de Putin con la propia Rusia. Haciendo de la guerra un acontecimiento personal y también sagrado, Putin ha creado un mito y un ritual que lo eleva personalmente, uniéndose a Rusia (al menos místicamente) y mostrándose como el héroe nativo, el guerrero personalmente comprometido con la defensa de la patria. Así pues, Putin es a la vez populista y autócrata. Tiene el glamour del presente, pero también es un héroe del pasado. Puede asociarse en la mente popular con las victorias de los grandes

momentos de Rusia, ignorando (en la medida de lo posible) los fracasos rusos en la Segunda Guerra Mundial y los momentos moralmente ambiguos.

Como muchos rituales nacionalistas y patrióticos, el Regimiento Inmortal tiene también una función pedagógica. La participación de Putin en la procesión es un modo de renovar la práctica de la llamada «Lección de la Memoria» (urok pamiati), habitual en los tiempos soviéticos, cuando los estudiantes se reunían con los veteranos de guerra para recordar y llorar colectivamente. Estas lecciones tienen la función de pedir a los maestros y a los estudiantes que participen en un rito emocional que revive la guerra como un momento de victoria moral. Las «Lecciones de la Memoria» no enseñan sólo el orgullo por el propio país, sino también el respeto hacia cada uno de los veteranos, la empatía por el sufrimiento de los demás, la subordinación de las necesidades e intereses privados al bien común y el miedo a la anarquía y a la desunión.

Los principales objetivos políticos del Regimiento Inmortal en Rusia son reinventar la memoria histórica de la Gran Guerra Patriótica, redefinir la identidad nacional de Rusia en la era pos-imperial, postsoviética, y promover la unidad nacional suscitando el patriotismo y el orgullo nacional, y reivindicando para Rusia el estatuto de gran potencia.

Al trasladar la atención pública de la historiografía –archivos, libros de historia y libros de memorias– a la performance como objetivación ritual de la memoria, el Kremlin logra el efecto de que «la guerra está ocurriendo, la estás viendo». La performance pone de relieve la parte emotiva del acontecimiento histórico y omite las «partes desagradables» de la verdad histórica, como el estalinismo, el pacto Ribbentrop-Mólotov de 1939, la tragedia de Katyn y los sentimientos nacionales de los países que formaban parte de la Unión Soviética en contra de su voluntad.

El Regimiento Inmortal refleja la idea del Kremlin de la nación rusa, que coincide con la idea del estadista angloirlandés y filósofo conservador Edmund Burke (1730-1797). Burke sostenía que una nación es una asociación no sólo entre los vivos, sino entre los vivos, los muertos y los que están por nacer. En realidad, esta es

una secularización moderna de la Comunión de los Santos, invocada en el Credo de Nicea que rezan a la vez todas las Iglesias apostólicas. La marcha del Regimiento Inmortal transfiere a la nación la sacralidad de la Iglesia, creando la ilusión de una comunión nacional de los vivos con (las fotografías de) los muertos, y la promesa de que nunca olvidarán el sacrificio de estos en el proceso de construcción de la patria.

Para la mayoría de los países que emergieron del Imperio soviético, la independencia de Moscú supuso la herencia de ideas desordenadas sobre la historia común. Un mismo Ejército es visto como liberador, conquistador y ocupante, según de quién sea la mirada. Los países que formaron parte del Pacto de Varsovia, así como los países bálticos, habían externalizado el comunismo como un régimen ajeno impuesto a sus naciones desde fuera, con el fin de movilizar a sus poblaciones en torno al proyecto de «retorno a Europa». Siguen teniendo un enfoque explícitamente anticomunista y antisoviético del pasado de la Segunda Guerra Mundial. El rechazo del destructivo régimen soviético es la piedra angular de la construcción de su identidad nacional como nuevos Estados independientes. Lo que el Kremlin celebra como la victoria indiscutible sobre el fascismo, para ellos es el comienzo de la ocupación rusa. Pero, a pesar de ello, existe una importante población rusa o rusohablante que apoya al Regimiento Inmortal por nostalgia de la URSS y por el deseo de rendir homenaje a sus seres queridos. En este contexto, al Kremlin le es fácil explotar los mitos y estereotipos soviéticos.

Los discursos de Putin del Día de la Victoria contienen casi siempre referencias contradictorias a la participación de otras naciones en la lucha soviética contra el fascismo. A veces la victoria se presenta como un legado político e histórico común de los países postsoviéticos. En 2005, con motivo del sesenta aniversario de la victoria, Putin habló de los sacrificios realizados por «todos los pueblos y repúblicas de la Unión Soviética» y concluyó que «el 9 de mayo es una fecha sagrada para todos los países de la Comunidad de Estados Independientes». Pero otra narrativa se centra principalmente en la contribución rusa –a diferencia de todos los demás pueblos de la URSS–, en una dicotomía que enfrenta a los buenos rusos con los fascistas de las exrepúblicas soviéticas.

El mito fundacional de la Unión Soviética como Estado bolchevique fue la Revolución rusa de 1917. El mito fundacional de la URSS como superpotencia capaz de competir con Estados Unidos durante la Guerra Fría y mantener dos imperios –uno interno, que más o menos coincidió con las fronteras del Imperio zarista, y otro externo, los países satélites del Pacto de Varsovia– es la victoria en la Segunda Guerra Mundial. El hecho de que el Kremlin identifique a la Rusia actual con la URSS a través de su victoria en la Segunda Guerra Mundial no es una coincidencia. Refleja su intención de dar continuidad, no a la ideología comunista, sino a la idea imperialista.

81. Citado en Jeffrey Mankoff, Empires of Eurasia. How Imperial Legacies Shape International Security, New Haven y Londres, Yale University Press y CSIS, 2022, p. 46.

82. Mira Milosevich, Breve historia de la Revolución rusa, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, p. 262.

83. Vera Tolz, Russia: Inventing the Nation, Londres, Arnold, 2001.

84. Novyy tekst Konstitutsii RF i vybory 2020 goda («Nuevo texto de la Constitución de la Federación Rusa con enmiendas de 2020»), Duma Estatal, Asamblea Federal de la Federación Rusa, 7 de julio de 2020, http://duma.gov.ru/news/48953/.

85. Balaclava, Kerch, Malakhov y Sapun son diferentes escenarios de la guerra de Crimea de 1853-1856. Además, la batalla de Sapun de 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, fue determinante en la liberación de la Unión Soviética de los alemanes nazis.

86. «Referéndum en Crimea: El 96,77 % apoya la reunificación con Rusia», RT, 17 de marzo de 2014, https://actualidad.rt.com/actualidad/view/122565-crimea-referendo-adhesion-rusia.

87. «Samaya vioskaya yak na referendume v Krymu otmechena v gorode-geroeb Kerchi» («La mayor participación en el referéndum en Crimea se registró en la ciudad heroica de Kerch», 16 de marzo de 2014, https://www.c-inform.info/news/id/77.

88. «Crimea», 19 de mayo, 2021, https://www.levada.ru/en/tag/crimea/.

89. Los datos proceden del libro de Agnia Grigas, Beyond Crimea. The New Russian Empire, New Haven y Londres, Yale University Press, 2016, p. 76.

90. Estos documentos se encuentran disponibles en la página web Ukazi Prezidenta Rossiyskoy Federatsii (Decretos del presidente de la Federación Rusa), http://www.kremlin.ru/acts/bank/.

91. Novogodneye obrashcheniye Borisa Yel’tsina 1994 goda («Discurso del presidente Borís Yeltsin, del año 1994»), publicado por el Centro

Yeltsin, 31 de diciembre de 1994, https://yeltsin.ru/archive/audio/9037/.

92. «Debemos tomar la iniciativa y considerarlos [a los compatriotas] bajo nuestro control, estableciendo así un poderoso enclave político que será la base de nuestra influencia política», escribió Karaganov. Citado en Angela Stent, Putin's World. Russia against the West and with the Rest, Nueva York y Boston, Twelve, 2019.

93. The Basic Provisions of the Military Doctrine of the Russian Federation, documento presentado el 3 y el 6 de octubre de 1993 en el Consejo de Seguridad de la Federación Rusa y adoptado el 2 de noviembre de 1993, https://fas.org/nuke/guide/russia/doctrine/russia-mil-doc.html.

94. Marcel de Haas, Russia's Foreign Security Policy in the 21st Century. Putin, Medvedev and beyond, Londres y Nueva York, Contemporary Security Studies, 2010, p. 24.

95. Conferencia de Embajadores y Representantes Permanentes de Rusia del 1 de julio de 2014, disponible en: http://en.kremlin.ru/events/president/news/46131.

96. Estos documentos han sido consultados en: Agnia Grigas. Beyond Crimea, op. cit., pp. 69-89, porque desde la guerra en Ucrania de 2022 las páginas web del Gobierno ruso frecuentemente son inaccesibles.

97. Fundación Russkiy Mir, http://www.russkiymir.ru/languages/spain/index.htm.

98. «Russians return to Religion, but not to Church», Pew Research Report, https://www.pewresearch.org/religion/wp-content/uploads/sites/7/2014/02/religion-in-Russia-full-report-rev.pdf.

99. «Sto vedushchikh politicov v Rossii v yanvare 2012 goda» [Las cien figuras políticas más destacadas en Rusia en enero de 2012], Nezavisimaya Gazeta, 1 de febrero de 2012, citado en James Sherr, Hard Diplomacy and Soft Coercion. Russia's influence abroad, Londres, Chatham House, 2013, p. 89.

100. Mira Milosevich, «Russia's Weaponization of Tradition: The

Case of Orthodox Church in Montenegro», Washington, Center for Strategic and International Studies, 2020, https://www.csis.org/blogs/post-soviet-post/russias-weaponization-tradition-case-orthodox-church-montenegro.

101. George Soroka, «Putin's Patriarch. Does the Kremlin Control the Church?», Foreign Affairs, 11 de febrero de 2016, https://www.foreignaffairs.com/articles/russian-federation/2016-02-11/putins-patriarch.

102. «Patriarch Kirill meets with Russian Foreign Minister Sergey Lavrov», 19 de abril de 2019, página oficial del Patriarcado de Moscú, http://www.patriarchia.ru/en/db/text/5414311.html.

103. Kristina Stoeckel y Dmitry Uzlaner, The Moralist International. Russia in the Global Culture Wars, NuevaYork, Fordham University Press, 2022.

104. Citado en Kristina Stoeckel y Dmitry Uzlaner, The Moralist International, op. cit., p. 105.

105. El análisis de la Estrategia de Seguridad Nacional de Rusia de 2021 que se hace a continuación procede de mi artículo «¿"No matarás"?: el papel de la Iglesia Ortodoxa Rusa en Ucrania», Real Instituto Elcano, 21 de junio de 2022, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/no-mataras-el-papel-de-la-iglesia-ortodoxa-rusa-en-ucrania/.

106. Strategiya natsional'noy bezopasnosti Rossiyskoy Federatsii, http://www.kremlin.ru/acts/bank/47046.

107. Dmitri Trenin, «Kto mi, gde mi, dlya chego mi i pochemu», 11 de abril de 2022, Russia in Global Affairs, https://globalaffairs.ru/articles/kto-my-gde-my/.

108. Desde febrero de 2022, el Centro Levada realiza cada mes una encuesta sobre el apoyo de los rusos a la guerra en Ucrania. Los datos de estas encuestas están disponibles en: https://www.levada.ru/en/2023/12/27/conflict-with-ukraine-assessments-for-october-2023/.

109. Terry Martin, The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 2001.

110. Niccolò Pianciola, «Famine in the Steppe: The collectivization of agriculture and the Kazak herdsmen, 1928-1934», Cahiers du Monde Russe, 45, nos. 1-2, enero-junio de 2004, pp. 137-192; también Isabelle Ohayon, La sédentarisation des Kazakhs dans l'URSS de Staline: Collectivisation et changement social (1928-1945), París, Maisonneuve & Larose-Institut Français d'Études sur l'Asie Centrale, 2006.

111. Aleksandr Solzhenitsyn, Cómo reorganizar Rusia. Reflexiones en la medida de mis fuerzas, Barcelona, Tusquets Editores, 1991.

112. Según la Constitución de Ucrania vigente en 2014, sólo es posible destituir al presidente si se aplica el siguiente procedimiento: a) debe ser acusado formalmente de un crimen; b) la Corte Constitucional debe revisar el cargo del que se le acusa; c) el Parlamento debe pronunciarse sobre su posible destitución, que se aplica sólo en el caso de que dos tercios del Parlamento hayan votado a favor.

113. La primera medida del nuevo Ejecutivo fue prohibir la enseñanza y el uso de la lengua rusa. Aunque no llegó a ponerse en práctica, sirvió de argumento principal para justificar la intervención militar por parte del Kremlin.

114. «La excanciller alemana Merkel admite que el acuerdo de Minsk sólo sirvió para ganar tiempo para armar a Ucrania», World Socialist Web Site, 22 de diciembre de 2022, https://www.wsws.org/es/articles/2022/12/23/ucra-d23.html.

115. «Putin: "Era de esperar que el alto el fuego no se respetase en Debaltsevo"», El Mundo, 17 de febrero de 2015, http://www.elmundo.es/internacional/2015/02/17/54e39524e2704e9e5b8b457a.html.

116. «Obrashchenie Prezidenta Rossiyskoy Federatsii» («Mensaje del presidente de la Federación Rusa»), 24 de febrero de 2022, http://en.kremlin.ru/events/president/news/67843.

117. John Dunn, «Civilisations, Barbarity, Conquest, Legitimacy and Crimes of War» (transcript), Institute for Human Sciences (IWM), 31 de mayo de 2022, https://www.iwm.at/news/civilisations-barbarity-conquest-legitimacy-and-crimes-of-war-transcript. También en: «Russian invasion of Ukraine is a 'war of civilisation', historian says», France 24, 24 de mayo de 2022, https://www.france24.com/en/tv-shows/perspective/20220524-war-in-ukraine-is-a-war-of-civilisation-historian-says

118. Citado en Kristina Stoeckl y Dmitry Uzlaner, The Moralist International, op. cit., p. 7.

119. Este epígrafe es una actualización de mi análisis publicado por el Real Instituto Elcano en abril de 2022: «El balance actual de la guerra en Ucrania y las perspectivas de un acuerdo de paz», https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-balance-actual-de-la-guerra-en-ucrania-y-las-perspectivas-de-un-acuerdo-de-paz/.

120. Mira Milosevich, «El poder de la influencia rusa: desinformación», Real Instituto Elcano, 20 de enero de 2017, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-poder-de-la-influencia-rusa-la-desinformacion/.

121. «Odobrenie instituto, reytingi parti i politizo» («Aprobación de instituciones, valoración de partidos y de los políticos»), Centro Levada, 30 de marzo de 2022, https://www.levada.ru/2022/03/30/odobrenie-institutov-rejtingi-partij-i-politikov/.

122. Disponibles en: https://www.levada.ru/en/2023/12/27/conflict-with-ukraine-assessments-for-october-2023/.

123. Dmitri Trenin, «Kto mi, gde mi, dlya chego mi i pochemu» («Quiénes somos, dónde estamos, qué representamos y por qué»), Russia in Global Affairs, 11 de abril de 2022, https://globalaffairs.ru/articles/kto-my-gde-my/.

124. Denis Volkov y Andrei Kolesnikov, «Alternate reality: How Russian Society Learned to Stop Worrying About the War», Carnegie Russia Eurasia Center, 28 de noviembre de 2023, https://carnegieendowment.org/2023/11/28/alternate-reality-how-russian-

society-learned-to-stop-worrying-about-war-pub-91118.

125. «An interview with General Valery Zaluzhny, head of Ukraine's armed forces», The Economist, 15 de diciembre de 2023, https://www.economist.com/zaluzhny-transcript.

126. «Will Ukraine Wind Up Making Territorial Concessions to Russia?», Foreign Affairs asks the Experts, Foreign Affairs, 24 de enero de 2023, https://www.foreignaffairs.com/ask-the-experts/will-ukraine-wind-making-territorial-concessions-russia.

127. Véase el anexo titulado «Posición inversora directa de Rusia, China, Turquía, Irán, EE. UU. y UE-27 en el antiguo espacio soviético».

128. Este capítulo se basa en mi amplia investigación realizada para el Strategic Communications Centre of Excellence (StratCom) de la OTAN en Riga, para uso interno de la OTAN.

CUARTA PARTE

Revisionismo del orden mundial

▪

Rusia es una potencia revisionista porque rechaza el statu quo y la estructura del orden liberal internacional creado después de la Guerra Fría. Su revisionismo se nutre de la creencia en que dicho orden, dominado por Estados Unidos, impide que se cumplan los objetivos principales de su política exterior.

«En lugar de establecer un nuevo equilibrio de poder, esencial para mantener el orden y la estabilidad, Estados Unidos tomó unas medidas que sumieron el sistema en un agudo y profundo desequilibrio. La Guerra Fría terminó, pero no lo hizo con la firma de un tratado de paz con acuerdos claros y transparentes sobre el respeto a las reglas existentes o la creación de unas nuevas. Eso creó la impresión de que los llamados "vencedores" de la Guerra Fría habían decidido remodelar el mundo para adaptarlo a sus propias necesidades e intereses», afirmó Vladímir Putin en la reunión del Club Valdai[129] del 24 de octubre de 2014, resumiendo el meollo del revisionismo ruso. Putin superpone los principios de equilibrio de poder que fueron la base del orden mundial hasta la Gran Guerra a los del orden liberal internacional, que se basa en las normas jurídicas y la idea wilsoniana de «garantizar la seguridad de las democracias». El revisionismo ruso (así como el chino o el iraní) ambiciona un orden mundial basado en el concepto de equilibrio del poder. Por eso el conflicto entre Occidente y Rusia es inevitable, porque sus visiones del orden internacional son incompatibles.

Hasta el final de la Guerra Fría, Rusia siempre ha superado las diferentes experiencias traumáticas que han amenazado su integridad territorial –las invasiones extranjeras y las revoluciones internas– y ha vuelto al estatus de gran potencia. Así que no sorprende el deseo de Vladímir Putin de volver a conseguir «levantar a Rusia de sus rodillas» (expresión que Borís Yeltsin introdujo en el discurso político ruso).

Sin embargo, el orden liberal internacional representa un problema nuevo para Rusia. Para convertirse de nuevo en una gran potencia, Moscú debería estar capacitada para disputar a Estados Unidos la hegemonía global. Nunca antes en la historia moderna un solo Estado ha tenido tanto poder y tanta capacidad de influencia sobre

el mundo entero como Estados Unidos hoy. Luis XVI, Napoleón y Hitler soñaron con un imperio universal pero fracasaron en su intento de construirlo. Estados Unidos ha conseguido la preponderancia global no como un imperio (no ejerce su poder desde el centro hacia la periferia a través de políticas de la diferencia), sino a través de alianzas. Sus aliados deben coordinar su política económica y exterior con la de Washington a cambio de recibir protección y beneficios económicos y (geo)políticos. Como Rusia no tiene capacidad económica (tampoco militar) para enfrentarse a Estados Unidos, busca alianzas o alineaciones con otras potencias revisionistas para socavar el poder estadounidense y promueve un orden mundial «multipolar» a través de sus relaciones con los países del «Sur global».

Todo análisis del papel de Rusia en el orden internacional debe comenzar por un examen de su política exterior. Pero antes, y dado que los analistas y líderes rusos aluden habitualmente a la historia de la política exterior rusa para explicar sus puntos de vista sobre el orden actual, es imprescindible analizar brevemente el papel histórico de Rusia en los órdenes mundiales previos.

LA POLÍTICA EXTERIOR DEL IMPERIO ZARISTA

Desde el Principado de Moscovia, la política exterior rusa ha estado condicionada por su ubicación geográfica entre Europa y Asia, por la carencia de fronteras naturales, que fue lo que facilitó que se produjeran las invasiones enemigas y el consecuente sentimiento de inseguridad. Además, Rusia, por histórico expansionismo, es un país que se extiende por once zonas horarias, desde Europa al Pacífico, lo que siempre ha dificultado su gobernabilidad. En su perenne búsqueda de seguridad a lo largo del prostor («espacio», se refiere a los territorios casi sin límites), Rusia ha ambicionado siempre la seguridad absoluta, lo que al mismo tiempo ha supuesto la inseguridad absoluta para algunos de sus vecinos.

Rusia no tomó parte en la conferencia de la Paz de Westfalia, en 1648. Sin embargo, desde 1750 participó activamente en todas las guerras europeas relevantes. A mediados del XVIII ya inspiraba una cierta inquietud entre los observadores occidentales. En 1762, el chargé d'affaires francés en San Petersburgo informó de que «Si no se frena la ambición de Rusia, sus efectos podrían ser nefastos para las potencias vecinas [...] Yo sé que el grado de poder de Rusia no debe radiarse por su expansión, y que su dominio de los territorios del Este es más un fantasma impresionante que una fuente de auténtica fuerza. Pero también sospecho que una nación que es capaz de desafiar la inclemencia de las estaciones mejor que ninguna otra, por el rigor de su clima natural, que está acostumbrada a la obediencia servil, que necesita poco para vivir y que, por tanto, es capaz de entablar una guerra a bajo costo [...] semejante nación, sospecho, probablemente prevalecerá».[130] *Los estadistas europeos asociaban la seguridad con el equilibrio de poder y con las restricciones a su propio poder. Sin embargo, desde la perspectiva rusa, el orden mundial es una perpetua contienda de rivalidades entre los Estados.*

El papel histórico de Rusia en Europa es paradójico. Fue una amenaza grande y constante para el equilibrio de poder en Europa, así como para la seguridad y soberanía de sus vecinos, dado su afán de expansión. Por otro lado, fue gracias a sus esfuerzos y su

heroísmo que el equilibrio de poder europeo se preservó en varias ocasiones. Sin Rusia, es casi seguro que Napoleón y Hitler habrían logrado establecer sus imperios. Es decir: la paradoja del papel histórico de Rusia está en el hecho de que es al mismo tiempo una amenaza y un componente clave del equilibrio del poder. La invasión actual de Ucrania, sin embargo, ha roto ese papel ambiguo. Rusia ha pasado desde ser un pilar del orden internacional (es miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas) a ser un Estado revisionista que ambiciona destruirlo.

Tras las guerras napoleónicas, en el Congreso de Viena de 1815, los políticos europeos restauraron el equilibrio de poder y formaron, por la insistencia del zar ruso Alejandro I, la Santa Alianza (compuesta por el Imperio ruso ortodoxo, el Imperio austrohúngaro católico y el Imperio prusiano protestante), que debía funcionar sobre principios cristianos y por medio de tratados morales y jurídicos. El zar se consideraba a sí mismo la conciencia moral de Europa. Propuso un esquema de paz universal e hizo un llamamiento a todas las naciones para poner fin al feudalismo y adoptar un sistema político constitucional. Según él, los Estados debían renunciar a la fuerza como instrumento para solucionar sus problemas y en su lugar usar el diálogo. Sorprendentemente, el autócrata ruso fue un precursor de Woodrow Wilson, quien dijo que las instituciones liberales eran un requisito indispensable para la paz. Pero Alejandro I nunca llegó tan lejos como para aplicar los principios que defendía a su propio pueblo. El Congreso de Viena fue un reconocimiento explícito de Rusia como gran potencia. Desde entonces, ese estatus está muy presente en la forma en que los rusos perciben su identidad estatal.

La guerra de Crimea (1853-1856) provocó el desplome del equilibrio de poder que los acuerdos del Congreso de Viena (también conocidos como Concierto Europeo) habían garantizado. Como consecuencia, a lo largo de casi dos décadas hubo un proceso de reconfiguración[131] del orden europeo de entonces, durante las cuales se produjeron varios conflictos: la guerra de Francia y Piamonte contra Austria en 1859; la guerra por Schleswig-Holstein de 1864 (también conocida como Guerra de los Ducados) entre Dinamarca, por un lado, y el Imperio austrohúngaro y Prusia, por otro; la austroprusiana de 1866 y la francoprusiana de 1870, en la

que Francia perdió su posición hegemónica en Europa ante Alemania. La humillación de Rusia en la guerra de Crimea convirtió a Alemania en el país más poderoso del continente.

Las reclamaciones religiosas que aparentemente causaron la guerra de Crimea no eran más que pretextos para ocultar los verdaderos designios políticos y estratégicos. Nicolás I perseguía el antiguo sueño ruso de conquistar Constantinopla y los estrechos. Napoleón III vio la oportunidad de poner final al aislamiento de Francia debilitando a Rusia. Gran Bretaña apoyó a Turquía, que se justificó, en 1856, con la frase más celebre de Palmerston: «No tenemos aliados eternos ni enemigos permanentes. Nuestros intereses son eternos y nuestro deber es servir a esos intereses». El objetivo de la política inglesa era impedir que Rusia ocupara los Dardanelos (porque representaban una amenaza para los intereses británicos en el Mediterráneo), por lo que apoyó a una potencia musulmana en contra de una cristiana.

Cuando el 28 de julio de 1914 Austria declaró la guerra a Serbia, Rusia sabía que si retrocedía su prestigio en el mundo eslavo y en los Balcanes estaría en entredicho. Las grandes potencias convirtieron una crisis balcánica secundaria en una guerra mundial cuyas consecuencias para el Imperio zarista fueron nefastas, ya que influyeron decisivamente en el éxito de la Revolución bolchevique y el final de la dinastía Romanov. Durante el siglo XIX, Gran Bretaña y el Imperio austrohúngaro estaban en contra de la desintegración del Imperio otomano, por temor a que las naciones pequeñas que de él salieran socavaran el orden internacional. Sin embargo, para el presidente Wilson el principio de autodeterminación no podía ser la causa de una guerra o debilitar el orden mundial. A diferencia del Congreso de Viena, el Acuerdo de Versalles de 1919, que puso fin a la Primera Guerra Mundial, no incluyó a las potencias vencidas. Alemania, la gran derrotada, no fue invitada, pero tampoco la Rusia de Lenin que derrocó el poder zarista y que se encontraba en plena guerra civil. Era una paz europea sin los dos Estados europeos más poderosos.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA URSS

En la Primera Guerra Mundial, los bolcheviques no tenían un plan de paz específico porque no pensaban en su país como Estado, sino como causa, como líder de una inminente revolución mundial. El interés nacional de la URSS, así como el centro de su política exterior, era garantizar su integridad territorial y la supervivencia del primer Estado socialista.

Alemania y la URSS, impacientes por romper el aislamiento diplomático al que les habían condenado otros países europeos, se reunieron el 16 de abril de 1922 en Rapallo, cerca de Génova. Allí renunciaron a sus reclamaciones mutuas y se comprometieron a tratarse mutuamente como hipotéticos aliados preferentes. Un año después negociaban en secreto acuerdos de cooperación militar y económica. George Kennan, en su excelente análisis de la política exterior de la Unión Soviética, sostenía que esos acuerdos se produjeron en parte por la persistencia de la URSS y en parte por la desunión y autocomplacencia de Occidente.[132]

En diciembre de 1925 se firmaron en Londres los Tratados de Locarno, que estipulaban la neutralidad de la URSS y Alemania. Cada bando prometía permanecer neutral si el otro era atacado y no participar en unas hipotéticas sanciones económicas. Los políticos estadounidenses y europeos creían que la paz era un fin en sí mismo y se esforzaron al máximo para evitar la guerra, sin ser conscientes del abismo ideológico que les separaba de Hitler y subrayando que ese abismo sí existía entre Stalin y Hitler. El mejor ejemplo de ello es la firma de los Acuerdos de Múnich, el 30 de septiembre de 1938, entre los jefes de Estado de Alemania, Francia, Italia y Reino Unido para poner fin a la crisis de los Sudetes (el acuerdo reconocía las aspiraciones de la Alemania nazi de anexionarse el territorio de Checoslovaquia). Después de los Tratados de Locarno, Alemania y la URSS firmaron el pacto nazi-soviético en 1939, que fue una repetición de los repartos de Polonia del siglo XVIII. A pesar de que Stalin y Hitler eran adversarios ideológicos, tenían un interés

geopolítico común: la desaparición de Polonia.

Acuerdos de paz de la Segunda Guerra Mundial

En agosto de 1941, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill firmaron la Carta del Atlántico para diseñar un orden liberal mundial totalmente nuevo. La Carta proclamaba ocho «principios comunes» que Estados Unidos y el Reino Unido se comprometerían a respaldar en el mundo de la posguerra: no buscar la expansión territorial; no realizar cambios territoriales sin el consentimiento de las poblaciones involucradas; promover el acceso generalizado al comercio y las materias primas; alcanzar la paz y la seguridad internacional; la libertad de navegación en mares y océanos; la colaboración económica, laboral y social entre las naciones; apoyar la restauración de los autogobiernos en todos los países que habían sido ocupados durante la guerra y permitir que todos los pueblos eligieran su propia forma de gobierno[133]. Roosevelt seguía la tradición wilsoniana, en un firme compromiso de frustrar las ambiciones de los dictadores y definiendo a Estados Unidos como el «arsenal de la democracia».

Las ideas de Churchill, Roosevelt y Stalin sobre el orden internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial diferían. Roosevelt quería establecer un consejo de dirección mundial – las Cuatro Policías– compuesto por los tres países vencedores en la guerra y China. Churchill ambicionaba crear un sistema de equilibrio de poder que contuviera a la URSS. Stalin definió el interés nacional de la Unión Soviética y las exigencias de paz del mismo modo que lo habían hecho, durante siglos, los zares rusos: como el cinturón de seguridad más ancho posible en torno a la vasta periferia de la URSS. Stalin solía repetir el dicho de que «la posesión es nueve décimas partes de la ley». La reunión en Yalta, del 4 al 11 de febrero de 1945, simbolizó la configuración del orden mundial después de la Segunda Guerra Mundial y su división en zonas de influencia. Cuando la reunión tuvo lugar, el Ejército soviético ya había rebasado todas las fronteras de la URSS del año 1941 y se encontraban en posición de imponer unilateralmente el

dominio político soviético al resto de la Europa Oriental.

La Segunda Guerra Mundial transformó la historia del imperialismo. Las dos superpotencias que sobrevivieron a la guerra, Estados Unidos y la Unión Soviética, se comprometieron, cada una a su manera, a descolonizar los imperios europeos de ultramar. El Imperio soviético «exterior» consistía en la subordinación territorial de Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Mongolia, y con el tiempo esa subordinación adquirió los tintes de un modelo de hegemonía, sin un control directo colonial de la política interior y exterior. Los países de la Europa Central y del Este emprendieron sus «propios caminos hacia socialismo», lo que provocó que la URSS interviniera en Alemania Oriental en 1953, en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. Los comunistas de Yugoslavia y Albania consiguieron mantener su independencia respecto a la URSS porque llegaron al poder sin la ayuda de los soviéticos. Estonia, Letonia y Lituania fueron anexionados directamente a la URSS y se convirtieron en repúblicas socialistas de la misma, aunque nunca fueron reconocidas por la comunidad internacional como parte del Imperio comunista.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA URSS DURANTE LA GUERRA FRÍA

La alianza contra la Alemania nazi formada por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética se desintegró porque los aliados tenían objetivos incompatibles: Gran Bretaña y Estados Unidos querían impedir que la URSS dominase la Europa Central y del Este, mientras Stalin consideraba que los occidentales debían pagar un «precio justo» (la cesión de territorios al control comunista) por los heroicos sufrimientos y las victorias militares del pueblo soviético.

En el origen de la Guerra Fría no estuvo ningún malentendido entre los aliados militares, sino que sus causas fueron las diferencias ideológicas. El presidente estadounidense Harry Truman seguía defendiendo las ideas de Roosevelt de establecer un nuevo y pacífico orden internacional a través del principio según el cual las disputas internacionales debían resolverse siguiendo unos principios jurídicos y no por la fuerza. Sin embargo, los acontecimientos geopolíticos estaban determinando las condiciones sobre el terreno. La situación en Polonia era paradigmática del comportamiento de la URSS después de la guerra mundial. En junio de 1945, Stalin había fijado unilateralmente las fronteras oriental y occidental del país, había introducido títeres soviéticos en el Gobierno de los países satélites y había violado de manera flagrante su promesa de Yalta de celebrar elecciones libres.

Averell Harriman, embajador de Estados Unidos en Moscú, informó de que «Stalin no comprende ni comprenderá plenamente que nuestro interés en una Polonia libre es una cuestión de principios. Es un realista[134] [...] y le resulta difícil apreciar nuestra fe en los principios abstractos. No entiende por qué queremos inmiscuirnos en la política soviética en un país como Polonia, que él considera tan importante para la seguridad de Rusia, a menos que tengamos algún motivo oculto».[135] Milovan Djilas, un disidente yugoslavo, describió una conversación con Stalin en la que este dijo que “si los eslavos se mantienen unidos y conservan su solidaridad, en el futuro nadie se atreverá a mover un dedo. ¡Ni siquiera un dedo!”.

Repitió y reforzó sus palabras levantando el índice».[136]

Cuando Stalin supo que Estados Unidos poseía una bomba nuclear, proclamó: «Las bombas atómicas pretenden atemorizar a quienes tienen nervios débiles, pero no pueden decidir al resultado de una guerra.»[137] Esta declaración de Stalin pronto fue amplificada hasta establecer una distinción entre los factores de estrategia «transitorios» y los factores «permanentes»: la bomba atómica fue clasificada como factor transitorio.

El 9 de febrero de 1946, Stalin explicó cuál era, según él, el verdadero significado de la posguerra: «Ahora, la victoria significa, ante todo, que nuestro sistema social soviético ha ganado; que el sistema social soviético ha pasado la prueba de fuego de la guerra y ha probado su completa vitalidad [...] El sistema soviético ha demostrado ser más estable que un sistema social no soviético [...]. El sistema social soviético es una forma mejor de organizar una sociedad que la de ningún sistema no soviético.»[138]

Aunque la Guerra Fría comenzó casi inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, debido a las ambiciones e ideologías incompatibles entre los aliados, suele hacerse coincidir su inicio con el discurso de Winston Churchill en el Westminster College de Fulton (Misuri), del 5 de marzo de 1946, en el que afirmó que «desde Stettin, en el Báltico, hasta Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero». Los soviéticos habían instalado gobiernos procomunistas en todos los países que había ocupado el Ejército Rojo, así como en la zona soviética de Alemania. Churchill concluyó que era necesaria una alianza entre Estados Unidos y Gran Bretaña para hacer frente a la amenaza que representaba la URSS. Unos meses más tarde, en septiembre de 1946, en una conferencia en la Universidad de Zúrich, el primer ministro británico propuso la creación de unos Estados Unidos de Europa, por lo que Churchill es considerado uno de los pioneros de la Unión Europea.[139]

El 24 de septiembre de 1946, Clark Clifford, asesor del presidente Truman, en un informe secreto se mostró partidario de crear un contrapeso al poderío soviético para que el Kremlin se viera obligado a invertir sus políticas. Transformar la sociedad soviética se convirtió en el objetivo de Estados Unidos. Hacía falta un cambio

considerable en la mentalidad de la sociedad y quizá un nuevo equipo dirigente.[140] Posiblemente fue en ese momento cuando se originó el «pensamiento mágico» (llegar a unas conclusiones basándose en las premisas erróneas) de los estadounidenses sobre la URSS: no aceptaban que el estalinismo contara con un sólido apoyo de la población, que no se tratara simplemente de tiranía y autoritarismo sino de verdadera afinidad a un régimen.

En 1947, Truman explicó la doctrina que más tarde recibiría su nombre como «un modo de vida que se basa en la voluntad de la mayoría, y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías a la libertad individual, libertad de expresión y de religión, y por estar libre de toda opresión política. El segundo modo de vida [el soviético] se basa en la voluntad de una minoría impuesta por la fuerza a la mayoría. Depende del terror y la opresión, de una prensa y una radio controladas, de elecciones amañadas y de la supresión de las libertades personales».[141] Según la Doctrina Truman, la URSS constituía un desafío para el futuro de la democracia, y el conflicto podía resolverse por un cambio en los propósitos soviéticos, por el desplome del sistema o por ambas cosas.

Desde entonces, los estadounidenses han intentado garantizar el modo de vida de las democracias liberales de diferentes maneras: el Plan Marshall tuvo como objetivo acabar con la pobreza; la Alianza del Atlántico Norte, velar por la seguridad y la defensa de Europa, y la doctrina de contención propuesta por George Kennan no esbozaba una meta diplomática concreta sino que hablaba del sueño americano de una paz lograda mediante la conversión del adversario. Según el documento «Objetivos y programas de Estados Unidos para la seguridad nacional» de 1950, este último era el propósito de la Guerra Fría: «fomentar un cambio fundamental en la naturaleza del sistema soviético», un cambio que se definió como la «aceptación soviética de las condiciones específicas e indispensables para crear un entorno internacional en el que puedan desarrollarse las instituciones libres, y en el que los pueblos de Rusia tengan una nueva oportunidad de forjar sus propios destinos».[142] La definición del objetivo de transformar al adversario no fue acompañada de criterio alguno sobre cómo conseguirlo. Podría decirse que había algo mesiánico, una confianza desmedida y no basada en los hechos

empíricos en las capacidades de los líderes estadounidenses.

George Kennan afirmó que «el régimen de los zares murió de indigestión, por las minorías [que vivían en la parte occidental de Europa] que Rusia había tenido la temeridad de devorar».[143] El régimen bolchevique repitió la misma pauta: Stalin recuperó todo el territorio zarista que se había perdido al término de la Primera Guerra Mundial, y le añadió los satélites de Europa del Este, ocupada por el Ejército Rojo y dominada por gobiernos prosoviéticos impuestos desde Moscú. La política soviética chocó con el mismo problema al que se había enfrentado Rusia en épocas anteriores de su historia: Europa del Este consumía recursos y requería una atención de alto nivel, hasta el punto de ser más una carga que un instrumento estratégico de la seguridad nacional. La creación del imperio «externo» soviético condicionó un orden mundial con dos esferas de influencia: Estados Unidos llegó a mantener la suya en la Europa occidental a través del Plan Marshall y la Alianza Atlántica, mientras que Stalin logró convertir Europa del Este en un cinturón de seguridad de la Unión Soviética.

El colapso del comunismo en 1989 abrió la posibilidad de recuperar la independencia a las naciones de la Europa oriental asfixiadas durante más de cuarenta años. La expansión de la OTAN hasta las fronteras de Rusia se veía como un proyecto de «ensanchar las democracias» y, sobre todo, de «asegurar» las conquistas democráticas.

LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA TRAS LA GUERRA FRÍA

Desde el colapso de la URSS, Rusia ha estado sumida en un proceso confuso de autodefinición, pues se vio obligada a definir cuál era su identidad nacional así como el papel que debería desempeñar en el orden liberal internacional. Indudablemente, las premisas básicas de la política exterior rusa están moldeadas por la experiencia histórica. La consolidación del poder político dentro de casa y la expansión territorial fuera de sus fronteras siempre han sido las claves de la seguridad nacional frente a sus vecinos –ya fueran los mongoles, los turcos, los polacos, los suecos o, durante la Segunda Guerra Mundial, los alemanes–. Sin fronteras naturales que le facilitaran defenderse, históricamente Rusia ha establecido zonas buffer entre ella y sus enemigos potenciales. Ucrania tuvo ese papel durante siglos frente a los turcos y tártaros. Polonia, frente a Alemania en el siglo XIX, y de nuevo después del Pacto Ribbentrop-Mólotov en 1939. Durante la Guerra Fría, los satélites soviéticos de Europa del Este (de nuevo con Polonia a la cabeza) servían para aislar al territorio ruso de una hipotética agresión extranjera. Para poder controlar vastos territorios y un potente Ejército, Rusia desarrolló un Estado centralizado, con el poder concentrado en una sola persona y con la autonomía política de las élites locales restringida. La desintegración de la URSS convirtió a Rusia en la sombra del poder soviético, y dejó de ser vista como una superpotencia a la que temer.

En muchos sentidos, en el siglo XXI Rusia ha sido un Estado a la búsqueda de sí mismo. Este proceso de autodefinición está en el centro de los debates sobre la naturaleza del interés nacional de Rusia y su política exterior, unos debates cuyo punto de inicio se remonta a los últimos días de la Unión Soviética, cuando Mijaíl Gorbachov evocó la visión de una «casa común europea», desde el Atlántico hasta los Urales, o desde Vancouver a Vladivostok.[144]

Desde entonces las prioridades de la política exterior, basadas en la definición del interés nacional de Rusia (y este a su vez basado en la identidad nacional) han pasado por diferentes fases, pero siempre

han estado supeditadas a la relación con Occidente. Gorbachov definió su política exterior considerando la identidad nacional como soviética en sentido cultural (multiétnica) y comunista en lo ideológico. Entonces, el interés nacional de la URSS era poner fin a la Guerra Fría mediante nuevos acuerdos de control de armamento con Estados Unidos y la retirada de las tropas soviéticas en Europa del Este. Gorbachov hizo concesiones voluntarias a Occidente, aun presionado por la pésima situación económica de la URSS.

La política exterior de Borís Yeltsin pasó por dos fases. La primera, entre 1991 y 1995, estuvo determinada por la influencia de los occidentalizadores, que subrayaban la pertenencia de Rusia a Europa. El interés nacional ruso fue definido como una asociación «natural» con Occidente. Borís Yeltsin presidía un país que aparentemente iba a integrarse con rapidez en las instituciones democráticas de Occidente. Andréi Kozyerev, ministro de Asuntos Exteriores entre 1990 y 1996, dijo: «El interés nacional de Rusia es transformarse en un Estado libre e independiente, establecer instituciones democráticas y una economía eficaz, garantizar los derechos y libertades de todos los ciudadanos rusos, así como enriquecer la vida del pueblo tanto material como espiritualmente».[145] Andréi Tsygankov observó que «se pusieron demasiados huevos en la misma cesta. Se sacrificaron demasiadas prioridades nacionales importantes para obtener el reconocimiento de los líderes occidentales, que estaban interesados principalmente en impedir el resurgimiento de Rusia como amenaza para su seguridad».[146]

A mediados de la década de los noventa, la política cuyo objetivo era integrarse rápidamente en las instituciones occidentales fue sustituida por la determinación de restituir a Rusia como un actor internacional independiente cuyos intereses diferían de los de los países capitalistas de las democracias liberales. Este nuevo enfoque de la política exterior se basaba en un consenso entre las élites políticas rusas sobre la naturaleza del orden liberal internacional creado después del fin de la Guerra Fría y sobre el papel que Rusia debería tener en él. Rusia volvió a enfrentarse a un viejo dilema: si ser una parte del orden mundial o ser una potencia revolucionaria que ambiciona destruirlo; si aprovechar las ventajas que ofrecía la globalización y mejorar sus instituciones estatales y el sistema

político para ser un Estado respetable u optar por proyectar su poder fuera de sus fronteras para reafirmar su influencia. Definir la identidad nacional rusa iba de la mano de la tarea de definir también la identidad del Estado. Fue Yevgueni Primakov, ministro de Asuntos Exteriores entre 1996 y 1998 y primer ministro entre 1998 y 1999, quien dio respuesta a esta cuestión, definiendo la identidad estatal de Rusia como la de una gran potencia que debe aspirar a un mundo multipolar, y la identidad nacional rusa como euroasiática. En 1996 afirmó que «Rusia ha sido y sigue siendo una gran potencia, y su política hacia el exterior debe corresponder a ese estatus. Rusia es tanto Europa como Asia, y esta situación geopolítica sigue teniendo mucho peso en la formulación de su política exterior. Sus intereses geopolíticos incluyen China, India y Japón, y no sólo Estados Unidos y Europa. También Oriente Medio y el Tercer Mundo. Sin tal alcance geopolítico, Rusia no podría seguir siendo una gran potencia y desempeñar el papel para el que está destinada. Los valores geopolíticos son constantes y no pueden ser abolidos por la evolución histórica».[147] Primakov nunca sostuvo que el fin de la Guerra Fría, o «fin de la Historia», pudiera hacer variar los intereses geopolíticos de Rusia.

Cuando en 1999 la OTAN bombardeó Serbia en represalia por la limpieza étnica ejercida por el régimen de Slobodan Milosevic contra los albanokosovares, las protestas del Kremlin, basadas en que la intervención era ilegal toda vez que carecía del mandato del Consejo de Seguridad de la ONU, no fueron atendidas por Estados Unidos y sus aliados. Fue el punto de inflexión de las relaciones entre Rusia y Occidente. Rusia era demasiado débil para proteger a Serbia, su aliada histórica, y mientras así fuera, Occidente no le tendría respeto alguno. Todo ello nutrió la idea de reafirmar los viejos paradigmas de la política exterior.

Los dos primeros mandatos presidenciales de Vladímir Putin (2000-2004 y 2004-2008) estuvieron marcados por un intento de reconciliar las ideas de los occidentalizadores y las de Primakov. En lugar de buscar la integración de Rusia en las instituciones occidentales a cualquier precio, Putin ofreció una cooperación pragmática en asuntos que coincidían con los intereses nacionales rusos, como se demostró, por ejemplo, después del 11S, en la lucha contra el terrorismo.

El Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa de 2000 proclamaba como interés nacional de Rusia«promover los intereses de la Federación Rusa como los de una gran potencia y como los de uno de los centros más influyentes del mundo moderno, garantizando la seguridad del país, preservando y fortaleciendo su soberanía e integridad territorial y su posición fuerte y de autoridad en la comunidad mundial, con el fin de promover el crecimiento de su potencial político, económico, intelectual y espiritual». Desde su llegada al poder en el año 2000, Putin ha expresado en diferentes ocasiones su opinión de que Rusia sólo puede sobrevivir y desarrollarse dentro de las fronteras existentes si se mantiene como una gran potencia. Según el presidente ruso, durante todas sus épocas de debilidad Rusia se ha enfrentado invariablemente a la amenaza de la desintegración.

La influencia de Putin en la articulación de la política exterior e interior rusas es muy significativa, pero él no es el único árbitro del poder. Además, la actual política exterior de Rusia tiene raíces más profundas. Putin ha sido un actor político interactivo, porque encarnó una serie de preferencias políticas, la mayoría de las cuales eran las que la élite política y empresarial ambicionaba desde mediados de los noventa, cuando Rusia era demasiado débil para llevarlas a término. Incluso cuando la economía comenzó a mejorar gracias a los altos precios de los hidrocarburos, el Kremlin tuvo que enfrentarse a la cuestión de cómo adaptarse y ser una gran potencia en un mundo que se basaba en los principios del derecho internacional y no en el equilibrio del poder y las esferas de influencia, dos de los pilares del pensamiento geopolítico ruso.

El auge del poder ruso desde el 2000 tiene muchas fuentes: la más importante es el aumento progresivo de los precios de los hidrocarburos, de los que Rusia es uno de los mayores exportadores. Por ejemplo, incluso durante la crisis económica del 2008 el precio del barril de petróleo superaba los cien dólares. El crecimiento económico basado en los precios energéticos permitió a Moscú modernizar sus Fuerzas Armadas, liberarse de los acreedores extranjeros y devolver toda la deuda de la URSS. Menos cuantificable es el rédito que el auge económico le dio entre las élites políticas y empresariales del Estado. Las guerras de Afganistán (2001) e Irak (2003) en las que Estados Unidos no tuvo el éxito

esperado intensificaron la percepción de que la hegemonía estadounidense era agua pasada, y aún más lo hizo la crisis económica global de 2008. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Rusia pensó que entonces sería capaz de cumplir su ambición de ejercer una política exterior independiente.

En 2001, cuando Vladímir Putin fue el primer líder internacional en llamar al presidente estadounidense George W. Bush después de los ataques terroristas al Pentágono y a las Torres Gemelas del 11 de septiembre para ofrecer apoyo y ayuda militar (las bases en Kirguistán) y de los servicios de inteligencia rusa en Afganistán, Estados Unidos todavía consideraba que aun así no era posible ignorar que la política exterior rusa tenía como objetivo la expansión en el espacio postsoviético. Occidente ha oscilado entre las expectativas y las desilusiones. La popular creencia en el «fin de la Historia»,[148] en que Rusia se democratizaría gracias a su aceptación del sistema económico capitalista, en que aparcaría sus ambiciones imperialistas y en que se vincularía con el orden liberal internacional, como otros países de Europa del Este, se demostró falsa e incluso ingenua.[149]

En los primeros 2000, el sentimiento casi patológico de inseguridad creció: Rusia ya no se sentía insegura únicamente frente a su «enemigo íntimo», Occidente, sino también frente a los terroristas yihadistas y a China, que iba cobrando cada vez más influencia en los territorios rusos de la frontera entre los dos países. La única respuesta posible, para las élites rusas, era restaurar un Estado fuerte apoyado por un poder militar capaz de defenderlo, y una política exterior que enfatizara la autonomía estratégica en las relaciones internacionales. El problema al que se enfrentó Rusia parece obvio: el mundo del siglo XXI no es el del siglo XIX. Por tanto, las viejas premisas de la política exterior rusa –ser una gran potencia capaz de mantener sus zonas de influencia– no casaban con los nuevos desafíos y amenazas. Tampoco intentar solucionar sus problemas haciendo uso de la fuerza militar convencional.

Entre 2008 y 2012 Rusia fue gobernada por una «tandemocracia» –con Vladímir Putin como primer ministro y Dmitri Medvédev como presidente–. El Concepto de Política Exterior de la Federación Rusa publicado en septiembre de 2008, sólo unos días después de la

intervención militar de Moscú en Georgia, definió el interés nacional de Rusia a través de cinco puntos irrenunciables: 1) el reconocimiento de la supremacía de los principios básicos del derecho internacional como marco de desarrollo de las relaciones entre los estados; 2) la intención rusa de crear un mundo multipolar, porque el mundo unipolar dominado por Estados Unidos es inestable; 3) el rechazo a cualquier confrontación con país alguno, incluidos Estados Unidos y los países de la Unión Europea; 4) la protección de la vida y la dignidad de los compatriotas, y 5) el mantenimiento de las zonas de interés privilegiado.

La guerra en Georgia fue el comienzo visible del proceso de reimperialización de Rusia. Los años transcurridos desde 2008 han sido testigo de la reemergencia de Rusia como una potencia global capaz de defender sus propios intereses en la escena internacional, aunque fuera recurriendo a la fuerza militar convencional, lo que empeoró sus relaciones con Occidente.[150] El énfasis de la política exterior rusa en mantener la influencia en el espacio postsoviético ha cercenado la posibilidad de que Rusia se desarrolle y mantenga relaciones positivas con Occidente, así como con China, que tiene sus propios intereses en las exrepúblicas soviéticas.

Entre 2000 y 2014 Rusia intentó mantenerse fiel a sus viejos principios de no subordinarse a ninguna potencia (en este caso Estados Unidos) y al mismo tiempo tener una relación práctica con Occidente, un vínculo estratégico entre iguales. Sin embargo, la raíz profunda del rechazo del Kremlin al orden liberal internacional se encuentra precisamente en estos años, porque según Moscú fue entonces cuando Estados Unidos aprovechó la oportunidad de consolidar su propio control sobre Europa, a través del fortalecimiento de la OTAN. El Kremlin considera que igual que la intervención de la OTAN en Kosovo, en 1999, la invasión estadounidense de Irak en 2003[151] o la operación de la OTAN en Libia que derrocó a Muamar el Gadafi, en 2011 fueron ilegales. Con esta última, Moscú se sintió particularmente traicionada, porque Rusia había señalado específicamente en una reunión del Consejo de Seguridad de la ONU que estaba de acuerdo en que la OTAN garantizara el espacio aéreo para salvar a los civiles, pero estaba explícitamente en contra de cualquier intervención militar.[152]

Vladímir Putin describió la política exterior de Estados Unidos en dos discursos (en 2014 y 2016) en el Club Valdai de manera muy agresiva. Habló de que Estados Unidos pretendía subyugar, usando su poder económico, a Rusia y a cualquier otro Estado que se le opusiera, como demostraban las sanciones impuestas tanto a Rusia como a sus aliados personales. Según Putin, las actuaciones estadounidenses no sólo eran ilegales, sino muy perjudiciales para el orden internacional, además de contraproducentes: la interferencia de Estados Unidos en Afganistán en los ochenta creó la amenaza de Al Qaeda, al apoyar a los islamistas radicales en contra de la URSS. La intervención estadounidense y europea en Afganistán en 2001 fracasó, provocó el caos y plantó las semillas de la futura radicalización. La invasión de Irak alentó el nacimiento del Estado Islámico (ISIS, por sus siglas en inglés) y una guerra más amplia en la región. Las operaciones estadounidenses contra el Gobierno «legítimo» de Bashar al-Asad en Siria alimentaron de nuevo a ISIS y a Al Qaeda. Washington ayudó en el derrocamiento de Hosni Mubarak en Egipto, y luego de Gadafi, lo que encendió los estallidos de violencia durante la Primavera Árabe. Y la hostilidad estadounidense hacia Irán había impedido que un aliado «natural» luchara contra el terrorismo en Oriente medio.[153]

El Kremlin también acusa a Washington de apoyar las revoluciones de color, los movimientos populares que derrocaron a los gobernadores postsoviéticos, sobre todo en Ucrania y Georgia. Estas revoluciones trajeron líderes corruptos, creando crisis que Rusia se vio obligada a «solucionar». Por todo ello, el Kremlin sostiene que Estados Unidos no merece ser el líder hegemónico del orden mundial, dado que el orden liberal internacional ha colapsado por sus inaceptables acciones. Rusia se ve en el papel de ayudar en la transición hacia un orden multipolar, estrechando los vínculos con los países del «Sur global». Ya en 2006, Dmitri Trenin, el reputado analista que ya ha aparecido en páginas anteriores, publicó un artículo en la revista Foreign Affairs titulado «Rusia abandona Occidente» en el que decía: «Hasta hace muy poco tiempo, Rusia se veía a sí misma como Plutón en el sistema solar occidental, muy lejos del centro, pero todavía fundamentalmente parte de él. Ahora ha abandonado la órbita enteramente: los líderes rusos han abandonado la idea de convertirse en parte de Occidente, y han comenzado a crear su sistema propio con el centro en Moscú».[154]

Los documentos del Concepto de la Política Exterior (CPE) de la Federación de Rusia de 2013 y 2016, repiten los mismos objetivos que los de 2000 y 2008. En los cuatro documentos se destaca que el objetivo de Rusia es profundizar en la cooperación con Estados Unidos, la Unión Europea y la OTAN. Sin embargo, el CPE de 2023 refleja claramente que el Kremlin percibe a Occidente como una entidad hostil a sus intereses nacionales, y que la política exterior se centrará en sus relaciones con China y la India, así como en el «Sur global», con referencias específicas a América Latina, África y Oriente Medio.

Las tres investigaciones que he realizado entre 2019 y 2023[155] sobre los objetivos políticos e intereses estratégicos de Rusia en Oriente Medio, América Latina y África demuestran que la intención de mejorar las relaciones con estas tres regiones forma parte de una estrategia internacional más amplia cuyo objetivo principal es que Rusia se reafirme como una gran potencia capaz de socavar el liderazgo de Estados Unidos, así como de competir con otras grandes potencias, como China. El «retorno» diplomático (después de la ausencia de Rusia en estas regiones durante los años noventa) se ha intensificado desde 2014, para demostrar que Rusia no está aislada debido a las sanciones occidentales. Sin embargo, a sus potenciales aliados Rusia sólo puede ofrecerles hidrocarburos y cooperación en defensa –venta de armamento (antes de la guerra en Ucrania de 2022 Rusia era el segundo mayor exportador de armamento; Estados Unidos es el primero), «diplomacia militar» (acuerdos bilaterales de defensa)[156] y «diplomacia paramilitar» (la participación del Grupo Wagner en diferentes conflictos de África).[157] En estas regiones la promoción de los intereses estratégicos de Rusia se ve favorecida por tres factores: el hecho de que Rusia no fue una potencia colonial, los lazos históricos creados durante la Guerra Fría y la explotación del resentimiento poscolonial.

Aunque el esfuerzo bélico en Ucrania y las dificultades económicas derivadas de las sanciones occidentales reducen la capacidad de Rusia para proyectar su poder en el «extranjero lejano», también impulsa al Kremlin a redoblar su compromiso político con los regímenes afines de los países de África, América Latina y Oriente Medio.

RUSIA EN LAS INSTITUCIONES INTERNACIONALES

El deterioro de las relaciones entre Rusia y Occidente y sobre todo su acentuado papel de potencia revisionista se ha reflejado en los estudios de los analistas occidentales. A partir de 2008 hubo un notable aumento de publicaciones sobre la visión de Rusia del orden liberal internacional y las cinco prioridades de su política exterior (que en realidad son una mezcla de las definiciones de los Conceptos de Política Exterior de la Federación Rusa de 2000 y 2008): la defensa del Estado y del régimen, la influencia en el «extranjero cercano», el estatus de Rusia como una gran potencia, la no interferencia en los asuntos domésticos y la cooperación política y económica como socio igual a otras grandes potencias.[158]

Estos estudios subrayan que Rusia considera que el orden liberal internacional está dominado por Estados Unidos y que las diferentes instituciones y acuerdos multilaterales son un espacio de posible cooperación entre Rusia y otros Estados. Sin embargo, estos análisis ya no son válidos: desde la guerra en Ucrania ya no hay cooperación posible entre Rusia y Occidente. Y la visión que tiene Rusia de los componentes del orden liberal internacional difieren según de qué organización se trate, pues rechaza participar en las organizaciones en cuya fundación no ha sido actor principal, pero en otras sí. Por lo tanto, acepta a Naciones Unidas, que garantizan a Moscú su ansiado estatus de gran potencia dada su membresía en el Consejo de Seguridad de la ONU. Las resoluciones sobre la condena a la agresión rusa en Ucrania de la Asamblea General de Naciones Unidas no han sido suficientes para apoyar la iniciativa de Ucrania de expulsar a Rusia del Consejo de Seguridad. Cambiar la Carta de la ONU es casi imposible, ya que requiere unanimidad entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, así como una mayoría de dos tercios en la Asamblea General.

Sin embargo, Moscú rechaza participar en las Políticas de la Vecindad (PEV) y en la Asociación Oriental, creadas en 2004 y 2009 respectivamente por la Unión Europa. A partir de 2008, Rusia

intentó crear una organización política regional, la Unión Euroasiática Aduanera (UEA), como alternativa y competidora con la Unión Europea. Antes de ese momento, Moscú había tomado medidas para desarrollar relaciones económicas con los antiguos países soviéticos a través de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y de una serie de acuerdos bilaterales. El principal impulso para una mayor integración regional en la UEA no procedía de Rusia, sino de Kazajistán. El hecho de que en diciembre de 2023 la Unión Europea decidiera comenzar a negociar la adhesión de Ucrania y Moldavia, y conceder a Georgia el estatus de país candidato, enterró definitivamente la ambición rusa de convertir la Unión Euroasiática en una alternativa a la Unión Europea.

De las instituciones económicas internacionales, Rusia fue expulsada del G7, pero sigue siendo miembro del G20 y de los BRICS. Desde que comenzó el tercer mandato del presidente Putin, en 2012, el Kremlin ha intentado reducir su dependencia económica –fomentando la sustitución de las importaciones por productos nacionales– y mitigar su vulnerabilidad frente a los vaivenes en la economía mundial. Las sanciones impuestas por Occidente en 2014 hicieron que Rusia pisara el acelerador para conseguirlo, y a pesar de las que se le han impuesto a partir de 2022, la economía rusa no ha colapsado (como había pronosticado la mayoría de los analistas occidentales), aunque sí ha sufrido una contracción de alrededor del 8 %.[159] El FMI cree que en 2024 Rusia crecerá alrededor de un 2 %.

Otro foro en el que Rusia ha expresado su apoyo a una infraestructura financiera alternativa a las occidentales es el grupo BRICS. En 2003, Goldman Sachs publicó un informe titulado «Dreaming with BRICs: The Path to 2050» («Soñando con los BRICS: el camino hacia 2050») en el que se plasmó la hipótesis de que Brasil, Rusia, India y China (Sudáfrica se incorporó en 2010) superarían al G7 en 2050. Sin embargo, en 2021 Jim O'Neill, el economista británico que acuñó el acrónimo BRICS, se retractó al afirmar que «Brasil y Rusia [ahora] han vuelto a donde estaban hace veinte años».[160]

En agosto de 2023, se celebró en Johannesburgo la cumbre de los BRICS en la que se invitó a Arabia Saudí, Irán, Etiopía, Egipto,

Argentina y Emiratos Árabes Unidos a convertirse en miembros. Ninguno de estos países respalda el orden liberal internacional. La ambición de China y Rusia es convertir a los BRICS en una alineación anti-Occidente.

Probablemente a lo que Rusia da más importancia es a las negociaciones sobre el control de armas, porque en ellas se ve confirmado su estatus como gran potencia y como una potencia nuclear, así como a las organizaciones regionales de seguridad en cuya creación ella participó.

La Alianza Atlántica y su ampliación representan uno de los principales puntos de contestación entre Estados Unidos y Rusia. Mientras que Estados Unidos insiste en que la OTAN no pretende amenazar a Rusia y la considera una herramienta fundamental para garantizar la estabilidad, la seguridad y los valores democráticos, el Kremlin, así como las élites políticas e intelectuales rusas, consideran que la OTAN y su ampliación son una amenaza. Los temores rusos ante la ampliación de la OTAN reflejan tanto la preocupación realista por perder influencia en el entorno más próximo como la paranoia ante una invasión de la OTAN facilitada por su creciente presencia militar en las fronteras de Rusia. Para contrarrestar la influencia de la OTAN, Moscú ha intentado tejer acuerdos de seguridad paneuropeos y multilaterales en los que se respete a Rusia como gran potencia y reforzar las instituciones de seguridad competidoras, como la CEI y la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) entre los Estados postsoviéticos. Tras la guerra de Georgia en 2008, Rusia hizo enormes esfuerzos por desarrollar la OTSC (cuando previamente se había implicado bien poco), aparentemente con la intención tanto de imitar a la OTAN como de equilibrarla. Fomentó el desarrollo de una fuerza de reacción rápida y, a principios de la década de 2010, continuó desarrollando la capacidad de la organización para llevar a cabo misiones de paz. Sin embargo, el liderazgo ruso sobre la OTSC se ha visto socavado por la falta de voluntad de Rusia a la hora de tomar partido en los conflictos locales de los Estados miembros, como es el caso de Azerbaiyán y Armenia en Nagorno-Karabaj. Sin embargo, en 2020 el Kremlin lideró el despliegue de las tropas de la OTSC en Kazajistán, para «estabilizar la situación» provocada por las manifestaciones en contra de la subida de los precios de

hidrocarburos.

La negociación y adopción de los acuerdos sobre el control de armas por parte de Rusia están condicionadas por los principales intereses de la política exterior rusa. Cuando los acuerdos han sido beneficiosos para los intereses de Rusia, Moscú los ha apoyado, en consonancia con las prácticas de la Guerra Fría, cuando Washington y Moscú negociaron varios: el Tratado de Misiles Antibalísticos (ABM por sus siglas en inglés) que firmaron en 1972; el Tratado de Fuerzas Nucleares de Rango Intermedio (INF por sus siglas en inglés), en 1987; el Tratado de las Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE), en 1990; y los Tratados de Reducción de Armas Estratégicas (START I y START II), en 1991 y 1993.

Desde el año 2000 el desacuerdo entre Moscú y Washington sobre el control de armas ha ido en aumento. Estados Unidos se retiró del ABM en 2001 y desplegó misiles antibalísticos en dos países del Pacto de Varsovia, en Rumania y Polonia. Los funcionarios estadounidenses insistieron en que su objetivo eran Estados rebeldes, que no tenían capacidad para socavar el poder de disuasión de Rusia y que Rusia y Estados Unidos ya no eran enemigos. Sin embargo, estas explicaciones eran poco creíbles para el Kremlin. La preocupación de Rusia por los sistemas antibalísticos en los países del antiguo Pacto de Varsovia contribuyó decisivamente a que abandonara el FACE en 2007 (se retiró oficialmente en 2015).

Sin embargo, en ocasiones Rusia ha cooperado en el control de armas estratégicas. En 2002 firmó con Estados Unidos el Tratado de Reducción de Ofensivas Estratégicas (Nuevo START), que limitaba el número de ojivas. Entró en vigor en 2011. En noviembre de 2023, en el contexto de la guerra en Ucrania, Rusia abandonó el Tratado de Prohibición Completa de Ensayos Nucleares (CTBT por sus siglas en inglés) firmado por Rusia en 1996, pero nunca ratificado por Estados Unidos.

La crisis del orden liberal internacional se refleja en la creciente inestabilidad estratégica entre Rusia y Estados Unidos, dado que el único acuerdo vigente entre las dos potencias es el Nuevo START, que expirará en 2026.

LA AMPLIACIÓN DE LA OTAN

¿Había prometido formalmente Estados Unidos a la Unión Soviética que la alianza no se expandiría hacia el este? La ampliación de la OTAN es el resultado de dos circunstancias: 1) la mala e incompetente negociación de Gorbachov, presionado por la pésima situación económica de la URSS, y 2) la explícita voluntad de Estados Unidos de ampliar la Alianza Atlántica a pesar de las protestas de la URSS (y de Rusia posteriormente). Incluso más de dos décadas después, la disputa sigue viva. Los diplomáticos rusos afirman regularmente que Washington hizo esa promesa a cambio de la retirada de las tropas soviéticas de Alemania Oriental, y luego la traicionó cuando la OTAN agregó a doce países de Europa del Este (en tres rondas posteriores).

Durante años Mary Elise Sarotte se ha dedicado a analizar minuciosamente la ampliación de la Alianza Atlántica. En su último libro, Not One Inch («Ni una pulgada»), publicado en 2021,[161] *arroja una nueva luz a la controversia, por examinar una serie de documentos que en los años noventa estaban clasificados. Sarotte demuestra que no hubo una promesa formal, y que Occidente tomó la decisión correcta al ampliar la Alianza Atlántica, porque era la única manera de que los países de Europa Central y del Este tuvieran su seguridad garantizada. Sin embargo, al mismo tiempo es muy crítica, y sostiene que la manera y las formas en que se llevó a cabo esa ampliación no fueron las correctas.*

Sarotte demuestra que la cuestión del futuro de la OTAN –no sólo en Alemania Oriental, sino también en Europa Central y del Este– surgió poco después de la apertura del Muro de Berlín, ya en febrero de 1990. Los funcionarios estadounidenses, en estrecha colaboración con los de Alemania Occidental, insinuaron a Moscú, durante las negociaciones de febrero de 1990, que la Alianza podría no expandirse, ni siquiera a la mitad oriental de una Alemania que pronto se reunificaría. Los documentos también demuestran que Estados Unidos, con la ayuda de Alemania Occidental, empezaron pronto a presionar a Gorbachov para que permitiera que Alemania

se reunificara, sin hacer ningún tipo de promesa por escrito sobre los planes futuros de la OTAN. En pocas palabras: nunca hubo un acuerdo formal, como alega Rusia, pero los funcionarios estadounidenses y Alemania Occidental dieron a entender, durante un periodo breve, que dicho acuerdo podría estar sobre la mesa, y que a cambio se podría iniciar el proceso de reunificación alemana.

James Baker, entonces secretario de Estado de Seguridad de Estados Unidos, habló directamente con la OTAN y con Gorbachov. Durante la reunión, Baker tomó notas manuscritas de sus propios comentarios, añadiendo estrellas junto a palabras clave: «Resultado final: ¡Alemania unificada y anclada en la OTAN, cuya jurisdicción no se moverá hacia el este!».[162] Las notas de Baker parecen ser el único registro de tal garantía, e invitan a plantear una pregunta interesante: si el «resultado final» de Baker fuera que la jurisdicción de la OTAN no se movería hacia el este, ¿significaba eso que no lo haría hacia el territorio de la antigua Alemania Oriental, después de la reunificación? Antes de volver a Washington, Baker dejó al embajador de Alemania Occidental en Moscú una carta secreta para el canciller Helmut Kohl, a la que Sarotte ha tenido acceso. En ella, Baker explica qué había preguntado a Gorbachov: «¿Preferiría ver una Alemania unificada fuera de la OTAN, independiente y sin fuerzas estadounidenses?, ¿o preferiría una Alemania unificada atada a la OTAN, con garantías de que la jurisdicción de la OTAN no se desplazará ni una pulgada hacia el este de su posición actual?».[163]

La segunda opción, más atractiva, significaba que la jurisdicción de la OTAN ni siquiera se extendería a Alemania Oriental, ya que la «posición actual» de la OTAN (en febrero de 1990) permaneció exactamente donde había estado durante toda la Guerra Fría, con su borde oriental en la línea que aún dividía las dos Alemanias. En otras palabras: una Alemania reunificada estaría, de facto, la mitad dentro y la mitad fuera de la Alianza. Según Baker, Gorbachov respondió: «Ciertamente, cualquier ampliación espacial de la OTAN sería inaceptable». En opinión de Baker, la reacción de Gorbachov indicaba que «la OTAN en su zona actual podría ser aceptable». Pero no hubo ningún acuerdo escrito. Después de escuchar repetidamente esas garantías, Gorbachov le dio a Alemania Occidental lo que Kohl más tarde llamó «luz verde» para comenzar a crear una unión económica y

monetaria entre Alemania Oriental y Occidental, el primer paso hacia la reunificación.

Finalmente, Gorbachov dio su consentimiento a una Alemania reunificada dentro de la OTAN a cambio de medidas para salvar la cara, como un periodo de gracia de cuatro años para la retirada de las tropas soviéticas y algunas restricciones tanto a las tropas de la OTAN como a las armas nucleares en el antiguo territorio de Alemania Oriental. También recibió doce mil millones de marcos alemanes para construir viviendas para las tropas soviéticas retiradas y otros tres mil millones en crédito sin intereses.

A corto plazo, el resultado fue una victoria extraordinaria para Estados Unidos. Los funcionarios estadounidenses y sus homólogos de Alemania Occidental habían negociado hábilmente para cumplir sus objetivos: extender la OTAN a Alemania Oriental sin prometer nada por escrito sobre el futuro de la Alianza. Rara vez un país ha ganado tanto en una negociación internacional. Actualmente sigue sin comprenderse por qué Gorbachov aceptó un trato tan desfavorable para la URSS. Hay indicios de que era un incompetente que no escuchaba a sus asesores, y también de que por la influencia de su Nuevo Pensamiento se había convencido de que podría conservar el imperio comunista si lo reformaba.

Es importante subrayar que Estados Unidos no tuvo nada que ver en que los países de Europa Central y del Este expresasen su deseo de unirse a la Alianza. Estos países anhelaban ser miembros de la comunidad occidental y sus instituciones, protegerse contra un imperio zombi que siempre ha intentado resucitar. Primero tuvieron que superar las vacilaciones de Occidente. Una vez que comenzó la reunión de la cumbre entre Estados Unidos y la Unión Soviética, el 31 de mayo de 1990, quedó claro que el punto central de la reunión era, de hecho, la cuestión de si la OTAN podía avanzar hacia el este más allá de la línea de 1989. Para argumentar que debería ser capaz de hacerlo, George H. W. Bush citó hábilmente el llamado «principio de Helsinki»: los países tienen derecho a elegir sus propias alianzas de seguridad, como se establece en el Acta Final de Helsinki, que Moscú había firmado. Los negociadores rusos no supieron cómo contraargumentar.

La geopolítica de la década de los noventa justificaba la expansión.

Además, la OTAN ya se había ampliado varias veces, por lo que las reclamaciones de los Estados del antiguo bloque soviético por unirse no carecían de precedentes y eran razonables. Lo que no era prudente era expandir la Alianza sin tener en cuenta precisamente la realidad geopolítica. Cuanto más acercara la OTAN su infraestructura (bases militares, tropas y, sobre todo, armas nucleares) a Moscú, mayor sería el coste político en la nueva relación de cooperación con Rusia. Algunos responsables políticos entendieron esta dinámica y apoyaron la creación de un marco bajo el cual los nuevos aliados podrían obtener una membresía contingente, por fases, a través de la llamada Asociación para la Paz, una organización creada en 1994 para permitir que los Estados europeos y postsoviéticos no pertenecientes a la OTAN se acercasen gradualmente a la Alianza. Pero la ambición estadounidense de «ensanchar las democracias», combinada con las trágicas decisiones de Yeltsin –sobre todo la de derramar la sangre de sus oponentes durante el golpe de Estado en 1993 y en la de iniciar la primera guerra de Chechenia en 1994– proporcionó munición a aquellos que argumentaban que Washington no necesitaba una ampliación gradual a través de la Asociación para la Paz para cuidar sus delicadas relaciones con Rusia. Una situación similar se produjo después de la invasión rusa de Ucrania en 2022, que justificó la incorporación de Suecia y Finlandia a la Alianza, dos países que tradicionalmente habían sido militarmente neutrales.

Al inicio de los noventa, la expresión «ni una pulgada» aludía a que la jurisdicción de la OTAN no se movería ni una pulgada hacia el este. A finales de esa misma década se ganó el significado opuesto: que ningún Estado debería ser excluido de la ampliación, si eso era lo que quería. Desde la guerra en Ucrania de 2022, «ni una pulgada» tiene otra connotación, la de la capacidad de la Alianza Atlántica de defender «hasta la última pulgada» el territorio de los países miembros de la OTAN.

No es posible evaluar el papel que jugó la ampliación en la erosión de las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. Estados Unidos sobrevaloró la posibilidad de que las relaciones de cooperación con Moscú permanecieran intactas en la misma medida en que minusvaloró el alcance de la voluntad de Putin de dañarlas. El Kremlin se guardó de exteriorizar su frustración hasta que Rusia se

recuperó económicamente, gracias, en parte, a su entrada en la OMC con el apoyo de Estados Unidos y la Unión Europea.

LAS INVASIONES DE UCRANIA, UN EJEMPLO DE LA REVISIÓN DEL ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL

Las invasiones rusas de Ucrania de 2014 y 2022 son una obvia violación de las reglas del orden liberal internacional. Ya en 2014 se violaron diez normas internacionales con las que la Unión Soviética se había comprometido, y posteriormente Rusia como heredera legítima de aquella: varios artículos del capítulo I de la Carta de las Naciones Unidas; dos resoluciones de la ONU (la 2625/1970 y la 3314/1974); el Acta Final de la Conferencia de Helsinki (1975); el Memorándum de Budapest (1994); una resolución del Consejo de Europa (1996) y varios tratados particulares firmados entre Rusia y los países vecinos, antiguos miembros de la URSS, entre 1991 y 1997.[164] También lo había hecho en 2008 con la invasión de Georgia, pero entonces Occidente no prestó mucha atención. No es casual que Ucrania se convirtiera en el paradigma del revisionismo ruso del orden internacional liberal. Durante el último cuarto de siglo, casi todos los esfuerzos por establecer un orden duradero en el continente euroasiático se han hundido en los bandazos en Ucrania. Porque es allí donde se puede percibir en toda su crudeza la desconexión entre los delirios triunfalistas del «fin de la Historia» y las realidades geopolíticas de la rivalidad entre las grandes potencias.

Para la mayoría de los representantes políticos de las democracias liberales, Ucrania ha sido el ejemplo de un país joven y valiente que, a pesar del peso de la historia, emprendió con éxito un camino de desarrollo democrático dentro del nuevo orden mundial posterior a la Guerra Fría. Para el Kremlin, sin embargo, sigue siendo una parte indispensable de su identidad nacional y de su esfera de influencia, que opera de acuerdo con las viejas reglas del equilibrio de poder. La diferencia entre estos dos puntos de vista explica en gran medida por qué las esperanzas posteriores a la Guerra Fría han dado paso a la lucha y la incertidumbre de hoy en día.

Estados Unidos y otros responsables políticos occidentales han eludido durante mucho tiempo las preguntas difíciles sobre Ucrania, sobre su lugar en el orden euroasiático y sobre su papel en la tensa relación entre Washington y Moscú. Aunque el final de la Guerra Fría marcara el final de un antagonismo geopolítico, no marcó el fin de la geopolítica. La disolución de la URSS tampoco supuso que las ambiciones rusas se extinguieran. Puede que sobre el papel la Unión Soviética desapareciera en diciembre de 1991, pero su influencia no. Los imperios no desaparecen fácilmente. Mueren agonizando y negando su declive cuando pueden, cediendo sus dominios cuando deben hacerlo o emprendiendo acciones irredentistas dondequiera que ven una oportunidad. Y en ninguna parte las consecuencias del colapso soviético se ven más claramente que en Ucrania, un país que por ser el escenario de la rivalidad entre las grandes potencias ha hecho fracasar cualquier intento de establecer un orden duradero en el continente euroasiático.

George H. W. Bush, presidente de Estados Unidos entre 1989 y 1993, esperaba persuadir a Ucrania para que siguiera siendo parte de la Unión Soviética. Temía que, si se derrumbaba, la URSS se convirtiera en una versión de pesadilla de Yugoslavia: violencia étnica con armas nucleares por medio. En agosto de 1991, en su último viaje a la moribunda URSS, Bush pronunció su infame discurso conocido como Chicken Kiev con la esperanza de evitar que Ucrania se independizara. «La libertad no es lo mismo que la independencia», dijo en el Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Ucrania, tres semanas antes de la declaración de independencia de Ucrania. «Los estadounidenses no apoyarán a aquellos que buscan la independencia para reemplazar una tiranía por un despotismo local».[165] *La ironía del discurso fue aguda: un presidente de Estados Unidos estaba tratando activamente de prolongar la existencia del país que había sido, hasta hacía poco, su mayor enemigo.*

El Memorándum de Budapest de 1994 dejó a Ucrania sin armas nucleares y sin garantías de seguridad sólidas, y el país se vio cada vez más, y peligrosamente, varado: estaba en la frontera de un imperio ruso truncado que aspiraba a recuperar el estatus de gran potencia. Ucrania luchó por democratizarse y se enfrentó a sus propios demonios internos al tiempo que languidecía en una especie de zona gris, lo que se convirtió en una invitación al irredentismo ruso. En última instancia, la lucha de Ucrania tuvo repercusiones

más allá de Ucrania; de hecho, tuvo repercusiones para el orden posterior a la Guerra Fría. Moscú nunca aceptó la soberanía completa de Ucrania, en parte porque la veía no sólo como un elemento clave de su antiguo imperio, sino también como el corazón histórico y étnico de la Rusia moderna. La Administración de George W. Bush, presidente de Estados Unidos entre 2001 y 2009, presionó para que la OTAN se expandiera justo cuando el trauma posimperial de Rusia estaba a punto de estallar en violencia; y quiso utilizar la cumbre de la OTAN de 2008 en Bucarest para sancionar el inicio de los procedimientos de adhesión para Georgia y Ucrania. Pero después de algunas intervenciones de última hora, especialmente por parte de los responsables políticos franceses y alemanes, la cumbre simplemente anunció que Georgia y Ucrania «se convertirán en miembros de la OTAN», manteniendo viva la promesa de membresía pero cerrada la puerta de la Alianza.

La intervención rusa en Georgia en agosto de 2008, tres meses después de la cumbre de Bucarest, bloqueó la ampliación de la OTAN, creando un «conflicto congelado» (un conflicto en el que las partes enfrentadas están de acuerdo en poner fin a la guerra con un alto el fuego, pero sin que dicho acuerdo suponga la solución política del conflicto). Sólo un país que controle completamente su integridad territorial puede ser miembro de la Alianza. A través de los conflictos congelados (Osetia del Sur y Abjasia en Georgia desde 2008, y la región del Donbás entre 2014 y 2022) el Kremlin ha mantenido su influencia y ha impedido la ampliación de la OTAN.

La mayoría de la clase política de Kiev estuvo de acuerdo con Occidente en que una guerra entre Rusia y Ucrania era poco probable (Zelenski negó esa posibilidad incluso en febrero de 2022 ante la evidencia de los servicios de inteligencia estadounidenses), por los lazos históricos y culturales entre las dos naciones eslavas. Dejar sin resolver durante décadas los problemas de la seguridad de Ucrania y su lugar en el nuevo orden internacional tuvo el efecto de convertir el país en el escenario de la peligrosa rivalidad entre Occidente y Rusia, en un espacio donde los intereses de las grandes potencias chocaban y, sin embargo, no se resolvían.

La propuesta rusa para cambiar el orden de seguridad europeo[166]

Antes de invadir Ucrania en 2022, el Kremlin expuso por escrito sus propuestas para cambiar el orden de seguridad europeo. El 17 de diciembre de 2021, Karen Donfried, subsecretaria de Estado para Asuntos Europeos y Euroasiáticos de Estados Unidos, recibió dos «proyectos de tratados» del Ministerio de Asuntos Exteriores ruso en sendos documentos: un borrador de un «Tratado entre los Estados Unidos y la Federación Rusa sobre garantías de seguridad» y otro de un «Acuerdo sobre medidas para garantizar la seguridad de la Federación Rusa y los Estados miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte». La teatralización del intercambio de cartas entre el Kremlin y la Administración de Joe Biden reflejaba tanto el estilo de la diplomacia rusa como su cinismo mezclado con resentimiento: los rusos esta vez querían todo por escrito (para que no les ocurriera lo mismo que a Gorbachov). Las propuestas del Kremlin representaban un intento de volver al punto de partida anterior a la ampliación de la OTAN: una tentativa desesperada para corregir lo que consideraban una traición a Rusia, tanto de Gorbachov como de Occidente.

El objetivo declarado de Moscú en estas propuestas era obtener «garantías de seguridad legal de los Estados Unidos y la OTAN». Al llamarlas «proyectos de tratados», el Kremlin insinuó que no se trataba de un ultimátum, sino de una propuesta, solo un punto de partida de las conversaciones. Sin embargo, se trataba de un chantaje en toda regla por dos razones. Primero, por la afirmación del Kremlin de que, si sus propuestas no se pudieran abordar diplomáticamente, Rusia tendría que recurrir a una solución «técnico-militar». Las propuestas de Moscú eran las siguientes: (1) cese formal de la ampliación oriental de la OTAN; (2) congelación permanente de la expansión de la infraestructura militar de la Alianza (bases y sistemas de armas) en antiguos territorios soviéticos; (3) fin de la asistencia militar occidental a Ucrania; y (4) prohibición de los misiles de alcance intermedio en Europa.[167] *La segunda razón es el contexto en el que se originó la propuesta rusa. Desde mediados de noviembre de 2021, el Pentágono había detectado movimientos de 70.000 efectivos en la frontera occidental rusa. La inteligencia estadounidense advirtió de que Rusia planeaba invadir Ucrania con unos 175.000 efectivos al comienzo del año siguiente. Al exigir garantías jurídicas de la no incorporación a la OTAN de Ucrania y*

Georgia, y de la retirada de las tropas de la OTAN estacionadas en la Europa del Este desde 1997, el Kremlin propuso una revisión del orden de seguridad europeo creado después del final de la Guerra Fría, para recuperar así su papel central en el continente, algo que sólo sería posible mediante una correlativa disminución de la influencia de Estados Unidos y la relevancia de la OTAN. Las intervenciones militares de Moscú en años anteriores en Georgia y Ucrania habían bloqueado de facto la ampliación de la OTAN, toda vez que la Alianza no puede incorporar a países que no controlan su integridad territorial.

Las principales causas de la evolución de la postura rusa desde el descontento pasivo al revisionismo activo son varias. Aunque se ha insistido mucho en la supuesta «promesa» de Occidente de que la OTAN no se ampliaría hacia el este, hay otras causas de esta evolución. Entre ellas destaca especialmente el papel «periférico» de Rusia en el orden de la seguridad europea. En 1989, los Estados de Europa Central y Oriental recuperaron su soberanía, pero Rusia perdió un imperio. En ese proceso, la propia Rusia pasó de estar en el centro de su propio bloque geopolítico a la periferia del bloque creado por sus rivales. En este sentido, el desafío ruso al orden de seguridad europeo tiene mucho que ver con la percepción dominante entre la élite política de Rusia de que las reglas e instituciones que rigen la seguridad en Europa son ilegítimas debido precisamente a ese papel periférico que le asignan. Tales quejas se remontan a los primeros años posteriores a la Guerra Fría, una época en la que Rusia todavía parecía ir por la senda de la democratización y estar aplicando en gran medida una política exterior cooperante con Occidente. Sin embargo, ahora Rusia considera que está en condiciones de desafiar directamente esos acuerdos. Los diplomáticos estadounidenses y europeos tomaron la decisión de utilizar las instituciones heredadas de la Guerra Fría como base del nuevo orden posterior a la misma, rechazando otras opciones. Tenían buenas razones políticas y estratégicas para hacerlo, pero una consecuencia de esa decisión fue que la «cuestión de Rusia» –es decir, que la Federación Rusa debería encajar en la nueva arquitectura de seguridad europea– seguía sin resolverse. La idea de incluir a Rusia en la OTAN no fue realista, pero la de expandir la OTAN sin Rusia dejó a Europa todavía más dividida y se convirtió en una fuente de tensión una vez que Rusia se recuperó del colapso soviético.

La percepción del Kremlin de que hay una nueva línea divisoria a lo largo de la frontera occidental de Rusia, entre la Europa liberal, que sigue comprometida con el orden liberal internacional, y la Europa iliberal y «euroasiática», donde se encuentran Rusia y los países de su esfera de influencia, es, y seguirá siendo, una de las principales fuentes del revisionismo ruso del orden liberal internacional.

Después de los ataques terroristas del 11S, Vladímir Putin ofreció oportunamente un acuerdo a la Casa Blanca. Rusia estaba preparada para aceptar el liderazgo global de Estados Unidos a cambio del reconocimiento por parte de Washington de su papel como un aliado importante, dotado de una responsabilidad especial (es decir, hegemónica) en el antiguo espacio soviético, esto es, que reconociera su zona de influencia en las exrepúblicas soviéticas. Esa oferta radical fue rechazada por Washington.

Moscú intentó acercarse a Europa cuando estalló la guerra de Irak, en 2003. Al unirse a las principales potencias europeas para oponerse a la invasión estadounidense, el Kremlin esperaba entrar en el sistema occidental a través de la puerta europea y crear un eje ruso-alemán-francés para contrarrestar la influencia anglosajona de Washington y Londres. Rusia volvió a fracasar. No se materializó una alianza antiestadounidense; el acuerdo coyuntural con Moscú (y el desacuerdo con Washington) no pudo cambiar significativamente las relaciones transatlánticas.[168]

Después de todos estos fracasos, desde el punto de vista del Kremlin la única manera (la que se vieron «obligados» a emplear) de ver cumplidos sus objetivos y hacer que se respetasen sus intereses era usar la fuerza militar convencional. Así procedió en 2014 al anexionarse Crimea y «proteger a los compatriotas» en Ucrania. Entre 2014 y 2022 mantuvo un conflicto congelado apoyando política, económica y militarmente a los rebeldes prorrusos del Donbás. El uso de la fuerza militar convencional en 2022 era una solución «técnico-militar» (que Moscú había anunciado al proponer a Washington «nuevos tratados») dentro de una «operación militar especial». Mientras en 2014 Rusia usó la fuerza militar convencional para cumplir sus objetivos (anexionar Crimea) y crear un conflicto congelado para impedir la entrada de Ucrania en la OTAN, en 2022 lo hizo como respuesta a la negativa

estadounidense de modificar el orden de seguridad europeo creado después del final de la Guerra Fría.

EL PAPEL DE RUSIA EN EL PROCESO DE RECONFIGURACIÓN DEL ORDEN MUNDIAL

En noviembre de 2023 se publicaron los resultados de una encuesta de la opinión pública realizada en veintiún países por el European Council on Foreign Relations (ECFR), en el marco del proyecto «Europa en un mundo cambiante» de la Universidad de Oxford.[169] Estos resultados confirman los de la encuesta realizada por la Universidad de Cambridge en octubre de 2022, que se han citado ya en la introducción a este libro.[170] Ambos sondeos reflejan la división entre Occidente y el resto. Y subrayan que el futuro orden internacional estará muy fragmentado.

A lo largo de 2021, el gobierno de Joe Biden promovió la idea de un mundo dividido entre democracias y autocracias, una reminiscencia tanto del ideal wilsoniano de crear un mundo seguro para las democracias en 1917 como de la lucha contra las fuerzas del Eje (Italia, Alemania y Japón) en la Segunda Guerra Mundial o contra «el imperio del mal» (la URSS) en 1983, como dijo Reagan, y también en la línea del discurso de George W. Bush, de enero de 2002, en el que anunció que el mundo estaba amenazado por los países del «eje del mal» (Irak, Irán, Libia, Siria, Corea del Norte y Cuba). El 9 de diciembre de 2021, la Administración Biden convocó la Cumbre por la Democracia. Durante su inauguración, Biden declaró: «Así pues, durante los próximos dos días, reuniremos a líderes de más de cien gobiernos», [...] para unirnos y reafirmar nuestro compromiso común de mejorar nuestras democracias; para compartir ideas y aprender unos de otros; y para asumir compromisos concretos de cómo fortalecer nuestras propias democracias y hacer retroceder el autoritarismo, luchar contra la corrupción, promover y proteger los derechos humanos de las personas en todas partes. Compromisos para actuar.»[171] Cuando Rusia invadió Ucrania en 2022, Biden se apresuró a denunciar la invasión como una violación de las normas del orden liberal internacional (aunque Rusia había violado ya esas mismas normas en 2014). El apoyo de las democracias liberales a Ucrania podría ser una prueba de la justeza de la hipótesis de Biden sobre la división del mundo entre las democracias y las autocracias que

rigen los países revisionistas, Rusia, China e Irán.

Los resultados de la encuesta de la ECFR se analizan en un largo artículo titulado «Vivir en un mundo a la carta».[172] Según sus autores, estos resultados demuestran que la mayoría de los encuestados rechaza la visión de Biden, porque aceptarla implicaría tener que elegir entre democracia o autocracia. Por otro lado, la mayoría sostiene que vivimos en un mundo «a la carta». Aunque muchas personas se sienten atraídas por los valores democráticos de Occidente, prefieren elegir elementos de diferentes sistemas en lugar de emular o alinearse completamente con uno en particular. Los encuestados preferirían que sus países cooperaran más estrechamente con un bloque de seguridad liderado por Estados Unidos, pero en materia de economía prefieren a China. En general, la gente fuera de Occidente no quiere una alineación política completa ni con China ni con Europa y Estados Unidos. Un país puede estar alineado con Estados Unidos en materia de seguridad mientras importa energía de Rusia y comercia con China.

Por primera vez en su historia, Rusia no tiene ningún aliado en Occidente. La ruptura de la cooperación entre Rusia y Occidente a raíz de la guerra en Ucrania es mucho mayor que la que se produjo a causa de la Revolución rusa de 1917, porque en 1922 Gran Bretaña reconoció a la Unión Soviética. Y, como tantas veces en su historia, Rusia está virando hacia Asia por sus problemáticas relaciones con Europa. Además, se percibe a sí misma como líder de la «mayoría mundial». Según Dmitri Trenin, las prioridades de la política exterior rusa en el nuevo contexto internacional se centran en: 1) la disuasión estratégica del enemigo –de Estados Unidos y sus aliados agrupados en la OTAN–; 2) la creación de condiciones favorables para el autodesarrollo de Rusia basadas principalmente en los recursos internos y en una reorientación de sus relaciones económicas con los países «amigos»; 3) el desarrollo de una estrecha coordinación e interacción con el principal aliado de la Federación Rusa: Bielorrusia; 4) el desarrollo de la integración económica y el fortalecimiento de la cooperación militar con los países del espacio postsoviético que todavía mantienen buenas relaciones con Moscú (Bielorrusia y los países de Asia Central); 5) el entendimiento mutuo con los principales socios estratégicos de la Federación Rusa: China e India y en Oriente Medio especialmente Arabia Saudí y Emiratos

Árabes Unidos, así como con Turquía, Irán, y otros países de Asia, América Latina y África que no se han unido al régimen de sanciones contra Rusia; 6) la cimentación gradual, en consonancia con los socios y los BRICS, y otros estados interesados, de una nueva arquitectura financiera internacional independiente del dólar estadounidense.[173] Trenin repite las prioridades del Concepto de la Política Exterior de la Federación Rusa de 2023. Rusia pretende, junto con otras potencias revisionistas, crear un mundo «posoccidental» multipolar, como ha reiterado en numerosas ocasiones Serguéi Lavrov, el ministro ruso de Asuntos Exteriores.

Las relaciones de Rusia con la India se basan en largas tradiciones de amistad y simpatía mutua. India ha jugado un papel decisivo, junto con China, en la compra, con gran descuento, de los hidrocarburos rusos, lo que ha posibilitado a Moscú paliar las pérdidas en los mercados energéticos europeos a raíz de las sanciones por la guerra en Ucrania. El aumento del poder económico de la India y su desarrollo tecnológico amplían el potencial de interacción con Rusia. Al mismo tiempo, los desacuerdos entre Delhi y Pekín, el acercamiento político y económico de la India a Estados Unidos en el contexto de una guerra híbrida entre Washington y Moscú, y la cooperación cada vez más estrecha entre Rusia y China plantean un serio desafío para las relaciones ruso-indias. El hecho de que el interés nacional de la India de que ninguna potencia sea hegemónica en la región de Asia-Pacífico e Indo-Pacífico coincida con los intereses de las democracias liberales convierten a India en un socio preferente en la actual fragmentación del orden internacional.

Respecto a Oriente Medio, durante la primera semana de diciembre de 2023 Vladímir Putin visitó Arabia Saudí y se reunió con el príncipe heredero Mohamed bin Salmán. El papel de Arabia Saudí en la OPEP ha sido clave en la subida de los precios del petróleo, lo que es muy necesario para Moscú, para mantener su guerra en Ucrania. Posteriormente Putin llegó a Emiratos Árabes Unidos flanqueado por cuatro aviones de combate rusos y se reunió con su presidente, el jeque Mohamed bin Zayed Al Nahyan. El líder ruso dijo que las relaciones entre Rusia y los Emiratos Árabes Unidos, ahora el principal socio comercial de Moscú en el mundo árabe, habían alcanzado «un nivel sin precedentes». El comercio bilateral

entre Rusia y Emiratos Árabes Unidos se disparó en casi un 68 % en 2022,[174] gracias a la creciente cooperación industrial entre ambos países, incluidos varios proyectos en torno al petróleo y el gas. Además, casi un millón de turistas rusos visitaron Emiratos Árabes Unidos en 2022. El objetivo del énfasis que hizo Putin de los lazos comerciales con los países de Oriente Medio era señalar que Rusia puede sobreponerse a las sanciones occidentales.

Antes de su viaje, el 30 de noviembre de 2023, el presidente ruso había recibido al presidente iraní Ebrahim Raisi en Moscú. El líder de Irán aprovechó para acusar a Occidente de apoyar el «genocidio» de Israel en Gaza. La guerra en Gaza representa un beneficio político para Rusia. La confrontación entre Israel y Hamás no sólo ha aumentado las esperanzas del Kremlin de cambiar el estado de ánimo en torno a la guerra en Ucrania, sino que también ha fortalecido su creencia de que el sistema de relaciones internacionales centrado en Occidente se está desmoronando. Las fotos de las ruinas de Gaza, los informes de miles de víctimas civiles y la indignación de las organizaciones humanitarias han causado una profunda impresión en las personas que viven en el «Sur global». La gente puede discutir sin cesar sobre las razones de la guerra en Ucrania, o sobre la operación de Israel en Gaza, pero para muchos la conclusión es obvia: Estados Unidos fue crítico con Rusia cuando mató a civiles inocentes en Ucrania, y ahora calla cuando su aliado Israel hace lo mismo en Gaza.

Tanto India como los países de Oriente Medio ayudan a la economía rusa para que no colapse. Sin embargo, la clave para la supervivencia de Rusia tanto económica como política será su alineación con China, de la que se hablará en el siguiente capítulo.

RUSIA Y CHINA: «NO SIEMPRE JUNTOS, PERO NUNCA ENFRENTADOS»[175]

Las relaciones de Rusia con China son de una importancia estratégica crucial para Moscú. Unos días antes de la invasión de Ucrania, el 4 de febrero de 2022, durante los XXIV Juegos Olímpicos de Invierno de Pekín, Vladímir Putin y Xi Jinping dieron una conferencia de prensa conjunta. En ella se insistía en la necesidad de crear un mundo multipolar en detrimento de la hegemonía estadounidense y la ampliación de la Alianza Atlántica, así como en la defensa de la soberanía y autonomía nacional de ambos países. Entonces, los dos líderes describieron su relación como una asociación «sin límites», e insistieron en que la línea divisoria en la política contemporánea no está entre «democracia» y «autocracia», como se quiere en Occidente, sino entre «orden» y «caos».

La ruptura de las relaciones entre Rusia y Occidente ha acelerado el ímpetu del Kremlin para crear un orden mundial multipolar. Está claro que Rusia, por mucho afán que tenga de asumir un papel mesiánico, no lo podrá hacer sin la ayuda decisiva de otras potencias, sobre todo de China. La aproximación entre ambos países responde a los intereses nacionales de los dos: Rusia ya no tiene aliados que la apoyen, mientras China intuye que el futuro orden mundial se definirá tras una confrontación estratégica multipolar con Estados Unidos y sus aliados.

China se abstuvo en la votación del Consejo de Seguridad de la ONU que condenaba la invasión de Ucrania, como ya lo hizo en 2014 cuando Rusia ocupó Crimea. El Gobierno chino desplegó todo el poder de sus medios de comunicación centralizados y su control de Internet para difundir las narrativas rusas sobre el conflicto, incluidos los rumores sobre la existencia de laboratorios de armas biológicas financiados por Estados Unidos en el este de Ucrania, y bloqueó cualquier comentario crítico.

La insinuación del ministro de Asuntos Exteriores de China, Wang Yi, el 7 de marzo de 2022, de que Estados Unidos estaba construyendo una «OTAN indopacífica» adaptaba, modificándolo, el anterior argumento chino de que el «problema de Ucrania» no había sido causado por Putin, sino por la insistencia de los miembros de la OTAN en mantener las estructuras de la Guerra Fría en Europa.[176]

Aunque la relación entre Rusia y China lógicamente tendrá sus limitaciones, la alineación de la política exterior de China con Rusia para socavar el poder de Estados Unidos y de sus aliados es bastante lógica. La gestión presidencial de Donald Trump (2016-2020) comenzó intensificando las sanciones económicas y diplomáticas a China, una política que ha seguido Biden. Entre esas sanciones destacan las impuestas por la violación de derechos humanos contra la minoría uigur de Xinjiang, o por la imposición de una draconiana Ley de Seguridad Nacional en Hong Kong que vulnera los derechos individuales de sus ciudadanos. La Unión Europea y el Reino Unido impusieron a China sanciones similares. Como parte de las contramedidas económicas, Huawei fue incluida en la lista de «entidades hostiles» a Estados Unidos, prohibiéndosele el acceso a cualquier tecnología estadounidense o diseñada por Estados Unidos. A raíz de estas y otras actuaciones, la inversión extranjera directa (IED) china en Estados Unidos ha disminuido considerablemente, al igual que la IED china en la Unión Europea y la inversión europea en China.

Todo esto, junto a la retórica de Biden sobre el mundo dividido entre democracias y autocracias, hacen que Pekín vea cada vez más a Estados Unidos y a la Unión Europea como actores que empujan a China a los brazos de Rusia. De ahí su rechazo a desvincularse de ella como castigo a la invasión de Ucrania.

En contraste con la creciente división ideológica entre China y los aliados euroatlánticos, existe una relación económica cada vez más profunda entre China y Rusia. Estados Unidos y la Unión Europea siguen siendo, con diferencia, los dos principales mercados de exportación de China, ya que juntos representan el 58 % de las exportaciones chinas. Pero China depende cada vez más de Rusia para las materias primas que alimentan su motor económico. En 2022, China superó a Arabia Saudí y se convirtió en el mayor

importador de petróleo de Rusia. El 4 de febrero de 2022 Xi y Putin firmaron un acuerdo para duplicar las exportaciones de gas ruso a China, a través de un nuevo gasoducto siberiano, tras haber aumentado ya, en 2021, las exportaciones de gas en un 50 %. El gas es clave para el plan chino de dejar de depender del carbón en los próximos años.

Pekín no puede y no quiere abandonar a Putin y poner a China a merced de unos Estados Unidos que son hostiles al Partido Comunista de China, cuya legitimidad cuestionan constantemente. Frente a unos Estados Unidos que tratan de contener el ascenso de China, Pekín confía ahora, más que en el pasado, en Rusia para que sirva de contrapeso a la presión estadounidense. La opinión cínica de que los dirigentes chinos ven las sanciones occidentales principalmente como una oportunidad para aumentar la dependencia económica de Rusia respecto a China no tiene en cuenta la cuestión principal. Una Rusia derrotada significaría una China estratégicamente más débil, porque perdería el apoyo del país con el que comparte su hostilidad hacia Estados Unidos.

China está asociada estratégicamente con Rusia, pero no está en su interés ser objeto de sanciones occidentales si proporciona ayuda militar a Rusia en su agresión contra Ucrania. Pekín está intentando aplicar lo que denomina «neutralidad de principios» en el conflicto de Ucrania. Esto significa que limitará sus acciones a hacer un llamamiento a la paz, proporcionar ayuda humanitaria, participar cuando sea posible en una mediación proactiva, evitar imponer sus propias sanciones y mantener relaciones comerciales normales con Rusia. Sabe que está lejos de ser el único en tratar de mantener esta línea de prudencia. India y Pakistán, los países del Golfo, la mayor parte de América Latina y África (incluida Sudáfrica) y Asia Central son igualmente ambivalentes. A estos países les molesta que Estados Unidos, Europa y Rusia vuelvan al enfrentamiento de la Guerra Fría y dejen que los mercados emergentes y los más pobres soporten el peso de las repercusiones económicas.

Así, la guerra en Ucrania ha acercado a China y Rusia más que nunca. La aprobación del liderazgo chino entre la población general de Rusia ha alcanzado un máximo histórico del 71 %, según un estudio de Gallup publicado en noviembre de 2023, mientras que la

opinión de los rusos sobre Estados Unidos se hundió a niveles no vistos en más de una década.[177] Los sentimientos positivos de Rusia hacia China aumentaron durante 2023 (en 2010 sólo el 30 % de los rusos veía la relación entre Moscú y Pekín como positiva), a medida que los países occidentales continuaron imponiendo sanciones económicas. Los índices de aprobación de Pekín entre los rusos han ido en aumento desde la anexión de Crimea en 2014, según muestran los datos de Gallup. Dicha aprobación es más alta en la región del lejano oriente de Rusia y más baja en San Petersburgo, en el noroeste, donde la oposición al Kremlin también es más generalizada. Mientras tanto, la aprobación de los rusos de los líderes de Estados Unidos se ha desplomado: sólo un 6 % califica positivamente a Washington.

La intensificación de las visitas diplomáticas entre China y Rusia ha contribuido a que se estrechen los lazos entre ambos países. En una reunión de octubre de 2023 entre Xi Jinping y Vladímir Putin, el líder chino señaló que los dos mandatarios se habían reunido 42 veces en los últimos diez años, y que habían desarrollado una «buena relación de trabajo y una profunda amistad». Y agregó que los dos trabajarían juntos para «salvaguardar la justicia internacional» a través de una «asociación estratégica de coordinación global». Pero mientras Putin está ansioso por seguir fortaleciendo la relación, se enfrenta al persistente desafío de que Rusia se convierta en un «socio júnior» de China, en el mejor de los casos, o en un vasallo, en el peor. Aunque el mayor interés común de Rusia y China sea la erosión del poder de Estados Unidos, pues ambos países son potencias revisionistas que pretenden cambiar el statu quo del orden liberal internacional, mantienen diferentes estrategias para lograrlo: mientras las de Rusia incluyen el uso de la fuerza militar, China se limita, por ahora, a emplear tácticas económicas para alcanzar sus objetivos geopolíticos (aunque su poder militar está aumentando, sobre todo en el Pacífico).

A lo largo de 2023 los líderes rusos y chinos se reunieron varias veces, pero fue especialmente importante la reunión entre Putin y Xi Jinping con ocasión de la cumbre de la Organización de Cooperación de Shanghái, celebrada el 15 de septiembre de 2023 en Uzbekistán, porque sirvió a ambos líderes para promover lo que consideran una prioridad en su relación. Putin fue consciente de la preocupación de China por la guerra en Ucrania y agradeció a Xi

Jinping «la posición equilibrada en lo que concierne a la crisis ucraniana». Al mismo tiempo, reiteró el apoyo ruso a China frente a Taiwán. Xi expresó la buena disposición de China a «hacer esfuerzos con Rusia para asumir su responsabilidad de grandes potencias y asumir el papel de guías para inyectar estabilidad y energía positiva en un mundo caótico».

Las relaciones comerciales entre Rusia y China han ido mejorando desde 2014, pero este auge se percibe especialmente desde 2022. No obstante, desde marzo de 2022 las importaciones de productos chinos comenzaron a ralentizarse. La tendencia ha afectado en particular a los productos de alta tecnología: maquinaria, equipos, componentes y otros bienes industriales, cuyos principales fabricantes chinos temen sanciones secundarias de Estados Unidos y, aunque en menor medida, de la Unión Europea y del Reino Unido. En el primer trimestre de 2022, Moscú y Pekín se vieron en la necesidad de concretar nuevas condiciones mutuamente aceptables que redujeran los riesgos para los proveedores chinos y garantizaran el cierre de las brechas abiertas en el mercado ruso por la ruptura de los vínculos económicos con las empresas occidentales.

Pero desde febrero de 2022 China aumentó sus compras de hidrocarburos rusos. A medida que Europa ha reducido su dependencia de la energía rusa y de otros recursos minerales, el Kremlin ha tenido que dirigir sus exportaciones a Asia, principalmente a China, una opción lógica por motivos geográficos (oleoductos terrestres existentes, comercio marítimo) y por su capacidad de proporcionar instrumentos de pago en yuanes como alternativa a los vinculados al dólar estadounidense, el euro, el yen japonés, el franco suizo o la libras esterlinas. Es poco probable que Pekín rescate a Moscú o ayude significativamente a modernizar la economía rusa; sin embargo, hará lo suficiente para mantener en el Kremlin un régimen amigo y promover los intereses chinos, ya sea comprando recursos naturales rusos a precios de derrumbe, ampliando el mercado de la tecnología china, promoviendo sus propios estándares tecnológicos o haciendo del yuan la moneda regional predeterminada en todo el norte de Eurasia.

El comercio de la energía ha sido un punto focal de las relaciones

entre China y Rusia desde 2008, y más aún desde la guerra de Ucrania. China es una de las «principales puertas de entrada en Asia» de Rusia para las exportaciones de energía, y ha ocupado un lugar central en sus relaciones económicas.[178] Durante la primera mitad de 2023, Rusia suministró a China 2,29 millones de barriles de petróleo por día (1,3 millones de toneladas más que en el mismo poriodo del 2022), lo que equivale a más de un tercio de sus exportaciones totales de petróleo crudo.[179] Rusia también exporta gas natural a Pekín a través de un gasoducto de 2.500 kilómetros que conecta Siberia Oriental con el noreste de China, y ambiciona construir un segundo gasoducto hasta China a través de Mongolia.

Debido al ostracismo de Rusia y a su ruptura decisiva con Occidente, su dependencia económica y política de China se intensificará, quizá hasta el punto de convertirse en vasallo de esta. Ya en 2016 China se convirtió en el principal socio comercial de Rusia. La guerra de Ucrania ha consolidado esta tendencia. Dada su ruptura con la Unión Europea y la imposibilidad de realizar el sueño de convertirse en un imperio europeo, Moscú intentará serlo en el único lugar que le queda: Asia. Pero la rivalidad entre Rusia y China en Asia Central, una región en la que, a pesar de que Moscú impuso su dominio a partir del siglo XIX, China ha hecho inversiones muy altas, ponen en entredicho que eso pueda suceder.

«No siempre juntos, pero nunca enfrentados» es uno de los principios que rigen la relación entre China y Rusia: no son aliados, pero procuran tener una política alineada dentro del orden internacional de multialineación. El futuro de la relación, cada vez más asimétrica a favor de China, dependerá de que Rusia se resigne a un estatus de socio subordinado y de cómo evolucionen sus respectivas relaciones con Estados Unidos. Toda vez que la guerra en Ucrania ha consolidado la relación entre Estados Unidos, el Reino Unido y la Unión Europea a través de la Alianza Atlántica, y de esta con Australia, Japón, Corea del Sur y Nueva Zelanda, es muy probable que Rusia y China mantengan el interés conjunto de socavar lo que consideran «el poder hegemónico» de Occidente.

El papel de Rusia en el orden liberal internacional, que está en proceso de reconfiguración, se articulará a través de su política en la «mayoría mundial», que el Kremlin define como un programa

para construir un nuevo orden global. Se basa en la convicción de que las relaciones de Rusia con Occidente no mejorarán y de que durante mucho tiempo estará en una guerra híbrida con él. El objetivo principal de Moscú es conseguir un apoyo amplio y sostenible a su objetivo de construir un nuevo orden mundial multipolar, pero sobre todo poner en entredicho el poder de las democracias liberales.

¿UNA NUEVA GUERRA FRÍA?

Dos años después del inicio de la actual guerra en Ucrania, la contraofensiva ucraniana no ha logrado todavía el avance que le daría a Kiev una posición sólida para negociar un acuerdo de paz con Rusia. El tumulto en Oriente Medio domina los titulares y el apoyo bipartidista a Ucrania se ha visto alterado por la polarización y la disfunción del Congreso de Estados Unidos. El Kremlin predica que el orden internacional basado en reglas es una creación artificial de Washington y sus aliados, impuesta al resto del mundo. Curiosamente, los ideólogos rusos se «olvidan» de que el orden internacional basado en reglas procede de una negociación multilateral con los representantes de todos los países que iban a vivir de acuerdo con esas reglas, incluida, primero, la Unión Soviética y, después, Rusia.

Putin tiene razones para creer que el tiempo está de su lado, porque por ahora no hay indicios de que Rusia esté perdiendo en Ucrania. La economía rusa se ha visto sacudida, pero no ha colapsado. El apoyo popular a la guerra sigue siendo sólido, y el respaldo de la élite a Putin no se ha fracturado. Los tecnócratas responsables de dirigir la economía rusa han demostrado ser resilientes e ingeniosos. Los altos precios del petróleo, impulsados en parte por una estrecha cooperación con Arabia Saudí, están rellenando las arcas estatales. Ucrania, por el contrario, depende en gran medida de la ayuda económica occidental, que está flaqueando. Putin puede sentirse satisfecho con los resultados de su política exterior. China e India han proporcionado un importante respaldo a la economía rusa al aumentar sus importaciones de petróleo ruso y de otros productos básicos. Incluso países vecinos que tienen buenos motivos para temer las tácticas agresivas de Moscú, como Armenia, Georgia, Kazajistán y Kirguistán, han obtenido grandes ganancias por facilitar la evasión de las sanciones y servir como puntos de transbordo para los bienes que Rusia solía importar directamente. A pesar de que la Corte Penal Internacional haya acusado a Putin de la deportación ilegal de menores (un crimen de guerra) y de las

abundantes pruebas de que Rusia está cometiendo otros tantos crímenes de guerra en Ucrania, varios países del «Sur global» siguen viendo con buenos ojos al presidente ruso.

A causa de la guerra en Ucrania, el diálogo estratégico sobre el control de armas nucleares y de la seguridad europea entre Rusia y Estados Unidos se ha interrumpido. En 2026 no quedará rastro del marco para el control de armas que se diseñó durante la Guerra Fría, y hay un riesgo creciente de que Estados Unidos, Rusia y China se enzarcen en una impredecible carrera armamentística nuclear. Putin utilizará todos los problemas globales y regionales, ya sea la guerra en Gaza, la crisis alimentaria (causada por la retirada de Rusia del acuerdo de exportación del grano ucraniano a través del mar Negro) o el cambio climático, como palanca para ganar la guerra contra Ucrania y Occidente.

Rusia plantea un desafío sin precedentes para el orden liberal internacional. Washington y sus aliados han abordado con eficacia los aspectos más urgentes de este problema: evitar el colapso de Ucrania en el campo de batalla, entregándole armas sofisticadas e información de servicios de inteligencia en tiempo real sobre la ubicación de las tropas y armamento rusos, y diseñar sanciones contra Rusia. Sin embargo, no está claro que los ciudadanos de Occidente sean conscientes de la amenaza que supone a largo plazo una Rusia revisionista. Los líderes occidentales no han visto cumplido su «pensamiento mágico» –el colapso económico de Rusia, un golpe palaciego contra Vladímir Putin, y una exitosa contraofensiva ucraniana que obligaría al Kremlin a sentarse en la mesa de negociaciones.

Dado que no se va a producir una derrota de Rusia en el campo de batalla, y que es poco probable que se produzca un cambio político interno en un plazo breve de tiempo, lo más urgente para las democracias liberales es articular una política de contención y disuasión de Rusia. Y eso, junto con la creciente tensión entre China y Estados Unidos en un contexto que apunta a una mayor fragmentación del orden internacional, plantea la pregunta de si estamos ante una nueva Guerra Fría.

La Guerra Fría tuvo cuatro características principales: 1) fue un conflicto ideológico entre las democracias liberales y los sistemas

comunistas, 2) los dos bloques en los que se dividía el mundo eran completamente independientes económicamente, sobre todo en las primeras fases, 3) el orden mundial se basaba en el equilibrio del terror: el armamento nuclear fue la clave para evitar un conflicto directo entre las dos superpotencias, ya que garantizaba la destrucción mutua, lo que obligó a establecer un diálogo, y 4) las dos superpotencias se enfrentaban en «guerras lejanas», evitaban hacerlo en territorio europeo o estadounidense y sí a través de sus proxies en otras partes del mundo, como Vietnam o Afganistán.

La actual situación geoestratégica internacional se desarrolla en un marco similar, pero también diferente. La similitud está en las guerras que se despliegan en territorios proxies, en la disuasión nuclear (Occidente no ha intervenido directamente en la guerra en Ucrania porque Rusia es una potencia nuclear) y en que existe una hostilidad ideológica entre las democracias y las autocracias. Sin embargo, ahora no hay dos bloques definidos, dado que hay democracias con elementos autocráticos (por ejemplo Hungría), y autocracias, como Turquía que forman parte de la OTAN, una alianza militar pero también supuestamente política entre países que comparten valores democráticos. Hay otras tres diferencias notables entre la época de la Guerra Fría y la actual. Una es la rivalidad tecnológica en el ámbito de la inteligencia artificial entre China y Estados Unidos. Otra, la gran interdependencia económica entre estos dos países. Y, además, que el orden internacional está mucho más fragmentado: entre Occidente, que aparentemente se ha consolidado a través de su unidad en el apoyo a Ucrania (aunque no en la guerra en Gaza), y el resto, donde destacan las relaciones de alineación, aunque no de alianza, entre Rusia, China e Irán, tres potencias revisionistas.

Algunas de las lecciones que dejó la Guerra Fría pueden ser útiles para las actuales relaciones entre Rusia y Occidente, y probablemente se impondrán en el futuro. Durante la Guerra Fría, los pensadores de la política exterior de Estados Unidos nunca apostaron por un repentino cambio de opinión por parte del Kremlin o por que el sistema soviético colapsara de la noche a la mañana. Lo que hicieron fue tener fe en el largo plazo, mostrarse firmes frente a un régimen peligroso y hacer las inversiones necesarias en defensa nacional y en la Alianza Atlántica y sus

capacidades militares. George Kennan, en su conocido como «largo telegrama», esbozó una política de «contención paciente pero firme y vigilante de las tendencias expansivas rusas». Vistos los resultados de la contraofensiva ucraniana, y que Vladímir Putin estará en el poder por lo menos un mandato presidencial más en los próximos seis años, las democracias liberales deben adoptar de nuevo una estrategia de contención que a largo plazo debilite a Rusia, como ocurrió durante la Guerra Fría con la URSS.

Una política de contención hoy significa continuar con las sanciones económicas, financieras y diplomáticas en contra de Rusia y fortalecer las capacidades de disuasión y defensa de la OTAN. También significa mitigar todos los daños (diplomáticos, informativos, militares y económicos) que el Kremlin intenta infligir a Occidente y a sus aliados. No menos crucial es ayudar a Ucrania a navegar hacia el lugar que le corresponde en Europa. La reconstrucción del país será una empresa generacional no sólo para su propio pueblo, sino también para sus numerosos amigos, socios y aliados.

La Rusia de Putin tiene poco del poder duro o del atractivo ideológico que hizo que la Unión Soviética fuera tan influyente en diversas partes del mundo. Además, las circunstancias actuales son muy diferentes a las de entonces. Europa no es el páramo devastado que era después de la Segunda Guerra Mundial. La OTAN ha dado la bienvenida a dos nuevos miembros, Finlandia y Suecia. Los aliados de Rusia son el «eje de los sancionados» –Corea del Norte, Irán y China–. La proverbial correlación de fuerzas –kto-chto, literalmente «quién-qué», pero se refiere a una expresión propia de la doctrina militar soviética para describir la correlación de fuerzas, en el sentido de quién domina a qué o a quién– se está inclinando en contra de Rusia. Sin embargo, sería un error subestimar la nueva misión mesiánica de Rusia (liderar, junto con China, la «mayoría mundial» en contra de Occidente), porque son muchos los países de esa «mayoría mundial» que anhelan un orden mundial «posoccidental».

La división del mundo en democracias y autocracias no es correcta. Pero es obvio que tres posimperios euroasiáticos (Rusia, China e Irán) son potencias revisionistas y que sus sistemas políticos tienen muchos

elementos propios de una autocracia. Hay dos cuestiones en relación con las potencias revisionistas a las que es necesario atender. La primera es si estas reconocerán algún límite a sus ambiciones. La segunda es si hay que aceptar sus reclamaciones de tener zonas de influencia o adoptar estrategias de apaciguamiento, para encontrar soluciones pacíficas y conservar el statu quo. La historia demuestra que satisfacer las ambiciones de los países revisionistas abre la puerta a más exigencias y a mayores conflictos: por ejemplo, reconocer la anexión de los Sudetes por parte de Hitler en 1938 no tuvo en absoluto las consecuencias esperadas; o, por no ir tan lejos en el tiempo, la anexión de Crimea en 2014 no disminuyó la bulimia territorial de Rusia. Al contrario: como Occidente no consiguió disuadirla, se embarcó en la invasión de Ucrania en 2022.

129. El Club Valdai es un think-tank ruso con sede en Moscú.

130. Citado en Henry Kissinger, Diplomacia, Barcelona, Ediciones B, 2010, p. 142.

131. Henry Kissinger lo define como «restauración» del orden mundial en su libro Un Mundo Restaurado. La Política del Conservadurismo en una Época Revolucionaria, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

132. George F. Kennan, Soviet Foreign Policy, 1917-1941, Nueva York, Anvil Books, 1960. George F. Kennan (1904-2005) fue un diplomático e historiador estadounidense, autor de la «Doctrina de contención» de la URSS. Es conocido por haber enviado, el 22 de febrero de 1946, mientras trabajaba como encargado de negocios de la embajada de Estados Unidos en Moscú, un largo telegrama de 5.000 palabras. En julio de 1947, la revista Foreign Affairs publicó el artículo «The Sources of Soviet Conduct», firmado por X, que reproducía el «telegrama largo».

133. Department of State, United States of America, Office of the Historian, «The Atlantic Conference & Charter, 1941», https://history.state.gov/milestones/1937-1945/atlantic-conf.

134. Aquí el término «realista» se refiere a «realismo», una de las cuatro principales tradiciones de pensamiento en la teoría de las relaciones internacionales. Las otras tres son: liberalismo, marxismo y constructivismo. El realismo considera que son las dinámicas geopolíticas las que determinan las relaciones internacionales, y no ideales políticos.

135. Averell Harriman y Elie Abel, Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946, Nueva York, Random House, 1975, p. 474.

136. Milovan Djilas, Conversations with Stalin, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1962, p. 114.

137. Henry Kissinger, Nuclear Weapons and Foreign Policy, Nueva York, Harper & Brothers, 1957, p. 36.

138. Discurso de elección de Iósif Stalin, «Nuevo Plan quinquenal para Rusia», retransmitido por Radio Moscú el 9 de febrero de 1946 y

reproducido en The New York Times el 10 de febrero, 1946.

139. «Winston Churchill: defensor de los Estados Unidos de Europa», web oficial de la Unión Europea, https://european-union.europa.eu/principles-countries-history/history-eu/eu-pioneers/winston-churchill_es.

140. Henry Kissinger, Diplomacia, op.cit., p. 476.

141. Henry Kissinger, Diplomacia, op. cit., p. 487.

142. NSC-68, «United States Objectives and Programs for National Security», 14 de abril de 1950. En Foreign Relations, United States, vol. I, 1950, p. 240.

143. Citado por John Lewis Gaddis, The Long Peace, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1987, p. 157.

144. «Gorbachov impulsa la 'casa común' europea con otra oferta de desarme», El País, 7 de julio de 1989, https://elpais.com/diario/1989/07/07/portada/615765604_850215.html.

145. Jeffrey Mankoff, Russian Foreign Policy. The Return of Great Power Politics, segunda edición, Plymouth, Roman & Littlefield Publishers, Inc., 2012, p. 243.

146. Andrei P. Tsygankov, Russia and the West from Alexander to Putin. Honor in International Relations, Cambridge, Cambridge University Press, 2012; Dmitri Trenin, Russia, Cambridge, Polity, 2019, p. 146.

147. Jeffrey Mankoff, Russian Foreign Policy, op. cit., p. 263.

148. Francis Fukuyama, The End of History and the Last Man, Londres, Nueva York y Toronto, Penguin Books, 2012.

149. James M. Goldgeier, «The United States and Russia: Keeping Expectations Realistic», Policy Review, octubre-noviembre de 2001, pp. 47-56.

150. Entre los estudios sobre este tema destacan los siguientes: Thomas Graham, «Russia and the World», Pro et Contra, julio-octubre de 2010;

Andrey Tsygankov, «Russia in the Post western World: The end of the Normalization Paradigm?», Post-Soviet Affairs, octubre-diciembre de 2009; Fyodor Lukyanov, «Kremlin's Imperial Ambitions Ended in 2010», Moscow Times, 30 de noviembre de 2010; Dmitri Trenin, «A New and Modern Foreign Policy», Moscow Times, 14 de mayo de 2010; Paul Dibb, «The Bear is Back», The American Interest, noviembre-diciembre de 2006; Thomas Ambrosio, Challenging America's Global Pre-eminence: Russia's Quest for Multipolarity, Aldershot, Ashgate, 2005.

151. «Putin warns on Iraq war», CNN, 28 de marzo de 2003, https://edition.cnn.com/2003/WORLD/europe/03/28/sprj.irq.putin/.

152. Ellen Barry, «Putin Criticizes West for Libya Incursion», New York Times, 26 de abril de 2011, https://www.nytimes.com/2011/04/27/world/europe/27putin.html.

153. Discursos de Vladímir Putin en el Club Valdai en octubre de 2014 y de 2016. Disponibles en la página web del presidente ruso.

154. Dmitri Trenin, «Russia Leaves the West», Foreign Affairs, julio-agosto de 2006, https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2006-07-01/russia-leaves-west.

155. «The 2010s: 'Grand Strategy' or Tactical Opportunism?» en The role of Russia in the Middle East and North Africa Region, documento de trabajo, EuroMeSCo Joint Policy Study, 2019, pp. 31-53, https://www.euromesco.net/wp-content/uploads/2019/04/Joint-Policy-Study_12_The-role-of-Russia-in-the-MENA-region.pdf.;«Rusia en América Latina: repercusiones para España», documento de trabajo, Real Instituto Elcano, marzo de 2019, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2021/10/dt02-2019-milosevichjuaristi-rusia-en-america-latina.pdf;«Rusia en África y las posibles repercusiones para España», Elcano Policy Paper, Real Instituto Elcano, junio de 2023, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2023/07/policy-paper-rusia-en-africa-y-las-posibles-repercusiones-para-espana.pdf.

156. En América Latina Rusia mantiene los acuerdos bilaterales en defensa con Cuba, Nicaragua y Venezuela. Desde 2015, Rusia ha firmado unos 20 acuerdos bilaterales de defensa con varios países

africanos, entre ellos destacan Madagascar (2018), Malí (2019), Congo (2019), Chad, Gambia, Níger y la República Centroafricana (2021), y Camerún (2022). El entrenamiento militar y la formación de oficiales es la parte más importante de estos acuerdos.

157. La participación del Grupo Wagner está probada en la guerra de Siria entre 2015 y 2017, en Libia, la República Centroafricana, Sudán, Madagascar, Mozambique, Burkina Faso y Malí.

158. Existen numerosos estudios que analizan los objetivos de la política exterior de la Rusia de Vladímir Putin. Entre ellos destacan: Jeffrey Mankoff, Russian Foreign Policy, op. cit.; Andrew Radin y Clint Reach, «Russian Views of the International Order», Washington, RAND Corporation, 2019, https://www.rand.org/pubs/research_reports/RR1826.html; Henry Kissinger, Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de naciones y el curso de la historia, Barcelona, Debate, 2016; Jeffrey Mankoff, Empires of Eurasia. How Imperial Legacies Shape International Security, New Haven y Londres, Yale University Press y CSIS, 2022; Andrei Tsygankov, Russia and the West from Alexander to Putin, op. cit.; Dmitri Trenin, Russia, op. cit.

159. Miguel Otero-Iglesias y Federico Steinberg, «La guerra de Ucrania en el tablero económico», Real Instituto Elcano, Comentario 7/2022, 7 de marzo de 2022, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2022/03/comentario-otero-steinberg-la-guerra-de-ucrania-en-el-tablero-economico.pdf.

160. Josef Joffe, «BRICS and Stones Can't Break Western Bones», American Purpose, 22 de septiembre de 2023. https://www.americanpurpose.com/articles/brics-and-stones-cant-break-western-bones/.

161. Mary Elise Sarotte, Not One Inch: America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate, New Haven, Yale University Press, 2021.

162. Ibid., p.104.

163. Ibid., p.106.

164. Jean-Dominique Giuliani, presidente de la Fundación Robert

Schuman, en «Russia, Ukraine and International Law», European Issues, n.º 344, https://old.robert-schuman.eu//en/doc/questions-d-europe/qe-344-en.pdf.

165. George H. W. Bush, «Chicken Kiev Speech», 1 de agosto de 1991, Wikisource, https://en.wikisource.org/wiki/Chicken_Kiev_speech.

166. Este epígrafe está basado en un análisis más amplio que publiqué con el Real Instituto Elcano: «Las últimas propuestas para cambiar el orden de seguridad europeo creado después de la Guerra Fría», 25 de enero de 2022, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2022/01/ari3-2022-milosevich-rusia-orden-de-seguridad-europeo-descontento-pasivo-al-revisionismo-activo.pdf.

167. Dmitri Trenin, «What Putin really wants in Ucrania?», Foreign Affairs, 28 de diciembre de 2021, https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2021-12-28/what-putin-really-wants-ukraine.

168. Jeffrey Mankoff, Russian Foreign Policy, op.cit., p. 265.

169. La encuesta se realizó en los países CITRUS (China, India, Turquía, Rusia y Estados Unidos), en once países de la Unión Europea y en cinco países no europeos: Arabia Saudí, Indonesia, Sudáfrica, Brasil y Corea del Sur.

170. A World Divided: Russia, China and the West, Cambridge University, 20 de octubre de 2022, https://www.bennettinstitute.cam.ac.uk/publications/a-world-divided/.

171. «Declaraciones del presidente Biden en la sesión inaugural de la Cumbre por la Democracia», la Casa Blanca, 9 de diciembre de 2021, https://www.whitehouse.gov/es/prensa/declaraciones-comunicados/2021/12/10/declaraciones-del-presidente-biden-en-la-sesion-inaugural-de-la-cumbre-por-la-democracia/.

172. Timothy Garton Ash, Ivan Krastev y Mark Leonard, «Living in an à la carte world. What European Policymakers should learn from global public opinion», Europe’s Stories, noviembre de 2023, https://europeanmoments.com/changing-world/ecfr-joint-report-nov2023-living-in-an-a-la-carte-world.

173. Dmitri Trenin, «How Russia Must Reinvent Itself to Defeat the West's 'Hybrid War'», Russia in Global Affairs (blog), 24 de mayo de 2022, https://eng.globalaffairs.ru/articles/russia-must-reinvent-itself/.

174. Ann M. Simmons, «Vladimir Putin Meets With Saudi, U.A.E. Rulers in Bid to Refresh Alliances», The Wall Street Journal, 6 de diciembre de 2023, https://www.wsj.com/world/russia/putin-meets-with-saudi-u-a-e-rulers-in-bid-to-refresh-alliances-df321626.

175. El análisis de las relaciones entre Rusia y China se basa en la actualización de dos publicaciones mías previas con el Real Instituto Elcano: «Vladimir Putin y Xi Jinping: no siempre juntos, pero nunca enfrentados», 20 de septiembre de 2022, https://www.realinstitutoelcano.org/comentarios/vladimir-putin-y-xi-jinping-no-siempre-juntos-pero-nunca-enfrentados/; y «Oso y Dragón: el vínculo estratégico entre Rusia y China en el mundo internacional post unipolar», 4 de enero de 2019, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2021/11/ari1-2019-milosevichjuaristi-oso-dragon-vinculo-estrategico-rusia-china-orden-internacional-post-unipolar.pdf.

176. «China Warns U.S. Over Forming Pacific NATO, Backing Taiwan», Bloomberg news, 7 de marzo de 2022, https://www.bloomberg.com/news/articles/2022-03-07/china-urges-world-not-to-add-fuel-to-fire-in-war-in-ukraine.

177. Karina Tsui, «Russia and China are getting closer than ever», Semafor, 7 de diciembre de 2023, https://www.semafor.com/article/12/06/2023/russian-approval-of-beijing-has-soared-a-new-poll-finds.

178. Cyril Ip, «China-Russia ties have trended steadily upwards since end of Cold War: study», South China Morning Post, 1 de diciembre de 2023, https://www.scmp.com/news/china/diplomacy/article/3243493/china-russia-ties-have-trended-steadily-upwards-end-cold-war-study.

179. «Las importaciones de petróleo de Rusia a China alcanzan un nuevo récord en mayo», El Periódico de la Energía, 20 de junio de 2023, https://elperiodicodelaenergia.com/importaciones-petroleo-rusia-china-alcanzan-nuevo-record-mayo-2023/.



Epílogo

El final de la Guerra Fría, por lo menos durante algún tiempo, significó la victoria de las democracias liberales. En los años noventa, tanto en la Unión Europea como en Estados Unidos se entendió como el «fin de la Historia». Se pensaba que el capitalismo liberal triunfaría sobre sus rivales, y el camino hacia un orden mundial más estable, basado en los principios de los que ganaron la Guerra Fría, estaba abierto para todos. Las élites políticas occidentales creían que la globalización de la producción y las finanzas, la difusión de la democracia y el poder blando de un Occidente triunfal podrían transformar el mundo. Y que la incorporación de Rusia y China a las instituciones económicas internacionales llevaría a una democratización de estos dos países. Dicha democratización no sólo no ha ocurrido, sino que su fracaso, en el caso de Rusia, ha servido para dar alas a la política revisionista de Moscú.

La actual guerra en Ucrania, que el Kremlin justifica con los argumentos históricos e identitarios de siempre, ha creado una realidad política completamente nueva para Rusia y ha renovado la base ideológica del gobierno de Putin. El putinismo, el sistema político de Rusia, es un régimen híbrido que combina el autoritarismo maduro con prácticas totalitarias soviéticas. Y está imponiendo una visión revisionista de la identidad nacional rusa, de la identidad estatal, de las fronteras internacionalmente reconocidas (que Rusia había aceptado en 1991 después del colapso de la URSS), así como del orden liberal internacional. El derecho que el Kremlin se autoasigna de defender a los compatriotas rusos en las exrepúblicas soviéticas es el instrumento clave del proceso de reimperialización, ya que la colonización ejercida por el imperio zarista, las deportaciones estalinistas y la territorialización de la identidad étnica leninista son las claves de la estructura del Estado multinacional, que no Estado-nación, que es la Federación Rusa.

El credo del régimen de Putin debe leerse en clave histórica. Se

trata de una adaptación de la «idea de Rusia» cuyas raíces se hunden en el discurso intelectual de los pensadores rusos de los siglos XIX y XX, así como en el legado del Imperio comunista, y se compone de seis elementos. Uno, la formulación de la ideología estatal como una mezcla entre el cristianismo ortodoxo y el sistema político imperial zarista. Recordemos de nuevo el eslogan acuñado por Serguéi Uvárov, ministro de Educación del zar Nicolás I en la década de 1830, para definir la «nacionalidad oficial»: «Ortodoxia, autocracia y nacionalidad» –en otras palabras, la «nacionalidad» era oficial porque la formulaba el Estado y se imponía desde arriba, como todos los conceptos de la identidad nacional de los rusos–. Dos, la filosofía eslavófila y paneslavista. Tres, la ideología imperial estalinista. Cuatro, el mesianismo como base del excepcionalismo ruso. Cinco, el militarismo ruso. Y seis, el antioccidentalismo. La ideología rusa contemporánea es nacionalista-imperialista, ya que combina tanto las aspiraciones imperiales como las del nacionalismo, y justifica el empeño del Kremlin de definir a Rusia como un Estado-civilización.

El mesianismo y la idea del excepcionalismo ruso, profundamente enraizados en el concepto de Moscú como la Tercera Roma, sigue fortaleciendo el poder estatal y el poder político del régimen de Putin. La misión mesiánica de Rusia ha evolucionado: de proteger a los cristianos en el Imperio otomano o a los que vivían en los países vecinos católicos a salvar a Europa de Napoleón y Hitler, de realizar una revolución mundial comunista a proteger a los compatriotas en las exrepúblicas soviéticas y liderar a la «mayoría mundial» que quiere socavar el poder de Estados Unidos.

El mundo ya no es seguro para las democracias. La batalla por conservar el orden liberal internacional comenzó el 11 de septiembre de 2001. Como demuestra la actual guerra en Ucrania, el papel de la nación rusa en esta batalla ya no es ambiguo. El actual interés nacional de Rusia, basado en su percepción de la identidad nacional, articulada a su vez en el contexto de un conflicto sin precedentes con Occidente, supone la destrucción de dicho orden. Para justificarse, el Kremlin ha vuelto la mirada al legado histórico de los idealizados imperios zarista y comunista. La inclinación de Rusia a abrazar una ideología imperial nacionalista está a la altura de su reputación autodestructiva. Como reza el

chiste ruso, para Rusia el futuro no representa un problema, sino el pasado, porque es imprevisible.



Bibliografía

ALEKSIÉVICH, Svetlana (2015): El fin del «Homo sovieticus», Barcelona, Acantilado.

APPLEBAUM, Anne (2004): Gulag: Historia de los campos de concentración soviéticos, Barcelona, Debate.

— (2019): Twilight of Democracy. The Seductive Lure of Authoritarianism, Nueva York, Doubleday.

ARENDT, Hannah (1998): Los orígenes del totalitarismo, Madrid, Taurus.

ARON, Leon (2012): Roads to the Temple: Truth, Memory, Ideas in the Making of the Russian revolution, 1987-1991, New Haven, Yale University Press.

ASCHERSON, Neal (2001): El Mar Negro. Cuna de la civilización y la barbarie, Barcelona, Tusquets Editores.

BÁRCENAS, MEDINA, Luis Andrés y LÓPEZ JIMÉNEZ, José Ángel (2011): Los conflictos congelados de la antigua Unión Soviética, Madrid, Ministerio de Defensa.

BARABANOV, Oleg; BORDACHEV, Timofey; LUKYANOV, Fyodor; SUSHENTSOV, Andrey; SUSLOV, Dmitri y TIMOFEEV, Ivan (2016): War and Peace in the 21st Century: International Stability and Balance of the New Type, Moscú, Valadai International Discussion Club.

BARRO, Argeminio (2020): Una historia de Rus. Crónica de la guerra en el este de Ucrania, Madrid, La Huerta Grande.

BECHEV, Dimitar (2017): Rival Power. Russia in Southeast Europe, New Haven y Londres, Yale University Press.

BEISSINGER, Mark R. (2002): Nationalist Mobilization and the

Collapse of the Soviet State, Cambridge, Cambridge University Press.

BELTON, Catherine (2022): Los Hombres de Putin. Cómo el KGB se apoderó de Rusia y se enfrentó a Occidente, Barcelona, Península.

BERLIN, Isaiah (2009): La mentalidad soviética. La cultura rusa bajo el comunismo, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.

— (1980): Pensadores rusos, Ciudad de México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica.

BIDELEUX, Robert y JEFFRIES, Ian (2002): A History of Eastern Europe. Crisis and Change, Londres y Nueva York, Routledge.

BILLINGTON, James H. (2011): El icono y el hacha. Una historia interpretativa de la cultura rusa, Madrid, Siglo XXI.

— (2004): Russia in Search of Itself, Nueva York, Wodroow Wilson Center Press.

BONET, Pilar (1994): El mundo provinciano de Boris Yeltsin, Madrid, El País-Aguilar.

— (2023): Náufragos del imperio. Apuntes fronterizos, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

BROWN, Archie (2010): The Rise & Fall of Communism, Londres, Vintage Books.

BRUBAKER, Rogers (1996): Nationalism Reframed: Nationhood and the National Question in the New Europe, Cambridge, Cambridge University Press.

BRUDNY, Yitzhak M. (2000): Reinventing Russia. Russian Nationalism and the Soviet State 1953-1991, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

BURLEIGH, Michael (2014): Pequeñas guerras, lugares remotos, Madrid, Taurus.

BUSH, George W. y SCOWCROFT, Brent (1998): A World Transformed, Nueva York, Alfred A. Knopf.

CARRÈRE D'ENCAUSSE, Hélène (1992): The Great Challenge. Nationalities and the Bolshevik State 1917-1930, Nueva York y Londres, Holmes & Meier.

— (1992): The Russian Syndrome. One Thousand Years of Political Murder, Nueva York y Londres, Holmes & Meier.

— (2001): Rusia inacabada, Barcelona, Salvat.

— (2009): Islam and the Russian Empire. Reform and Revolution in Central Asia, Nueva York y Londres, I. B. Tauris.

— (2016): Seis años que cambiaron el mundo, 1985-1991. La caída del imperio soviético, Madrid, Ariel.

CLOWES, Edith W. (2011): Russia on the Edge. Imagined Geographies and Post-Soviet Identity, Ithaca (NY) y Londres, Cornell University Press.

CHAADAYEV, Piotr (1991): Izabranie, sochinenia y pisma, Moscú, Pravda, 1991.

CHERVONNAYA, Svetlana (1994): Conflict in the Caucasus. Georgia, Abkhazia and the Russian Shadow, Somerset, Gothic Image Publications.

CHUDOBA, Bogdan (1980), Rusia y el oriente de Europa, Madrid, Ediciones Rialp.

CONRADI, Peter (2017): Who Lost Russia? From the Collapse of the USSR to Putin's War on Ukraine, Londres, Oneworld.

CONQUEST, Robert (1961): Power and Policy in the USSR, Londres y Nueva York, Macmillan.

— (1986) : Harvest of Sorrow. Soviet Collectivisation and the Terror-Famine, Oxford, Oxford University Press.

— (1991): The Great Terror. A Reassessment, Oxford, Oxford University Press.

CRANKSHAW, Edward (1985): Puting Up With The Russians, Londres,

Penguin Books.

CURTA, Florin (2000): The Making of the Slavs. History and Archaeology of the Lower Danube Region c. 500-700, Cambridge, Cambridge University Press.

DANILEVSKI, Nikolaj J. (2007): Rusija i Evropa, Belgrado, Nolit.

DJILAS, Milovan (1962): Conversations with Stalin, Nueva York, Harcourt, Brace & World.

DUGIN, Aleksandr G. (2016): Proyecto Eurasia. Teoría y praxis, Madrid, Hipérbola Janus.

— (2017): Putin vs Putin. Una visión de la Rusia del siglo XXI, Madrid, Hipérbola Janus.

FERGUSON, Niall (2011): Civilization. The West and the Rest, Londres, Penguin Books.

FIGES, Orlando (1996): A People's Tragedy. The Russian Revolution 1891-1924, Londres, Jonathan Cape.

— (2006): El baile de Natacha. Una historia cultural rusa, Barcelona, Buenos Aires, Edhasa.

— (2014): Revolutionary Russia 1891-1991, Londres, Penguin Books.

— (2018): Crimea. La primera gran guerra, Córdoba, Edhasa.

— (2022): La historia de Rusia, Madrid, Taurus.

FRADERA, Josep M. (2022): Antes del antiimperialismo, Barcelona, Anagrama.

FREEZE, Gregory L., ed. (2002): Russia. A History, Oxford, Oxford University Press [segunda edición].

FUKUYAMA, Francis (2012): The End of History and the Last Man, Londres, Nueva York y Toronto, Penguin Books.

FUSI, Juan Pablo (2013): Breve historia del mundo contemporáneo.

Desde 1776 hasta hoy, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

GADDIS, John Lewis (1987): The Long Peace, Nueva York y Londres, Oxford University Press.

— (1998): We Now Know. Rethinking Cold War History, Oxford, Oxford University Press.

— (2005): The Cold War. The deals. The spies. The lies. The truth, Londres, Penguin Books.

GALEOTTI, Mark (2022): Las guerras de Putin. De Chechenia a Ucrania, Madrid, Desperta Ferro Ediciones.

GESSEN, Masha (2012): El hombre sin rostro. El sorprendente ascenso de Vladímir Putin, Barcelona, Debate.

GORBACHOV, Mijaíl (1991): El golpe de agosto, Barcelona, Ediciones B.

— (1996): Memorias, Barcelona, Plaza y Janés.

GOLDGEIER, James M. (1999): Not Whether But When. The U.S. Decision to Enlarge NATO, Washington D.C., Brookings Institution Press.

— (2001): «The United States and Russia: Keeping Expectations Realistic», Policy Review, octubre-noviembre.

GRATCHEV, Andréi (2001): Le mystère Gorbatchev. La Terre et le Destin, Mónaco, Du Rocher.

GRIGAS, Agnia (2016): Beyond Crimea. The New Russian Empire, New Haven y Londres, Yale University Press.

HARRIMAN, Averell y ELIE, Abel (1975): Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946, Nueva York, Random House.

HASS, Richard (2017): A World in Disarray. American Foreign Policy and the Crisis of the Old Order, Nueva York, Penguin Press.

HAAS, Marcel de (2010): Russia's Foreign Security Policy in the 21st

Century. Putin, Medvedev and beyond, Londres y Nueva York, Contemporary Security Studies.

HILL, Charles (2010): *Grand Strategies. Literature, Statecraft, and the World Order*, New Haven y Londres, Yale University Press.

HILDINGER, Erik (1997): *Warriors of the Steppe. A Military History of Central Asia, 500 B.C. to 1700 A.D.*, Staplehurst, Spellmount.

HOBSBAWM, Eric J. (1992): *Los ecos de la marsellesa*, Barcelona, Crítica.

— (2010): Revolucionarios, Barcelona, Crítica.

— (2011): *La era de Revolución, 1789-1848*, Barcelona, Crítica.

HOSKING, Geoffrey (1973): *The Russian Constitutional Experiment. Goverment and Duma, 1907-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1980): *Beyond Socialist Realism. Soviet Fiction since Ivan Denisovich*, Londres, Elek Ltd.

— (1985): *The First Socialist Society. A History of the Soviet Union from within*, Massachusetts, Harvard University Press.

— (1990): *The Awakening of the Soviet Union*, Massachusetts, Harvard University Press.

— (1992): *A History of the Soviet Union*, Londres, Fontana Press.

— (2006): *Rulers and Victims: The Russians in the Soviet Union*, Cambridge, MA, Londres, Belknap Press of Harvard University Press.

— (2006): *Rulers and Victims: The Russians in the Soviet Union*, Massachusetts, Harvard University Press.

— (2011) *Russia and the Russians. A History*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

— (2012) *Russian History. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press.

HOSKING, Geoffrey y SERVICE, Robert (1999): Reinterpreting Russia, Londres, Bloomsbury Academic.

HOUSE OF LORDS (2015): «6th Report of Sessions 2014-1015: «The UE and Russia: before and beyond the crisis in Ucrania», febrero.

HUGHES, Geraint (2012): My Enemy's Enemy: Proxy Warfare in International Politics, Eastbourne, Sussex Academic Press.

IGNATIEFF, Michael (1987): The Russian Album, Nueva York, Metropolitan Books, Henry Holt and Company.

IKENBERRY, John (2011): «The future of the Liberal World Order», Foreign Affairs, mayo/junio.

JERSLID, Austin (2002): Orientalism and Empire. North Caucasus Mountain Peoples and the Georgian Frontier, 1845-1917, Montreal y Kingston, McGill-Queen's University Press.

JOFFE, Josef (1987): The Limited Partnership. Europe, the United States and the Burdens of Alliance, Cambridge, Mass., Ballinger Publishing Company.

— (2013): The Myth of America's Decline. Politics, Economics and a Half Century of False Prophecies, Nueva York y Londres, W. W. Norton & Company.

JUDT, Tony (2006): Postguerra. Una Historia de Europa desde 1945, Madrid, Taurus.

KAPLAN, Robert D. (2012): La venganza de la geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones, Barcelona, RBA.

KANTOR, Vladimir, (2001): Rusija je evropska zemlja, Belgrado, Biblioteka XX Vek.

KENNAN, George F. (1947): «The Sources of Soviet Conduct» [conocido como «Telegrama largo» firmado por X], Foreign Affairs, julio.

— (1960): Soviet Foreign Policy 1917-1941, Nueva York, Anvil Books.

KING, Charles (2004): The Black Sea. A History, Oxford, Oxford University Press.

KISSINGER, Henry A. (1957): Nuclear Weapons and Foreign Policy, Nueva York, Harper & Brothers.

— (1964): Un Mundo Restaurado. La Política del Conservadurismo en una Época Revolucionaria, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

— (2010): Diplomacia, Barcelona, Ediciones B.

— (2016): Orden mundial. Reflexiones sobre el carácter de naciones y el curso de la historia, Barcelona, Penguin Random House.

KIVELSON, Valerie A. y SUNY, Ronald Grigor (2017): Russia's Empires, Oxford, Oxford University Press.

KHODORKOVSKY, Mikhail (2023): How to Slay a Dragon, Cambridge, Polity.

KLEBNIKOV, Paul (2000): Godfather of the Kremlin. Boris Berezovsky and the Looting of Russia, Nueva York, Harcourt.

— (2001): Godfather of the Kremlin. The Decline of Russia in the Age of Gangster Capitalism, Nueva York, Harcourt.

KRASTEV, Ivan; LEONARD, Mark y WILSON, Andrew (2009): ¿Qué piensa Rusia?, Barcelona, CINDOB, ECFR.

KRASTEV, Ivan y HOLMES, Stephen (2019): La luz que se apaga. Cómo Occidente ganó la Guerra Fría pero perdió la paz, Barcelona, Debate.

KOTIKIN, Stephen (2012): «Sticking power», Times Literary Supplement, 2 de marzo.

LEDENEVA, Alena V. (2013): Can Russia Modernise? Sistema, Power Networks and Informal Governance, Cambridge, Cambridge University Press.

LIEVEN, Dominic (1989): Russia's Rulers under the Old Regime, New

Haven, Yale University Press.

— (2015):Towards the flame. Empire, War and the End of Tsarist Russia, Londres, Allen Lane.

— (2000): Empire: The Russian Empire and Its Rivals, Londres, John Murray.

LIPMAN, Maria y PETROV, Nikolay, eds. (2011): Russia in 2020, Scenarios for the Future, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.

LOGVOLD, Robert (1977): «On Power: The Nature of Soviet Power», Foreign Affairs, octubre.

LUCAS, Edward (2014): The New Cold War. Putin's Russia and the Threat to the West, Nueva York, St. Martin's Griffin.

MANKOFF, Jeffrey (2012): Russian Foreign Policy. The Return of Great Power Politics, Plymouth, Rowman & Littlefield Publishers, Inc [segunda edición].

— (2022): Empires of Eurasia. How Imperial Legacies Shape International Security, New Haven y Londres, Yale University Press y CSIS.

MCFAUL, Michael (2001): Russia's Unfinished Revolution. Political Change from Gorbachov to Putin, Ithaca (NY), Cornell University Press.

— (2018): From Cold War to Hot Peace. An American Ambassador in Putin's Russia, Nueva York, Harper Collins.

MACMILLAN, Margaret (2013): 1914. De la paz a la guerra, Madrid, Turner.

MARTIN, Terry (2001): The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939, Ithaca (NY), Cornell University Press.

MCGLYNN, Jade (2023): Russia's war, Cambridge, Polity.

MEDVEDEV, Roy (2004): La Rusia post-soviética, Barcelona, Paidós.

MERRIDALE, Catherine (2013): Red Fortress. History and Illusion in the Kremlin, Nueva York, Metropolitan Books.

MEYER, Jean (2003): El Papa de Iván el Terrible. Entre Rusia y Polonia (1581-1982), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

— (2006): La Gran Controversia. Las iglesias católica y ortodoxa de los orígenes a nuestros días, Barcelona, Tusquets.

— (2007): Rusia y sus imperios (1894-2005), Barcelona, Tusquets.

MEYER, Karl E. y BLAIR BRYSAC, Shareen, (2008): Torneo de sombras: el gran juego y la pugna por la hegemonía en Asia Central, Barcelona, RBA.

MILOSEVIC, Djordje (2012): Rusija, pogled u buducnost, Novi Sad, Prometej.

MILOSEVICH, Mira (2017): Breve historia de la Revolución rusa, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

MONAGHAN, Andrew (2022): Russian Grand Strategy in the Era of Global Power Competition, Manchester, Manchester University Press.

MUÑOZ-ALONSO, Alejandro (2007): La Rusia de los zares, Madrid, Espasa.

NEUMANN, Iver B. (2009): Russia and the Idea of Europe, Londres y Nueva York, Routledge.

NOVIKOVA, Olga (2000): La Tercera Roma. Antología del pensamiento ruso de los siglos XI a XVIII, Madrid, Tecnos.

OHAYON, Isabelle (2006): La sédentarisation des Kazakhs dans l'URSS de Staline: Collectivisation et changement social (1928-1945), París, Maisonneuve & Larose- Institut Français d'Études sur l'Asie Centrale.

OSTROVSKY, Arkady (2015): The Invention of Russia. The journey from Gorbachev's freedom to Putin's war, Londres, Atlantic Books.

PIPES, Richard (2023): The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917-1923, Cambridge, Mass., Harvard

University Press [edición de 1964 revisada].

— (1979): Russia under the old regime, Londres, Penguin Books.

— (1990): The Russian Revolution, 1899-1919, Londres, Collins Harvill.

— (1995): Three whys of the Russian Revolution, Londres, Pimlico.

— (2005): Russian Conservatism and Its Critics. A study in Political Culture, New Haven y Londres, Yale University Press.

PIANCIOLA, Niccolò (2004): «Famine in the Steppe: The collectivization of agriculture and the Kazak herdsmen, 1928-1934», Cahiers du Monde Russe, 45, enero-junio, pp. 137-192.

PLOKHY, Serhii (2014): El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética, Madrid, Turner, 2014.

— (2022): Locura nuclear. La crisis de los misiles en Cuba, Madrid, Turner.

POLITKOVSKAYA, Anna (2003): Una guerra sucia, Barcelona, RBA.

— (2003): Terror en Chechenia, Barcelona, Planeta.

— (2004): La deshonra rusa, Barcelona, RBA.

— (2005): La Rusia de Putin, Barcelona, Debate.

— (2007): Diario ruso, Barcelona, Debate.

— (2011): Solo la verdad, Barcelona, Debate.

POMERANTSEV, Peter (2015): Nothing Is True and Everything Is Possible, Londres, Faber & Faber.

PRIMAKOV, Jevgenij (2002): Godine u visokoj politici, Belgrado, Izdavacki graficki Atelje «M».

PUTIN, Vladimir; GEVORKYAN, Nataliya; TIMAKOVA, Nataliya y KOLESNIKOV, Andrei (2000): First Person. An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Vladimir Putin, Nueva York, Public

Affairs Reports.

RACHMAN, Gideon (2016): Easternisation. War and Peace in the Asian Century, Londres, The Bodley Head.

— (2022): The Age of the Strongman. How the Cult of the Leader Threatens Democracy Around the World, Nueva York, Other Press.

RADISHCHEV, Aleksandr Nikolaevich (2008): Viaje de Petersburgo a Moscú, Madrid, Antonio Machado Libros.

ROSSOLINSKI-LIEBE, Grzegorz (2014): Stepan Bandera. The Life and Afterlife of a Ukrainian Nationalist. Fascism, Genocide and Cult, Hannover, ibidem-Verlag.

SAKWA, Richard (1990): Gorbachev and his Reforms, 1985-1990, Londres, Prentice Hall.

— (2005): Putin, el elegido de Rusia, Madrid, ABC.

— (2010): The Crisis of Russian Democracy. The Dual State, Factionalism and the Medvedev Succession, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2014): Putin Redux. Power and Contradiction in Contemporary Russia, Londres, Routledge.

SANBORN, Joshua A. (2003): Drafting the Russian Nation: Military Conscription, Total War and Mass Politics, 1905-1925, Illinois, DeKalb.

SÁNCHEZ PUIG, María (2003): Guía de la cultura rusa, Madrid, Centro de Lingüística Aplicada.

SAROTTE, Mary Elise (2011): 1989. The Struggle to Create Post-Cold War Europe, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press.

— (2021): Not One Inch. America, Russia, and the Making of Post-Cold War Stalemate, Nueva York y Londres, Yale University Press.

SARTORI, Giovanni (1994): La democracia después del comunismo, Madrid, Alianza Editorial.

— (2016): La carrera hacia ningún lugar. Diez lecciones sobre nuestra sociedad en peligro, Madrid, Taurus.

SCHMITT, Gary J., ed., (2018): Rise of the Revisionists. Russia, China, and Iran, Washington D. C., AEI Press.

SEBESTYEN, Victor (2009): Revolution 1989. The Fall of the Soviet Empire, Londres, Weidenfeld & Nicolson.

SERVICE, Robert (2015): The Penguin History of Modern Russia. From Tsarism to the Twenty-first Century, Londres, Penguin.

— (2016): The End of the Cold War: 1985-1991, Londres, Macmillan.

SETON-WATSON, Hugh (1967): The Russian Empire, 1801-1917, Oxford, Oxford University Press.

SHERR, James (2013): Hard Diplomacy and Soft Coercion. Russia's Influence Abroad, Londres, Chatham House.

SHUKMAN, Harold (1988): The Blackwell Encyclopedia of the Russian Revolution, Oxford, Blackwell Publishers.

SHVETSOVA, Lilia (1999): Yeltsin's Russia: Myths and Reality, Washington D.C., Carnegie Endowment for International Peace.

SMITH, S. A. (2002): The Russian Revolution. A Very Short Introduction, Oxford, Oxford University Press.

SMITH, Mark B. (2019): The Russia Anxiety and How History Can Resolve It, Londres, Penguin Books.

SNYDER, Timothy (1997): Nationalism, Marxism, & Modern Central Europe: A Biography of Kazimierz Kelles-Krauz, 1872-1905, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

— (2003): The Reconstruction of Nations. Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999, New Haven y Londres, Yale University Press.

— (2010): The Road to Unfreedom: Russia, Europa, America, Nueva York, Tim Duggan.

— (2011): Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin, Barcelona, Galaxia Gutenberg.

STOECKEL, Kristina y UZLANER, Dimitri (2022): The Moralist International. Russia in the Global Culture Wars, Nueva York, Fordham University Press.

SOLZHENITSYN, Alexandr (1995): El «Problema Ruso» al final del siglo XX, Barcelona, Tusquets Editores.

— (1991): Cómo reorganizar Rusia. Reflexiones en la medida de mis fuerzas, Barcelona, Tusquets Editores.

— (1998): Rusia bajo los escombros, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

STENT, Angela (2014): The Limits of Partnership. U.S.-Russian Relations in the Twenty-First Century, Princeton y Oxford, Princeton University Press.

— (2019): Putin's World. Russia against the West and with the Rest, Nueva York y Boston, Twelve.

STONE, Norman (2013): Breve historia de la Primera Guerra Mundial, Barcelona, Ariel.

TOCQUEVILLE, Alexis de (2004): El Antiguo Régimen y la Revolución, Madrid, Alianza Editorial.

TOLZ, Vera (2001): Russia: Inventing the Nation, Londres, Arnold.

TODOROVA, Marija (2006): Imaginarni Balkan, Belgrado, Biblioteca XX Vek [segunda edición].

TRENIN, Dmitri (2011): Post-Imperium: A Eurasian Story, Washington, Carnegie Endowment for International Peace.

— (2016): Should We Fear Russia?, Cambridge, Polity.

— (2018): What is Russia up to in the Middle East?, Cambridge, Polity.

— (2019): Russia, Cambridge, Polity.

TSYGANKOV, Andrei P. (2012): Russia and the West from Alexander to Putin. Honor in International Relations, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2019): Russia and America. The Asymmetric Rivalry, Cambridge, Polity.

WARNER, Elizabeth (2005): Mitos Rusos. El pasado legendario, Madrid, Akal.

WESTWOOD, John N. (2002): Endurance and Endeavour. Russian History 1812-2001, Oxford, Oxford University Press.

WOHLESTETTER, Albert (1959): «The Delicate Balance of Terror», Foreign Affairs, enero.

WOLFF, Larry (1994): Inventing Eastern Europe. The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment, Stanford, Stanford University Press.

— (2001): Venice and the Slavs. The discovery of Dalmatia in the age of Enlightenment, Stanford, Stanford University Press.

YEMELIANOVA, Galina M. (2002): Russia and Islam. A Historical Survey, Nueva York, Palgrave.

ZAMOYSKI, Adam (2008): Varsovia 1920. El intento fallido de Lenin de conquistar Europa, Madrid, Siglo XXI.

YELTSIN, Boris (1990): Memorias, Madrid, Temas de Hoy.

— (1995): Los diarios del presidente, Barcelona, Plaza y Janés.

FUENTES ELECTRÓNICAS

(consultadas por última vez en diciembre de 2023)

ARCHIVO DIGITAL DE HOOVER INSTITUTION DE LA UNIÓN

SOVIÉTICA, Universidad de Stanfrod, http://www.hoover.org/library-archives/collections/soviet-union.

CENTRO YELTSIN (1994): Novogodneye obrashcheniye Borisa Yel'tsina 1994 goda («Discurso del presidente Borís Yeltsin del año 1994»), 31 de diciembre, https://yeltsin.ru/archive/audio/9037/.

DECRETOS DEL PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN RUSA (Ukazi Prezidenta Rossiyskoy Federatsii), http://www.kremlin.ru/acts/bank/.

DOSTOIEVSKI , Fiódor, (1881): Dnevnik pisatelya (Diario de un escritor) http://az.lib.ru/d/dostoewskij_f_m/text_0530.shtml.

DUMA ESTATAL, Asamblea Federal de la Federación Rusa (2020): Nuevo texto de la Constitución de la Federación Rusa con enmiendas de 2020 (Novyy tekst Konstitutsii RF i vybory 2020 goda), 7 de julio, http://duma.gov.ru/news/48953/.

DUNN, John (2022): «Civilizations, Barbarity, Conquest, Legitimacy and Crimes of War» (transcript), Institute for Human Sciences (IWM), 31 de mayo, https://www.iwm.at/news/civilisations-barbarity-conquest-legitimacy-and-crimes-of-war-transcript.

CENTRO LEVADA, https://www.levada.ru/en/.

EL PAÍS (1989): «Gorbachov impulsa la "casa común" europea con otra oferta de desarme» (editorial), 7 de julio, https://elpais.com/diario/1989/07/07/portada/615765604_850215.html.

ESTRATEGIA DE SEGURIDAD NACIONAL DE LA FEDERACIÓN RUSA (Strategiya natsional'noy bezopasnosti Rossiyskoy Federatsii) (2021): Directiva del presidente de la Federación Rusa, http://www.kremlin.ru/acts/bank/47046.

FOA, Roberto; MALLAT, Margot; ROMERO-VIDAL, Xavier; EVANS, David y KLASSEN, Andrew (2022): «A World Divided: Russia, China and the West», Cambridge University, 20 de octubre, https://www.bennettinstitute.cam.ac.uk/publications/a-world-divided/.

FOREIGN AFFAIRS (2017): «Out of Order? The Future of the International System», enero/febrero, https://www.foreignaffairs.com/issues/2017/96/1.

FOREIGN AFFAIRS (2023): Foreign Affairs Asks the Experts: «Will Ukraine Wind Up Making Territorial Concessions to Russia?», 24 de enero, https://www.foreignaffairs.com/ask-the-experts/will-ukraine-wind-making-territorial-concessions-russia.

GARTON ASH, Timothy (2003): «Putin, Pushkin y el declive del Imperio ruso», El País, 7 de septiembre, https://elpais.com/opinion/2023-09-07/putin-pushkin-y-el-declive-del-imperio-ruso.html.

GARTON ASH, Timothy; KRASTEV, Ivan y LEONARD, Mark (2023): «Living in an à la carte world. What European Policymakers should learn from global public opinion», Europe's Stories, noviembre, https://europeanmoments.com/changing-world/ecfr-joint-report-nov2023-living-in-an-a-la-carte-world.

GIULIANI, Jean-Dominique (2015): «Russia, Ukraine and International Law», European Issues, n.º 344, https://old.robert-schuman.eu//en/doc/questions-d-europe/qe-344-en.pdf.

GREEN Mark, A. (2022): «Countries That Have Sanctioned Russia», Wilson Center, 10 de mayo, https://www.wilsoncenter.org/blog-post/countries-have-sanctioned-russia.

IP, Cyril (2023): «China-Russia ties have trended steadily upwards since end of Cold War: study», South China Morning Post, 1 de diciembre, https://www.scmp.com/news/china/diplomacy/article/3243493/china-russia-ties-have-trended-steadily-upwards-end-cold-war-study.

IVANOV, Igor y ALBRIGHT, Madeleine K. (1999): «Joint Press Conference», 26 de enero, https://1997-2001.state.gov/www/statements/1999/990126a.html.

LAVROV, Sergei (2016): «Russia's Foreign Policy: Historical background», Russia in Global Affairs, 5 de marzo, https://dl1.cuni.cz/pluginfile.php/436098/mod_resource/content/2/.

LE MONDE (2023): «Israel-Hamas war: The anger of the Global South» (editorial), 20 de octubre, https://www.lemonde.fr/en/opinion/article/2023/10/20/israel-hamas-war-the-anger-of-the-global-south_6190947_23.html.

LUKYANOV, Fyodor (2016): «The Lost Twenty-Five Years», Russia in Global Affairs, 28 de febrero, https://academic.oup.com/book/25992/chapter-abstract/193831579?redirectedFrom=fulltext.

MILOSEVICH, Mira (2017): «El poder de la influencia rusa: desinformación», Real Instituto Elcano, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-poder-de-la-influencia-rusa-la-desinformacion/

— (2019): «Oso y Dragón: el vínculo estratégico entre Rusia y China en el mundo internacional post unipolar», Real Instituto Elcano, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2021/11/ari1-2019-milosevichjuaristi-oso-dragon-vinculo-estrategico-rusia-china-orden-internacional-post-unipolar.pdf.

— (2019): «The 2010s: "Grand Strategy" or Tactical Opportunism?», en The role of Russia in the Middle East and North Africa Region, documento de trabajo, EuroMeSCo Joint Policy Study, pp. 31-53, https://www.euromesco.net/wp-content/uploads/2019/04/Joint-Policy-Study_12_The-role-of-Russia-in-the-MENA-region.pdf.

— (2019): «Rusia en América Latina: repercusiones para España», documento de trabajo, Real Instituto Elcano, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2021/10/dt02-2019-milosevichjuaris-ti-rusia-en-america-latina.pdf.

— (2020): «Russia's Weaponization of Tradition: The Case of Orthodox Church in Montenegro», Washington, Center for Strategic and International Studies, https://www.csis.org/blogs/post-soviet-post/russias-weaponization-tradition-case-orthodox-church-montenegro.

— (2022): «Vladimir Putin y Xi Jinping: no siempre juntos, pero nunca enfrentados», Real Instituto Elcano, https://www.realinstitutoelcano.org/comentarios/vladimir-putin-y-xi-jinping-no-siempre-juntos-pero-nunca-enfrentados/.

— (2022): «¿No matarás?: El papel de la Iglesia Ortodoxa Rusa en Ucrania», Real Instituto Elcano, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/no-mataras-el-papel-de-la-iglesia-ortodoxa-rusa-en-ucrania/.

— (2022): «Las últimas propuestas para cambiar el orden de seguridad europeo creado después de la Guerra Fría», Real Instituto Elcano, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2022/01/ari3-2022-milosevich-rusia-orden-de-seguridad-europeo-descontento-pasivo-al-revisionismo-activo.pdf.

— (2022): «El balance actual de la guerra en Ucrania y las perspectivas de un acuerdo de paz», Real Instituto Elcano, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-balance-actual-de-la-guerra-en-ucrania-y-las-perspectivas-de-un-acuerdo-de-paz/.

— (2023): «Rusia en África y las posibles repercusiones para España», Elcano Policy Paper, Real Instituto Elcano, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2023/07/policy-paper-rusia-en-africa-y-las-posibles-repercusiones-para-espana.pdf.

MISSION OF UKRAINE TO THE EUROPEAN UNION (2014): «Protocol on the results of consultations of the Trilateral Contact Group», 5 de septiembre, Minsk, https://ukraine-eu.mfa.gov.ua/en/news/27596-protocolon-the-results-of-consultations-of-the-trilateral-contact-group-minsk-05092014.

NORMAN, Henry (1902): All the Russias: Travels and Studies in Contemporary European Russia, Finland, Siberia, the Caucasus, and Central Asia, Nueva York, C. Scribner's Sons, Disponible en la Woodrow Wilson Collection (Library of Congress), https://www.loc.gov/item/02022431/.

NORVAL, Stuart (2022): «Russian invasion of Ukraine is a 'war of civilisation', historian says», France 24, 24 de mayo, https://www.france24.com/en/tv-shows/perspective/20220524-war-in-ukraine-is-a-war-of-civilisation-historian-says.

OSCE (2015): «Package of measures for the Implementation of the Minsk agreements», 12 de febrero, https://www.osce.org/cio/140156.

OTERO, Miguel (2022): «¿Puede resistir las sanciones la economía rusa?», Real Instituto Elcano, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2022/03/ari27-2022-otero-puede-resistir-las-sanciones-la-economia-rusa-1.pdf.

OTERO, Miguel y STEINBERG, Federico (2022): «La guerra de Ucrania en el tablero económico», Real Instituto Elcano, https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2022/03/comentario-otero-steinberg-la-guerra-de-ucrania-en-el-tablero-economico.pdf.

PALACIO, Ana (2023): «¿Vuelven los BRICS?», El Economista, 23 de mayo, https://www.eleconomista.com.mx/opinion/Vuelven-los-BRICS-20230521-0059.html.

PEW RESEARCH REPORT (2014): «Russians return to Religion, but not to Church», https://www.pewresearch.org/religion/wp-content/uploads/sites/7/2014/02/religion-in-Russia-full-report-rev.pdf.

POWELL, Charles (2017): «¿Tiene futuro el orden liberal internacional?», Real Instituto Elcano, https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/tiene-futuro-el-orden-liberal-internacional/.

PUSHKIN, Aleksandr (1831):«A los calumniadores de Rusia» (A Klevetnikam Rossii), https://www.culture.ru/poems/4966/klevetnikam-rossii.

RADIN, Andrew y REACH, Clint (2019): «Russian Views of the International Order», Washington, RAND Corporation, https://www.rand.org/pubs/research_reports/RR1826.html.

REYNOLDS, Paul (2008): «New Russian World Order. The Five Principles», BBC News, http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/7591610.stm.

SIMMONS, Ann M. (2023): «Vladimir Putin Meets With Saudi, U.A.E. Rulers in Bid to Refresh Alliances», The Wall Street Journal, 6 de diciembre, https://www.wsj.com/world/russia/putin-meets-with-saudi-u-a-e-rulers-in-bid-to-refresh-alliances-df321626.

SOROKA, George (2016): «Putin's Patriarch. Does the Kremlin Control the Church?», Foreign Affairs, 11 de febrero, https://www.foreignaffairs.com/articles/russian-federation/2016-02-11/putins-patriarch.

STANOVAYA, Tatiana (2020): «Unconsolidated: The Five Russian Elites Shaping Putin's Transition», Moscú, Carnegie Moscow Center, 11 de febrero, https://carnegiemoscow.org/commentary/81037.

SWARTZ, Peter (2022): «La excanciller alemana Merkel admite que el acuerdo de Minsk sólo sirvió para ganar tiempo para armar a Ucrania», World Socialist Web Site (WSBS), 22 de diciembre, https://www.wsws.org/es/articles/2022/12/23/ucra-d23.html.

THE ECONOMIST (2023): «How to survive a superpower split» (editorial), 11 de abril, https://www.economist.com/international/2023/04/11/how-to-survive-a-superpower-split.

TRENIN, Dmitri (2021): «What Putin really wants in Ucrania. Russia Seeks to Stop NATO's Expansion, Not to Annex More Territory», 28 de diciembre, https://www.foreignaffairs.com/articles/russia-fsu/2021-12-28/what-putin-really-wants-ukraine.

— (2022): «How Russia Must Reinvent Itself to Defeat the West's 'Hybrid War'», Russia in Global Affairs, 22 de mayo, https://eng.globalaffairs.ru/articles/russia-must-reinvent-itself/.

— (2023): «Kto mi, gde mi, dlya chego mi i pochemu», Russia in Global Affairs, 11 de abril, https://globalaffairs.ru/articles/kto-my-gde-my/.

TSUI, Karina (2023): «Russia and China are getting closer than ever», Semafor, diciembre, https://www.semafor.com/article/12/06/2023/russian-approval-of-beijing-has-soared-a-new-poll-finds.

VOLKOV, Denis y KOLESNIKOV, Andrei (2023): «Alternate reality: How Russian Society Learned to Stop Worrying About the War», Carnegie Russia Eurasia Center, 28 de noviembre, https://carnegieendowment.org/2023/11/28/alternate-reality-how-russian-society-learned-to-stop-worrying-about-war-pub-91118.

UNITED NATIONS (2022): «General Assembly Resolution Demands End to Russian Offensive in Ukraine», UN News, 3 de marzo, https://news.un.org/en/story/2022/03/1113152.

— (2022): «UN General Assembly Votes to Suspend Russia From the

Human Rights Council», UN News, 7 de abril, https://news.un.org/en/story/2022/04/1115782.

— (2022): «Ukraine: UN General Assembly demands Russia reverse course on 'Attempted Illegal Annexation'», UN News, 12 de octubre, https://news.un.org/en/story/2022/10/1129492.

— (2022): «General Assembly Adopts Resolution on Russian Reparations for Ukraine», UN News, 11 de noviembre, https://news.un.org/en/story/2022/11/1130587.

— (2023): «Principles of the Charter of the United Nations underlying a comprehensive, just and lasting peace in Ukraine: resolution / adopted by the General Assembly», 23 de febrero, https://digitallibrary.un.org/record/4003921?ln=en.

— (2023): «UN General Assembly adopts Gaza resolution calling for immediate and sustained 'humanitarian truce'», 10 de octubre, https://news.un.org/en/story/2023/10/1142847.

YUHAS, Alan (2015): "Pentagon thinktank claims Putin has Asperger's – has Putinology gone too far?", The Guardian, 5 de febrero, https://www.theguardian.com/world/2015/feb/05/vladimir-putin-aspergers-syndrome-pentagon-studies.

Tabla 1: Las nacionalidades del Imperio ruso y la Unión Soviética (en millones)

▪

	1897	1959	1979
Rusos	55,6	113,9	137,4
Ucranianos	22,4	22,7	42,3
Bielorrusos	5,8	6,6	9,4
Polacos	7,9	0,6	1,1
Judíos*	5,0	2,3	1,8
Kirguizos	4,0	0,9	1,9
Tártaros	3,4	4,6	6,3
Azeríes	No definidos	2,9	5,4
Uzbekos	0,7	5,9	12,5
Kazajos	No definidos	3,6	6,5
Alemanes	1,8	1,2	1,9
Letones	1,4	1,3	1,4
Baskires	1,3	0,6	1,3
Lituanos	1,2	2,3	2,8
Armenios	1,2	2,5	4,1
Rumanos/moldavos	1,1	2,2	2,9
Estonios	1,0	0,9	1,0
Mordvinos	1,0	1,0	1,2
Georgianos	0,8	2,6	4,1
Tayikos	0,3	1,4	2,9
Turkomanos	0,3	1,4	2,0
Griegos	0,2	0,1	0,3
Búlgaros	0,2	0,3	0,3

▪

*Judíos definidos por religión eran 5,2 millones en 1897. En 1959 y 1979 el Estado no aplicaba el criterio de religión, sino el de la declaración personal.

Fuente: John Norton Westwood, Endurance and Endeavour. Russian

History 1812-2001, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Tabla 2: Posición inversora directa de Rusia, China, Turquía, Irán, EE. UU. y UE 27 en el antiguo espacio soviético

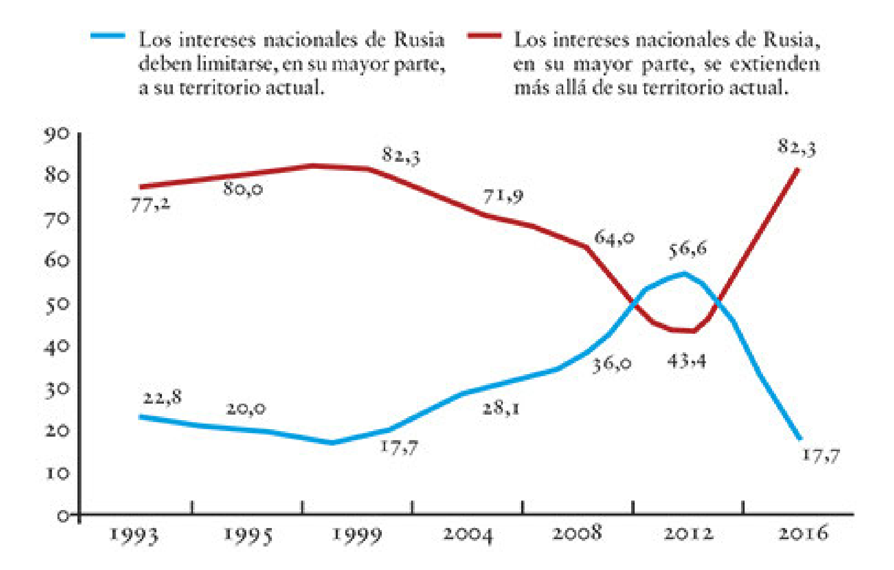
		2016	2017	2018	2019	2020
Armenia	Rusia	1.595	1.374	1.735	1.978	1.553
China	3	3	3	3	3	
Turquía	0	0	0	0	0	
Irán	70	71	75	80	78	
EE. UU.	262	250	227	218	207	
UE 27	1.052	1.110	1.186	1.400	1.262	
Azerbaiyán	Rusia	621	800	953	977	1.318
China	189	176	177	187	195	
Turquía	5.179	5.797	5.925	6.05	5.788	
Irán	2.263	2.523	2.581	2.552	2.588	
EE. UU.	606	679	669	465	515	
UE 27	5.366	5.786	5.725	6.011	6.181	
Georgia	Rusia	242	300	347	390	400
China	602	623	689	717	660	
Turquía	883	1.142	1.094	1.211	1.208	
Irán	16	22	29	30	28	
EE. UU.	355	431	516	606	648	
UE 27	4.735	5.250	5.505	5.994	5.757	
Kazajistán	Rusia	4.234	4.357	4.663	4.910	4.878
China	9.715	9.397	8.269	7.649	5.943	
Turquía	524	578	640	761	856	
Irán	15	12	11	14	22	
EE. UU.	24.051	27.161	31.229	36.510	37.901	
UE 27	80.682	81.144	80.954	77.400	77.645	
Kirguistán	Rusia	101	1.086	1.064	1.073	968
China	1.299	1.394	1.345	1.521	1.037	
Turquía	172	180	160	196	228	
Irán	6	6	6	6	6	
EE. UU.	96	101	90	97	88	
UE 27	237	332	384	417	426	
Moldavia	Rusia	716	791	839	869	823
China	1	1	1	3	2	
Turquía	27	42	48	58	13	

	Irán	0	0	0	0	0
	EE. UU.	41	68	70	92	66
	UE 27	1.583	2.125	2.319	2.840	2.800
Tayikistán	Rusia	367	397	340	426	391
	China	1.151	1.264	1.437	1.460	1.468
	Turquía	50	53	55	68	66
	Irán	115	125	124	123	120
	EE. UU.	73	75	74	74	74
	UE 27	221	135	147	118	135
Turkmenistán	Rusia	–	–	–	–	–
	China	–	–	190	168	336
	Turquía	549	497	81	812	433
	Irán	–	–	–	–	–
	EE. UU.	–	–	–	–	–
	UE 27	48	60	275	391	477
Uzbekistán	Rusia	231	130	63	127	177
	China	–	–	845	1.010	3.265
	Turquía	102	100	81	184	192
	Irán	–	–	–	–	–
	EE. UU.	76	69	71	82	90
	UE 27	2.205	432	299	383	277

–: dato no disponible.

Fuente: Coordinated Direct Investment Survey del Fondo Monetario Internacional. El dato de UE 27 es la suma individual de cada uno de los países comunitarios. Los datos expuestos han sido reportados por los países receptores de la inversión a excepción de los correspondientes a Turkmenistán y Uzbekistán, los cuales han sido reportados por los países inversores. Hay países de la UE 27 sin datos disponibles para Turkmenistán y/o Uzbekistán.

Encuesta sobre el alcance de los intereses nacionales de Rusia



FUENTE: Sharon Werning Rivera, James Bryan, Brisa Camacho-Lovell, Carlos Fineman, Nora Klemmer y Emma Raynor, The Russian Elite 2016 - Perspectives on Foreign Policy and Domestic Policy [2016 Hamilton College Levitt Poll], Clinton, NY, Hamilton College, Arthur Levitt Public Affairs Center, 11 de mayo de 2016, pág. 15. Usado con permiso.

Texto de la pregunta:

Existen diversas opiniones sobre los intereses nacionales de Rusia. ¿Cuál de las dos afirmaciones siguientes se acerca más a su punto de vista?

1. Los intereses nacionales de Rusia deberían limitarse, en su mayor parte, a su territorio actual (en azul).

2. Los intereses nacionales de Rusia, en su mayor parte, se extienden más allá de su territorio actual (en rojo).

Se excluyeron del análisis las respuestas «no sé».



Los rusos llevan retratos de sus familiares, participantes de la Segunda Guerra Mundial y otras guerras, durante una manifestación en la plaza Roja de Moscú, Rusia, el 9 de mayo de 2022, en conmemoración a la rendición incondicional de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial. © Album /EFE

La expansión territorial de Rusia entre 1533-1894


0 500 1000 km
Océano Ártico
FINLANDIA
San Petersburgo
UCRANIA
Kiev
Odesa
Sebastopol
Arcángel
Pustozersk
Moscú
Ivánovo
Kazán
Sarátov
Mar Negro
GEORGIA
AZERBAIYÁN
Oremburgo
Tobolsk
KAZAJISTÁN
Akmolinsk
TURKESTÁN
Semipalatinsk
Mar Caspio
Bujará
Merv
Samarcanda
PERSIA
AFGANISTÁN
CHINA
MANCHURIA
SIBERIA
Játanga
Bulun
Dudinka
Yeniseisk
Tomsk
Chitá
Yakutsk
Ojotsk
Sashiversk
Nizhnekolymsk
Márkovo
Gizhiga
Petropavlovsk
Mar de Ojotsk
Rusia en 1533
Adquisiciones:
1533-1689
1689-1801
Alejandro I (1801-1825)
Nicolás I (1825-1855)
Alejandro II (1855-1881)
Alejandro III (1881-1894)

Europa tras la Segunda Guerra Mundial



Desintegración de la URSS en 1991



Las deportaciones y reasentamientos en la Unión Soviética, 1941-1953



Grupos étnicos en Asia Central

